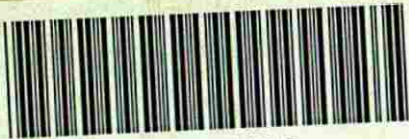


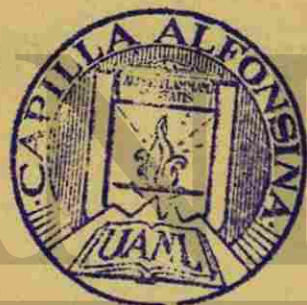


LEINHE

P02495  
A58  
v.1



1020026882



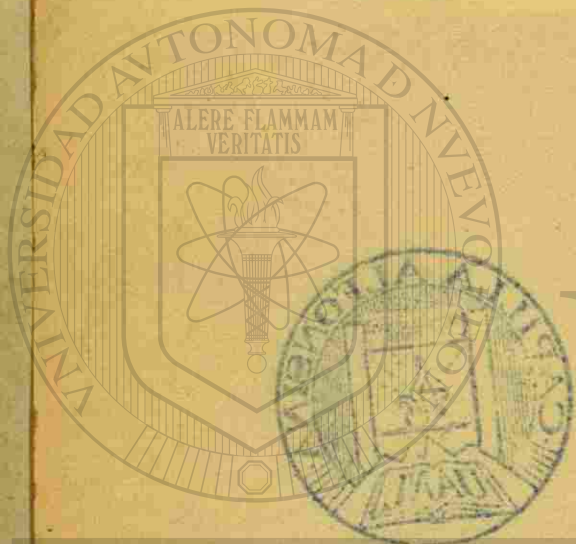
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*de la...*  
*...*

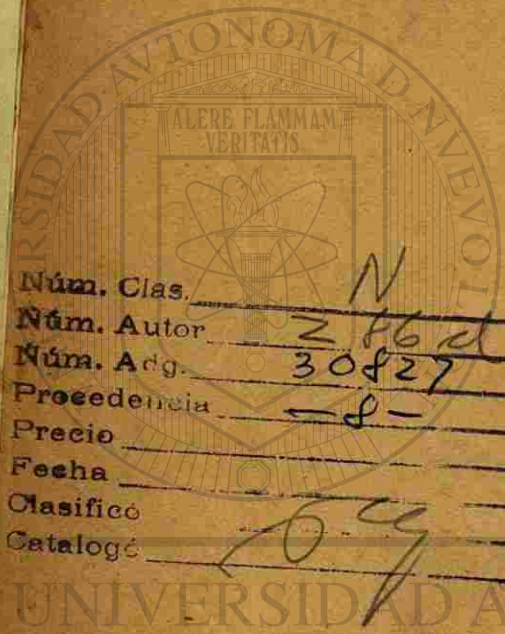


FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

EL DINERO.  
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Núm. Clas. N  
Núm. Autor Z. H. G. d.  
Núm. Adg. 30827  
Procedencia -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificac. \_\_\_\_\_  
Catalogo 69

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EMILIO ZOLA.

# EL DINERO

VERSIÓN CASTELLANA

DE

Juan García Aldeguer.

VOLUMEN I.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1325 MONTERREY, MÉXICO

MADRID

LA ESPAÑA EDITORIAL,  
OFICINAS, MENDIZÁBAL 34.  
Apartado de Correos, núm. 144.

101196

30827

573

2



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Q 2495

A 58

U. L.

Es propiedad del Editor.  
Queda hecho el depósito que  
marca la ley.

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL

MADRID.—Imp. de J. Cruzado, Divino Pastor, 9.

# EL DINERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

Acababan de sonar las once en la Bolsa, cuando Saccard entró en el restaurant Champeaux, en el salón blanco y oro, cuyas dos grandes ventanas dan á la plaza. De una ojeada recorrió las filas de mesas donde se apiñaban, codo con codo, los parroquianos comiendo apresuradamente, y quedó sorprendido al no ver el rostro que buscaba.

A un mozo que pasaba á escape, cargado de platos, le preguntó:

—¿No ha venido el señor Huret?

—No, señor, todavía no.

Entonces Saccard se decidió, y se sentó á una mesa que se desocupaba en aquel momento en el centro de una de las ventanas. Creía haber llegado tarde; y mientras cambiaban la servilleta, miró hacia afuera espiondo á los que pasaban por la acera. Pusieronle el cubierto, pero no pidió enseguida; permaneció con las miradas fijas en la plaza, llena de alegría en aquella clara mañana de los primeros días de Mayo. Era la hora en que todo el mundo almorzaba, y estaba casi de-

*Aristides Rougon*

sierta: bajo los castaños de un verde claro y nuevo, los bancos estaban desocupados; á lo largo de la verja, en el punto de carruajes, extendiase la fila de los coches de un extremo á otro; y el ómnibus de la Bastilla se paraba en la estación, en la esquina del jardín, sin dejar ni tomar viajeros. Caía el sol á plomo, bañando el monumento, su columnata, sus altas estatuas, su vasto pórtico, en lo alto del cual no se veía aún más que el ejército de sillas en buen orden.

Saccard, habiéndose vuelto, reconoció á Mazaud, el agente de cambio, en la mesa de al lado de la suya, y le tendió la mano.

— ¡Calle, sois vos! ¡Buenos días!

— ¡Buenos días! — contestó Mazaud, estrechándosela distraídamente.

Pequeño, moreno, muy vivo, guapo, acababa de heredar la plaza de uno de sus tíos, á los treinta y dos años. Parecía estar entregado por completo al comensal que tenía enfrente, un señor grueso, colorado y muy afeitado, el célebre Amadiou, á quien veneraba la Bolsa desde su famoso golpe de las Minas de Selsis. Cuando las acciones habían bajado á quince francos, y todo comprador era considerado como loco, él invirtió en el negocio toda su fortuna, doscientos mil francos, al azar, sin cálculo ni estudio, por una terquedad de bruto afortunado. Ahora que el descubrimiento de filones positivos y considerables había hecho subir las acciones á más de mil francos, ganaba ya una quincena de mi-

llones; y su estúpida operación que antes habría debido hacerle encerrar en un manicomio, lo alzaba hoy al rango de los vastos cerebros financieros. Era muy saludado, consultado sobre todo. Por lo demás, ya no daba órdenes, como satisfecho, tronando desde lo alto de su golpe de genio único y legendario. Mazaud debía pensar en su clientela.

Saccard, no pudiendo conseguir de Amadiou ni siquiera una sonrisa, saludó á la mesa de enfrente, donde se encontraban reunidos tres especuladores conocidos suyos, Pillerault, Moser y Salmon.

— ¡Buenos días! ¿Va bien?

— Sí, no va mal.... ¡Buenos días!

También notó en estos frialdad, casi hostilidad. Sin embargo, Pillerault, alto, delgado, de gestos nerviosos y con una nariz como la hoja de un sable, en un rostro huesudo de caballero andante, tenía habitualmente la familiaridad de un jugador que profesaba el principio de jugar á ojos cerrados, declarando que andaba sorteando catástrofes, siempre que se le ocurría reflexionar. Era una naturaleza exuberante de alcista, siempre de cara á la victoria; mientras que Moser, por el contrario, de talla corta, de tez amarilla, atormentado por una enfermedad del hígado, lamentábase sin cesar, presa de constantes temores de un cataclismo. Cuanto á Salmon, un buen mozo frisando en los cincuenta, luciendo una soberbia barba, negra como la tinta, pasaba

por hombre de mucha cuenta. Jamás hablaba, no respondía más que por sonrisas, no se sabía en qué sentido jugaba, ni siquiera si jugaba; y su manera de escuchar impresionaba de tal modo á Moser, que con frecuencia éste, después de haberle hecho una confidencia, corría á cambiar una orden, aturdido por su silencio.

En medio de aquella indiferencia que le mostraban, Saccard había acabado de recorrer la sala con miradas febriles y provocativas. Y no cambió más que un movimiento de cabeza con un joven alto, sentado á tres mesas de distancia, el hermoso Sabatani, un levantino, de rostro ovalado y moreno, que iluminaban magníficos ojos negros, pero que estropeaba una boca maliciosa, inquietante. La amabilidad de este mozo acabó de irritarle: algún quebrado de una Bolsa extranjera, uno de esos aventureros misteriosos amados por las mujeres, caído en el mercado desde el último otoño, á quien había visto trabajando como testaferra en un desastre de banca, y que poco á poco iba conquistando la confianza del *parquet* y del *corro*, por su gran corrección y su infatigable amabilidad, hasta con los más caídos.

Un camarero estaba delante de Saccard preguntándole:

—¿Qué va á tomar el señor?

—¡Ah, sí!... Lo que queráis, una chuleta, es párragos.

Después volvió á llamar al mozo.

—¿Estáis seguro de que el señor Huret no ha venido antes que yo y se ha vuelto á marchar?

—¡Oh, absolutamente seguro!

A este punto vino á parar después de la ruina que en Octubre le había obligado una vez más á liquidar su situación, á vender su hotel del parque de Monceaux para alquilar un cuarto: sólo los Sabatani le saludaban los primeros, y su entrada en un restaurant donde había reinado, ya no hacía volver todas las cabezas y tenderse todas las manos. Era un jugador verdadero, no le quedaba rencor á consecuencia de aquel último negocio de terrenos, escandaloso y desastroso, del cual apenas había salvado más que la piel. Pero todo su ser ardía en una fiebre de desquite; y la ausencia de Huret, que se había comprometido formalmente á estar allí, á medio día, para darle cuenta de la comisión de que le había encargado cerca de su hermano Rougon, el ministro á la sazón triunfante, le exasperaba, sobre todo contra este último. Huret, diputado dócil, hechura del gran hombre, no era más que un comisionado. ¿Era posible que lo abandonase de este modo Rougon, él que lo podía todo? Jamás se había mostrado buen hermano. Se explica que se hubiera disgustado después de la catástrofe, que hubiera roto abiertamente para no verse comprometido él mismo; pero después de seis meses, ¿no habría debido acudir secretamente en su ayuda? y ahora ¿iba á tener corazón para rehusarle el supremo apoyo que le pedía por me-



dio de un tercero, no atreviéndose á verle en persona, temiendo cualquier crisis de cólera que lo arrebataste? No tenía que decir más que una palabra, y lo volvería á levantar sobre todo aquel cobarde y gran París.

—¿Qué vino quiere el señor?—preguntó el mayordomo.

—Vuestro Burdeos ordinario.

Saccard, que dejaba enfriar su chuleta, abortó, sin hambre, alzó los ojos viendo pasar una sombra sobre el mantel. Era Massias, un mocetón coloradote, un corredor á quien había conocido muy servicial, y que se deslizaba por entre las mesas, con su cotización en la mano. Llególe al alma verle pasar ante él sin detenerse, para ir á presentar la cotización á Pillerault y á Moser, que distraídos, empeñados en una discusión, apenas si lo miraron: no, no tenían que dar ninguna orden, otra vez sería. Massias, no atreviéndose á dirigirse al célebre Amadiou, inclinado sobre una ensalada de langosta, y hablando en voz baja con Mazaud, volvió hacia Salmón, que cogió la cotización, la estudió detenidamente, y la devolvió sin decir una palabra. La sala se animaba. A cada minuto, nuevos corredores hacían sonar las puertas. Cruzábanse desde lejos palabras á gritos, y á medida que avanzaba la hora iba enardeciéndose la pasión de los negocios. Y Saccard, cuyas miradas volvíanse sin cesar hacia afuera, veía también la plaza llenarse poco á poco y afluir carruajes y peatones; mien-

tras que sobre las gradas de la Bolsa, que brillaban al sol, manchas negras, hombres, mostrábase ya uno á uno.

—Os repito—dijo Moser con su voz desolada—que las elecciones complementarias del 20 de Marzo eran un síntoma de los más inquietantes.... En fin, hoy todo París es de oposición.

Pero Pillerault se encogía de hombros. ¿Qué podía importar que Carnot y Garnier-Pages estuviesen en los bancos de la izquierda?

—Lo mismo que la cuestión de los ducados—añadió Moser;—también está llena de complicaciones.... Ciertamente, hacéis bien en reiros. Yo no digo que debiéramos hacer la guerra á Prusia, para impedirle poner la mano sobre la Dinamarca; pero habría medio de obrar..... Sí, sí, cuando los gordos se ponen á comerse á los pequeños, no se sabe nunca en qué parará la cosa..... Y en cuanto á Méjico.....

Pillerault, que estaba en uno de sus días de satisfacción universal, le interrumpió con una carcajada.

—¡Ah! no, querido, no nos fastidiéis con vuestros terrores sobre Méjico..... Méjico será la página gloriosa del reinado.... ¿De dónde diablo sacáis que el imperio está enfermo? ¿Pues no ha sido cubierto en Enero más de quince veces el empréstito de trescientos millones? Un éxito abrumador..... ¡Mirad! os emplazo para 1867, sí, para dentro de tres años, para la apertura de la

Exposición universal que el emperador acaba de decidir.

—¡Os digo que todo va mal!—afirmó desesperadamente Moser.

—¡Vaya, habiendo paz, todo va bien!

Salmón miraba al uno y al otro, sonriendo con su aire profundo. Y Saccard, que los había escuchado, relacionaba con las dificultades de su situación personal aquella crisis en que parecía entrar el imperio. El estaba por tierra una vez más: ¿es que aquel imperio, que lo había hecho hombre, iba á caer como él, derrumbándose de un golpe, del destino más alto al más miserable? ¡Ah! ¡Cómo había amado, cómo había defendido, desde hacía doce años, aquel régimen donde se había sentido vivir, brotar, henchirse de savia, como el árbol cuyas raíces agarran en el terreno que le conviene! Pero si su hermano quería arrancarlo de allí, si se le separaba de los que agctaban el suelo fecundo de los goces, ¡que todo se viniese abajo como en el gran cataclismo final de las comedias de magia!

Ahora esperaba sus espárragos, con el pensamiento lejos de la sala donde la agitación crecía sin cesar, lleno de sus recuerdos. En un gran espejo que había enfrente, acababa de ver su imagen, que le sorprendió. La edad no hacía mella en su personilla; sus cincuenta años parecían treinta y ocho apenas; conservaba la esbeltez y la vivacidad de un joven. Hasta con los años, su rostro moreno y lleno de surcos como

el de una marioneta, de nariz puntiaguda y pequeños ojos brillantes, se había como arreglado, había tomado el encanto de aquella juventud persistente, tan ligera, tan activa, espesos todavía los cabellos y sin una cana. E invenciblemente recordaba su llegada á París, al día siguiente del golpe de Estado, la noche de invierno en que había caído en medio de la calle, con los bolsillos vacíos, hambriento, con una gran furia de apetitos que satisfacer. ¡Ah! ¡Qué primera carrera aquella á través de las calles, cuando, aun antes de deshacer su maleta, había sentido la necesidad de lanzarse por la ciudad, con sus botas destrozadas y su paletó grasiento, para conquistarla! Desde aquella noche, había con frecuencia subido muy alto; por entre sus manos había corrido un río de millones, sin que jamás hubiera poseído á la fortuna como esclava, como cosa propia de que se dispone, que se tiene bajo llave, viva, material: siempre la mentira y la ficción habían habitado en sus cajas que parecían perder su oro por desconocidos agujeros. Después, he aquí que se volvía á encontrar en medio del arroyo, como en la lejana época de los comienzos, tan joven, tan hambriento, insaciado siempre, torturado por la misma necesidad de goces y de conquistas. Todo lo había gustado sin hartarse, no habiendo tenido tiempo ni ocasión, según creía, de morder bien profundamente en las personas y en las cosas. En este momento sentía la miseria de ser menos todavía que un princi-

piante, á quien hubieran sostenido la ilusión y la esperanza. Y se apoderaba de él la fiebre de volver á comenzar todo para reconquistarlo todo, de salir más arriba que nunca había estado, de poner al fin el pie sobre la ciudad conquistada. ¡No más la riqueza engañadora de la fachada, sino el sólido edificio de la fortuna, la verdadera majestad del oro, tronando sobre talegos llenos!

La voz de Moser, que se alzaba de nuevo, agria y muy aguda, distrajo un momento á Saccard de sus reflexiones.

—La expedición de Méjico cuesta catorce millones por mes; Thiers lo ha probado..... Y verdaderamente es preciso estar ciego para no ver que la mayoría de la Cámara está quebrantada. Ahora son treinta ó más en la izquierda. El emperador mismo comprende bien que el poder absoluto va siendo imposible, puesto que se hace el promotor de la libertad.

Pillerault no respondía, contentándose con sonreír con aire de desprecio.

—Sí, ya sé, el mercado os parece sólido; los negocios marchan. Pero esperad el fin..... Se ha demolido demasiado y demasiado reconstruido en París. Los grandes trabajos han agotado el ahorro. Cuanto á las poderosas casas de crédito que os parecen tan prósperas, esperad á que una de ellas tropiece y las veréis caer á todas una tras otra..... Esto sin contar con que el pueblo se remueve. Esa asociación internacional de traba-

factores, que se acaba de fundar para mejorar la suerte de los obreros, me espanta. Existe en Francia una protesta, un movimiento revolucionario que se acentúa cada día... Os digo que el fruto está podrido. Reventará todo.

Estas palabras provocaron una ardiente protesta. Aquel indiabado Moser sufría seguramente en crisis del bigado. Pero él mismo, al hablar, no quitaba la vista de la mesa vecina, donde Marraud, Amadien seguían, en medio del ruido, hablando muy bajo. Poco á poco se inquietaba la sala entera de aquellas largas confidencias. ¿Qué tenían que decirse para urdichear del modo? Sin duda Amadien daba órdenes, preparaba una jugada. Desde hacía tres días corrían malas noticias sobre los trabajos de Suez. Moser quitó los ojos y bajó también la voz.

Ya sabéis que los ingleses quisieron impedir esos trabajos. De aquí podría surgir una guerra. Esta vez, Sillerault quedó trastornado por la enormidad de la noticia. La cosa era increíble; y en seguida la frase voló de mesa en mesa, adquiriendo la consistencia de la certidumbre: Inglaterra había enviado un ultimátum pidiendo que cesaran inmediatamente los trabajos. Era evidente que Amadien no hablaba de otra cosa con Maraud, a quien daba la orden de vender todos sus bienes. Oyése un zumbido de pájaros en el aire cargado de olores de grasa y en medio del ruido creciente de vajilla removida. Lo que en aquel momento puso el colmo a la emoción, fue la entrada brusca de un dependiente del agente de cambios, el pequeño Florj, un muchacho de palido rostro, comido por una espesa barba

castaña que se precipitó con un paquete de tarjetas en la mano y las entregó a su principal, habiéndole al oído.

Está bien... contestó simplemente Maraud colocando las tarjetas en su casaca.

Después, sacando su reloj:

Son las doce. Decid a Berthier que me espere. Estad vos allí también y subid a buscar los despachos.

Cuando Florj se hubo marchado, reanudó su conversación con Amadien y sacó de su bolsillo otras tarjetas que puso sobre el mantel al lado de su plato; y a cada momento, un cliente que se iba se inclinaba al paso y le decía una palabra que él inscribía rápidamente en uno de los pedacitos de papel, entre dos bocados. La falsa noticia, venida no se sabía de dónde, nacida de nada, iba agrandándose

como nube de tempestad.

¿Y vos, vendéis? preguntó Moser á Salmon. Pero la muda sonrisa de este último fué tan maliciosa, que aquel quedó lleno de ansiedad, dudando ya de aquel ~~quedó lleno de~~ ~~ansiedad, dudando~~ ultimatum de Inglaterra, que ni siquiera sabía si lo había inventado él.

Yo compro todo lo que se quiera - concluyó Pillerault con su vanidosa temeridad de jugador sin método. Cargada la cabeza por la embriaguez del juego, que caldeaba aquel animado final de al-

(11). Léase la página 13.

muerzo en el estrecho salón, Saccard había-se decidido á comer sus espárragos, irritándose de nuevo contra Huret, con quien ya no contaba. Hacía algunas semanas que él, tan pronto en resolverse, vacilaba, acometido de incertidumbres. Sentía bien la necesidad de hacerse piel nueva, y había soñado desde luego con una vida completamente distinta, en la alta administración, en la política. ¿Por qué el Cuerpo legislativo no lo habría de llevar al consejo de ministros, como á su hermano? Lo que reprochaba á la especulación era la continua inestabilidad, las grandes sumas tan pronto perdidas como ganadas: jamás se había dormido con el millón real, no debiendo nada á nadie. Y en aquel momento en que hacía su examen de conciencia, declábase que acaso era demasiado apasionado para aquella batalla del dinero, que necesitaba tanta sangre fría. Así se debía explicar cómo, después de una vida tan extraordinaria de lujo y de inquietudes, salía con los bolsillos vacíos, vencido, de aquellos diez años de formidables tráficos sobre los terrenos del nuevo París, con los cuales tantos otros, más serenos, habían hecho fortunas colosales. Si acaso se había engañado acerca de sus verdaderas aptitudes, acaso triunfaría de un salto en la lucha política con su actividad y su ardiente fe. Todo dependía de la contestación de su hermano. Si éste lo rechazaba y lo volvía á lanzar al golfo del agio, tanto peor para él y para los de-

más; aventuraria el gran golpe de que todavía no hablaba á nadie, el negocio enorme que meditaba semanas hacía y que á él mismo le asustaba, tan vasto era, muy á propósito, lo mismo si tenía éxito que si fracasaba, para remover el mundo.

Pillerault había levantado la voz preguntando:

—Mazaud, ¿es cosa resuelta la ejecución de Schlosser?

—Sí—contestó el agente de cambio—hoy se pondrá el edicto..... ¿Qué queréis?.... El asunto es enojoso, pero yo había recibido los informes más inquietantes y lo he descontado el primero. Es preciso dar una escobada de cuando en cuando.

—Me han afirmado—dijo Moser—que vuestros compañeros Jacoby y Delarocque, figuran en el asunto por grandes sumas.

El agente hizo un gesto vago.

—¡Bah! eso es cosa perdida..... Ese Schlosser debía formar parte de una banda, y quedará en situación de ir á espumar la Bolsa de Berlín ó de Viena.

Las miradas de Saccard dirigiéronse hacia Sabatani, cuya asociación secreta con Schlosser le había revelado una casualidad: ambos jugaban el conocido juego, el uno al alza, el otro á la baja, sobre un mismo valor, y el que perdía quedaba en paz para participar en los beneficios del otro y desaparecer. Entretanto el joven pa-

gaba tranquilamente la cuenta de su almuerzo, y después, con su gracia acariciadora de oriental, vino á estrechar la mano de Mazaud, de quien era cliente, inclinándose á su oído y dándole una orden que el agente inscribió en una tarjeta.

—Vende sus Suez—murmuró Moser.

Y añadió en voz alta, cediendo á una necesidad, enfermo de duda:

—¡Eh! ¿Qué pensais del Suez?

Calmóse el estruendo de las voces, y todos los que estaban en las mesas vecinas se volvieron. La pregunta resumía la creciente ansiedad.

Pero Amadiou que había invitado sencillamente á Mazaud para recomendarle un sobrino suyo, permaneció impenetrable, no teniendo nada que decir; mientras que el agente, á quien comenzaban á asombrar las órdenes de venta que recibía, se contentó con mover la cabeza, por un hábito profesional de discreción.

—¡El Suez! ¡Pero si es un gran valor!—declaró con su voz musical Sabatani, que antes de salir se acercó á estrechar galantemente la mano á Saccard.

Y Saccard conservó un momento la sensación de aquella presión de mano tan suave, tan ligera, casi femenina. En su incertidumbre de qué camino seguir, de cómo rehacer su vida, consideraba como estafadores á todos los que estaban allí. ¡Ah! si le forzaban á ello, ¡cómo los

desenmascararía, cómo pondría en evidencia á los Moser asustadizos, á los Pillerault osados, á los Salmón huecos, á los Amadien cuyo éxito se toma como genio! Había vuelto el ruido de platos y de copas, las voces se enronquecían, las puertas golpeaban con más fuerza, en la prisa que devoraba á todos por encontrarse allí enfrente, en el juego, si debía producirse una catástrofe sobre los Suez. Y por la ventana, en medio de la plaza, surcada de coches, llena de peatones, veía las gradas de la Bolsa bañadas de sol, como ennegrecidas ahora por una ascensión continua de insectos humanos, de hombres correctamente vestidos de negro, que poco á poco llenaban la columnata; mientras que detrás de las verjas aparecían algunas mujeres, vagas, rondando bajo los castaños.

De repente, en el momento en que comenzaba á comer el queso que acababa de pedir, una voz gruesa le hizo levantar la cabeza.

—Dispensadme, querido, me ha sido imposible venir más pronto.

Era, al fin, Huret, un normando de Calvados, una cara carnosa y ancha de campesino astuto, que quería aparecer inocente. Inmediatamente hizose servir cualquier cosa, el plato del día, con uno de legumbres.

—¿Qué tenemos?—preguntó secamente Saccard conteniéndose.

Pero el otro no se apresuraba, y lo miraba como hombre discreto y prudente. Después, po-

niéndose á comer, adelantó la cabeza, y bajando la voz:

—Sí, he visto al gran hombre..... en su casa, esta mañana..... ¡Oh! ha estado muy amable, muy amable para vos.

Detúvose, bebió una gran copa de vino, y se echó una patata á la boca.

—¿Y qué?

—Pues, mirad, querido..... Está dispuesto á hacer por vos todo lo que pueda, os proporcionará una hermosa posición, pero no en Francia..... Por ejemplo, gobernador de una de nuestras colonias, una de las buenas. Allí seréis el amo, un verdadero reyezuelo.

Saccard había palidecido.

—¡Vaya, tenéis gana de reir, de burlaros de la gente!..... ¿Por qué no inmediatamente la deportación?... ¡Ah, quiere desembarazarse de mí! ¡Que lleve cuidado conmigo!

Huret seguía con la boca llena, tratando de conciliar.

—Vamos, vamos, dejadnos hacer, que sólo se trata de vuestro bien.

—Que me deje suprimir, ¿no es esto?..... ¡Mirad! Hace un momento decían aquí que al imperio no le quedará bien pronto ninguna falta que cometer. Sí, la guerra de Italia, Méjico, la actitud enfrente de Prusia. ¡Mi palabra, es la verdad!..... Se harán tantas locuras y tonterías, que Francia entera se alzarará para echaros.

El diputado, fiel hechura del ministro, in-

quietóse, palideciendo y mirando alrededor.

—¡Ah! Permitidme, permitidme que no os siga..... Rougon es un hombre honrado, y mientras que él esté allí no hay peligro..... No, no digáis más, no lo conocéis, debo decíroslo.

Saccard le interrumpió con violencia, ahogando su voz entre sus apretados dientes.

—Sea, queredle, haced juntos vuestro negocio..... ¿Quiere protegerme aquí, en París? ¿Sí o no?

—¡En París, jamás!

Sin añadir una palabra, Saccard se levantó y llamó al mozo para pagarle, mientras que muy tranquilo, Huret, que conocía sus cóleras, seguía tragando grandes bocados de pan, y lo dejaba marcharse por temor á un escándalo. Pero en aquel momento notóse una gran emoción en la sala.

Acababa de entrar Gundermann, el banquero rey, el amo de la Bolsa y del mundo, un hombre de sesenta años, cuya enorme cabeza calva, de gruesa nariz y de ojos redondos y saltones, indicaba una obstinación y una fatiga inmensas. Nunca iba á la Bolsa, adonde hasta afectaba no enviar representante oficial; nunca almorzaba en un sitio público. Sólo de tarde en tarde, le sucedía, como aquel día, mostrarse en el restaurant Champeaux, donde se sentaba á una de las mesas para hacerse servir sencillamente una copa de agua de Vichy. Padeciendo hacia veinte años

una enfermedad de estómago, alimentábase sólo con leche.

Inmediatamente se puso toda la servidumbre en movimiento, y todos los parroquianos quedaron empequeñecidos. Moser, con aire de anonadamiento, contemplaba á aquel hombre que sabía los secretos, que hacía á sú voluntad el alza ó la baja, como Dios forja el rayo. Hasta Pillerault le saludaba, no teniendo fe más que en la irresistible fuerza de los millones. Eran las doce y media, y Mazaud que abandonaba precipitadamente á Amadieu, volvió y dobló el espinazo ante el banquero, de quien alguna vez había recibido el honor de una orden. Muchos parroquianos que se disponían también á marcharse á escape, quedaron en pie, rodeando al dios, haciéndole respetuosas reverencias, en medio de la desbandada de manteles sucios, y mirándole con veneración coger la copa de agua con mano temblorosa y llevarla á sus descoloridos labios.

En otra época, en las especulaciones sobre los terrenos de la llanura Monceaux, Saccard había tenido discusiones y hasta reñido con Gundermann. No podían entenderse, el uno apasionado y amigo de goces, el otro sobrio y de fría lógica. Por esto el primero, en su crisis de cólera, exasperado todavía por aquella entrada triunfal, marchábase, cuando lo llamó el otro.

—Decid, amigo mío, ¿es verdad que dejáis los negocios?... Á fé mía, que es lo mejor que podéis hacer.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO



Esto fué para Saccard un latigazo en pleno rostro. Irguió su pequeña talla y replicó con voz vibrante, aguda como una espada:

—Voy á fundar una casa de crédito con capital de veinticinco millones, y cuento ir á veros muy pronto.

Y salió dejando detrás de sí el ardiente bulli-  
cio de la sala, donde todo el mundo se empujaba  
para no faltar á la apertura de la Bolsa. ¡Ah!  
¡Triunfar al fin, poner el pie sobre aquellas gen-  
tes que le volvían la espalda, y luchar de poten-  
cia á potencia con el rey del oro, y hundirlo,  
acaso, un día! No estaba decidido á emprender  
su gran negocio, y quedó sorprendido de la fra-  
se que la necesidad de contestar le había arran-  
cado. Pero ¿podría intentar fortuna por otra par-  
te, ahora que su hermano lo abandonaba y que  
los hombres y las cosas lo herían para lanzarlo  
otra vez, como el toro ensangrentado es vuelto  
á la plaza?

Un momento permaneció estremecido al bor-  
de de la acera. Era la hora de movimiento en que  
la vida de París parece afluir á aquella plaza  
central, entre la calle Montmartre y la calle Ri-  
cheliu, las dos arterias repletas que encauzan  
la multitud. De las cuatro encrucijadas, abiertas  
en los cuatro ángulos de la plaza, corrían olas  
no interrumpidas de carruajes, en medio de los  
remolinos de la gente de á pie. Sin cesar se  
abrian y se cerraban las dos filas de coches del  
punto establecido á lo largo de las verjas; mien-

tras que en la calle Vivienne las victorias de los  
corredores prolongábanse en una apretada fila,  
dominada por los cocheros, riendas en mano,  
prestos á arrear á la primera orden. Las gradas  
y el peristilo, invadidos, negreaban con un hor-  
miguelo de levitas; y del *corro*, instalado ya bajo  
el reloj y funcionando, subía el clamor de la  
oferta y la demanda, aquel rumor de marea del  
agio, triunfando del rumor de la población. Los  
transeúntes volvían la cabeza, con la curiosidad  
y el temor de lo que allí se hacía, ese misterio  
de las operaciones financieras en que pocos ce-  
rebros franceses penetran, esas ruinas y esas  
fortunas súbitas, que no se explicaban entre  
aquella gesticulación y aquellos gritos bárbaros.  
Y Saccard, al borde del arroyo, ensordecido por  
las lejanas voces, empujado por las gentes apre-  
suradas, soñaba una vez más con el reinado del  
oro, en aquel barrio de todas las fiebres, en cuyo  
centro la Bolsa, de una á tres, palpita como un  
corazón enorme.

Después de su ruina no se había atrevido á  
volver á entrar en la Bolsa; y aun aquel  
día, un sentimiento de vanidad doliente, la cer-  
teza de ser acogido como vencido, le impedía  
subir las gradas. Como los amantes arrojados de  
la alcoba de una querida, á quien siguen deseando,  
aun creyendo aborrecerla, volvía fatalmente  
á aquel sitio, daba vuelta á la columnata con  
cualquier pretexto, entrando en el jardín, an-  
dando como de paseo, á la sombra de los casta-

ños. En aquella especie de *square* polvoriento, sin césped ni flores, donde bullía, en los bancos, entre los urinarios y los kioscos de periódicos, una mezcla de especuladores equívocos y de mujeres del barrio con la cabeza al aire y dando el pecho á sus hijos, hacía como que se paseaba sin interés alguno, y, alzando los ojos, espiaba, pensando con furia que sitiaba el monumento que lo encerraba en un estrecho cerco, para entrar en él un día como triunfador.

Penetró por el ángulo de la derecha, bajo los árboles que dan frente á la calle de la Banca, é inmediatamente se encontró en la pequeña Bolsa de valores sin circulación, los *Pies húmedos*, como se llama con irónico desprecio á esos jugadores de prendería que cotizan al aire libre, en el lodo de los días lluviosos, las acciones de las compañías muertas. Había allí, en un grupo tumultuoso, toda una judería sucia, de grasientas caras lucientes, de perfiles disecados de aves de rapiña, una reunión extraordinaria de narices típicas, echándose unas sobre otras, así como sobre una presa, encarnizándose en medio de gritos guturales, y como próximas á devorarse entre sí. Por su lado pasaba, cuando vió, algo apartado, á un hombre grueso en actitud de mirar al sol un rubí que alzaba en el aire, delicadamente, entre sus puercas manazas.

—¡Calle, Busch!.... Me recordáis que quería subir á vuestra casa.

Busch, que tenía una agencia de negocios

en la calle de Feydeau, esquina á la de Vivienne, le había sido en muchas ocasiones de gran utilidad en momentos difíciles. Seguía extasiado, examinando las luces de la piedra preciosa, vuelta hacia arriba su ancha cara aplastada y sus ojos grises como apagados por la viva luz; dejando ver, arrollada como una cuerda, la corbata blanca que llevaba siempre; mientras que su levita de prendería, antiguamente soberbia, pero extraordinariamente raída y manchada, subía hasta sus claros cabellos, que caían en mechones escasos y rebeldes de su cráneo desnudo. Su sombrero, rojo por el sol, lavado por la lluvia, no tenía edad.

Decidióse por fin á descender de su contemplación.

—¡Ah, señor Saccard! ¿Dais una vueltecita por aquí?

—Sí..... Tengo una carta en lengua rusa, una carta de un banquero ruso establecido en Constantinopla, y he pensado en vuestro hermano para que me la traduzca.

Busch, que con un movimiento inconsciente y suave seguía dando vueltas al rubí en su mano derecha, tendió la izquierda diciendo que aquella misma noche estaría despachada la traducción. Pero Saccard dijo que sólo se trataba de diez líneas.

—Voy á subir, y vuestro hermano me leerá esto en seguida.....

Fué interrumpido por la llegada de una mu-

jer enorme, la señora Mechain, muy conocida de los asiduos de la Bolsa, una de esas rabiosas y miserables jugadoras, que especulan sobre toda clase de negocios equívocos. Su cara, de luna llena, hinchada y enrojecida, con ojillos azules, una naricilla que se ocultaba y una boca pequeña de donde salía una vocecita aflautada de niño, parecía desbordarse de un viejo sombrero de color de malva, atado de través con bridas granate; y el gigantesco pecho y el vientre hidrónico, hacían estallar el traje de lana verde, lleno de lodo, amarillento. Llevaba al brazo un viejo saco de cuero negro, inmenso, tan profundo como una balija, y que jamás abandonaba. Aquel día, el saco, henchido, lleno hasta romperse, tiraba de ella hacia la derecha, inclinándola como un árbol.

—¿Ya estáis aquí?—dijo Busch que debía esperarla.

—Sí, y he recibido los papeles de Vendome y los traigo.

—¡Bueno! Vamos á mi casa..... Aquí no hay nada que hacer hoy.

Saccard había dejado caer una mirada vacilante sobre el gran saco de cuero. Sabía que fatalmente iban á parar allí los títulos sin circulación, las acciones de las sociedades quebradas, sobre las cuales aún especulaban los *Pies húmedos*, acciones de quinientos francos que se disputaban á veinte sueldos, á diez sueldos, en la vaga esperanza de una reposición improbable,

ó más prácticamente como una mercancía de mal género que ceden con beneficio á los quebrados, deseosos de aumentar su pasivo. En las mortíferas batallas financieras, la Mechain era el cuervo que sigue á los ejércitos en marcha; no se fundaba una compañía, un gran establecimiento de crédito, sin que apareciese ella con su saco, sin que ella olfatease el aire, esperando los cadáveres hasta en las horas prósperas de las emisiones triunfantes, porque sabía muy bien que la derrota era fatal, que vendría el día de la matanza en que habría muertos que devorar y títulos que recoger por nada en el fango y en la sangre. Y él, que andaba dándole vueltas á su gran proyecto de un banco, estremeciéndose ligeramente, tuvo como un presentimiento al ver aquel saco, aquel osario de valores depreciados, por donde pasaba todo el papel sucio barrido de la Bolsa.

Cuando Busch se llevaba á la vieja, Saccard lo detuvo.

—¿De modo que puedo subir, seguro de encontrar á vuestro hermano?

Los ojos del judío se dulcificaron y expresaron una inquieta sorpresa.

—¡Mi hermano, ciertamente! ¿Dónde queréis que esté?

—Bueno, hasta dentro de un rato.

Y Saccard, dejándolos alejarse, prosiguió su lenta marcha á lo largo de los árboles, hacia la calle de Nuestra Señora de las Victorias. Este

lado de la plaza es uno de los más frecuentados, ocupado por comercios é industrias, cuyas muestras doradas brillaban al sol. En el balcón de una casa de huéspedes, bajo las cortinas que golpeaban el antepecho, había toda una familia provinciana con la boca abierta. Maquinalmente había él alzado la cabeza y miró á aquellas gentes, cuyo embebecimiento le hacía sonreír, y le reconfortó el pensamiento de que siempre habría accionistas en provincias. A su espalda el clamor de la Bolsa, el ruido continuo de marea lejana seguía y se apoderaba de su espíritu, como si le amenazase con llegar hasta él para tragárselo.

Un nuevo encuentro le detuvo.

—¿Cómo, Jordan, vos en la Bolsa?—exclamó estrechando la mano á un joven moreno, de pequeño bigote y aire decidido.

Jordan, cuyo padre, un banquero de Marsella, se había suicidado á consecuencia de desastrosas especulaciones, batallaba hacía diez años en París, apasionado por la literatura, en lucha abierta con la miseria. Uno de sus primos, instalado en Plassans, donde conocía á la familia de Saccard, lo había recomendado á éste en otro tiempo, cuando recibía á todo París en su hotel del parque Monceaux.

—¡Oh, en la Bolsa .... jamás!—respondió el joven con un gesto violento, como si ahuyentase el recuerdo trágico de su padre.

Después, sonriendo:

—Ya sabéis que me he casado..... Sí, con una amiga de la infancia. Éramos novios desde los días en que yo era rico, y se ha empeñado en quererme aun después de haber venido á parar en un pobre diablo.

—Perfectamente, he recibido la esquila de boda. Y ¿sabéis que en otro tiempo estuve en relaciones con vuestro suegro, el señor Maugendre, cuando tenía su fábrica de toldos para carros en la Villette? Ha debido ganar una gran fortuna.

Esta conversación la tenían cerca de un banco, y Jordan la interrumpió para hacer la presentación de un señor regordete, de aspecto militar, que estaba sentado y con el que hablaba en el momento del encuentro.

—El señor capitán Chave, un tío de mi mujer..... La señora Maugendre, mi suegra, es una Chave, de Marsella.

El capitán se había levantado, y Saccard saludó. Este conocía de vista aquella figura apoplética, de cuello rígido por el uso del corbatín, uno de esos tipos de ínfimos jugadores al contado, que se estaba seguro de encontrar allí todos los días, de un á tres. Es este un juego de pequeña ganancia un beneficio casi seguro de quince á veinte francos, que es preciso realizar en la misma Bolsa.

Jordan había añadido sonriendo al explicar su presencia:

—Mi tío es un bolsista feroz, á quien algunas

veces no hago más que estrechar la mano al paso.

—¡Cáspita!—dijo sencillamente el capitán—no hay más remedio que jugar, pues el gobierno con su pensión me deja morir de hambre.

Saccard, á quien interesaba el joven por su bravura en la lucha de la vida, preguntóle si las cosas de la literatura marchaban. Y Jordán, riendo, contó la instalación de su pobre hogar en un quinto piso de la avenida de Clichy; porque los Maugendre, que no tenían confianza en un poeta, creyendo haber hecho bastante con consentir en el casamiento, no habían dado nada, bajo el pretexto de que su hija, cuando ellos murieran, cogería su fortuna intacta, aumentada con las economías. No, la literatura no le daba para mantenerse; tenía en proyecto una novela que no podía escribir por falta de tiempo, y había entrado forzosamente en el periodismo, donde hacía todo lo que era preciso, desde crónicas hasta revistas de tribunales y aun noticias.

—Pues bien—dijo Saccard—si emprendo un gran negocio, acaso os necesitaré. Id á verme.

Después de despedirse, dió la vuelta por detrás de la Bolsa. Aquí, al fin, el clamor lejano, los gritos del juego cesaron detrás de sus pasos y no fueron más que un vago rumor perdido en el zumbido de la plaza. De este lado, las gradas estaban también llenas de gente; pero el pabellón de los agentes de cambio, del cual se veía

por las altas ventanas la roja tapicería, aislaba del estrépito del gran salón la columnata, donde algunos especuladores, los delicados, los ricos, habíanse sentado cómodamente á la sombra, quiénes solos, quiénes en pequeños grupos, transformando en una especie de casino el vasto peristilo abierto al aire libre. Parecíase algo esta espalda del monumento á la de un teatro, á la entrada de los artistas, en la calle relativamente tranquila, aquella calle de Nuestra Señora de las Victorias, ocupada toda por tiendas de bebidas, cafés, cervecerías, tabernas, en las que bullía una clientela especial, extrañamente mezclada. Las muestras indicaban también la mala vegetación que brotaba al borde de la gran cloaca vecina: compañías de seguros de mala fama, periódicos financieros de brigandaje, sociedades, bancos, agencias, escritorios, la serie completa de modestas cuevas de bandidos, instaladas en tiendas ó entresuelos, grandes como la palma de la mano. Por las aceras, por en medio de la calzada, por todas partes, hombres que rondaban, esperaban, así como á la entrada de un bosque.

Saccard se había detenido en el interior de las verjas, alzando los ojos á la puerta que conduce al pabellón de los agentes de cambio, con la mirada penetrante del jefe de un ejército que examina bajo todos sus aspectos la plaza que intenta asaltar, cuando un hombre que salía de una taberna atravesó la calle y vino á inclinarse ante él.

—¡Ah! señor Saccard, ¿no tenéis nada para mí? He dejado definitivamente el Crédito mobiliario, y busco una colocación.

Jantrou era un antiguo profesor, venido de Burdeos á Paris, á consecuencia de una historia que había quedado en la oscuridad. Obligado á dejar la Universidad, perdida su carrera, pero buen mozo, con su barba negra en forma de abanico y su calvicie precoz, y por otra parte instruido, inteligente y amable, había desembarcado en la Bolsa á los veintiocho años y por allí se había arrastrado y marchado durante diez años como corredor, no gauando apenas más que el dinero necesario para sus vicios. Y hoy, calvo por completo, afligiéndose como una mujerzuela á quien las arrugas amenazan quitarle su manera de ganarse el pan, esperaba siempre la ocasión que debía llevarle al éxito, á la fortuna.

Al verlo tan humilde, recordó Saccard el saludo de Sabatani en el restaurant Champeaux: decididamente sólo podía contar con los perdidos y los malogrados. Pero estimaba la inteligencia viva de éste, y sabía que las tropas más bravas son las formadas con los desesperados, con los que se atreven á todo, no teniendo nada que perder. Mostróse muy amable.

—¿Una colocación?—repitió.—Acaso la encontremos. Id á verme.

—¿Seguís viviendo en la calle de San Lázaro?

—Sí, calle de San Lázaro. Por la mañana.

Hablaron. Jantrou estaba muy irritado contra la Bolsa, repitiendo que había que ser un pillo para salir allí adelante, con el rencor de un hombre á quien no habían dado resultado sus pilladas. Aquello había acabado, quería intentar otra cosa, parecía que, gracias á su cultura universitaria y á su conocimiento del mundo, podía alcanzar un buen puesto en la administración. Saccard aprobaba moviendo la cabeza. Y, cuando salían de las verjas, siguiendo la acera hasta la calle Bronguiart, llamóles la atención un cupé oscuro, de correcto atalaje, parado en esta calle, con el caballo vuelto hacia la de Montmartre. Mientras que el cochero en lo alto del pescante tenía la inmovilidad de la piedra, habían notado que una cabeza de mujer, á cada momento, aparecía y desaparecía vivamente por la ventanilla. De repente aquella cabeza se inclinó, y lanzó una larga mirada de impaciencia hacia atrás, del lado de la Bolsa.

—¡Calle! ¿La baronesa Sandorff?—murmuró Saccard.

Era una cabeza morena muy extraña, de ojos negros ardientes bajo párpados que caían con languidez, un rostro apasionado, con labios que parecían brotar sangre, estropeado únicamente por una nariz muy larga. Era muy linda aquella mujer, precozmente madura para sus veinticinco años, con su aire de bacante vestida por los grandes modistos del imperio.

—Sí, la baronesa—repitió Jantrou.—La he

conocido cuando era soltera, en casa de su padre el conde de Landricourt. ¡Oh, un jugador rabioso, y de una brutalidad que sublevaba! Yo iba á tomar sus órdenes todas las mañanas, y por poco si me pega un día. No lo he llorado cuando ha muerto de una apoplejía, sin un sueldo, á consecuencia de una serie lamentable de liquidaciones..... Su hija tuvo que resolverse á casarse con el barón Sandorff, consejero de la embajada de Austria, que tiene treinta y cinco años más que ella y á quien había vuelto positivamente loco con sus miradas de fuego.

—Lo sé—dijo sencillamente Saccard.

De nuevo se había escondido en el cupé la cabeza de la baronesa. Pero casi inmediatamente reapareció, más ardiente, con el cuello torcido para ver á lo lejos, en la plaza.

—¿Es verdad que juega?

—¡Oh, como una desesperada! Todos los días de crisis se la puede ver aquí, espionando las oscilaciones, tomando febrilmente notas en su *car-net*, dando órdenes... Y, mirad, esperaba á Massias que se le acerca en este momento.

En efecto, Massias corría con toda la velocidad de sus cortas piernas, con su cotización en la mano, y lo vieron apoyarse de codos en la ventanilla del cupé, con la cabeza dentro, en animada conferencia con la baronesa. Después, habiéndose apartado un poco para no ser sorprendidos en su espionaje, y acercándose al corredor, que volvía á escapar, le llamaron. Este, al princi-

pio miró de reojo asegurándose de que lo ocultaba la esquina, y se detuvo sofocado, con la cara congestionada, alegre sin embargo, con sus grandes ojos azules saliéndosele de las órbitas.

—No sé qué les pasa—exclamó.—El Suez va para abajo. Se habla de una guerra con Inglaterra. Una noticia que los pone en revolución, y que no se sabe de donde viene... ¡La guerra! Pero decidme, ¿quién puede haber inventado eso? A menos que no se haya inventado ello solo... En fin, una verdadera jugada.

Jantrou guiñó los ojos.

—Y qué, ¿esa señora juega siempre?

—¡Oh, rabiosamente! Llevo sus órdenes á Nathansohn.

Saccard, que escuchaba, hizo esta reflexión en alta voz:

—¡Calle! Es verdad que me han dicho que Nathansohn había entrado en el *corro*.

—Un buen muchacho, ese Nathansohn—añadió Jantrou—y que merece tener suerte... Hemos estado juntos en el Crédito mobiliario... Pero él hará carrera, porque es judío. Su padre, un austriaco, tiene relojería en Besançon, según creo... Esta idea se le ocurrió un día en el Crédito, al ver cómo se urdían estas cosas. Se dijo que el asunto no era tan malo, que no tenía más que tomar un cuarto y abrir un despacho; ha abierto el despacho... ¿Y vos estáis contento, Massias?

—¡Oh, contento! Vos que sabéis lo que es esto, tenéis razón al decir que es preciso ser judío; de otro modo es inútil tratar de comprender; no hay quien le dé á uno la mano y se pasa la pena negra..... ¡Maldito oficio!..... En fin, allí está uno, y allí se queda. Además, todavía tengo buenas piernas y aún no he perdido la esperanza.

Y echó á correr, riendo. Decíase que era hijo de un magistrado de Lión, expulsado de la carrera, caído él mismo en la Bolsa, y que después de la desaparición de su padre, no había querido continuar sus estudios de Derecho.

Saccard y Jantrou, andando despacio, volvieron hacia la calle Bronguiart, donde encontraron otra vez el cupé de la baronesa; pero los cristales estaban levantados y el carruaje misterioso parecía vacío, mientras el cochero seguía cada vez más inmóvil en aquella espera que se prolongaba con frecuencia hasta los últimos precios.

—Es endiabladamente excitante—dijo Saccard con brutalidad.—Comprendo al viejo barón.

Jantrou sonrió de un modo singular.

—¡Oh! Creo que el barón está más que satisfecho hace ya tiempo. Y, á lo que se dice, es muy avaro..... Así es que, no bastándole el juego, ella se ha arreglado para pagar sus facturas, ¿sabéis con quién?

—No.

—Con Delcambre.

—¿Delcambre? ¡El procurador general! ¿Ese gran hombre seco y amarillo, tan rígido? ¡Un futuro ministro!..... ¡Ah, quisiera yo verlos juntos!

Y los dos muy alegres, muy animados, se separaron con un vigoroso apretón de manos, después de haber recordado el uno al otro que se permitiría ir á verle pronto.

Así que se encontró solo, Saccard se vió otra vez bajo la influencia del rumor de la Bolsa, que reventaba con la fuerza del refluo del mar. Había vuelto la esquina y bajaba hacia la calle Vivienne, por aquel lado de la plaza que la ausencia de cafés hace severo. Siguió á lo largo de la Cámara de Comercio, de la oficina de correos, de las grandes agencias de anuncios, más y más ensordecido y febril á medida que se acercaba otra vez á la fachada principal; y, cuando pudo enfilar el peristilo con mirada oblicua, paróse de nuevo, como si no quisiera acabar todavía la vuelta de la columnata, aquella especie de cerco apasionado en que la encerraba. Allí, sobre aquel ensanchamiento del piso, la vida se extendía, estallaba: una ola de consumidores invadía los cafés, la pastelería estaba llena, los escaparates atraían en tropel á la multitud, el de un joyero, sobre todo, deslumbrante con magníficas obras de platería. Y, por los cuatro ángulos, las cuatro enrucijadas, parecía aumentar el río de coches y peatones, en una extraordinaria confusión; mientras que la estación de los ómnibus la agravaba y que los coches de los corre-



dores, en línea, amurallaban la acera, casi de un extremo al otro de la verja. Pero sus ojos estaban fijos en los escalones altos, donde las levitas se desgranaban en pleno sol. Después subían hacia las columnas, en masa compacta, en un bulle-bulle negro, apenas aclarado por las pálidas manchas de las caras. Todos estaban en pie, no se veían las sillas; el círculo que formaba el *corro* sentado bajo el reloj, no se adivinaba más que por una especie de hervor, una furia de gestos y de palabras que estremecían el aire. Hacia la izquierda, el grupo de banqueros ocupados en arbitrajes, en operaciones sobre el cambio y sobre los *cheques* ingleses estaba más tranquilo, atravesado sin cesar por la cola de gente que entraba yendo al telégrafo. Hasta bajo las galerías laterales desbordábanse los especuladores, estrujándose en continuos remolinos; y entre las columnas, apoyados en las barandillas de hierro, los había que presentaban el vientre ó la espalda, como si estuvieran en su casa, contra el terciopelo de un antepecho. La trepidación, el ruido de máquina haciendo vapor, aumentaba, agitaba la Bolsa entera, con oscilamientos de llama. Bruscamente, vió al corredor Massias que bajaba las gradas á escape y saltaba luego en su carruaje, cuyo cochero ponía el caballo al galope.

Entonces Saccard sintió que sus puños se crispaban; y, arrancándose violentamente á su contemplación, volvió hacia la calle Vivienne,

atravesándola para llegar á la esquina de la calle Feydeau, donde estaba la casa de Busch. Acababa de acordarse de la carta en ruso que necesitaba que le tradujeran. Al entrar, le saludó un joven, plantado delante de la tienda del papelerero que ocupaba el piso bajo; y reconoció á Gustavo Sedille, el hijo de un fabricante de seda de la calle de Jeuneurs, á quien su padre había colocado en casa de Mazaud para estudiar el mecanismo de los asuntos financieros. Sonríóle paternalmente, sospechando lo que hacía en aquel sitio. La papelería Conín proveía de *carnets* á toda la Bolsa desde que la linda señora Conín ayudaba á su marido, el grueso Conín, que no salía jamás de su trastienda, ocupándose en la fabricación, mientras que ella iba y venía siempre, despachando en el mostrador y haciendo los encargos de fuera. Regórdeta, rubia, colorada, una verdadera preciosidad, con sedosos cabellos claros, muy graciosa, muy zalamera y siempre muy alegre. Decíase que amaba mucho á su marido, lo que no le impedía, cuando le gustaba un bolsista parroquiano, ser tierna; pero no por dinero, únicamente por el placer y una vez sola, en una casa amiga de la vecindad, según contaba la leyenda. En todo caso los dichosos que hacía, debían mostrarse reconocidos y discretos, porque seguía siendo adorada, festejada, sin un mal rumor á costa suya. Y la papelería continuaba prosperando, siendo un hogar verdaderamente dichoso. Cuando pasó Saccard

vió á la señora Conín sonreír á Gustavo á través de los cristales. ¡Qué mona era! Y sintió una deliciosa sensación de caricia. En fin, subió.

Hacia quince años que Busch habitaba en lo más alto, en el quinto piso, un estrecho cuarto, compuesto de dos habitaciones y una cocina. Nacido en Nancy, de padres alemanes, había llegado allí de su villa natal y había extendido poco á poco el círculo de sus negocios, de una complicación extraordinaria, sin experimentar la necesidad de una oficina mayor, dejando á su hermano Segismundo la pieza que daba á la calle y contentándose con la que daba al patio, en la que los papeles, los legajos, los paquetes de toda clase se amontonaban de tal modo que el sitio de una única silla, contra la mesa, estaba como cercado. Uno de sus grandes negocios era el tráfico sobre valores depreciados; los centralizaba, y servía de intermediario entre la pequeña Bolsa de los *Pies húmedos* y los quebrados que tienen agujeros que tapar en su balance; así seguía las cotizaciones, comprando directamente á veces, alimentado sobre todo por los *stocks* que le traían. Pero, además de la usura y de todo un comercio oculto sobre alhajas y piedras preciosas, ocupábase especialmente en la compra de créditos. Esto era lo que llenaba su habitación hasta reventar las paredes, lo que lo lanzaba por París, por sus cuatro costados, olfateando, espiando, con inteligencias en el fondo de todas las clases sociales. Desde que sabía de

una quiebra, acudía, rondaba alrededor del síndico, y acababa por comprar todo aquello de que no se podía sacar partido inmediatamente. Vigilaba los estudios de notario, esperaba las aperturas de las herencias dificultosas, asistía á las adjudicaciones de los créditos desesperados. El mismo publicaba anuncios, atraía á los acreedores impacientes que preferían coger algunos sueldos en seguida á correr el riesgo de perseguir á sus deudores. Y, de estas fuentes múltiples, llegaba el papel, por verdaderas banastas, el montón sin cesar aumentado de un trapero de la deuda: pagarés no pagados, compromisos no cumplidos, reconocimientos que habían quedado vanos, tratados sin ejecución. Después, allí dentro, comenzaba el examen y la clasificación, lo cual exigía un olfato especial, muy delicado. En aquel mar de acreedores desaparecidos ó insolventes, había que elegir para no desparramar demasiado su esfuerzo. Profesaba el principio de que todo crédito, aun el más comprometido, puede llegar á ser bueno; y tenía una serie de legajos admirablemente clasificados, á que correspondía un repertorio de nombres, que releía de cuando en cuando, para que no se le olvidasen. Entre los insolventes seguía naturalmente de más cerca á aquellos que en su concepto tenían probabilidades de próxima fortuna: su información desnudaba á las gentes, penetraba los secretos de las familias, tomaba nota de los parientes ricos, de los medios de vivir, de los

nuevos empleos sobre todo, que permitían intentar avances. Con frecuencia durante años dejaba así madurar un hombre, para extrangularlo al primer éxito. Los deudores desaparecidos le apasionaban más todavía, lo lanzaban en una fiebre de investigaciones continuas, ojo alerta sobre las señas y sobre los nombres que publicaban los periódicos, venteando las direcciones como un perro venta la caza. Y así que tenía cogidos á los desaparecidos y á los insolventes, volvíase feroz, se los comía, les chupaba la sangre, sacando cien francos de lo que le había costado diez sueldos, explicando brutalmente sus riesgos de jugador, obligado á ganar con los que agarraba lo que pretendía perder con los que se le escapaban por entre los dedos, como humo.

En esta caza de deudores, la Mechain era uno de los auxiliares que empleaba Busch con más gusto; porque si necesitaba tener á sus órdenes toda una banda de ojeadores, vivía desconfiando de aquel personal hambriento y de mala fama; mientras que la Mechain tenía con qué responder, poseía detrás de las alturas de Montmartre todo un pueblo, la *Cité de Nápoles*, un vasto terreno cubierto de barracas, que alquilaba por meses: un rincón de espantosa miseria, un refugio de vagabundos amontonados en la basura, cochineras muy disputadas, y de las cuales echaba sin piedad á los inquilinos con su estercolero, así que dejaban de pagar. Lo que le devoraba, lo

que le comía los beneficios de su finca, era una pasión desgraciada por el juego. Y ella también tenía el gusto de las llagas del dinero, de las ruinas, de los incendios, en medio de los cuales se puede robar alhajas fundidas. Cuando Busch la encargaba que tomase informes, ó descubriese á un deudor, ponía á veces en ello interés propio, se entregaba al asunto en cuerpo y alma, por el placer que le proporcionaba. Decía que era viuda, pero nadie había conocido á su marido. Venía no se sabía de dónde, y parecía haber tenido siempre cincuenta años, desbordante, con su voceilla de niña.

Aquel día, así que la Mechain se sentó en la única silla, quedó llena la habitación, como cerrada con un paquete de carne, caído en aquel sitio. Delante de su mesa, Busch, prisionero, parecía enterrado, no asomando más que su cabeza cuadrada, por encima de la mar de legajos.

—He aquí—dijo ella vaciando su viejo saco de cuero del enorme montón de papeles que lo llenaban—he aquí lo que Fayeux me envía de Vendome..... Todo lo ha comprado para vos, en esa quiebra Charpier que me dijisteis que le indicase..... Ciento diez francos.

Fayeux, á quien ella llamaba su primo, acababa de fundar una oficina para el cobro de rentas. Su negocio aparente era cobrar los cupones de los pequeños rentistas del país; y, depositario de los cupones y del dinero, jugaba frenéticamente.

—En provincias hay poca cosa—murmuró Busch—pero alguna vez se encuentra algo que merezca la pena.

Olfateaba los papeles, los entresacaba, y con mano experta los clasificaba en conjunto, después de un primer examen, por el olor. Su cara aplastada se oscurecía, haciendo una mueca de disgusto.

—¡Hum! ¡No hay nada de substancia! Felizmente no ha costado caro.... Pagarés.... Más pagarés.... Sí, son de jóvenes que han venido á París, acaso hagamos algo....

De pronto hizo una exclamación de sorpresa:

—¡Calle! ¿Qué es esto?

Acababa de leer en un pliego de papel sellado la firma del conde de Beauvilliers, debajo de estas tres únicas líneas en gruesa letra senil: «Me comprometo á pagar la suma de diez mil francos á la señorita Leonia Cron, el día de su mayor edad.»

—El conde de Beauvilliers—añadió lentamente, reflexionando en alta voz—sí, tuvo granjas, un gran patrimonio al lado de Vendome.... Murió de un accidente, y dejó una mujer y dos hijos en situación apurada. He tenido otras veces pagarés suyos, que ha pagado con trabajo... Poca cosa...

Después soltó una brusca carcajada, reconstruyendo la historia.

—¡Ah! ¡Cómo se ha burlado el viejo tunante de la pequeña!.... Ella no querría y él la decidi-

ría con este pedazo de papel, sin valor legal. Después, él ha muerto.... Veamos, la fecha es de 1854, hace diez años. La muchacha debe ser ya mayor, ¡qué demonio! ¿Pero cómo podía estar este compromiso en poder de Charpier?.... Un comerciante en granos, este Charpier, que prestaba por semanas. Sin duda la muchacha se lo ha dejado en depósito por algunos escudos; ó acaso se habrá encargado de hacerlo efectivo.

—¡Pero—interrumpió la Mechain—eso es muy bueno, un verdadero negocio!

Busch se encogió desdeñosamente de hombros.

—¡Eh, no! En derecho esto no vale nada.... Si yo lo presento á los herederos pueden enviarme á paseo, porque hay que probar que esa cantidad se debe realmente... Sólo si encontráramos á la muchacha, podría obligarles á ser amables y á entenderse con nosotros para evitar un escándalo.... ¿Comprendéis? Buscad á esa Leonia Cron, escribid á Fayeux para que nos la encuentre. Entonces veremos.

Había hecho con los papeles dos montones que pensaba examinar á fondo cuando estuviera solo, y permanecía inmóvil con las manos abiertas una sobre cada montón.

Después de un instante de silencio dijo la Mechain:

—Me he ocupado de los pagarés Jordan.... Me parece haber encontrado á nuestro hombre. Estuvo empleado no sé en dónde y ahora es-

cribe en los periódicos. Pero en los periódicos se os recibe mal; no quieren daros las señas. Y además, creo que no firma sus artículos con su verdadero nombre.

Sin decir una palabra, Busch había alargado el brazo para tomar, de su casilla alfabética, el legajo Jordan. Lo componían seis pagarés de á cincuenta francos, fechados cinco años antes y escalonados de mes en mes, una suma total de trescientos francos, que el joven había firmado á un sastre en días de miseria. No pagados á su presentación, los pagarés habían crecido con gastos enormes, y el legajo desbordaba con una formidable serie de procedimientos judiciales. En aquel momento la deuda subía á setecientos treinta francos y quince céntimos.

—Si es un muchacho de porvenir—murmuró Busch—ya lo cogemos.

Después, pasando su memoria de unas ideas á otras, exclamó:

—Y decid, ¿abandonamos el asunto Sicardot?

La Mechain alzó al cielo sus brazos. Toda su monstruosa persona se removió con desesperación.

—¡Ah, Señor Dios!—gimió con su voz de flauta.—¡Me va á costar la piel!

El asunto Sicardot era toda una historia novelesca que ella se complacía en contar. Una prima suya, Octavia Chavaille, la hija tardía de una hermana de su padre, había sido violada á los dieciséis años, una noche, en la escalera

de una casa de la calle de la Harpe, donde ella y su madre habitaban un cuartito en el piso sexto. Lo peor era que el violador, llegado ocho días antes con su mujer á una habitación que subarrendaba una señora del segundo, se había mostrado tan amoroso, que la pobre Octavia, tumbada con demasiada violencia contra el ángulo de un escalón, se había fracturado un hombro. De aquí la justacólera de la madre, que amenazó con un terrible escándalo, á pesar de las lágrimas de la muchacha, confesando que ella había consentido y que tendría mucha pena si llevaban á la cárcel al caballero. Entonces la madre se calló, contentándose con exigir de éste una suma de seiscientos francos, repartida en doce pagarés, cincuenta francos por mes, durante un año; y en ello no había habido venta vergonzosa, la cosa era modesta, porque su hija, que acababa su aprendizaje de modista, no ganaba nada, enferma en cama, gastando mucho, y tan mal cuidada por otra parte, que, habiéndosele contraído los músculos del brazo, quedaba inutilizada. Antes del fin del primer mes, el caballero había desaparecido sin dejar sus señas. Y las desgracias continuaron cayendo como una granizada: Octavia daba á luz un niño, perdía á su madre y caía en una mala vida, en una gran miseria. Habiendo ido á parar á la *Cité de Nápoles*, á casa de su prima, corría las calles hasta los veintiséis años, no pudiendo servirse de su brazo, vendiendo algunas veces

limones en los mercados, desapareciendo durante semanas enteras con hombres, que la despedían borracha y llena de cardenales. En fin, el año anterior había tenido la suerte de reventar, á consecuencia de una escapatoria más arriesgada que las otras. Y la Mechain se vió obligada á quedarse con el niño, Víctor; y de toda aquella aventura no quedaban más que los doce pagarés no pagados, con la firma de Sicardot. Jamás se había podido saber más: el caballero se llamaba Sicardot.

Con un nuevo gesto, Busch cogió el legajo Sicardot, una delgada carpeta de papel gris. No se había hecho ningún gasto, y no había allí más que los doce pagarés.

—¡Y todavía si Víctor fuera bueno!—decía lamentándose la vieja.—Pero figuráos un muchacho que espanta.... ¡Ah! es muy duro tener estas herencias: un pilluelo que acabará en la guillotina, y esos pedazos de papel de que nunca sacaré nada.

Busch fijaba con obstinación sus ojos sin color sobre los pagarés. ¡Cuántas veces los había estudiado de aquel modo, esperando descubrir un indicio en un detalle no advertido, en la forma de las letras, hasta en el grano del papel sellado! Parecíale que aquella escritura fina y puntiaguda no le era desconocida.

—¡Es curioso!—repitió una vez más.—Seguramente he visto antes *a* y *o* parecidas, tan alargadas que semejan *i*.

Llamaron precisamente en aquel momento,

y rogó á la Mechain que alargase la mano para abrir, porque la habitación daba directamente á la escalera. Había que atravesarla para pasar á la otra, á la que daba á la calle. La cocina, un agujero sin aire, estaba al otro lado de la meseta de la escalera.

—Entrad, señor.

Y entró Saccard, sonriendo, divertido interiormente por la placa de cobre colocada sobre la puerta, que ostentaba en letras negras la palabra: *Contencioso*.

—¡Ah! sí, señor Saccard, venís para aquella traducción.... Mi hermano está allí, en la otra pieza.... Entrad, entrad pues.

Pero la Mechain obstruía por completo el paso, y contemplaba al recién llegado, absorta, con aire de sorpresa. Hubo necesidad de toda una maniobra: él retrocedió á la escalera, y ella misma tuvo que salir haciéndose á un lado en la meseta, de modo que él pudiese volver á entrar y pasar al fin á la habitación vecina, donde desapareció. Durante aquellas evoluciones ella no había dejado de mirarle.

—¡Oh!—suspiró sofocada—jamás había yo visto tan bien á ese señor Saccard.... Víctor es todo su retrato.

Busch, sin comprender al pronto, la miraba. Luego, iluminado bruscamente, ahogó un juramento.

—¡Voto á Dios! ¡Eso es.... ya sabía yo que había visto esto en alguna parte!

Y entonces se levantó, removió los legajos, y acabó por encontrar una carta que Saccard le había escrito el año anterior, para pedirle un plazo en favor de una señora insolvente. Comparó vivamente la escritura de los pagarés con la de aquella carta: eran las mismas *a* y las mismas *o*, que se habían hecho con el tiempo aún más alargadas; y había también una identidad de mayúsculas evidente.

—Es él, es él—repetía.—Sólo que, veamos: ¿por qué Sicardot? ¿por qué no Saccard?

Pero despertábase en su memoria una historia confusa, el pasado de Saccard, que un día le había contado un agente de negocios, llamado Larsonneau, hoy millonario: Saccard llegando á París al día siguiente del golpe de Estado, viniendo á explotar el poder naciente de su hermano Rougon, y, al principio, su miseria en las sombrías calles del antiguo barrio latino, y luego su rápida fortuna, después de su oscuro matrimonio, cuando tuvo la suerte de enterrar á su mujer. En aquellos principios difíciles fué cuando cambió su nombre de Rougon por el de Saccard, transformando simplemente el nombre de aquella primera mujer, que se llamaba Sicardot.

—Sí, sí, Sicardot, lo recuerdo perfectamente—murmuró Busch.—Tuvo el valor de firmar los pagarés con el nombre de su mujer. Sin duda el matrimonio había dado este nombre al llegar á la calle de la Harpe. Y después, el perdido acudía

á toda clase de precauciones, debía tomar el portante á la menor alarma.... ¡Ah, no buscaba más que los escudos, y tumbaba además á las muchachas en las escaleras! Esto es estúpido, esto acabará por darle una mala vuelta.

—¡Chut, chut!—dijo la Mechain.—Ya lo tenemos, se puede decir que hay un buen Dios. Al fin voy á ser recompensada de todo lo que he hecho por ese pobre Víctor, á quien amo mucho, creedme, aunque es incorregible.

Estaba radiante, sus ojillos chispeaban en su rostro mantecoso.

Pero Busch, después del acaloramiento de aquella solución largo tiempo buscada, reflexionaba friamente, movía la cabeza. Sin duda Saccard, aunque arruinado por el momento, aún servía para ser explotado. Podían haber dado con un padre que ofreciera menos ventajas. Sólo que no se dejaría dar disgustos, era hombre listo. Y luego, seguramente no sabía que tenía un hijo, y podría negar, aun á pesar del extraordinario parecido que asombraba á la Mechain. Por lo demás, estaba viudo por segunda vez, libre, no tenía que dar cuentas de su pasado á nadie; de suerte que, aún aceptando al pequeño, no era posible explotar contra él ningún miedo, ninguna amenaza. Cuanto á no sacar de su paternidad más que los seiscientos francos de los pagarés, era en verdad una miseria y no valía la pena de haber sido tan ayudados milagrosamente por el azar. ¡No, no! Había que reflexionar, estudiar el

asunto, encontrar la manera de segar la mies en sazón.

—No nos apresuremos—concluyó Busch.— Por lo demás, ahora está caído, démosle tiempo para levantarse otra vez.

Y, antes de despedir á la Mechain, acabó de examinar con ella los menudos asuntos de que estaba encargada: una joven que había empeñado sus alhajas para un amante; un yerno cuya deuda pagaría su suegra, su querida, si sabían manejarse; en fin, las variedades más delicadas del cobro tan complejo y tan difícil de créditos.

Saccard, al entrar en la habitación vecina, había quedado deslumbrado un momento por la viva claridad de la ventana, con sus cristales llenos de sol, sin cortinas. Aquella habitación, tapizada con un papel descolorido á florecillas azules, estaba desnuda: nada más que una pequeña cama de hierro en un rincón, una mesa de pino en medio, y dos sillas de paja. A lo largo del pasillo de la izquierda, tablas apenas cepilladas servían de biblioteca, cargadas de libros, de folletos, de periódicos, de papeles de todas clases. Pero la viva luz del cielo, en tales alturas, daba á aquella desnudez como una alegría de juventud, una sonrisa de fresca ingenuidad. Y allí estaba el hermano de Busch, Segismundo, un joven de treinta y cinco años, imberbe, de cabellos castaños, largos y claros, sentado delante de la mesa, su ancha frente en sus delgadas manos, tan absorto en la lectura

de un manuscrito, que no volvió la cabeza, no habiendo oído abrirse la puerta.

Era una inteligencia aquel Segismundo, educado en las universidades alemanas, y que además del francés, su lengua materna, hablaba el alemán, el inglés y el ruso. En 1849, en Colonia, había conocido á Karl Marx, y había sido el redactor más querido de su *Nouvelle Gazette Rhénane*; y desde entonces se habían fijado sus ideas, profesando el socialismo con una fé ardiente, habiendo consagrado su vida entera á la idea de una próxima renovación social, que debía asegurar la felicidad de los pobres y de los humildes. Desde que su maestro, expulsado de Alemania, obligado á emigrar de París á consecuencia de las jornadas de Junio, vivía en Londres, esforzándose por organizar su partido, él por su parte vegetaba, entregado á sus sueños, de tal modo indiferente á la vida material, que seguramente se habría muerto de hambre si su hermano no lo hubiera recogido en la calle Feydeau, cerca de la Bolsa, dándole la idea de utilizar sus conocimientos de idiomas para establecerse como traductor. Aquel hermano mayor adoraba al menor con una pasión maternal; lobo feroz con sus deudores, muy capaz de robar diez sueldos en la sangre de un hombre, pero enterneciéndose en seguida hasta llorar, con una ternura apasionada y minuciosa de mujer, así que se trataba de aquel joven distraído, que seguía siendo niño. Le había dejado la pieza grande



que daba á la calle; servíale como una criada; limpiaba su extraño menaje, barriendo, haciendo las camas, ocupándose de la comida que subían dos veces al día de un pequeño restaurant vecino. Él, tan activo, con la cabeza ocupada con mil asuntos, lo toleraba ocioso, porque las traducciones no adelantaban interrumpidas por trabajos personales; y hasta le prohibía trabajar, inquieto por una mala tosecilla; y, con su apego al dinero, con su criminal codicia, que fundaba en la conquista del dinero la única razón de vivir, sonreía indulgentemente á las teorías del revolucionario, le abandonaba el capital, como un juguete á un niño, decidido á vérselo romper.

Segismundo, por su parte, ni siquiera sabía lo que hacía su hermano en la pieza vecina. Ignoraba del todo aquel horrible negocio sobre los valores sin circulación y sobre la compra de créditos; vivía más alto, en su sueño soberano de justicia. La idea de caridad le hería, le ponía fuera de sí: la caridad era la limosna, la desigualdad consagrada por la bondad; y no admitía más que la justicia, los derechos de todos reconquistados, afirmados en inmutables principios de la nueva organización social. Así, siguiendo á Karl Marx, con quien estaba en continua correspondencia, consumía sus días estudiando aquella organización, modificando, mejorando sin cesar en el papel la sociedad de mañana, cubriendo de cifras inmensas páginas, basando en la ciencia todo el complicado anda-

miaje de la dicha universal. Retiraba el capital á unos para repartirlo entre todos, removía millares de millones, modificaba de una plumada la fortuna del mundo, y esto, en aquella habitación desnuda, sin otra pasión que su sueño, sin una necesidad de goce que satisfacer, siendo de una frugalidad tal, que su hermano tenía que incomodarse para que bebiese vino y comiese carne. Quería que el trabajo de cada hombre, medido según sus fuerzas, asegurase la satisfacción de sus apetitos: él se mataba á trabajar y vivía con nada. Un verdadero sabio, exaltado en el estudio, desprendido de la vida material, muy dulce y muy puro. Desde el último otoño, tosía cada vez más, la tisis lo invadía, sin que siquiera se dignase advertirlo y cuidarse.

Habiendo hecho Saccard un movimiento, levantó al fin Segismundo sus ojos de mirada vaga, y se asombró, aunque conocía al visitante.

—Le traigo una carta que traducir.

La sorpresa del joven aumentaba, porque había ahuyentado á los clientes, los banqueros, los especuladores, los agentes de cambio, todo ese mundo de la Bolsa que recibe, particularmente de Inglaterra y de Alemania, numerosa correspondencia, circulares, estatutos de sociedades.

—Sí, una carta en ruso. ¡Oh, nada más que diez líneas!

Tendió entonces la mano, por ser el ruso su especialidad, y Segismundo el único que lo traducía corrientemente, entre todos los demás tra-

ductores del barrio, que vivían del alemán y del inglés. La rareza de documentos rusos en el mercado de París, explicaba sus largas faltas de trabajo.

Leyó en alta voz la carta, en francés. Era, en tres frases, una respuesta favorable de un banquero de Constantinopla, un sencillo sí, en un negocio.

—¡Ah, gracias!—exclamó Saccard, que pareció muy satisfecho.

Y suplicó á Segismundo que le escribiese la traducción en el revés de la carta. Pero el joven fué acometido de un furioso acceso de tos, que ahogó en su pañuelo para no alarmar á su hermano, que acudía así que le oía toser. Después, pasada la crisis, se levantó y abrió la ventana de par en par, sofocado, queriendo respirar el aire libre. Saccard que se le había aproximado, miró hacia afuera, y lanzó una ligera exclamación:

—¡Calle, se ve desde aquí la Bolsa! ¡Qué aspecto tiene desde esta altura!

Jamás, en efecto, la había visto de aquel modo tan singular, como á vista de pájaro, con las cuatro pendientes de zinc de su techo extraordinariamente desarrolladas, erizadas de un bosque de chimeneas. Las puntas de los pararrayos alzábanse parecidas á gigantescas lanzas amenazando al cielo. Y el monumento mismo, no era más que un cubo de piedra, estriado regularmente por las columnas, un cubo de un gris sucio, desnudo y feo. Pero lo que sobre todo le

asombraba, eran las gradas y el peristilo, salpicados de hormigas negras, todo un hormiguero en revolución, agitándose en un movimiento enorme, que no se explicaba desde arriba y que daba compasión.

—¡Cómo se empequeñece eso!—añadió.—Se diría que puede uno cogerlos á todos en la mano de un puñado.

Después, conociendo las ideas de su interlocutor, continuó riendo:

—¿Cuándo echáis á rodar todo eso de un puntapié?

Segismundo se encogió de hombros.

—¿Para qué? Vosotros mismos os destrozáis.

Y poco á poco se animó, desbordado el asunto que llenaba su sér. Una necesidad de proselitismo lo lanzaba, á la menor palabra, á la exposición de su sistema.

—Sí, sí, trabajáis para nosotros, sin sospecharlo..... Sois unos cuantos usurpadores que expropiáis á la masa del pueblo, y cuando estéis hartos no tendremos más que expropiaros á nuestra vez..... Todo acaparamiento, toda centralización, conduce al colectivismo. Vosotros nos dáis una lección práctica, de la misma manera que las grandes propiedades absorbiendo los pedazos de tierra, los grandes productores devorando á los obreros, las grandes casas de crédito matando toda competencia, engordando con la ruina de los pequeños bancos y de las pe-

queñas tiendas, son pasos lentos, pero seguros, hacia el nuevo estado social.... Nosotros esperamos que todo se derrumbe, que la forma de producción actual traiga el intolerable malestar de sus últimas consecuencias. Entonces nos ayudarán los burgueses y los campesinos mismos.

Saccard, lleno de interés, le miraba con vaga inquietud aunque lo tomaba por un loco.

—Pero, en fin, explicadme en qué consiste vuestro colectivismo.

—El colectivismo es la transformación de los capitales privados, que viven de las luchas de la concurrencia, en un capital social unitario, explotado por el trabajo de todos... Figuráos una sociedad en la que los instrumentos de producción son propiedad de todos, donde todo el mundo trabaja según su inteligencia y su vigor, y donde los productos de esta cooperación social son distribuidos á todos, á prorrata de su esfuerzo. ¿Verdad que no hay nada más sencillo? Una producción común en las fábricas, en los almacenes, en los talleres de la nación; después un cambio, un pago en especie. Si hay exceso de producción se le pone en depósitos públicos, de donde se le saca para llenar los déficits que puedan producirse. Es una balanza por hacer... Y esto abate el árbol podrido, como de un hacha. No más competencia, no más capital privado, y, por consiguiente, no más negocios de ninguna clase, ni mercados, ni Bolsas. La idea de la ganancia ya no tiene ningún sentido. Las

fuentes de la especulación, de las rentas ganadas sin trabajar, quedan cegadas.

—¡Oh, oh!—interrumpió Saccard.—¡Eso cambiaría de modo endiablado las costumbres de muchas gentes! ¿Pero qué haréis con los que hoy tienen rentas?... ¿Le quitaréis á Gundermann sus millones?

—De ningún modo, no somos ladrones. Le compraríamos sus mil millones, todos sus valores, sus títulos de renta, con bonos de consumo, divididos en anualidades. Imagináos ese capital inmenso reemplazado así por una riqueza sofocante de medios de consumo: en menos de cien años los descendientes de vuestro Gundermann se verían reducidos, como los demás ciudadanos, al trabajo personal, porque las anualidades acabarían por agotarse, y no habrían podido capitalizar sus economías forzosas, en ese amontonamiento de provisiones, aun admitiendo que se conserve intacto el derecho de herencia... Os digo que esto acaba de un escobazo no sólo con los negocios individuales, las sociedades por acciones, las asociaciones de capitales privados, sino también con todas las fuentes indirectas de rentas, todos los sistemas de crédito, préstamo, alquileres, arriendos... Ya no hay otra medida de valor que el trabajo. El salario queda naturalmente suprimido; no siendo, en el estado capitalista actual, equivalente al producto exacto del trabajo, puesto que jamás representa más que lo que es estrictamente necesario al trabajador

para su diario sustento. Y hay que reconocer que el estado actual es el único culpable, porque el patrón más honrado se ve obligado á seguir la dura ley de la competencia, á explotar á sus obreros, si quiere vivir. Hay que destruir todo nuestro sistema social... ¡Ah, Gundermann ahogándose bajo el peso de sus bonos de consumo, los herederos de Gundermann no pudiendo llegar á comerlo todo, obligados á dar y á tomar el pico ó la herramienta como los compañeros!

Y Segismundo soltó una carcajada de colegial en recreo, siempre en pie al lado de la ventana, con las miradas en la Bolsa, donde se agitaba el negro hormiguero del juego. Sus pómulo se ponían encendidos, gozando sólo con imaginar de aquel modo las placenteras ironías de la justicia del mañana.

El malestar de Saccard había aumentado. ¡Si aquel soñador diría verdad, sin embargo! ¿Habría adivinado el porvenir? Explicaba cosas que parecían muy claras y sensatas.

—¡Bah!—murmuró para tranquilizarse.—Todo eso no sucederá el año que viene.

—Ciertamente—continuó el joven.—Estamos en el período transitorio, en el período de agitación. Acaso habrá violencias revolucionarias que son con frecuencia inevitables. Pero las exageraciones, los arrebatos son pasajeros.... ¡Oh! no se me ocultan las grandes dificultades inmediatas. Todo este porvenirsoñado parece imposible, porque no se puede dar á las gentes una idea razona-

ble de esa sociedad futura, esa sociedad de justo trabajo, cuyas costumbres serán tan distintas de las nuestras. Es como otro mundo en otro planeta.... Y luego, hay que confesarlo: la reorganización no está preparada, todavía andamos estudiándola. Yo, que apenas duermo, empleo en ello mis noches. Es cierto que se nos puede decir: «Si las cosas son como son, es porque la lógica de los hechos humanos las ha hecho así.» Por eso ¡qué trabajo para volver el río á su nacimiento y dirigirlo por otro cauce!.... Ciertamente que el estado social presente ha debido su prosperidad secular al principio individualista, que la emulación, el interés personal desarrolla una fecundidad de producción sin cesar renovada. ¿Llegará el colectivismo á esta fecundidad? ¿Cuál será el medio de activar la función productora del trabajador, cuando la idea del lucro haya desaparecido? Aquí está, en mi concepto, la duda, la angustia, el terreno débil en que es preciso que luchemos, si queremos que el socialismo triunfe algún día.... Pero venceremos, porque somos la justicia. ¡Mirad! ¿Veis ese monumento.... lo veis?

—¡La Bolsa!—dijo Saccard.—¡Pardiez, sí, la veo!

—¡Pues bien! Sería una necedad volarla, porque sería reedificada en otra parte.... Únicamente os predigo que desaparecerá por sí misma, cuando la expropie el Estado, convertido lógicamente en el único y universal banco de la

nación; y ¿quién sabe? entonces servirá de almacén público de nuestras riquezas excesivamente grandes, uno de los graneros de abundancia donde nuestros nietos encontrarán el lujo de sus días de fiesta.

Con un expresivo gesto, Segismundo abrió ese porvenir de dicha general. Y se había exaltado de tal modo que le acometió un nuevo acceso de tos, vuelto á su mesa, con los codos entre los papeles, y la cabeza entre las manos, para sofocar el ronquido desgarrado de su garganta. Pero aquella vez no se calmaba. Se abrió la puerta bruscamente y acudió Busch, que había despedido á la Mechain, con la cara angustiada, sufriendo él mismo con aquella tos horrorosa. Sin detenerse, se inclinó y cogió á su hermano entre sus brazos como á un niño.

—Vamos, pequeño mío, ¿qué es lo que tienes, qué te ahoga? Quiero que llames á un médico. Esto no es razonable..... Seguramente habrás hablado demasiado.

Y miraba de reojo á Saccard, que permanecía en medio de la habitación, decididamente trastornado por lo que acababa de oír de boca de aquel gran demonio tan apasionado y tan enfermo, que, desde lo alto de su ventana, parecía echar un maleficio sobre la Bolsa, con su empeño de barrerlo todo para reconstruirlo todo.

—Gracias, os dejo—exclamó, sintiendo prisa de encontrarse fuera.—Enviadme mi carta, con

las diez líneas de traducción..... Espero otras, y ya lo arreglaremos todo á la vez.

Pero la crisis había pasado, y Busch lo retuvo un instante todavía.

—A propósito: la señora que estaba ahí hace un momento os ha conocido en otro tiempo, ¡oh! hace mucho.

—¡Ah! ¿Y dónde?

—En la calle de la Harpe, el 52.

Por dueño que fuera de sí, Saccard se puso pálido. Un estremecimiento nervioso agitó sus labios. No porque recordase en aquel momento á la muchacha de la escalera: ni siquiera había sabido que quedase embazarada, é ignoraba la existencia del niño. Pero el recuerdo de los miserables años de sus comienzos le desagradaba siempre.

—¡Calle de la Harpe! ¡Oh! no habité en ella más que ocho días, cuando mi llegada á París, el tiempo necesario para buscar casa..... ¡Hasta la vista!

—¡Hasta la vista!—acentuó Busch que se engañó, viendo una confesión en aquella turbación, y que estudiaba ya el modo de explotar la aventura.

De nuevo en la calle, Saccard volvió maquinalmente hacia la plaza de la Bolsa. Iba todo tembloroso, y ni siquiera miró á la graciosa señora Conín, cuya linda cabecita rubia sonreía en la puerta de la tienda. En la plaza, la agitación había aumentado, el clamor del juego venía á batir las

aceras llenas de gente, con la violencia desbordada de la marea alta. Era la agitación de las tres menos cuarto, la lucha de los últimos precios, la furia por saber quién se iría con las manos llenas. Y en pie, en la esquina de la calle de la Bolsa, enfrente del peristilo, creía reconocer en el confuso tropel, entre las columnas, al bajista Moser y al alcista Pillerault, los dos interesados en la refriega; mientras que creía oír, saliendo del fondo de la gran sala, la voz aguda del agente Mazaud, que cubrían por momentos los gritos de Nathansohn, sentado debajo del reloj, en el *corro*..... Salpicóle un carruaje que llegaba á escape; y de él saltó Massias, aun antes de que el cochero hubiera parado los caballos, y subió las gradas de un brinco, llevando, sin aliento, la última orden de un cliente.

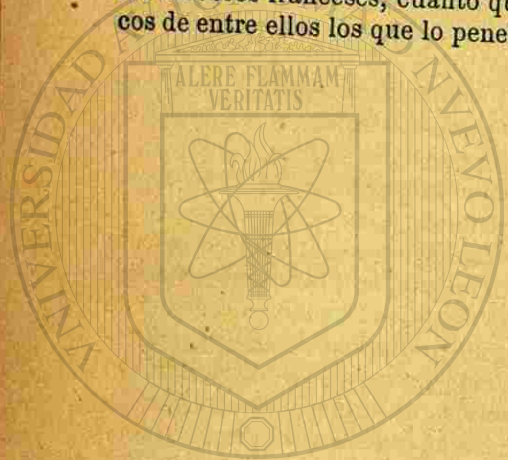
Y Saccard, inmóvil y en pie, con los ojos fijos allá arriba en la baraúnda, examinaba su vida, estimulado por el recuerdo de sus comienzos que la pregunta de Busch acababa de despertar. Recordaba la calle de la Harpe, después la calle Saint-Jacques, donde había arrastrado sus botas destrozadas de conquistador aventurero desembarcado en París para someterlo; y se llenaba de furor á la idea de que aún no lo había sometido, de que estaba de nuevo en el arroyo, acechando la fortuna, insaciado, torturado por un hambre de goce tal como no la había sentido antes. Con razón lo decía aquel loco de Segismundo: el trabajo no puede hacer vivir, sólo trabajan los imbéciles y

los miserables para engordar á los demás. No había más que el juego, el juego, que de la noche á la mañana, da, de un golpe, el bienestar, el lujo, la vida regalada, la vida entera. Si este viejo mundo social debía derrumbarse algún día, ¿es que un hombre como él no encontraría tiempo y espacio para colmar sus deseos antes de la catástrofe?

Tropezó contra él un transeunte, que ni siquiera se volvió para excusarse. Y reconoció en él á Gundermann, que daba su paseito higiénico, y le vió entrar en una confitería, de donde aquel rey del oro llevaba algunas veces una caja de bombones de á franco á sus nietas. Y aquel codazo, en aquel momento, con la fiebre que se iba apoderando de él desde que andaba alrededor de la Bolsa, fué como el latigazo, el empujón decisivo. Había acabado de cercar la plaza, daría el asalto. Aquello era como el juramento de una lucha sin cuartel; no abandonaría la Francia, convocaría á su hermano, jugaría la partida suprema, un terrible golpe de audacia que pondría á París bajo sus plantas ó que lo lanzaría al arroyo hecho pedazos.

Hasta la clausura, Saccard continuó impertérrito, en pie en su puesto de observación y de amenaza. Vió desocuparse el peristilo y cubrirse las gradas con la lenta desbandada de toda aquella gente ardorosa y cansada. Alrededor suyo continuaba la invasión de la calle, una ola no interrumpida de gentes, la eterna multitud que ex-

plotar, los accionistas de mañana, que no podían pasar por delante de aquella gran lotería de la especulación sin volver la cabeza, deseando y temiendo lo que allí se hacía, ese misterio de las operaciones financieras, tanto más atractivo para los cerebros franceses, cuanto que son muy pocos de entre ellos los que lo penetran.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

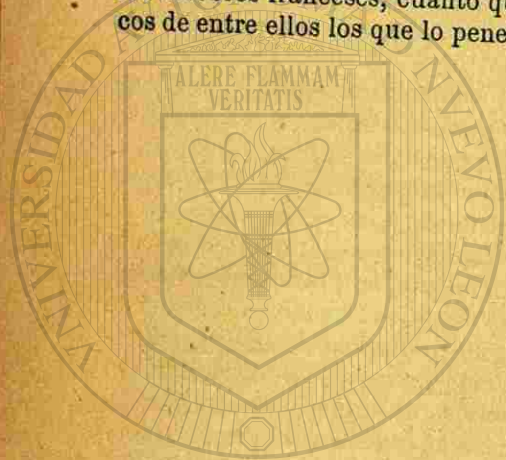
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## II

Después de su último y desastroso negocio de terrenos, cuando Saccard dejó su palacio del parque Monceaux, abandonándolo á sus acreedores, su primera idea fué refugiarse en casa de su hijo Máximo. Este, acaecida la muerte de su mujer, que dormía el último sueño en un pequeño cementerio de la Lombardía, ocupaba sólo un hotel de la avenida de la Emperatriz, donde había organizado su vida con sabio y feroz egoismo; comiase allí la fortuna de la muerta sin cometer una falta, como mozo de salud débil, madurado precozmente por el vicio. Y sin vacilar negóse á recibir á su padre en su casa, para continuar viviendo los dos en buena armonía, según explicaba sonriendo maliciosamente.

Desde entonces Saccard pensó en otro retiro. Iba á alquilar una casita en Passy, un asilo burgués de comerciante retirado, cuando se acordó de que el piso bajo y el primer piso del hotel de

plotar, los accionistas de mañana, que no podían pasar por delante de aquella gran lotería de la especulación sin volver la cabeza, deseando y temiendo lo que allí se hacía, ese misterio de las operaciones financieras, tanto más atractivo para los cerebros franceses, cuanto que son muy pocos de entre ellos los que lo penetran.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## II

Después de su último y desastroso negocio de terrenos, cuando Saccard dejó su palacio del parque Monceaux, abandonándolo á sus acreedores, su primera idea fué refugiarse en casa de su hijo Máximo. Este, acaecida la muerte de su mujer, que dormía el último sueño en un pequeño cementerio de la Lombardía, ocupaba sólo un hotel de la avenida de la Emperatriz, donde había organizado su vida con sabio y feroz egoismo; comiase allí la fortuna de la muerta sin cometer una falta, como mozo de salud débil, madurado precozmente por el vicio. Y sin vacilar negóse á recibir á su padre en su casa, para continuar viviendo los dos en buena armonía, según explicaba sonriendo maliciosamente.

Desde entonces Saccard pensó en otro retiro. Iba á alquilar una casita en Passy, un asilo burgués de comerciante retirado, cuando se acordó de que el piso bajo y el primer piso del hotel de



Orviedo, en la calle de San Lázaro, seguían desocupados, cerradas puertas y ventanas. La princesa de Orviedo, instalada en tres piezas del segundo desde la muerte de su marido, ni siquiera había hecho poner tablilla en la gran puerta cochera, invadida por la hierba. Una puerta baja, al otro extremo de la fachada, conducía al piso segundo por una escalera de servicio. Y á menudo, en relaciones de negocios con la princesa, en las visitas que la hacía, Saccard había mostrado asombro por el poco cuidado que ella ponía en los rendimientos de su finca. Pero la princesa movía la cabeza; tenía sus ideas sobre las cosas de dinero. Sin embargo, cuando él se presentó para alquilarla á su nombre, consintió inmediatamente, y le cedió, mediante un alquiler irrisorio de diez mil francos, aquel piso bajo y aquel primero de instalación regia que valían ciertamente el doble.

Se recordaba el fausto desplegado por el príncipe de Orviedo. Había venido de España en el período álgido de su inmensa fortuna, desembarcando en París en medio de una lluvia de millones, y compró é hizo reparar este hotel, mientras alzaba el palacio de mármol y de oro con que pensaba asombrar al mundo. La construcción databa del siglo pasado, una de esas casas de recreo levantadas en medio de vastos jardines por señores galantes; pero demolida en parte, reedificada con proporciones más severas, no había conservado de su parque de otros tiem-

pos más que un ancho patio rodeado de cuadras y de cocheras, que seguramente haría desaparecer la proyectada calle del Cardenal Fesch. El príncipe la había adquirido de la testamentaria de una señorita Saint-Germain, cuya propiedad se extendía en otro tiempo hasta la calle de los Tres Hermanos, la antigua prolongación de la calle Taitbout. Por lo demás, el hotel había conservado su entrada por la calle de San Lázaro, al lado de una gran construcción de la misma época, la Folie-Beauvilliers de otros tiempos, que los Beauvilliers ocupaban todavía después de una lenta ruina, poseyendo un resto de admirable jardín, magníficos árboles, condenados también á desaparecer en la próxima transformación del barrio.

En medio de su desastre llevaba Saccard tras sí una cola de criados, los restos de su numerosa servidumbre: un ayuda de cámara, un jefe de cocina y su mujer encargada de la ropa blanca, otra mujer que había quedado no se sabía para qué, un cochero y dos palafreneros; puso en las cuadras y en las cocheras dos caballos y tres carruajes, é instaló en el piso bajo un refectorio para sus gentes. Era hombre que no tenía quinientos francos contantes en su caja, pero que vivía con un tren de casa de dos ó trescientos mil francos por año. Así encontraba el modo de ocupar las vastas habitaciones del primer piso, los tres salones, las cinco alcobas, sin contar el inmenso comedor donde había una mesa para

cincuenta cubiertos. Allí era donde en otro tiempo abría una puerta que daba á la escalera interior, conduciendo al segundo piso, á otro comedor más pequeño; y la princesa, que había alquilado recientemente esta parte del segundo á un ingeniero, el señor Hamelin, un soltero que vivía con su hermana, se había limitado á hacer condenar la puerta con dos fuertes tornillos. Ella hacía uso, lo mismo que este inquilino, de la antigua escalera de servicio, mientras que Saccard disfrutaba él sólo la gran escalera. Este amuebló en parte algunas piezas con los despojos del parque Monceaux, dejó las otras vacías, y consiguió, sin embargo, dar vida á aquellos tristes y desnudos muros, de los que una mano obstinada parecía haber arrancado hasta los menores trozos de tapicería desde el día siguiente al de la muerte del príncipe. Y pudo comenzar de nuevo el sueño de una gran fortuna.

La princesa de Orviedo era á la sazón una de las curiosas fisonomías de París. Quince años antes se había resignado á casarse con el príncipe, á quien no amaba, obedeciendo á una orden formal de su madre la duquesa de Combeville. En dicha época, aquella joven de veinte años tenía una gran fama de belleza y de discreción, muy religiosa, un poco grave, aunque amando con pasión la sociedad. Desconocía las historias singulares que corrían acerca del príncipe, los orígenes de su regia fortuna, evaluada en trescientos millones, toda una vida de robos espan-

tosos, no al volver una esquina, á mano armada, como los nobles aventureros de otros tiempos, sino con toda la corrección del bandido moderno, á la luz del sol de la Bolsa, en el bolsillo del pobre mundo crédulo, entre las ruinas y la muerte. Allá en España, y aquí en Francia, el príncipe había sacado, durante veinte años, la parte del león en todas las grandes canalladas que se habían hecho legendarias. Aunque no sospechaba nada del lodo y de la sangre donde había amasado tantos millones, ella experimentó hacia él, desde el primer encuentro una repugnancia que su religiosidad no pudo vencer; y bien pronto se unió á aquella antipatía una rabia sorda y creciente por no haber tenido un hijo de aquel matrimonio realizado por obediencia. Le habría bastado la maternidad, porque adoraba los niños; y llegaba hasta el odio contra el hombre que después de haber desesperado á la amante ni siquiera podía contentar á la madre. Aquel fué el momento en que se vió á la princesa lanzarse en un lujo inaudito, cegar á París con el brillo de sus fiestas, llevar un fastuoso tren que las Tullerías envidiaban, según se decía. Bruscamente, después de la muerte del príncipe, herido por una apoplejía, el hotel de la calle de San Lázaro había caído en un silencio absoluto, en una oscuridad completa. Ni una luz, ni un ruido, las puertas y ventanas seguían cerradas, y corrió el rumor de que la princesa, en seguida de desamueblar violen-

tamente el piso bajo y el primero, se había retirado, como una reclusa, á tres pequeñas piezas del segundo con una antigua doncella de su madre, la vieja Sofía, que la había criado. Cuando reapareció, vestía un sencillo traje de lana negro y llevaba los cabellos ocultos bajo un fichú de encaje, linda y apetitosa siempre, con su frente estrecha, su graciosa cara redonda con dientes de perlas entre apretados labios, pero con la tez pálida, el rostro mudo, impregnado de una voluntad única, como una religiosa ya de largo tiempo enclaustrada. Acababa de cumplir treinta años, y desde entonces no vivió más que para inmensas obras de caridad.

La sorpresa fué grande en París y circularon toda clase de historias extraordinarias. La princesa había heredado la fortuna total, los famosos trescientos millones de que se ocupaban hasta las crónicas de los periódicos. Y la leyenda que corrió como cosa cierta era muy romántica. Una noche cuando la princesa iba á acostarse, un hombre, un desconocido vestido de negro, apareció de repente en la alcoba, sin que nunca se pudiera saber por qué puerta secreta había entrado, ni nadie supo lo que aquel hombre le había dicho; pero debió revelarle el abominable origen de los trescientos millones, acaso exigiéndole el juramento de reparar tantas iniquidades si quería evitar horribles catástrofes. Y el hombre desapareció en seguida. Hacía cinco

años que se encontraba viuda, y, ya fuera por obedecer una orden ó más bien porque su honradez se hubiera sublevado al conocer el secreto de su fortuna, lo cierto es que no vivía más que en una ardiente fiebre de desprendimiento y de reparación. En aquella mujer que no había sido amante y que no había podido ser madre, todas las ternuras contenidas, sobre todo el amor abortado al niño, estallaban en una verdadera pasión por los pobres, por los débiles, los desheredados, los enfermos, aquellos de quienes ella creía detentar los millones robados, aquellos á quienes juraba restituirlos regiamente, en lluvia de limosnas. Desde entonces se apoderó de ella una idea fija, que entró en su cabeza como un clavo: consideróse únicamente como un banquero, en cuya casa los pobres habían depositado trescientos millones, para que fuesen empleados de la mejor manera; en adelante ya no fué más que un cajero, un hombre de negocios, viviendo en los números, en medio de un pueblo de notarios, de arquitectos y de obreros. Había instalado en otra parte una gran oficina con una veintena de empleados. En su casa, en sus tres pequeñas piezas, no recibía más que á cuatro ó cinco intermediarios, sus ayudantes; y pasaba allí los días, en su bufete, como un director de grandes contratas, aislada de los importunos, entre un montón de papeles que la cubrían. Su sueño era aliviar todas las miserias, desde el niño que sufre por haber nacido, hasta el viejo

que no puede morir sin sufrimientos. Durante aquellos cinco años, tirando el oro á puñados, había fundado, en la Villette, el Asilo de Santa María, con cunas blancas para los niños más pequeños y camas azules para los mayores, una vasta y clara instalación que frecuentaban ya trescientos niños; una casa para huérfanos en Saint-Mandé, el Asilo de San José, donde cien niños y cien niñas recibían una educación y una instrucción como la que se da en las familias burguesas; en fin, un asilo para viejos, en Chatillon, que podía admitir cincuenta hombres y cincuenta mujeres, y un hospital de doscientas camas en un arrabal, el hospital Saint-Marceau, cuyas salas acababan de ser abiertas. Pero su obra preferida, la que absorbía en aquel momento todo su corazón, era la Obra del Trabajo, una creación suya, una casa que debía reemplazar á la casa de corrección, donde trescientos niños, ciento cincuenta hembras y ciento cincuenta varones, recogidos en las calles de París, en el vicio y en el crimen, serían regenerados con buenos cuidados y con el aprendizaje de un oficio. Estas diversas fundaciones, dones considerables, una loca prodigalidad en la caridad, le habían consumido cerca de cien millones en cinco años. Algunos años más de aquella manera y quedaría arruinada, sin haberse reservado siquiera la pequeña renta necesaria para el pan y la leche conque vivía ahora. Cuando su anciana criada Sofia, saliendo de su continuo silencio, la reñía

con una frase severa, profetizándola que moriría en la calle, dibujábase en sus labios descoloridos una suave sonrisa, la única que apareció en ellos en adelante, una divina sonrisa de esperanza.

Precisamente con ocasión de la Obra del Trabajo fué como Saccard hizo el conocimiento de la princesa de Orviedo. Era él uno de los propietarios del terreno comprado para esta Obra, un antiguo jardín plantado de hermosos árboles que lindaba con el parque de Neuilly y que bordeaba el boulevard Bineau. Habíale gustado por su manera de tratar los negocios, y quiso volver á verlo, á consecuencia de ciertas dificultades con sus contratistas. El mismo se había interesado en los trabajos, seducido, encantado por el plano grandioso que ella imponía al arquitecto: dos alas monumentales, la una para los niños, la otra para las niñas, ambas unidas por un cuerpo, conteniendo la capilla, la comunidad, la administración, todos los servicios, y cada una con su patio, sus talleres y sus dependencias de todas clases. Pero lo que lo entusiasmaba sobre todo, en su propio gusto de lo grande y de lo fastuoso, era el lujo desplegado, la construcción enorme y hecha de materiales á propósito para desafiar los siglos, los mármoles prodigados, una cocina revestida de magníficos azulejos, donde se hubiera podido cocer un buey, gigantescos refectorios con ricos artesonados de roble, dormitorios inundados de luz, alegres con pinturas claras, una lencería, una sala de baño y una enfermería, insta-

ladas con excesivo refinamiento; y, por todas partes amplias salidas, escaleras, corredores ventilados en verano, abrigados en invierno, y todo el edificio bañado en sol, respirando la alegría de la juventud y el bienestar de las grandes fortunas. Cuando el arquitecto, inquieto, encontrando inútil toda aquella magnificencia, hablaba de los gastos, la princesa le cerraba la boca con una palabra: ella había tenido el lujo y quería dárselo á los pobres, para que lo gozasen á su vez ellos que son el lujo de los ricos. Su idea fija era el sueño de hartar á los miserables, hacerles dormir en camas, sentarlos á la mesa de los dichosos de este mundo, no la limosna de un pedazo de pan, de un auxilio de ocasión, sino la vida desahogada en palacios donde estarían en su casa, tomando su desquite, disfrutando los placeres de los triunfadores. Pero en aquel derroche, en medio de los enormes gastos, era abominablemente robada: vivían á su costa una nube de contratistas, sin contar las pérdidas debidas á la mala vigilancia; se dilapidaba la fortuna de los pobres. Saccard fué quien le abrió los ojos, rogándole que le dejase poner las cuentas en claro, con un desinterés absoluto, por el sólo placer de dirigir aquella loca danza de millones que le entusiasmaba. Jamás se había mostrado tan escrupulosamente honrado, y en aquel asunto complicado y colosal fué el más activo, el más probo de los colaboradores, gastando su tiempo y hasta su dinero, recompensado simplemente con la ale-

gría de los millones que pasaban por entre sus manos. Apenas conocían más que á él en la Obra del Trabajo, adonde jamás iba la princesa, de la misma manera que tampoco visitaba sus otras fundaciones, escondida en el fondo de sus tres pequeñas habitaciones, como la buena diosa invisible; y él, adorado, era bendecido y objeto de la gratitud que ella parecía no querer.

Sin duda, Saccard alimentaba desde aquella época un vago proyecto, que de pronto, cuando se instaló en el hotel de Orviedo como inquilino, se precisó como un agudo deseo. ¿Por qué no se había de consagrar por completo á la administración de las buenas obras de la princesa? En el momento de duda en que se encontraba, vencido por la especulación, no sabiendo cómo rehacer su fortuna, se le aparecía como una nueva encarnación, una brusca ascensión de apoteosis, el convertirse en el dispensador de aquella regia caridad y canalizar aquel río de oro que corría por París. Con doscientos millones que quedaban, ¿qué obras se podían crear todavía, qué ciudad del milagro se podría hacer brotar del suelo! Sin contar con que él haría fructificar aquellos millones, los doblaría, los triplicaría, sabría emplearlos tan bien que sacaría de ellos un mundo. Entonces, apasionándose, no vivió más que para este embriagador pensamiento, repartirlos en limosnas sin fin, anegar con ellos la Francia dichosa; y se enternecía, prometíase ser de una perfecta probidad, ni un

suelo se le quedaría entre las manos. Aquello fué en su cerebro de visionario un idilio gigantesco, el idilio de un inconsciente, al que no se mezclaba ningún deseo de volver á sus antiguos brigandajes financieros. Tanto más cuanto que al fin veía en ello el sueño de toda su vida, la conquista de París. Ser el rey de la caridad, el dios adorado por la muchedumbre de los pobres, llegar á ser único y popular, ocupar de sí á todo el mundo; esto sobrepujaba su ambición. ¡Qué prodigios no realizaría si empleaba en ser bueno sus facultades de hombre de negocios, su astucia, su obstinación, su falta completa de preocupaciones! Tendría la irresistible fuerza que gana las batallas, el dinero, el dinero á manos llenas, el dinero que á menudo hace tanto mal y que haría tanto bien, el día en que el orgullo y el placer consistieran en darlo.

Después, agrandando todavía su proyecto, llegó Saccard á preguntarse por qué no se casaría con la princesa de Orviedo. Esto fijaría las posiciones, impediría las interpretaciones maliciosas. Durante un mes maniobró diestramente, expuso planes soberbios, creyó hacerse indispensable; y un día, con voz tranquila, candorosamente, hizo su proposición, desenvolvió su gran proyecto. Era una verdadera asociación lo que ofrecía, presentábase como el liquidador de las sumas robadas por el príncipe, se comprometía á devolverlas á los pobres decuplicadas. La princesa, con su eterno traje negro, con su

fichú de encaje en la cabeza, lo escuchó atentamente, sin que se mostrase la menor emoción en su pálido rostro. Parecíale cosas dignas de ser pensadas las ventajas que podía tener una asociación de este género, indiferente, por otra parte, á las demás consideraciones. Aplazó su respuesta para el día siguiente, y acabó por rehusar: sin duda había reflexionado que en adelante no sería la única dueña de sus limosnas, y quería disponer en ellas como soberana absoluta, hasta locamente. Pero dijo que sería para ella una dicha el conservarlo como consejero; y mostró en cuánto estimaba su preciosa colaboración, rogándole que continuara ocupándose en la Obra del Trabajo, de la que era el verdadero director.

Por espacio de una semana, sintió Saccard un violento disgusto, así como por la pérdida de una idea querida; no porque se sintiese caer otra vez en el golfo del brigandaje, sino porque de la misma manera que una novela sentimental llena de lágrimas los ojos de los borrachos más abyectos, aquel colosal idilio del bien hecho á fuerza de millones había enternecido su vieja alma de corsario. Caía una vez más y desde muy alto; parecíale encontrarse destronado. Había deseado siempre el dinero, al mismo tiempo que para satisfacer sus apetitos, para gozar de la magnificencia de una vida de príncipe, y jamás la había tenido bastante elevada. Llenábase de rabia, á medida

que cada una de sus caídas se llevaba una esperanza. Así, cuando se derrumbó su proyecto ante la negativa tranquila y terminante de la princesa, vióse acometido de un furioso deseo de batalla. Luchar, ser el más fuerte en la dura guerra de la especulación, comerse á los otros para que ellos no se lo comieran, era, después de su sed de esplendor y de goces, la gran causa, la única causa de su pasión por los negocios. Si no atesoraba, sentía la otra alegría, la lucha de las grandes cifras, las fortunas lanzadas como cuerpos de ejército, el chocar de los millones contrarios, con las derrotas y los triunfos que lo embriagaban. Inmediatamente reapareció su odio á Gundermann, su desenfundada necesidad de desquite: echar por tierra á Gundermann, este era su deseo quimérico dominante, siempre que se encontraba caído, vencido. Pero si comprendía la puerilidad de una tentativa como esta, al menos podría acometerla, hacerse sitio enfrente de él, obligarle á un reparto, como esos monarcas de países vecinos y de igual poder que se tratan de primos. Entonces fué cuando la Bolsa le atrajo de nuevo, con la cabeza llena de veinte proyectos confusos de negocios que emprender, solicitado en todos sentidos por planes contrarios, con una fiebre tal que no supo qué decidir hasta el día en que una idea suprema, desmesurada, se desprendió de las demás, y poco á poco se apoderó de él por completo.

Desde que habitaba el hotel Orviedo, Saccard

veía algunas veces á la hermana del ingeniero Hamelin, que habitaba el pequeño departamento del segundo piso, una mujer de un cuerpo admirable, Carolina, como se la llamaba familiarmente. Sobre todo lo que le había chocado en su primer encuentro, era sus soberbios cabellos blancos, una real corona de cabellos blancos, de un efecto singular, sobre aquella frente de mujer todavía joven, de treinta y seis años apenas. Desde los veinticinco estaba de aquel modo. Sus cejas negras y muy pobladas, conservaban una juventud, una extraña viveza, á su rostro encuadrado en armiño. Nunca había sido linda, con su barba y su nariz muy pronunciadas y su boca grande cuyos gruesos labios expresaban una exquisita bondad. Pero ciertamente aquel vellón blanco, aquel blancor de finos cabellos de seda, dulcificaba su fisonomía algo dura, y le daba un encanto sonriente de abuela con una frescura y una fuerza de bella enamorada. Era alta, sólida, de un andar franco de mucha nobleza.

Siempre que la encontraba Saccard, más bajo que ella, la seguía con los ojos, lleno de interés, deseando sordamente aquel hermoso busto, aquel sano escote. Y poco á poco, por los criados, conoció toda la historia de los Hamelin. Carolina y Jorge eran hijos de un médico de Montpellier, sabio notable, católico exaltado, que había muerto sin fortuna. Cuando quedaron huérfanos, la joven tenía dieciocho años, y el joven dieci-

nueve; y como éste acababa de entrar en la escuela politécnica, siguióle aquella á París donde se colocó de institutriz. Ella fué quien ponía en los bolsillos de su hermano algunas piezas de cien sueldos, durante los dos años de estudios; más tarde, cuando, salido con un mal número, tuvo que emprender la lucha de la vida, ella fué quien lo sostuvo mientras encontraba una colocación. Aquellos dos jóvenes se adoraban y alimentaban el sueño de no separarse nunca. Sin embargo, se presentó un inesperado matrimonio, habiendo conquistado la gracia y la inteligencia de la joven á un cervecero millonario en cuya casa estaba colocada, y Jorge quiso que aceptase; de lo que se arrepintió cruelmente, porque al cabo de algunos años, vióse obligada Carolina á exigir una separación para no ser víctima de su marido, que bebía y la perseguía con un cuchillo, acometido de crisis de estúpidos celos. Tenía entonces veintiséis años, y se encontraba pobre por haberse obstinado en no reclamar ninguna pensión del hombre á quien abandonaba. Pero su hermano, después de muchas tentativas inútiles, había conseguido al fin una ocupación que le agradaba: iba á partir para Egipto con la Comisión encargada de los primeros estudios del canal de Suez; y se llevó á su hermana, que se instaló valerosamente en Alejandría, comenzando de nuevo á dar lecciones mientras que él recorría el país. Permanecieron en Egipto hasta 1859, y vieron dar los primeros gol-

pes de azadón en la playa de Port-Said á una pequeña cuadrilla de ciento cincuenta trabajadores escasos, pérdida en medio de las arenas, dirigida por un puñado de ingenieros. Después, Hamelin, enviado á Siria para asegurar los aprovisionamientos, se quedó allá á consecuencia de un disgusto con sus jefes; llamó á Carolina á Beirut, donde la esperaban otras lecciones, y él se metió en un gran negocio patrocinado por una compañía francesa, el trazado de una carretera de Beirut á Damasco, la primera, la única vía abierta á través de las gargantas del Líbano; y todavía vivieron allí tres años, hasta la terminación de la carretera, él visitando las montañas, ausentándose dos meses en un viaje á Constantinopla á través del Taurus, ella siguiéndole así que podía escapar, compartiendo los proyectos que él hacía para despertar aquella vieja tierra dormida bajo las cenizas de civilizaciones muertas. Jorge había formado una gran carpeta repleta de ideas y planos, y sentía la imperiosa necesidad de volver á Francia, si quería dar cuerpo á aquel vasto conjunto de empresas, formar sociedades, reunir capitales. Y, después de nueve años de residencia en Oriente, partieron y tuvieron la curiosidad de volver á pasar por Egipto, donde les entusiasmaron los trabajos del canal de Suez: en cuatro años había surgido una ciudad en las arenas de la playa de Port-Said, agitábase allí todo un pueblo, habíanse multiplicado las hormigas humanas y cambia-



ban la faz de la tierra. Pero en París esperaba á Hamelin la mala suerte. Hacía quince meses que luchaba con sus proyectos, sin poder comunicar su fe á nadie, demasiado modesto, poco hablador, reducido á aquel segundo piso del hotel de Orviedo, en un pequeño cuarto de cinco piezas que le costaba mil doscientos francos, más lejos del éxito que cuando corría los montes y las llanuras del Asia. Sus economías se agotaban rápidamente, y el hermano y la hermana llegaban á una gran escasez.

Lo que más interesó á Saccard fué aquella creciente tristeza de Carolina, cuya alegría se veía caer á su hermano. En su hogar ella hacía en cierto modo de hombre. Jorge que se le parecía mucho físicamente, poseía raras cualidades para el trabajo; pero se absorbía en sus estudios y no había que sacarlo de allí. Jamás había querido casarse, no experimentando necesidad de ello y adorando á su hermana, lo cual le bastaba. Debía tener queridas de un día, pero no se sabía. Y aquel antiguo incansable trabajador de la Escuela politécnica, aquel hombre de concepciones tan vastas, de un celo tan ardiente en todo lo que emprendía, mostraba algunas veces una candidez tal que se le hubiera podido tomar por tonto. Educado en el más estrecho catolicismo, había conservado su religión de niño, y la practicaba con gran fe; mientras que su hermana se había rehecho por una lectura in-

mensa, por la vasta instrucción que se había proporcionado á su lado, en las interminables horas en que él se sumergía en sus trabajos técnicos. Carolina hablaba cuatro idiomas, y había leído los economistas, los filósofos, apasionada un instante por las teorías socialistas y evolucionistas; pero se había calmado, debía, sobre todo á sus viajes, á su larga residencia entre civilizaciones lejanas, una gran tolerancia, un hermoso equilibrio de juicio. Si ya no creía, era muy respetuosa con la fe de su hermano. Hubo entre ellos una explicación, y jamás volvieron á hablar del asunto. Ella era toda una inteligencia en su sencillez y en su bondad; y, de un valor extraordinario para la vida, de una alegre bravura que resistía á las crueldades de la suerte, acostumbraba á decir que sólo una pena había quedado viva en su alma, la de no haber tenido un hijo.

Saccard pudo hacer á Hamelin un favor, un trabajillo que le procuró de una sociedad que necesitaba un ingeniero para una memoria sobre el rendimiento de una máquina nueva. Y de este modo penetró en la intimidad del hermano y de la hermana, y subía con frecuencia á pasar una hora con ellos, en su sala, en su única pieza grande que habían transformado en gabinete de trabajo. Aquella pieza seguía absolutamente desnuda, amueblada solo con una larga mesa de dibujo, otra mesa más pequeña llena de papeles, y una media docena de sillas. Sobre

la chimenea apilábanse los libros. Pero una decoración improvisada, animaba la desnudez de las paredes: una serie de planos, y una serie de acuarelas, fija cada hoja con cuatro clavos. Era su cartera de proyectos lo que Hamelin había extendido de aquel modo, las notas tomadas en Siria, toda su fortuna futura; las acuarelas eran de Carolina, vistas de allá, tipos, trajes, lo que había notado y apuntado acompañando á su hermano, con un sentido muy personal de colorista, sin ninguna pretensión, por otra parte. Dos anchas ventanas, que daban al jardín del hotel Beauvilliers, iluminaban con una luz viva aquella desbandada de dibujos, que evocaban otra vida, el sueño de una sociedad antigua cayendo hecha polvo, y que los planos de líneas firmes y matemáticas parecían querer reedificar como con la ayuda del sólido andamiaje de la ciencia moderna. Y cuando se hubo hecho útil, con aquella actividad que le hacía simpático, Saccard pasaba grandes ratos ante los planos y las acuarelas, seducido, pidiendo sin cesar nuevas explicaciones. En su cabeza germinaba ya toda una vasta empresa.

Una mañana encontró á Carolina sola, sentada junto á la mesa pequeña, de la que había hecho su bufete. Estaba mortalmente triste, con las manos caídas entre los papeles.

—¡Qué queréis! ¡Esto se pone mal decididamente!.... Yo soy valiente, sin embargo. Pero todo nos va á faltar á la vez; y lo que me aflige

es la impotencia á que la desgracia reduce á mi hermano, porque él no es animoso, no tiene fuerzas más que para el trabajo..... Yo había pensado en volver á colocarme de institutriz, para ayudarle al menos. He buscado, pero nada he encontrado..... Y sin embargo, no puedo ponerme á servir como criada.

Jamás la había visto Saccard tan sin alientos, tan abatida.

—¡Qué diablo! ¡Todavía no han llegado las cosas á ese punto!—exclamó.

Carolina movió la cabeza, á su vez le faltaba el valor, irritada contra la vida que de ordinario aceptaba tan valerosamente, aun siendo mala. Y habiendo entrado Hamelin en aquel momento, trayendo la noticia de un nuevo desengaño, ella lloró, no habló más, con los puños apretados sobre la mesa y la mirada vaga.

—¡Y decir—suspiró Hamelin—que allá en Siria hay millones que nos esperan, si alguien quisiera ayudarme á ganarlos!

Saccard se había parado delante de un plano representando la fachada de un pabellón construido en el centro de vastos almacenes.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—¡Oh, un capricho!—explicó el ingeniero. Es un proyecto de habitación, en Beirut, para el director de la compañía que he imaginado, ya sabéis, la compañía general de Vapores reunidos.

Animábase, daba nuevos detalles. Durante su residencia en Oriente, había notado lo defectuo-

so que es el servicio de transportes. Algunas sociedades domiciliadas en Marsella, matábanse por la competencia y no llegaban á tener el material suficiente y comfortable; y una de sus primeras ideas, en la base misma de todo el conjunto de sus empresas, era syndicar esas sociedades y reunir las en una gran 'Compañía, provista de millones, que explotaría el Mediterráneo entero y se aseguraría su dominio estableciendo líneas para todos los puertos de Africa, de España, de Italia, de Grecia, de Egipto, de Asia hasta el fondo del mar Negro. Aquel era el proyecto de un organizador de gran sentido y de un buen ciudadano: era el Oriente conquistado, dado á Francia, sin contar que así acercaba la Siria donde se iba á abrir el vasto campo de sus operaciones.

—¡Los sindicatos!—murmuró Saccard.—Ahí está hoy el porvenir..... ¡Es esa una forma tan poderosa de la asociación! Tres ó cuatro pequeñas empresas que vegetan aisladamente, alcanzan una vitalidad y una prosperidad irresistible si se reúnen..... Si, el porvenir es de los grandes capitales, de los esfuerzos centralizados de las grandes masas. Toda la industria, todo el comercio acabarán por no ser otra cosa que un inmenso bazar único, donde se proveerá uno de todo.

Se había parado otra vez, delante ahora de una acuarela que representaba un sitio salvaje, una garganta árida que obstruía un gigantesco derrumbamiento de rocas coronadas de malezas.

—¡Oh, oh!—exclamó—he aquí el fin del mundo. No deben molestar ahí mucho los transeuntes.

—Es una garganta del Carmelo—respondió Hamelin.—Mi hermana tomó ese apunte mientras yo estudiaba esos parajes.

Y añadió con sencillez:

—¡Mirad! Entre los calizos cretáceos y los pórfidos que han levantado esos calizos en todo el blanco de la montaña, hay allí un filón de plata considerable, ¡sí! una mina de plata cuya explotación, según mis cálculos, daría enormes beneficios.

—¡Una mina de plata!—repitió vivamente Saccard.

Carolina, las miradas vagas, absorta en su tristeza, había oído; y como si hubiesen evocado una visión murmuró:

—¡El Carmelo ¡ah! qué desierto, qué días de soledad! Lleno de mirtos y retamas ¡huele tan bien, está tan embalsamado el aire! Y allá arriba, muy arriba, las águilas..... Pero toda esa plata duerme en aquel sepulcro, al lado de tanta miseria..... Se necesitarían multitudes dichosas, talleres, ciudades nuevas, un pueblo regenerado por el trabajo.

—Fácilmente se abriría un camino desde el Carmelo á San Juan de Acre—continuó Hamelin.—Yo creo que se encontraría igualmente hierro, porque abunda en todas las montañas del país..... También he estudiado un nuevo modo

de extracción que realizaría importantes economías. Todo está preparado, no se trata ya más que de encontrar capitales.

—¡La Sociedad de las minas de plata de Carmelo!—murmuró Saccard.

Pero ahora era el ingeniero quien, alzando los ojos, iba de un plano á otro, cogido otra vez por aquel trabajo de toda su vida, lleno de fiebre al pensar en el brillante porvenir que dormía allí mientras que lo paralizaba la falta de medios.

—Y estos no son más que los pequeños negocios del principio—añadió.—Mirad esta serie de planos, este es el gran negocio, todo un sistema de caminos de hierro atravesando el Asia Menor de parte á parte.... La falta de comunicaciones cómodas y rápidas, tal es la primera causa del estancamiento en que se pudre ese país tan rico. Allí no encontráis un camino para carruajes, los viajes y los transportes se hacen siempre en mulos ó en camellos.... ¡Imaginaos, pues, qué revolución, si penetraran líneas férreas hasta los confines del desierto! Esto sería la industria y el comercio decuplicados, la civilización victoriosa, la Europa abriéndose al fin las puertas del Oriente.... ¡Oh! por poco que esto os interese ya hablaremos de ello despacio. ¡Y ya veréis, ya veréis!

Pero no pudo contenerse, y entró en seguida en explicaciones. Durante su viaje á Constantinopla fué, sobre todo, cuando estudió el trazado de su plan de caminos de hierro. La grande, la única dificultad estaba en la travesía de los

montes Taurus; pero había recorrido las diferentes gargantas y afirmaba la posibilidad de un trazado directo y relativamente poco costoso. Por lo demás, él no pensaba en ejecutar de una vez el plan completo. Aunque se obtuviera del sultán la concesión total, sería prudente no emprender desde luego más que la línea matriz, la línea de Brusa á Beyrut por Angora y Alepo. Más tarde, se pensaría en el ramal de Smirna á Angora, y en el de Trebisonda á Angora, por Erzeroum y Sivas.

—Después.... después....

Y no acabó, contentándose con sonreír, no atreviéndose á decir hasta dónde había llevado la audacia de sus proyectos. Aquello era un sueño.

—¡Ah, las llanuras al pie del Taurus—añadió Carolina con su voz lenta como si estuviera medio dormida— qué delicioso paraíso! No hay más que arañar la tierra, y las cosechas brotan desbordantes. Los árboles frutales, los melocotoneros, los cerezos, las higueras y los almendros, se desgajan al peso de los frutos. ¡Y qué campos de olivos y de moreras, parecidos á grandes bosques! ¡Y qué existencia natural y fácil, bajo aquel cielo puro, constantemente azul!

Saccard se echó á reír, con aquella risa aguda que le acometía cuando olfateaba la fortuna. Y como Hamelin hablase todavía de otros proyectos, especialmente de la creación de un Banco en Constantinopla, indicando las relaciones

omnipotentes que había dejado allá, sobre todo con el gran visir, lo interrumpió alegremente:

—¡Pero eso es Jauja!

Luego, apoyando con mucha familiaridad sus manos en los hombros de Carolina, que seguía sentada:

—¡Ea! no os desesperéis, señora. Os quiero bien, ya veréis cómo hago con vuestro hermano algo muy bueno para todos nosotros... Tened paciencia, esperad.

Durante el mes que siguió, Saccard procuró de nuevo al ingeniero algunos trabajillos; y aunque no hablaba ya de los grandes negocios, debía pensar en ellos constantemente, preocupado, vacilante ante la amplitud abrumadora de las empresas. Pero lo que apretó más el lazo naciente de su intimidad, fué la manera completamente natural con que Carolina llegó á ocuparse de su casa de hombre solo, devorada por gastos inútiles, y tanto peor servida cuantos más criados tenía. El, tan hábil fuera, reputado por su mano vigorosa y diestra en el lodazal de los grandes robos, dejaba ir en su casa todo á la desbandada, sin cuidarse del espantoso desorden que triplicaba sus gastos; la ausencia de una mujer se dejaba cruelmente sentir hasta en las cosas más pequeñas. Cuando Carolina notó el saqueo, le dió al principio consejos y acabó por entremeterse y hacerle realizar dos ó tres economías, tan bien que un día ofrecióle Saccard el puesto de ama de llaves: ¿por qué no? Ella había

buscado una plaza de institutriz; bien podía aceptar una colocación honrosa que le permitiría esperar. El ofrecimiento hecho como en broma llegó á ser serio. ¿No era aquel un modo de ocuparse, de aliviar á su hermano con los trescientos francos que Saccard quería dar por mes? Y aceptó, reformó la casa en ocho días, despidió al jefe de cocina y á su mujer para no tomar más que una cocinera que con el ayuda de cámara y el cochero debían bastar para el servicio. No dejó más que un caballo y un carruaje, puso mano en todo, y examinó las cuentas con tan escrupuloso cuidado que al fin de la primera quincena había conseguido una reducción de la mitad. El estaba encantado y bromeaba diciendo que él era quien la robaba ahora, y que ella habría debido exigir un tanto por ciento sobre todos los beneficios que le conseguía.

Entonces comenzó una vida de muy estrecha intimidad. Ocurriósele á Saccard la idea de hacer quitar los tornillos que condenaban la puerta de comunicación entre los dos cuartos, y se subía libremente de un comedor al otro por la escalera interior; de manera que mientras que su hermano trabajaba allá arriba, encerrado de la mañana á la noche para poner en orden sus legajos de Oriente, Carolina, dejando su propia casa al cuidado de la única criada que los servía, bajaba á cada momento á dar órdenes como en su casa. Había llegado á ser la distracción de Saccard la continua aparición de aquella her-

mosa mujer, que atravesaba las habitaciones, con su paso sólido y soberbio, con la alegría siempre inesperada de sus cabellos blancos encuadrando su rostro joven. Y ella, de nuevo muy alegre, había recobrado su bravura para la vida, desde que se sentía útil, ocupando sus horas, continuamente en pie. Sin afectación de sencillez, no llevaba más que un traje negro, en cuyo bolsillo sonaba el llavero; y ciertamente la divertía, á ella la sábia, la filósofa, no ser más que una buena mujer casera, el ama de llaves de un pródigo, á quien quería como se quiere á los niños traviosos. El, seducido un instante, calculando que entre ellos no había después de todo más que una diferencia de catorce años, se había preguntado qué sucedería si cualquier noche la cogiera entre sus brazos. ¿Era admisible que, en diez años, después de su huída forzosa de la casa de su marido, de quien había recibido tantos golpes como caricias, hubiera vivido rodando por el mundo, sin tocar un hombre? Acaso la habían protegido los viajes. Sin embargo, sabía que un amigo de su hermano, un tal Beaudoin, un negociante que se había quedado en Beyrut y cuyo regreso estaba muy próximo, la había amado mucho hasta el punto de esperar, para casarse con ella, á que muriese el marido, á quien acababan de encerrar en una casa de salud, loco de alcoholismo. Evidentemente, este matrimonio no habría hecho más que regularizar una situación muy excusable, casi legí-

tima. En este caso, puesto que debía haber uno, ¿por qué no ser él el segundo? Pero Saccard no pasaba del razonamiento, encontrándola tan buena camarada que con frecuencia desaparecía la mujer. Cuando, al verla pasar con su busto admirable, se preguntaba qué sucedería si la abrazase, se respondía que sucederían cosas muy ordinarias, acaso muy fastidiosas; y dejaba la experiencia para más tarde, y le daba vigorosos apretones de manos, satisfecho con su cordialidad.

Bruscamente Carolina cayó en una gran pena. Una mañana bajó abatida, muy pálida, con los ojos hinchados; pero no pudo saber nada de ella y cesó de preguntarla ante su obstinación en decir que no tenía nada, que estaba como todos los días. Solo al día siguiente lo comprendió todo, al encontrar arriba una esquila de boda, la que anunciaba el easamiento de Beaudoin con la hija de un cónsul inglés, muy joven é inmensamente rica. El golpe había debido ser tanto más duro cuanto que la noticia había llegado por aquella carta trivial, sin ninguna preparación, sin un adiós siquiera. Era todo un derrumbamiento en la existencia de la desgraciada mujer, la pérdida de la lejana esperanza á que se agarraba en los momentos de desastre. Y, como la casualidad tiene crueldades abominables, había sabido precisamente la antevíspera la muerte de su marido; y durante cuarenta y ocho horas creyó en la próxima realización de su sueño.

Su vida se llenaba de sombras, quedaba como aniquilada. Aquella misma noche la esperaba otro estupor: como, según su costumbre, antes de subir á acostarse, entrase á la habitación de Saccard á perderle las órdenes para el día siguiente, él la habló de su desgracia con tanta dulzura que ella estalló en sollozos; luego, en aquel invencible enternecimiento, en una especie de parálisis de su voluntad, cayó entre sus brazos y fué suya, sin placer para el uno ni para el otro. Cuando se rehizo no se sublevó, pero su tristeza aumentó hasta lo infinito. ¿Por qué había dejado que sucediese aquello? Ella no amaba á aquel hombre, y él tampoco debía amarla. Y no es que le pareciese de una edad y de una figura indignas de ternura; sin ser bello, ciertamente, y viejo ya, interesábale por la movilidad de sus rasgos, por la actividad de toda su pequeña persona morena; y, desconociéndolo todavía, quería creerlo servicial, de una inteligencia superior, capaz de realizar los grandes proyectos de su hermano, con la honradez media de todo el mundo. ¡Pero qué caída tan imbécil! Ella, tan formal, tan instruida por la dura experiencia, tan dueña de sí misma, ¡haber sucumbido así, sin saber por qué ni cómo, en una crisis de lágrimas, como una modistilla sentimental! Lo peor era que él parecía tan sorprendido, casi tan disgustado de la aventura como ella. Cuando, tratando de consolarla, le había hablado de Beudoin como de un antiguo amante cuya baja

traición no merecía más que el olvido, y ella había lanzado una exclamación, jurando que jamás había sido su querida, creyó al pronto que mentía, por orgullo de mujer; pero insistió Carolina sobre este juramento con tanta fuerza, mostró unos ojos tan hermosos, tan francos, que al fin acabó por quedar convencido de la verdad de esta historia: ella guardándose, por rectitud y por dignidad, para el día de la boda, y el hombre esperando dos años, y luego cansándose y casándose con otra, alguna ocasión muy tentadora de juventud y de riqueza. Y lo singular era que este descubrimiento, esta convicción que habría debido apasionar á Saccard, lo llenaba al contrario de una especie de embarazo: de tal modo comprendía la necia fatalidad de su buena fortuna. Por lo demás, no volvieron á las andadas, pues ni el uno ni el otro parecían tener ganas de ello.

Durante quince días Carolina estuvo muy triste. La fuerza de vivir, esa impulsión que hace de la vida una necesidad y una alegría, la había abandonado. Ocupábase en sus múltiples tareas, pero sin pensar en lo que hacía, sin siquiera forjarse ilusiones sobre la razón y el interés de las cosas. Era la máquina humana trabajando en la desesperación del aniquilamiento de todo. Y en medio de aquel naufragio de su bravura y de su alegría, no disfrutaba de otra distracción que de la de pasar todas sus horas libres con la frente pegada á los cristales de una ven-

tana del gran gabinete de trabajo, con las miradas fijas en el jardín del hotel vecino, aquel hotel Beauvilliers, donde, desde los primeros días de su instalación, adivinaba una ruina, una de esas miserias ocultas, tan dolorosas en sus esfuerzos para cubrir las apariencias. También había allí seres que sufrían; y su pena parecía templarse en aquellas lágrimas, agonizaba de melancolía hasta creerse insensible y muerta en el dolor de los demás.

Los Beauvilliers, que, en otro tiempo, sin contar sus inmensos dominios de la Turena y del Anjou, poseían en la calle de Grenelle un magnífico hotel, no tenían ahora en París más que esta antigua casa de recreo, construída fuera de la población á principios del siglo pasado, y que hoy se encontraba enclavada entre las oscuras construcciones de la calle de San Lázaro. Los escasos árboles del jardín quedaban allí como en el fondo de un pozo, el musgo se comía las gradas de la escalinata, movidas y rotas. Se hubiera dicho que aquello era un rincón de la naturaleza aprisionado, un rincón dulce y muerto, de una muda desesperación, á donde el sol no bajaba más que en rayos verdosos, cuyas vibraciones daban frío. Y en aquella húmeda paz de cueva, en lo alto de aquellos escalones movidos, la primera persona que había visto Carolina era la condesa de Beauvilliers, una mujer alta y delgada de sesenta años, con el cabello blanco y el aire muy noble, algo anticuado.

Con su gran nariz recta, sus delgados labios y su cuello singularmente largo, parecía un cisne muy viejo, de una dulzura desolada. Después, detrás de ella, casi al mismo tiempo, habíase mostrado su hija, Alicia de Beauvilliers, de veinticinco años de edad, pero de una naturaleza tan empobrecida que se la habría tomado por una adolescente sin la tez marchita y los rasgos ya estropeados del rostro. Era aun su madre, pero miserable, sin su aristocrática nobleza, el cuello muy largo hasta ser desgraciado, no conservando más que el encanto lastimoso de un fin de gran raza. Las dos mujeres vivían solas desde que el hijo, Fernando de Beauvilliers, se había alistado en los zuavos pontificios, después de la batalla de Castel-Fidardo, perdida por Lamoriciere. Todos los días, cuando no llovía, aparecían así, la una detrás de la otra, bajaban las gradas y daban una vuelta por el jardín sin hablar una palabra. No había allí mas que trepadoras, porque las flores no habrían agarrado ó acaso habrían costado muy caras. Y aquel paseo lento, sin dñda un simple paseo higiénico, de aquellas dos mujeres tan pálidas, bajo aquellos árboles centenarios que habían visto tantas fiestas y que las casas burguesas de la vecindad ahogaban, tomaba un melancólico dolor, como si ellas hubieran paseado el duelo de las viejas cosas muertas.

Carolina, llena de interés, había espiado desde entonces á sus vecinas por tierna simpa-



tía, sin curiosidad malsana; y poco á poco, dominando el jardín, penetró en su vida que ellas ocultaban con tanto cuidado en la calle. Había allí siempre un caballo en la cuadra y un carruaje en la cochera, que cuidaba un antiguo criado, á la vez ayuda de cámara, cochero y portero; de la misma manera que había una cocinera, que servía también de doncella; pero si el carruaje salía del portalón correctamente enganchado, llevando á las señoras á sus visitas, si la mesa conservaba cierto lujo en invierno en las comidas quincenales á que acudían algunos amigos, ¡con qué largos ayunos, con qué sórdidas economías de todos los momentos, se procuraban aquella engañadora apariencia de fortuna! Bajo un pequeño tinglado, al abrigo de las miradas, lavábase continuamente, para reducir la cuenta de la lavandera, pobres ropas gastadas por el jabón, llenas de zurcidos; las cenas se componían de potajes y pan que se dejaba secar sobre una tabla para comer menos; acudían á toda suerte de prácticas avariciosas, ínfimas y que inspiraban lástima: el viejo cochero recosía las botas agujereadas de la señorita, la cocinera daba tinta á las costuras de los guantes ajados de la señora; y los trajes de la madre pasaban á la hija después de ingeniosas transformaciones, y los sombreros duraban años, gracias al cambio de sus flores y cintas. Cuando no esperaban á nadie, los salones de recepción en el piso bajo estaban cerrados cuidadosamente, así como las

grandes habitaciones del primer piso; porque de todo aquel caserón no ocupaban las dos mujeres más que una pequeña pieza, de la que habían hecho su comedor y su tocador. Cuando se entreabría la ventana, se podía ver á la condesa componiendo su ropa, como una burguesa económica, mientras que la joven, entre su piano y su caja de acuarela, hacía medias y mitones para su madre. Un día de gran tormenta fueron vistas ambas en el jardín recogiendo la arena que arrastraba la violencia del agua.

Ahora Carolina sabía su historia. La condesa de Beauvilliers había sufrido mucho con su marido, que era un vicioso, y del cual no se había quejado nunca. Una noche se lo trajeron, en Vendome, expirante, atravesado de un balazo. Se habló de un accidente de caza: alguna bala enviada por un guarda celoso cuya hija ó mujer habría forzado. Y lo peor era que con él se acababa la fortuna de los Beauvilliers, en otro tiempo colosal, consistente en tierras inmensas, en dominios regios, que la Revolución había encontrado ya aminorada, y que su padre y él acabaron de consumir. De aquellas vastas posesiones sólo quedaba una granja, los Aublets, á algunas leguas de Vendome, que rentaba próximamente unos quince mil francos, único recurso de la viuda y de sus dos hijos. El hotel de la calle de Grenelle había sido vendido hacía tiempo; el de la calle de San Lázaro se comía la mayor parte de los quince mil

francos de la granja, devorado por las hipotecas, amenazado de ser vendido á su vez, si no se pagaban los intereses; y apenas quedaban seis ó siete mil francos para mantener á cuatro personas y aquel tren de una familia noble que no quería abdicar. Hacía ya ocho años, cuando quedó viuda con un hijo de veinte y una hija de diez y siete, en medio del derrumbamiento de su casa, la condesa se había erguido en su orgullo nobiliario, jurándose que viviría de pan y agua antes que rebajarse. Desde entonces no había tenido más pensamiento que mantener su rango, casar á su hija con un hombre de igual nobleza y hacer de su hijo un soldado. Fernando le había causado al principio mortales inquietudes, á consecuencia de algunas locuras juveniles, deudas que hubo que pagar; pero enterado de su situación en una conversación solemne, no había vuelto á las andadas, buen corazón en el fondo, simplemente ocioso é inútil, apartado de toda ocupación, sin plaza posible en la sociedad contemporánea. Soldado del papa ahora, era siempre para ella una causa de secreta angustia, porque no tenía salud, delicado bajo su fiera apariencia, de sangre pobre y agotada, lo cual le hacía peligroso el clima de Roma. Cuanto al matrimonio de Alicia, tardaba de tal modo que á la triste madre se le llenaban de lágrimas los ojos cuando la miraba envejecida ya, marchitándose en la espera. A pesar de su aire de melancólica insignificancia, no era tonta,

y aspiraba á vivir, á un hombre que la amase, á la dicha; pero, no queriendo desolar más la casa, fingía haber renunciado á todo, burlándose del matrimonio, diciendo que tenía vocación de solterona; y por las noches sollozaba en su almohada, creía morir del dolor de verse sola. La condesa, por un milagro de economía, había llegado á ahorrar veinte mil francos, toda la dote de Alicia; había igualmente salvado del naufragio algunas alhajas, un brazaletes, sortijas, pendientes, que podían valer unos diez mil francos; dote bien exigua, canastilla de bodas de que ni siquiera se atrevía á hablar, escasamente con qué hacer frente á los primeros gastos, si se presentaba el ansiado novio. Y sin embargo no quería desesperar, aun en aquella lucha, no abandonando ni uno de los privilegios de su nacimiento, siempre erguida y guardando las apariencias, incapaz de salir á pie y de suprimir un plato un día de recepción, pero privándose de muchas cosas en su vida íntima, condenándose á semanas enteras de patatas cocidas, para añadir cincuenta francos á la dote eternamente insuficiente de su hija. Era aquel un doloroso y pueril heroísmo de todos los días, mientras que, por momentos, la casa se iba hundiendo poco á poco sobre sus cabezas.

Hasta entonces, sin embargo, no había tenido ocasión Carolina de hablar con la condesa y su hija. Había acabado por conocer los detalles más íntimos de su vida, los que éstas creían

ocultar al mundo entero, y aún no había habido entre ellas más que cambios de miradas, esas miradas que se convierten en una brusca sensación de simpatía. La princesa de Orviedo debía acercarlas. Había tenido la idea de crear, para su Obra del Trabajo, una especie de consejo de vigilancia, compuesto de diez señoras, que se reunían dos veces al mes, visitaban la Obra en detalle e intervenían todos los servicios. Como se había reservado el escoger ella misma estas señoras, designó entre las primeras á la condesa de Beauvilliers, una de sus grandes amigas de otro tiempo, sencillamente su vecina ahora que se había retirado del mundo. Y sucedió que, habiéndose quedado de pronto la comisión sin secretaria, Saccard, que conservaba gran influencia en la administración del establecimiento, tuvo la idea de recomendar á Carolina como una secretaria modelo, que en ninguna parte encontrarían: en efecto, el trabajo era penoso, había mucho que escribir y hasta ciertos cuidados materiales que repugnaban algo á aquellas señoras; y desde el principio, Carolina se había mostrado como una hospitalaria admirable, á quien su maternidad no satisfecha, su amor desesperado por los niños, inflamaban en una activa ternura por todos aquellos pobres seres que se trataba de librar de los peligros del arroyo parisién. En la primera sesión se había encontrado con la condesa de Beauvilliers; pero ésta no le había dirigido más que un saludo algo

frío, ocultando su secreto malestar, sintiendo sin duda que en ella tenía un testigo de su miseria. Las dos se saludaban ahora, siempre que sus ojos se encontraban, porque hubiera sido una grosería fingir no reconocerse.

Un día, en el gran gabinete, mientras que Hamelin rectificaba un plano con arreglo á nuevos cálculos y que Saccard, en pie, seguía su trabajo, Carolina, delante de la ventana, como de costumbre, miraba á la condesa y á su hija dar su paseo por el jardín. Aquella mañana les veía en los pies unas chancas que una traperera no habría recogido.

—¡Pobres mujeres! —murmuró.— ¡Debe ser muy terrible y angustiosa esa comedia del lujo que se creen obligadas á representar!

Y retrocedía y se ocultaba detrás de los visillos, para que la madre no la viera y no sufriese más al notar que la espiaban. Ella misma se había serenado, desde hacía tres semanas que se pasaba horas enteras, todas las mañanas, al lado de aquella ventana: la gran pena de su abandono se adormecía, parecía que la vista del desastre de los demás le hacía aceptar más valerosamente el suyo, aquel derrumbamiento que había creído ser el de toda su vida. De nuevo se sorprendía algunas veces riendo.

Aún siguió un momento con las miradas á las dos mujeres que paseaban por el jardín, verdoso de musgo, con aire de profundo ensueño. Luego volviéndose vivamente hacia Saccard:

—Decidme por qué yo no puedo estar triste.... No, esto no dura, no ha durado nunca, yo no puedo estar triste suceda lo que quiera.... ¿Es egoísmo? Verdaderamente, no lo creo. Eso sería una infamia; y por otra parte, aunque esté alegre, se me parte el corazón ante el espectáculo del menor dolor. Compaginad esto: yo estoy alegre y lloraría por todos los desgraciados que pasan, si no me contuviera comprendiendo que el menor pedazo de pan les vendría mejor que mis lágrimas inútiles.

Y al decir esto reía con su risa de bravura, como valiente que prefería la acción á la compasión palabarrera.

—Dios sabe, sin embargo—continuó—si tengo motivos para desesperar de todo. ¡Ah! no me ha sonreído hasta aquí la suerte.... Después de mi matrimonio, en el infierno en que caí, injuriada, pegada, creí que no me quedaba otro recurso que tirarme al agua. No me tiré, y quince días después, cuando partí con mi hermano para el Oriente, estaba vibrante de alegría, henchida de inmensa esperanza.... Y á nuestra vuelta á París, cuando casi nos ha faltado todo, he tenido noches terribles, en que nos veía muriendo de hambre sobre nuestros hermosos proyectos. No nos hemos muerto, y he vuelto á soñar cosas enormes, que algunas veces me han hecho reír á solas.... Y últimamente, cuando recibí ese horrible golpe de que todavía no me atrevo á hablar, parecióme como si me arrancaran el cora-

zón; sí, positivamente, sentí que no latía; creí que había acabado, me creí acabada, aniquilada yo misma. Y después ¡nada! Me vuelve la vida, hoy río, esperaré mañana, querría vivir más, vivir siempre.... ¡Es cosa extraordinaria no poder estar triste mucho tiempo!

Saccard, que también reía, se encogió de hombros.

—¡Bah! Sois como todo el mundo. Esa es la vida.

—¿Lo creéis así?—exclamó ella asombrada.— Yo creo que hay gentes tan tristes que jamás están alegres, porque se hacen la vida imposible: tan negra se la pintan.... ¡Oh! no es que yo me haga ilusiones sobre sus dulzuras y sus bellezas: he visto muy de cerca que es muy dura. Es execrable cuando no es innoble. Pero ¡qué queréis! la amo. ¿Porqué? No lo sé. Aunque todo, alrededor mío, se derrumbe, al día siguiente ya estoy alegre y confiada sobre las ruinas.... Muchas veces he pensado que mi caso es, en pequeño, el de la humanidad, que vive, ciertamente, en una horrible miseria, pero á la que da nuevas fuerzas la juventud de cada generación. Después de cada crisis que me abate, siento como una nueva juventud, como una primavera cuyas promesas de savia me dan calor nuevo y me entonan el corazón. De tal modo es esto verdad, que después de una gran pena, si salgo á la calle, al sol, en seguida vuelvo á amar, á esperar, á ser dichosa. Y la edad no influye en mí, tengo la

candidez de envejecer sin advertirlo..... Mirad, aunque he leído mucho para una mujer, no sé sin embargo á donde voy, del mismo modo, por otra parte, que este vasto mundo tampoco sabe á donde va. Pero, á pesar mío, me parece que voy, que todos vamos, á algo muy bueno y muy alegre.

Y acabó por echarlo todo á broma, conmovida, sin embargo, queriendo ocultar el enternecimiento de su esperanza; mientras que su hermano, que había levantado la cabeza, la miraba con adoración lleno de gratitud.

—¡Oh, tú—exclamó—tú estás hecha para las catástrofes, tú eres el amor de la vida!

En aquellas diarias conversaciones de la mañana, se había desarrollado poco á poco cierta fiebre, y si Carolina volvía á aquella alegría natural, inherente á su misma salud, esto provenía del valor que le comunicaba Saccard con su activa llama de los grandes negocios. Era cosa casi decidida: iban á ser explotados los famosos planos. Al estrépito de su voz aguda, todo se animaba, se exageraba. Primero se pondría la mano sobre el Mediterráneo, y se le conquistaría por la compañía general de los vapores reunidos; y enumeraba los puertos de todos los países del litoral donde se crearía estaciones, y mezclaba recuerdos clásicos á su entusiasmo de agiotista, celebrando este mar, el único que conoció el mundo antiguo, este mar azul en cuyas orillas ha florecido la civilización, cuyas olas bañaron

las antiguas ciudades, Atenas, Roma, Tiro, Alejandría, Cartago, Marsella, todas las que han hecho la Europa. Luego, asegurado ya este vasto camino del Oriente, se comenzaría allá en Siria con el pequeño negocio de la Sociedad de las minas de plata del Carmelo, sólo unos cuantos millones que ganar al paso, pero un excelente principio, porque la idea de una mina de plata, dinero encontrado en la tierra y amontonado con pala, apasionaría siempre al público, sobre todo pudiendo unir á ella un nombre prodigioso y resonante como el del Carmelo. También había allí minas de carbón, carbón á flor de tierra que valdría mucho oro cuando el país se cubriera de fábricas; sin contar las demás empresas pequeñas que servirían de entre actos, creaciones de bancos, sindicatos para las industrias florecientes, la explotación de los vastos bosques del Líbano, cuyos gigantescos árboles se pudren allí por falta de caminos. En fin, llegaba al gran negocio; á la Compañía de los ferrocarriles de Oriente, y aquí deliraba, porque esta red de líneas férreas, extendida de un extremo á otro sobre el Asia Menor, era para él la especulación, la vida del dinero, apoderándose de un golpe de aquel viejo mundo, como de una presa nueva, todavía intacta, de una riqueza incalculable, escondida bajo la ignorancia y la costra de los siglos. Olfateaba el tesoro, relinchaba como un caballo de guerra al olor de la batalla.

Carolina, de tan sólido buen sentido, muy

refractaria de ordinario á los arrebatos de la imaginación, se dejaba arrastrar, sin embargo, por aquel entusiasmo. Verdaderamente todo esto acariciaba su ternura por el Oriente, sus recuerdos de aquel país, donde se había creído tan dichosa; y, sin cálculo, por un efecto lógico, ella era quien con sus descripciones llenas de color y sus infinitas noticias irritaba la fiebre de Saccard. Cuando hablaba de Beirut, donde había vivido tres años, no acababa nunca: Beirut, al pie del Líbano, en una lengua de tierra, entre playas de rojas arenas y desprendimientos de rocas, Beirut, con sus casas en anfiteatro, en medio de vastos jardines, un delicioso paraíso plantado de naranjos, de limoneros y de palmeras. Y aquellas ciudades de la costa, al Norte Antioquia, caída de su esplendor; al Sur Saïda, la antigua Sidón, San Juan de Acre, Jaffa y Tiro, la Sour actual, que las resume todas, Tiro cuyos comerciantes eran reyes, cuyos marinos habían dado la vuelta al Africa, y que hoy, con su puerto cegado por las arenas, no es más que un campo de ruinas, polvo de palacios, donde no se alzan, miserables y desparramadas, más que algunas cabañas de pescadores. Había acompañado á su hermano por todas partes, conocía á Alepo, Angora, Brusa, Smirna, hasta Trebisonda; había vivido un mes en Jerusalem, adormecida en el tráfico de los santos lugares, dos meses en Damasco, la reina del Oriente, en el centro de su vasta llanura, la ciudad comercial

é industrial de que las caravanas de la Meca y de Bagdad hacen un centro hirviente de multitudes. Conocía también los valles y las montañas, las aldeas de los Maronitas y de los Drusos, colgadas en lo alto de las mesetas, perdidas en el fondo de las gargantas, los campos cultivados y los campos estériles. Y de los escondidos rincones y de los desiertos mudos, como de las grandes ciudades, había traído la misma admiración por la inagotable, la lujuriosa naturaleza, la misma cólera contra los hombres estúpidos y malos. ¡Qué de riquezas naturales desdeñadas ó malbaratadas! Y enumeraba las cargas que no dejaban florecer el comercio y la industria, esa ley imbécil que impide consagrar los capitales á la agricultura más allá de cierta cifra, y la rutina que hace emplear á los campesinos el mismo arado usado antes de Jesucristo, y la ignorancia en que se pudren todavía aquellos millones de hombres parecidos á niños imbeciles, detenidos en su desarrollo. En otros tiempos, la costa resultaba muy pequeña, las ciudades se tocaban; ahora, la vida se ha ido hacia Occidente, y parece que se atraviesa un inmenso cementerio abandonado. Ni escuelas, ni caminos, el peor de los gobiernos, la justicia vendida, un personal administrativo execrable, impuestos muy pesados, leyes absurdas, la pereza, el fanatismo; sin contar los continuos sacudimientos de las guerras civiles, las matanzas que se llevan ciudades enteras. Al llegar á este punto se indignaba y preguntaba si

era lícito estropear así la obra de la naturaleza, una tierra bendita, de exquisito encanto, donde se encontraban todos los climas, las llanuras ardientes, las laderas templadas de las montañas, las nieves eternas de las altas cimas. Y su amor á la vida, su vivaz esperanza la hacían apasionarse, á la idea del golpe de vara mágica con que la ciencia y la especulación podían tocar aquella vieja tierra dormida, para despertarla.

—¡Mirad!—exclamaba Saccard.—En esa garganta del Carmelo, que tenéis dibujada allí, donde no hay más que piedras y lentiscos, así que la mina de plata esté en explotación, brotará primero una aldea, después una ciudad.... Y todos esos puertos cegados de arena, nosotros los limpiaremos y los protegeremos con fuertes diques. Buques de alto bordo fondearán allí donde hoy no se atreven á amarrar las barcas... Y, en esas llanuras despobladas, en esas desiertas gargantas que atravesarán nuestras líneas férreas, ya veréis toda una resurrección, ¡sí! desmontaremos los campos, abriremos caminos y canales, surgirán del suelo nuevas ciudades, volverá, en fin, la vida como vuelve á un cuerpo enfermo, cuando en las empobrecidas venas se activa la circulación de una sangre nueva.... ¡Sí, el dinero hará prodigios!

Y ante la evocación de aquella voz penetrante, Carolina veía realmente alzarse la civilización profetizada. Aquellos planos secos, aquellos trazados lineales se animaban, se poblaban: era

el sueño que había tenido algunas veces de un Oriente despojado de su costra, sacado de su ignorancia, gozando del suelo fértil, del cielo hermoso, con todos los refinamientos de la ciencia. Ya había asistido ella al milagro de aquel Port-Said que en tan pocos años acababa de brotar en una desnuda playa: al principio las cabañas para abrigar á los obreros de los primeros momentos; después la ciudad de diez mil almas, casas, inmensos almacenes, un gigantesco impulso, la vida y el bienestar creados con empeño por las hormigas humanas. Y aquello era lo que veía alzarse de nuevo, el avance irresistible, el empuje social en pos de la mayor dicha posible, la necesidad de obrar, de ir adelante, sin saber con precisión adónde se va, pero de ir más cómodamente, en mejores condiciones, y el globo trastornado por el hormiguero que rehace su casa, y el trabajo continuo, nuevos goces conquistados, el poder del hombre decuplicado, la tierra perteneciéndole cada día más. El dinero, ayudando á la ciencia, hacia el progreso.

Hamelin, que escuchaba siempre sonriendo, tuvo una frase de gran sentido.

—Todo eso es la poesía de los resultados, y ni siquiera estamos todavía en la prosa de los primeros trabajos.

Pero Saccard no se acaloraba más que por las últimas consecuencias de sus concepciones, y aún fué más allá el día en que habiéndose puesto á leer libros sobre el Oriente, abrió una

historia de la expedición de Egipto. Acudía ya con mucha frecuencia á su memoria el recuerdo de las Cruzadas, aquel retorno del Occidente hacia el Oriente, su cuna, aquel gran movimiento que había llevado la extrema Europa al país de su origen, en pleno florecimiento todavía, y donde tanto tenía que aprender. Pero aun le impresionó más la gran figura de Napoleón, yendo á guerrear allá, con un objeto grandioso y misterioso. Si hablaba de conquistar el Egipto, de instalar allí una colonia francesa, de dar así á la Francia el comercio de Levante, no lo decía todo ciertamente; y Saccard quería ver en el punto de la expedición que ha quedado vago y enigmático, no sabía con exactitud qué proyecto de colosal ambición, la reconstrucción de un inmenso imperio, Napoleón coronado en Constantinopla emperador de Oriente y de las Indias, realizando el sueño de Alejandro, más grande que César y Carlomagno. ¿No decía en Santa Elena, al hablar de Sidney, el general inglés que lo había detenido delante de San Juan de Acre: «Ese hombre ha destruído mi fortuna?» Y lo que habían intentado las Cruzadas, lo que no había podido realizar Napoleón, era aquel pensamiento gigantesco que inflamaba á Saccard la conquista de Oriente, pero una conquista razonada, realizada por la doble fuerza de la ciencia y del dinero. Puesto que la civilización había ido del Este al Oeste ¿por qué no había de volver del Oeste al Este, tornando al

primer jardín de la humanidad, á aquel edén de la península indostánica que dormía fatigado por los siglos? Esto sería una nueva juventud, galvanizaría el paraíso terrestre, lo volvería á hacer habitable por el vapor y la electricidad, haría otra vez del Asia Menor el centro del viejo mundo, el punto de cruce de las grandes vías naturales que enlazan los continentes. Y esto no era ya millones que ganar, sino millares y millares de millones.

Desde entonces todas las mañanas Hamelín y él tuvieron largas conferencias. Si la esperanza era grande, las dificultades se presentaban enormes. El ingeniero, que estaba precisamente en Beyrut en 1862, durante la horrible carnicería que los drusos hicieron en los cristianos maronitas, no ocultaba los obstáculos que se encontrarían entre aquellas poblaciones en lucha continua, entregadas al capricho de las autoridades locales. Verdad es que él tenía en Constantinopla poderosas relaciones, que se había asegurado el apoyo del gran visir Fuad-Pachá, hombre de gran mérito, partidario declarado de las reformas; y se lisongeaba de conseguir de este todas las concesiones necesarias. Por otra parte, aunque profetizaba la ruina fatal del imperio otomano, veía más bien una circunstancia favorable en su necesidad desenfrenada de dinero, en los empréstitos que se seguían de año en año: un gobierno necesitado, si no ofrece garantía personal, está dispuesto á entenderse con



las empresas particulares, desde el momento en que encuentra en ello el menor beneficio. Y esta sería una manera práctica de cortar la eterna y enredosa cuestión de Oriente, interesando el imperio en grandes trabajos civilizadores, llevándolo poco á poco al progreso, para que dejase de ser ese monstruoso obstáculo plantado entre la Europa y el Asia. ¡Qué hermoso papel patriótico jugarían en ello Compañías francesas!

Después, una mañana, Hamelin abordó tranquilamente el programa secreto á que algunas veces hacía alusión, lo que él llamaba, sonriendo, el coronamiento del edificio.

—Luego, cuando seamos los amos, reharemos el reino de Palestina y pondremos en él al Papa..... Primero se podrá contentar con Jerusalem, con Jaffa como puerto de mar. Después la Siria será declarada independiente, y se le unirá..... Ya sabéis que están próximos los tiempos en que el Pontificado no podrá vivir en Roma, bajo las irritantes humillaciones que se le preparan. Para ese día será preciso que estemos preparados.

Saccard, con la boca abierta, le oía decir estas cosas con voz natural, con su profunda fe de católico. El mismo no retrocedía ante los proyectos más locos, pero jamás habría llegado hasta allí. Aquel hombre de ciencia, de apariencia tan fría, le dejaba estupefacto.

—¡Eso es una locura!—exclamó—La Puerta no dará Jerusalem.

—¡Oh! ¿Por qué?—dijo tranquilamente Hamelin.—¡Tiene tanta necesidad de dinero! Jerusalem le estorba y se desembarazará de ella en buenas condiciones. Con frecuencia no sabe qué partido tomar entre las diversas comuniones que se disputan la posesión de los santuarios..... Por otra parte, el Papa tendría en Siria un verdadero apoyo entre los Maronitas, porque no ignoráis que ha instalado en Roma un colegio para sus sacerdotes..... En fin, lo he reflexionado bien, lo he calculado todo, y esta será la nueva era, la era triunfal del catolicismo. Acaso se dirá que esto es ir demasiado lejos, que el Papa se encontrará como apartado, desinteresado de los asuntos de Europa. ¡Pero con qué esplendor, con qué autoridad no brillará cuando hable desde los Santos Lugares, desde la tierra sagrada donde habló Cristo! Aquel es su patrimonio, allí debe tener su reino. Y, estad tranquilo, nosotros haremos poderoso y sólido ese reino, nosotros lo pondremos al abrigo de las perturbaciones políticas, basando su presupuesto, con la garantía de los recursos del país, sobre un vasto Banco cuyas acciones se disputarán los católicos de todo el mundo.

Saccard que sonreía, seducido ya por la enormidad del proyecto, sin estar convencido, no pudo resistirse á bautizar aquel banco, lanzando una alegre exclamación por su hallazgo.

—¡El Tesoro del Santo Sepulcro! ¿Eh, qué tal? ¡Soberbio! ¡Ahí está el negocio!

Pero encontró la mirada serena de Carolina, que sonreía también, escéptica, hasta un poco enfadada, y se avergonzó de su entusiasmo.

—No importa, mi querido Hamelín, haremos bien en tener secreto este coronamiento del edificio, como decís. Acaso se burlarían de nosotros. Y además, nuestro programa está ya terriblemente recargado, y bueno será reservar las consecuencias extremas, el fin glorioso, sólo á los iniciados.

—Sin duda, tal ha sido siempre mi intención— declaró el ingeniero.—Este será el misterio.

Y esta fué la frase con que aquel día quedó definitivamente resuelta la explotación de los planos, la ejecución de toda la enorme serie de los proyectos. Se comenzaría por crear una modesta casa de crédito para emprender los primeros negocios; luego, si el éxito ayudaba, se harían poco á poco dueños del mercado y conquistarían el mundo.

Al día siguiente, cuando Saccard subió á casa de la princesa de Orviedo, para tomar una orden á propósito de la *Obra del Trabajo*, leacudió el recuerdo de que había acariciado un momento la idea de ser el príncipe consorte de aquella reina de la limosna, simple dispensador y administrador de la fortuna de los pobres. Y sonrió, porque en aquel instante encontraba aquello un poco cándido. El estaba formado para disfrutar de la vida y no para curar las heridas que la vida ha hecho. Al fin iba á encontrarse otra vez en su te-

rreno, de lleno en la lucha de los intereses, en esa carrera hacia la dicha que ha sido la marcha misma de la humanidad, de siglo en siglo, en demanda de más goces y de más luz.

Aquel mismo día encontró á Carolina sola en el gabinete de los planos. Estaba de pie delante de una de las ventanas, retenida allí por la aparición de la condesa de Beauvilliers y de su hija, en el jardín vecino, á una hora no acostumbrada. Las dos mujeres leían una carta con aire de gran tristeza: sin duda una carta del hijo, de Fernando, cuya situación no debía ser muy brillante en Roma.

—Mirad—dijo Carolina reconociendo á Saccard.—Algún nuevo disgusto para esas desgraciadas. Las pobres de la calle me inspiran menos compasión.

—¡Bah!—exclamó él alegremente—decidlas que vengan á verme. También las enriqueceremos á ellas, puesto que vamos á hacer la fortuna de todo el mundo.

Y, en su fiebre dichosa, buscó los labios de Carolina para besarlos. Pero ésta, con un brusco movimiento retiró la cabeza, grave y descolorida por un involuntario malestar.

—¡No, os lo suplico!

Aquella era la primera vez que intentaba cogerla de nuevo desde que se le había abandonado, en un momento de completa inconsciencia. Arreglados los asuntos serios, pensaba en su buena fortuna, queriendo también por aquel

lado arreglar su situación. Aquel vivo movimiento de retirada le asombró un poco.

—¿De veras os disgustaría esto!

—Sí, me disgustaría mucho.

Ella se serenaba y sonreía á su vez.

—Por lo demás, confesad que vos mismo no queréis absolutamente.

—¡Oh, yo os adoro!

—No, no digáis eso. ¡Vais á estar tan ocupado! Y además, os aseguro que estoy dispuesta á ser vuestra verdadera amiga, como seáis el hombre activo que yo creo, y como hagáis todas las grandes cosas que decís... ¡Vamos, lo mejor es la amistad!

El la escuchaba, sonriente siempre, molesto y contrariado sin embargo. Lo rechazaba; era ridículo no haberla poseído más que una vez, por sorpresa. Pero solamente sufría su vanidad.

—Entonces, ¿amigos nada más?

—Sí, yo seré vuestro camarada, yo os ayudaré... ¡Amigos, grandes amigos!

Tendió sus mejillas, y él, conquistado, comprendiendo que tenía razón, puso en ellas dos sonoros besos.

## III

La carta del banquero ruso de Constantinopla, que Segismundo había traducido, era una contestación favorable, esperada para poner en movimiento el negocio en París; y desde el día siguiente Saccard, al despertarse, tuvo la inspiración de que había que obrar aquel día mismo, de que debía tener formado, antes de la noche, un sindicato de su confianza para colocar por adelantado las cincuenta mil acciones de quinientos francos de su sociedad anónima, fundada con un capital de veinticinco millones.

Al saltar de la cama, acababa de encontrar al fin el título de esta sociedad, la enseña que buscaba hacía mucho tiempo. Las palabras: *Banco Universal*, habían brillado ante él bruscamente, como en caracteres de fuego, en la alcoba todavía á oscuras.

—¡El Banco Universal! no cesó de repetir mientras se vestía. ¡El Banco Universal! esto es sencillo y grande, esto lo engloba todo, esto cu-

lado arreglar su situación. Aquel vivo movimiento de retirada le asombró un poco.

—¿De veras os disgustaría esto!

—Sí, me disgustaría mucho.

Ella se serenaba y sonreía á su vez.

—Por lo demás, confesad que vos mismo no queréis absolutamente.

—¡Oh, yo os adoro!

—No, no digáis eso. ¡Vais á estar tan ocupado! Y además, os aseguro que estoy dispuesta á ser vuestra verdadera amiga, como seáis el hombre activo que yo creo, y como hagáis todas las grandes cosas que decís... ¡Vamos, lo mejor es la amistad!

El la escuchaba, sonriente siempre, molesto y contrariado sin embargo. Lo rechazaba; era ridículo no haberla poseído más que una vez, por sorpresa. Pero solamente sufría su vanidad.

—Entonces, ¿amigos nada más?

—Sí, yo seré vuestro camarada, yo os ayudaré... ¡Amigos, grandes amigos!

Tendió sus mejillas, y él, conquistado, comprendiendo que tenía razón, puso en ellas dos sonoros besos.

## III

La carta del banquero ruso de Constantinopla, que Segismundo había traducido, era una contestación favorable, esperada para poner en movimiento el negocio en París; y desde el día siguiente Saccard, al despertarse, tuvo la inspiración de que había que obrar aquel día mismo, de que debía tener formado, antes de la noche, un sindicato de su confianza para colocar por adelantado las cincuenta mil acciones de quinientos francos de su sociedad anónima, fundada con un capital de veinticinco millones.

Al saltar de la cama, acababa de encontrar al fin el título de esta sociedad, la enseña que buscaba hacía mucho tiempo. Las palabras: *Banco Universal*, habían brillado ante él bruscamente, como en caracteres de fuego, en la alcoba todavía á oscuras.

—¡El Banco Universal! no cesó de repetir mientras se vestía. ¡El Banco Universal! esto es sencillo y grande, esto lo engloba todo, esto cu-

bre el mundo... ¡Sí, sí, excelente! ¡El Banco Universal!

Hasta las nueve y media anduvo á través de las vastas habitaciones, pensativo, no sabiendo por dónde comenzaría su caza de los millones en París. Veinticinco millones es cosa que toda vía se encuentra á la vuelta de la esquina; hasta le hacía reflexionar la dificultad en la elección, porque quería proceder con algún método. Tomó una taza de leche, y no se enfadó cuando el cochero subió á decirle que el caballo no estaba bueno, á consecuencia de un enfriamiento sin duda, y que lo más acertado sería llamar al veterinario.

—Está bien, llamado... Tomaré un fiacre.

Pero ya en la calle, sorprendióle el viento frío que soplaba: un brusco retorno del invierno, en aquel mes de Mayo tan dulce todavía la víspera. No llovía, pero grandes nubes amarillentas cubrían el horizonte. Y no tomó coche con objeto de calentarse andando; se dijo que bajaría primero á pie á casa de Mazaud, el agente de cambio, calle del Banco, porque se le había ocurrido la idea de sondearlo acerca de Daigremont, el conocido especulador, el hombre dichoso de todos los sindicatos. Pero al llegar á la calle Vivienne, desprendióse del cielo, invadido por nubes lívidas, tal aguacero mezclado con granizo, que tuvo que refugiarse en una puerta cochera.

Hacia un minuto que estaba allí Saccard mirando caer el chaparrón cuando llegó á sus oí-

dos, dominando el ruido del agua, un claro tintineo de monedas de oro, que parecía salir de las entrañas de la tierra, continuo, ligero y musical, como en un cuento de *Las mil y una noches*. Volvió la cabeza, se orientó, y vió que se encontraba en el portal de la casa de Kolb, un banquero que se ocupaba especialmente en cambios sobre el oro, comprando el numerario en los Estados donde estaba á precios bajos y fundiéndolo después para venderlo en lingotes en otras partes, en los países donde el oro estaba en alza; y desde la mañana hasta la noche, los días de fundición, subía desde el sótano aquel ruido cristalino de piezas de oro, removidas con pala, cogidas de las cajas y echadas en el crisol. Los que pasan por aquella acera tienen los oídos llenos de este tintineo todo el año. Saccard sonreía ahora complacientemente á aquella música, que era como la voz subterránea de aquel barrio de la Bolsa. Vió en ello un dichoso presagio.

Cuando cesó la lluvia, atravesó la plaza y se encontró en seguida en casa de Mazaud. Por una excepción, el joven agente de cambio tenía su domicilio personal en el primer piso, en la misma casa donde estaban sus oficinas que ocupaban todo el segundo. Se había instalado simplemente en la habitación de su tío, cuando á la muerte de éste se entendió con sus coherederos para comprar la agencia.

Daban las diez, y Saccard subió directamente

á las oficinas, á la puerta de las cuales encontró á Gustavo Sedille.

—¿Está aquí el señor Mazaud?

—No sé, caballero, llego en este momento.

Siempre retrasado, el joven sonreía, tomando cómodamente su empleo de simple aficionado, por el que no cobraba, resignado á pasar allí un año ó dos por dar gusto á su padre, el fabricante de seda de la calle de Jeuneurs.

Saccard atravesó la caja, saludado por el cajero del dinero y por el cajero de los títulos, y entró en el despacho de los dos encargados de los poderes, donde no encontró más que á Berthier, el que, de los dos, tenía á su cargo las relaciones con los clientes y que acompañaba á su principal á la Bolsa.

—¿Está aquí el señor Mazaud?

—Creo que sí, acaba de salir de su despacho...

Pero ¡calle! no, ya no está allí... Está en la sección de contabilidad.

Había empujado una puerta vecina y examinaba una pieza bastante grande donde trabajaban cinco empleados, bajo las órdenes del primer oficial.

—¡Pues no, y es particular!.... Mirad vos mismo en la liquidación, ahí al lado.

Saccard entró en la sección de liquidación. Allí era donde el liquidador, el verdadero eje de la agencia, ayudado por siete empleados, examinaba el *carnet* que le entregaba el agente todos los días, después de la Bolsa, y luego aplicaba á

los clientes los negocios hechos según las órdenes recibidas, ayudándose con las tarjetas, conservadas para saber los nombres; porque el *carnet* no consigna los nombres, no contiene más que la indicación breve de la compra ó de la venta, tal valor, tal cantidad, tal cotización, de tal agente.

—¿No estaba aquí el señor Mazaud?—preguntó Saccard.

Pero ni siquiera le contestaron. Habiendo salido el liquidador, tres empleados estaban leyendo periódicos, y otros dos miraban al techo; mientras que la entrada de Gustavo Sedille había interesado vivamente al pequeño Flory, que por la mañana hacía escrituras y canjeaba compromisos, y por la tarde, en la Bolsa, estaba encargado de los telegramas. Nacido en Saintes, de un padre empleado en el registro, oficial en Burdeos en casa de un banquero, y colocado en París en casa de Mazaud, á fines del otoño último, no tenía allí otro porvenir que doblar tal vez su sueldo en diez años. Hasta entonces se había portado bien, trabajando con regularidad y á conciencia. Pero desde hacía un mes, desde que Gustavo estaba en la agencia, se iba echando á perder, arrastrado por su nuevo compañero, muy elegante, muy bien relacionado, provisto de dinero, y que le había hecho conocer mujeres. Flory, en un rostro comido de barba, tenía una nariz de pasiones, una boca amable y ojos tiernos; y corría sus francachelas, no caras, con la señorita

Chuchu, una figuranta de Variedades, una flacucha langosta de las calles de París, la hija, escapada de su casa, de una portera de Montmartre, agradable con su carilla pálida en la que brillaban admirables ojazos oscuros.

Gustavo, aun antes de quitarse el sombrero, ya le estaba contando lo que había hecho la noche anterior.

—Sí, querido, creí que Germana me iba á poner de patitas en la calle porque había llegado Jacoby, pero no sé cómo se las arregló: el caso es que á él fué á quien echó. ¡Y me quedé!

Los dos soltaron la carcajada. Tratábase de Germana Corazón, una sorberbia muchacha de veinticinco años, un poco blanda é indolente, de pecho opulento, á la que un colega de Mazaud, el judío Jacoby, entretenía por meses. Siempre había estado con bolsistas y siempre por meses, lo que es cómodo para hombres muy ocupados, con la cabeza llena de números, que pagan el amor como lo demás, sin encontrar tiempo para una verdadera pasión. Sólo la agitaba un cuidado en su lindo cuartito de la calle de la Michodiére, el de evitar encuentros entre los señores que podían conocerse.

—¿Pues qué,—preguntó Flory—no os reservabais para la hermosa almacenista de papel?

Pero aquella alusión á la señora Conin puso serio á Gustavo. A ésta se la respetaba: era una mujer honrada, y aunque tenía sus caprichos no había ejemplo de que un hombre se hubiera mos-

trado indiscreto, de tal modo se quedaban buenos amigos. Así, no queriendo contestar, Gustavo preguntó á su vez:

—¿Llevasteis á Chuchu á Mabile?

—¡No, á fe mía! Cuesta muy caro. Volvimos á casa y tomamos té.

Saccard, que estaba detrás de los jóvenes, había oído estos nombres de mujeres pronunciados rápidamente en voz baja. Sonrióse, y preguntó á Flory:

—¿No habéis visto al señor Mazaud?

—Sí, señor, ha venido á darme una orden y ha bajado á sus habitaciones..... Creo que está enfermo su hijo pequeño, y le han avisado que estaba allí el médico..... Hariais bien en llamar en su casa, porque puede salir muy bien sin volver á subir aquí.

Saccard dió las gracias y se apresuró á bajar un piso. Mazaud era uno de los más jóvenes agentes de cambio, mimado por la suerte, habiendo tenido aquella fortuna de la muerte su tío que lo había hecho propietario de una de las más fuertes agencias de París, á una edad en que todavía se aprenden los negocios. Con esto, en su pequeña estatura, era de un aspecto agradable, con fino bigote oscuro y ojos negros llenos de penetración; y mostraba una gran actividad y una inteligencia muy despierta. Se le citaba ya en el *parquet* por aquella vivacidad de espíritu y de cuerpo, tan necesaria en el oficio, y que, unida á mucho olfato y á una intuición muy notable, iba

á colocarle en primera fila; sin contar que tenía una voz aguda, noticias de las Bolsas extranjeras de primera mano, relaciones con todos los primeros banqueros, y en fin, un primo, á lo que se decía, en la agencia Havas. Su mujer, que se había casado por amor y le había aportado un millón doscientos mil francos en dote, era una joven encantadora de la que tenía ya dos hijos, una niña de tres años y un niño de dieciocho meses.

Precisamente acompañaba Mazaud hasta la escalera al doctor, que lo tranquilizaba riendo.

—Entrad—dijo á Saccard.—La verdad es que con estos pequeños se inquieta uno en seguida y los cree perdidos por la cosa más insignificante.

Y lo introdujo en el salón, donde todavía se encontraba su mujer con el niño sobre las rodillas, mientras que la niña, contenta por ver alegre á su madre, se empinaba para besarla. Los tres eran rubios, blancos como la leche, la joven madre de un aire tan delicado é ingenuo como los niños. Mazaud la besó en la frente diciendo:

—Ya ves como estábamos locos.

—No importa, amigo mío. ¡Estoy tan contenta con que nos haya tranquilizado!

Ante aquella gran dicha, Saccard se había detenido, saludando. En la pieza, lujosamente amueblada, respirábase la vida feliz de aquel matrimonio que nada había desunido aún: apenas, después de cuatro años que estaba casado se atribuía á Mazaud un pequeño capricho por

una cantante de la Ópera Cómica. Seguía siendo un marido fiel, del mismo modo que tenía la reputación de no jugar todavía mucho por su cuenta, á pesar de la fogosidad de su gran juventud. Y un dulce aroma de suerte, de felicidad sin nubes, se respiraba realmente en la paz discreta de los tapices y de las colgaduras, en el perfume de que un gran ramo de rosas, que se desbordaba de un vaso de China, había impregnado toda la pieza.

La señora Mazaud, que conocía algo á Saccard, le dijo alegremente:

—¿No es verdad, caballero, que basta quererlo para ser siempre dichoso?

—Estoy convencido de ello, señora. Y además, hay personas tan bellas y tan buenas, que jamás se atreve á tocarlas la desgracia.

Ella se había levantado radiante. Besó á su vez á su marido y se fué llevándose al niño y seguida de la niña que se había colgado al cuello de su padre. Este, queriendo ocultar su emoción, se volvió hacia Saccard con una frase de broma parisién.

—Ya veis que aquí no nos aburrirnos.

Y añadió vivamente:

—¿Teneis que decirme algo?..... ¿Queréis que subamos? Estaremos mejor.

Arriba, delante de la caja, Saccard reconoció á Sabatani que venía á cobrar diferencias; y sorprendióle el cordial apretón de manos que el agente cambió con su cliente. Así que estuvo



sentado en el despacho, explicó su visita y preguntó sobre las formalidades necesarias para hacer admitir un valor en la cotización oficial. Negligentemente habló del negocio que iba á acometer, el Banco Universal, con capital de veinticinco millones. Sí, una casa de crédito creada sobre todo con el objeto de patrocinar grandes empresas, que indicó con una palabra. Mazaud lo escuchaba sin moverse, y le explicó con mucha amabilidad las formalidades que había que llenar. Pero no se engañaba, sospechaba que Saccard no se habría molestado por tan poco. Así, cuando esto último pronunció, al fin, el nombre de Daigremont, sonrióse involuntariamente. Cierta que Daigremont tenía el apoyo de una fortuna colosal, mas decíase con insistencia que no era de una fidelidad muy segura; pero ¿quién es fiel en negocios y en amor? ¡Nadie! Por lo demás, él, Mazaud, habría sentido escrúpulos en decir la verdad acerca de Daigremont, después de su ruptura que había ocupado á toda la Bolsa. Este daba ahora la mayor parte de sus órdenes á Jacoby, un judío de Burdeos, un hombretón de sesenta años, de ancha cara alegre, cuya voz bramadora era famosa, pero que se iba poniendo pesado con su gran vientre; y había como una rivalidad entre los dos agentes, el joven favorecido por la suerte, el viejo legado á la ancianidad, antiguo encargado de poderes á quien algunos comanditarios habían permitido al fin comprar la plaza de su princi-

pal, de una práctica y de una astucia extraordinarias, perdido desgraciadamente por su pasión del juego, siempre en vísperas de una catástrofe, á pesar de considerables ganancias. Todo se fundía en las liquidaciones. Germana Corazón no le costaba más que algunos billetes de mil francos, y jamás se veía á su mujer.

—En fin, en el negocio de Caracas—concluyó Mazaud, cediendo al rencor, á pesar de su gran cortesía—es cierto que Daigremont ha hecho traición y ha cargado con todos los beneficios... Es muy peligroso.

Luego después de una pausa:

—Pero ¿por qué no os dirigís á Gundermann?

—¡Jamás!—exclamó Saccard con arrebató.

En aquel momento Berthier, el encargado de los poderes, entró y dijo algunas palabras al oído al agente. Estaba allí la baronesa Sandorff que venía á pagar diferencias y acudía á toda clase de tretas para rebajar su cuenta. Ordinariamente Mazaud se apresuraba á recibir él mismo á la baronesa; pero cuando esta había perdido, huía de ella como de la peste, seguro de un rudísimo asalto á su galantería. No hay peores clientes que las mujeres ni de una mala fe más absoluta, desde el momento en que se trata de pagar.

—No, no, decidle que no estoy—respondió alegremente.—Y no le hagáis gracia de un céntimo ¿entendéis?

Y cuando se hubo marchado Berthier, viendo

en la sonrisa de Saccard que este había oído, le dijo:

—Es verdad, querido, que es muy guapa, pero no tenéis idea de su rapacidad..... ¡Ah, los clientes! ¡Cómo nos amarían si ganasen siempre! Y cuanto más ricos, cuanto más del gran mundo ¡Dios me perdone! más desconfío, más temo no ser pagado..... Sí, hay días en que, fuera de las grandes casas, me alegraría de no tener más que una clientela de provincia.

Precisamente en aquel instante entró un empleado de la contabilidad á entregarle un legajo que había pedido Mazaud por la mañana, y salió.

—¡Mirad! Esto viene á propósito. He aquí un cobrador de rentas, instalado en Vendome, un tal Fayeux..... Pues bien; no tenéis idea de la cantidad de órdenes que recibo de este correspondiente. Sin duda estas órdenes son de poca importancia, procediendo de pequeños burgueses, de pequeños comerciantes, de pequeños colonos. Pero son en gran número..... Y en verdad, lo mejor de nuestras casas, el fondo mismo, está formado de los jugadores modestos, de la gran multitud anónima que juega.

Por una asociación de ideas, Saccard recordó á Sabatani en la rejilla de la caja.

—¿Tenéis ahora á Sabatani?—preguntó.

—Creo que desde hace un año—respondió el agente con aire de amable indiferencia.—¿Verdad que es un buen muchacho? Ha comenzado po-

quito á poco, es prudente y hará algo de provecho.

Lo que no decía, lo que ni siquiera recordaba, era que Sabatani sólo había depositado en su casa una garantía de dos mil francos. De aquí su juego tan moderado al principio. Sin duda, como tantos otros, el levantino esperaba que fuese olvidada la pequeñez de aquella garantía, y daba pruebas de prudencia, no aumentaba sino gradualmente la importancia de sus órdenes, aguardando el día en que, cayendo en una liquidación de importancia, desaparecería. ¿Cómo desconfiar de un joven simpático de quien se es amigo? ¿Cómo pensar que sea insolvente cuando se le ve alegre, en apariencia rico, vestido con esa elegancia que es indispensable y como el uniforme mismo del robo en la Bolsa?

—Muy simpático, muy inteligente—repitió Saccard, que tomó de pronto la resolución de pensar en Sabatani el día en que tuviera necesidad de un mozo discreto y sin escrúpulos.

Luego, levantándose y despidiéndose:

—¡Ea, adiós!... Cuando nuestros títulos estén prestos os volveré á ver antes de tratar de hacerlos admitir á cotización.

Y como Mazaud, ya en la puerta del despacho, le estrechase la mano diciéndole:

—Hacéis mal, debierais hablar á Gundermann para vuestro sindicato,

—¡Jamás!—exclamó de nuevo con aire furioso.

Al salir vió delante de la rejilla de la caja á Moser y á Pillerault: el primero embolsaba con aspecto afligido sus beneficios de la quincena, siete ú ocho billetes de mil francos; mientras que el otro, que había perdido, pagaba una cena de mil francos dando gritos y con aire agresivo y soberbio, como después de una victoria. Acercábase la hora del almuerzo y de la Bolsa, y la agencia iba á desocuparse en parte; y habiéndose entreabierto la puerta de la sección de liquidación, oyéronse risas producidas por el relato que Gustavo hacía á Flory de una gira en bote, en la cual su querida, caída en el Sena, había perdido hasta las medias.

Ya en la calle, Saccard miró su reloj. Las once. ¡Cuánto tiempo perdido! No, no iría á casa de Daigremont; y aunque el sólo nombre de Gundermann le había puesto fuera de sí, se decidió bruscamente á subir á verle. Por lo demás, ¿no le había anunciado su visita en el restaurant Champeaux, al indicarle su gran negocio con objeto de helarle en los labios su risa maligna? Hasta se dió como excusa que no quería sacar nada de él, que únicamente deseaba provocarlo, triunfar de quien afectaba tratarlo como á un niño. Y habiendo comenzado un nuevo chaparrón que convirtió la calle en río, saltó en un fiacre y dió al cochero las señas, calle de Provenza.

Gundermann ocupaba en esta un inmenso hotel, lo bastante grande para su innumerable fa-

milia. Tenía cinco hijas y cuatro hijos, tres de aquéllas y tres de éstos casados, que le habían dado ya catorce nietos. Cuando, en la comida de la noche, se encontraba reunida esta descendencia, eran, contando á su mujer y á él, treinta y uno á la mesa. Y, á excepción de dos de sus yernos que no habitaban en el hotel, todos los demás tenían allí sus habitaciones en las alas de la izquierda y de la derecha; mientras que el cuerpo central estaba ocupado enteramente por la instalación de las vastas oficinas de la banca. En menos de un siglo, la monstruosa fortuna de un millar de millones había nacido, crecido, desbordado en aquella familia por el ahorro, por la dichosa ayuda de los acontecimientos. Había allí como una predestinación, auxiliada por una inteligencia viva, por un trabajo encarnizado, por un esfuerzo prudente é invencible, tendiendo constantemente hacia el mismo objeto. Ahora todos los ríos de oro iban á aquel mar, los millones se perdían en aquellos millones, aquello era como la riqueza pública devorada por la riqueza de uno solo, siempre creciente; y Gundermann era el verdadero amo, el rey omnipotente temido y obedecido de París y del mundo.

Mientras que Saccard subía la ancha escalera de piedra, de escalones gastados por el continuo ir y venir de la multitud, más gastados ya que el umbral de las viejas iglesias, sentía como un acrecentamiento de sus antiguos odios contra aquel hombre. ¡Ah, el judío! Tenía contra el ju-

dio el antiguo rencor de raza, que se encuentra sobre todo en el mediodía de Francia; era como una protesta de su misma carne, una repulsión de piel que, á la idea del menor contacto, le llenaba de asco y de violencia, á despecho de todo razonamiento, sin que pudiera dominarse. Pero lo singular era que él, Saccard, aquel terrible maquinador de negocios, aquel verdugo de dinero de manos sucias, perdía la conciencia de sí mismo, desde que se trataba de un judío, hablando de él con una aspereza, con indignaciones vengadoras de hombre honrado, que vive del trabajo de sus brazos, virgen de todo negocio usurario. Y formulaba su acusación contra la raza, esa raza maldita que no tiene patria ni rey, que vive como un parásito en todas las naciones, fingiendo reconocer las leyes, pero en realidad, no obedeciendo más que á su dios de robo, de sangre y de cólera; y la mostraba cumpliendo en todas partes la misión de feroz conquista que ese dios le ha asignado, estableciéndose en todos los pueblos, como la araña en el centro de su tela, para acechar su presa, chupar la sangre de todos, engordar con la vida de los demás. ¿Acaso se ha visto alguna vez á un judío trabajando con sus manos? ¿Acaso hay judíos labradores, judíos obreros? No, el trabajo deshonra, su religión casi lo prohíbe y no exalta más que la explotación del trabajo de los demás. ¡Ah, los canallas! Saccard parecía acometido de una rabia tanto mayor cuanto que los admiraba, que los envidiaba

sus prodigiosas facultades financieras, esa ciencia innata de los números, esa facilidad natural para las operaciones más complicadas, ese olfato y esa fortuna que aseguran el triunfo de todo lo que emprenden. En ese juego de ladrones, decía, los cristianos son débiles y acaban siempre por ahogarse; mientras que tomad un judío que no sepa siquiera la teneduría de libros, lanzadlo en el río revuelto de cualquier negocio podrido, y él saldrá adelante, llevándose todas las ganancias sobre sus hombros. Este es el don de su raza, su razón de ser á través de las nacionalidades que se hacen y se deshacen. Y profetizaba con indignación la conquista final de todos los pueblos por los judíos, el día en que hayan acaparado la fortuna total del globo, lo que no tardará mucho, puesto que se les deja, cada vez más, ir extendiendo libremente su dominación y puesto que ya se podía ver, en París, á un Gundermann reinar sobre un trono más sólido y más respetado que el del emperador.

Arriba, en el momento de entrar en la vasta antecámara, Saccard estuvo á punto de retroceder, al verla llena de corredores, de pretendientes, de hombres, de mujeres, de todo un hormigueo tumultuoso de multitud. Sobre todo los corredores luchaban por cuál llegaría el primero, con la esperanza improbable de conseguir una orden, porque el gran banquero tenía sus agentes propios; pero ya era un honor, una recomendación el ser recibido, y cada cual quería

poder vanagloriarse de ello. Así, la espera jamás era larga, los dos ordenanzas no servían apenas más que para organizar el desfile, un desfile incesante, un verdadero galope por las puertas abiertas. Y, á pesar de la multitud, Saccard fué introducido casi inmediatamente, en medio de la oleada.

El despacho de Gundermann era una inmensa pieza de la que él no ocupaba más que un pequeño rincón, en el fondo, cerca de la última ventana. Sentado delante de una sencilla mesa de caoba, colocábase de modo que volvía la espalda á la luz y tenía el rostro completamente en la sombra. Levantado desde las cinco de la mañana, encontrábase trabajando mientras París dormía aún; y cuando, á eso de las nueve, el tumulto de los apetitos pasaba galopando por delante de él, su jornada estaba ya hecha. En medio del despacho, en mesas más grandes, le ayudaban dos de sus hijos y uno de sus yernos, sentados raramente, moviéndose en medio de las idas y venidas de un mundo de empleados. Pero aquello era el funcionamiento interior de la casa. La multitud atravesaba toda la pieza, no iba más que á él, al amo, en su modesto rincón; en tanto que durante horas, hasta el almuerzo, con el aire impasible y distraído, él recibía, á menudo con un gesto, á veces con una palabra, si quería mostrarse amable.

Desde que Gundermann vió á Saccard, iluminóse su rostro con una débil sonrisa burlona.

—¡Ah! ¿Sois vos, mi buen amigo....! Sentaos un momento, si tenéis algo que decirme. Soy con vos al instante.

En seguida afectó olvidarlo. Saccard, por lo demás, no se impacientaba, interesado por el desfile de los corredores que, pisándose unos á otros los talones, entraban con el mismo saludo profundo, sacaban de su correcta levita el mismo cartoncito, su cotización con los precios de la Bolsa, que presentaban al banquero con el mismo gesto suplicante y respetuoso. Pasaron diez, pasaron veinte. Cada vez el banquero tomaba la cotización, le daba una ojeada y la devolvía; y nada igualaba su paciencia, á no ser su completa indiferencia, bajo aquella granizada de ofertas.

Entró Massias con su aire alegre é inquieto de perro castigado. Algunas veces se le recibía tan mal que habría llorado. Aquel día, sin duda, había agotado ya toda su humildad, porque se permitió una insistencia inesperada.

—Mirad, señor, el mobiliario está muy bajo... ¿Por cuánto os compro?

Gundermann, sin tomar la cotización, alzó sus ojos hacia aquel joven tan familiar, y le dijo rudamente:

—Decidme, amigo mío, ¿creéis que me divierte recibirlos?

—¡Dios mío!—contestó Massias que se había puesto pálido—menos me divierte aún venir todas las mañanas para nada desde hace tres meses.

—¡Pues bien, no volváis!

El corredor saludó y se retiró, después de haber cambiado con Saccard la mirada furiosa y desolada del hombre que comprende bruscamente que nunca hará fortuna.

Saccard preguntábase qué interés podía tener Gundermann en recibir á toda aquella gente. Evidentemente poseía una facultad de aislamiento especial, pues se abstraía y continuaba pensando; sin contar que debía haber en ello una regla de conducta, una manera de proceder todas las mañanas á una revista del mercado, en la que siempre encontraba algo que ganar, por poco que fuese. Con mucha aspereza rebajó ochenta francos á un corredor, á quien habia dado una orden la víspera, y que por otra parte le robaba. Después llegó un marchante de curiosidades con una caja de oro esmaltada del siglo pasado, un objeto rehecho en parte, falsificación que olfateó inmediatamente el banquero. Luego dos señoras, una vieja con nariz de ave nocturna y una joven morena, muy bella, que tenían que enseñarle en su casa una cómoda Luis XV, que él rehusó claramente ir á ver. Llegaron también un joyero con rubies, dos inventores, ingleses, alemanes, italianos, todas las lenguas, todos los sexos. Y todavía seguía el desfile de corredores, interrumpiendo las otras visitas, eternizándose, con la reproducción del mismo gesto, la presentación mecánica de la cotización; mientras que la ola de los emplea-

dos, á medida que se acercaba la hora de la Bolsa, atravesaba la pieza cada vez más numerosos, trayendo despachos, viniendo á pedir firmas.

Pero lo que puso el colmo á aquella barandada, fué la irrupción en el despacho de un niño de cinco á seis años, á caballo sobre un bastón y tocando la trompeta, y, una tras otra, todavía llegaron dos niñas, la una de tres años, la otra de ocho, que sitiaron el sillón de su abuelo, tiraron á éste de los brazos y se colgaron á su cuello; y él los dejaba hacer plácidamente, besándolos con esa pasión judía por la familia, por la descendencia numerosa que hace la fuerza y que se defiende.

De pronto, pareció acordarse de Saccard.

—¡Ah! mi buen amigo, dispensadme, ya veis que no tengo un minuto mío.... Vaya, explicadme vuestro asunto.

Y comenzaba á escucharlo, cuando un empleado, que había introducido á un caballero rubio, llegó á decirle un nombre al oído. Gundermann se levantó en seguida, aunque sin apresuramiento, y fué á conferenciar con el nuevo visitante delante de otra de las ventanas, mientras que uno de sus hijos seguía recibiendo á los corredores en su lugar.

A pesar de su sorda irritación, Saccard comenzaba á sentir respeto. Había reconocido al caballero rubio, el representante de una de las grandes potencias, ceñudo en las Tullerías,

aquí con la cabeza ligeramente inclinada, sonriendo como pretendiente. Otras veces eran altos administradores, los mismos ministros del emperador, quienes eran recibidos así de pie en aquella pieza, pública como una plaza, llena de un estrépito de niños. Allí se afirmaba la dominación universal de aquel hombre que tenía embajadores en todas las cortes del mundo, cónsules en todas las provincias, agencias en todas las ciudades y barcos en todos los mares. Y no era un especulador, un capitán aventurero manejando los millones de los demás, soñando, como Saccard, combates heroicos donde vencer ó donde ganar para sí un botín colosal, gracias á la ayuda del oro mercenario, puesto á sus órdenes; era, como él lo decía bondadosamente, un simple comerciante de dinero, el más hábil, el más celoso que pudiera haber. Sólo que, para dar solidez á su poder, le era necesario dominar la Bolsa; y así entablaba, á cada liquidación, una nueva batalla, que le proporcionaba infaliblemente la victoria, gracias á la virtud decisiva de los fuertes batallones. Saccard, que lo miraba, quedó un instante agobiado bajo el pensamiento de que todo aquel dinero que ponía en movimiento era suyo, que tenía en sus cuevas su inagotable mercancía, con la que traficaba como comerciante astuto y prudente, como dueño absoluto, obedecido con una mirada, que quería oírlo todo, verlo todo, hacerlo todo por sí mismo. La posesión de mil millones

así manejados, es una fuerza inexpugnable.

—No dispondremos de un minuto, mi buen amigo—volvió á decir Gundermann.—¡Mirad! Voy á almorzar, pasad conmigo á la pieza vecina. Acaso allí nos dejarán tranquilos.

Era el comedor pequeño del hotel, el de la mañana, donde nunca se encontraba completa la familia. Aquel día no eran sino diez y nueve á la mesa, ocho de ellos niños. El banquero ocupaba el centro, y delante de sí no tenía más que un tazón de leche.

Permaneció un momento con los ojos cerrados, rendido por la fatiga, el rostro muy pálido y contraído, porque padecía del hígado y de los riñones; luego, despues de llevar con sus manos temblorosas el tazón á sus labios y beber un trago, suspiró.

—¡Ah! ¡Hoy estoy rendido!

—¿Por qué no descansáis?—preguntó Saccard. Gundermann lo miró asombrado, y contestó ingenuamente:

—¡Pero si no puedo!

En efecto, ni siquiera le dejaban tomar la leche con tranquilidad, porque había seguido la recepción de corredores y el galope atravesaba ahora el comedor, mientras que las personas de la familia, los hombres, las mujeres, acostumbrados á aquel trastorno, reían, y se atracaban de fiambres y pasteles, y los niños, excitados por dos dedos de vino puro, producían un estrépito ensordecedor.

Y Saccard, que no dejaba de mirarlo, se maravillaba de verlo beber la leche á tragos lentos, con un esfuerzo tal que parecía que jamás llegaría al fondo del tazón. Le habían prescrito el régimen de la leche, y no podía ni siquiera tocar la carne ni un pastel. ¿Para qué entonces tantos millones? Jamás lo habían atormentado las mujeres: durante cuarenta años había sido de una estricta fidelidad á la suya; y ahora su prudencia era forzosa, irrevocablemente definitiva. ¿Para qué, pues, levantarse á las cinco, hacer aquel trabajo abominable, matarse con aquella inmensa fatiga, llevar una vida de galeote que no aceptaría ningún andrajoso, atestada la memoria de números, el cráneo estallando con todo un mundo de preocupaciones? ¿Para qué ese oro inútil añadido á tanto oro, cuando no se puede comprar y comer en la calle una libra de cerezas, llevar á un ventorrillo de la orilla del río á la muchacha que pasa, gozar de todo lo que se vende, de la pereza y de la libertad? Y Saccard, que, en sus terribles apetitos, comprendía sin embargo el amor desinteresado al dinero, por la potencia que da, sentíase acometido de una especie de terror sagrado al ver alzarse aquella figura, no la del avaro clásico que atesora, sino del obrero impecable, sin las necesidades de la carne, como abstraído en su vejez doliente, que continuaba edificando obstinadamente su torre de millones, con el único pensamiento de legarla á los suyos para que la

agrandasen todavía hasta que dominase la tierra.

Al fin se inclinó Gundermann y se hizo explicar á media voz la proyectada creación del Banco Universal. Saccard fué sobrio de detalles y no hizo más que aludir á los proyectos de Hamelin, habiendo comprendido desde las primeras palabras que el banquero trataba de sonsacarle, resuelto de antemano á despedirlo en seguida.

—¡Otro Banco más, mi buen amigo, otro Banco más!—repitió con su aire burlón.—El negocio en que yo pondría mucho dinero, sería en una máquina, sí, una guillotina para cortar la cabeza á todos esos Bancos que se fundan.... un rastrillo para limpiar la Bolsa. ¿No tiene nada de esto vuestro ingeniero en sus papeles?

Después, afectando un tono paternal, con crueldad tranquila:

—Vamos, sed razonable, ya sabéis lo que os tengo dicho.... Hacéis mal en volver á los negocios, y es un verdadero servicio el que os hago rehusando entrar en vuestro sindicato.... Infaliblemente vendréis á tierra, esto es matemático, porque sois excesivamente apasionado, tenéis demasiada imaginación; además, siempre se acaba mal cuando se trafica con el dinero ajeno.... ¿Por qué no os busca vuestro hermano una buena colocación, una prefectura, ó bien una recaudación? No, una recaudación no, esto es aún demasiado peligroso.... No os fiéis, no os fiéis, mi buen amigo.



Saccard se había levantado, tembloroso.

—¿Es cosa decidida que no tomaréis acciones?  
¿No queréis ser de los nuestros?

—¡Con vos, nunca!.... Antes de tres años seréis comido.

Reinó un silencio preñado de luchas, un cambio feroz de miradas que se desafiaban.

—Entonces, adiós.... Todavía no he almorzado y tengo mucha hambre. Habrá que ver quién es el que será comido.

Y lo dejó, en medio de su tribu que acababa de atracarse ruidosamente de pasteles, recibiendo á los últimos corredores retrasados, cerrando á cada momento los ojos de cansancio, mientras que concluía su tazón á sorbos, blancos de leche los labios.

Saccard se lanzó en su fiacre, dando la dirección de la calle de San Lázaro. Era la una, había perdido la mañana y volvía á su casa á almorzar fuera de sí. ¡Ah! ¡El cochino judío! He aquí uno decididamente á quien hubiera tenido placer en destrozar de una dentellada, como un perro destroza un hueso. Pero ¿quién sabe? Los mayores imperios se han derrumbado, siempre hay una hora en que los poderosos sucumben. ¡No, comerlo no, darle mordiscos, arrancarle pedazos de su fortuna; después comerlo, ¿por qué no? acabar, en su rey incontestado, con esos judíos que se creían los amos del festín! Y estas reflexiones, esta cólera que sacaba de casa de Gundermann, despertaban en Saccard un celo

furioso, un ansia de negocio, de éxito inmediato: habría querido levantar con un gesto su casa de banca, hacerla funcionar, triunfar, aplastar á las casas rivales. Súbitamente se acordó de Daigremont, y sin discutir, con un movimiento irresistible, se inclinó y gritó al cochero que subiese la calle de Laroche-foucauld. Si quería ver á Daigremont debía darse prisa y dejar el almuerzo para más tarde, porque sabía que éste salía á eso de la una. Indudablemente este cristiano valía por dos judíos, y pasaba por un ogro que devoraba los negocios nuevos que iban á parar á su casa. Pero en aquel momento, Saccard habría tratado con Cartouche, para la conquista, aun con la condición de partir. Después, ya se vería, él sería el más fuerte.

A todo esto, el fiacre que subía con trabajo la áspera pendiente de la calle, se paró delante de la alta puerta monumental de uno de los últimos hoteles de aquel barrio, que los ha tenido muy hermosos. El cuerpo de construcciones, en el fondo de un vasto patio empedrado, tenía un aire de regia grandeza, y el jardín que le seguía, plantado todavía de árboles centenarios, era un verdadero parque, aislado de las calles populosas. Todo París conocía aquel hotel por sus fiestas espléndidas, sobre todo por la admirable colección de cuadros, que ni un gran duque, de viaje, dejaba de visitar. Casado con una mujer célebre por su belleza, como sus cuadros, y que

alcanzaba en los salones grandes éxitos de cantrix, el dueño de la casa arrastraba un tren de príncipe, era tan celebrado por su cuadra de carrera como por su galería, pertenecía á uno de los grandes clubs, ponía en circulación las mujeres más costosas, tenía palco en la Ópera, silla en el hotel Drouot y banquillo en todos los lugares equívocos en moda. Y toda aquella gran vida, aquel lujo brillante en una apoteosis de capricho y de arte, pagábalos únicamente la especulación, una fortuna sin cesar en movimiento, que parecía infinita como el mar, pero que tenía su flujo y reflujo, diferencias de dos y trescientos mil francos, en cada liquidación de quincena.

Cuando Saccard hubo subido la majestuosa escalinata, un lacayo lo anunció y le hizo atravesar por tres salones atestados de maravillas, hasta un saloncito de fumar donde Daigremont acababa un cigarro antes de salir. De edad ya de cuarenta y cinco años y en lucha contra un principio de obesidad, era este un hombre de alta estatura, muy elegante y que no llevaba más que el bigote y la perilla, como fanático de las Tullerías. Afectaba una gran amabilidad, una confianza absoluta en sí mismo, seguro de vencer.

Así que vió á Saccard se precipitó hacia él exclamando.

—¡Ah, querido amigo! ¿Qué es de vuestra vida? El otro día me acordé de vos.... ¿Es verdad que sois vecino mío?

Pero se calmó, renunciando á aquella efusión

que guardaba para la multitud, cuando Saccard, juzgando inútiles las delicadezas de transición, abordó inmediatamente el objeto de su visita. Expuso su gran negocio, explicó que antes de crear el Banco Universal, con capital de veinticinco millones, quería formar un sindicato de amigos, de banqueros, de industriales, que asegurase de antemano el éxito de la emisión, comprometiéndose á tomar las cuatro quintas partes de esa emisión, ó sea cuarenta mil acciones á lo menos. Daigremont se había puesto muy serio, lo escuchaba, lo miraba, como si lo examinase hasta el fondo del cerebro, para ver qué esfuerzo, qué trabajo útil para sí mismo podría sacar todavía de aquel hombre á quien había conocido tan activo, tan lleno de maravillosas cualidades en su fiebre de travesuras. Al pronto vaciló.

—No, no, estoy agobiado, no quiero emprender nada nuevo.

Después, tentado sin embargo, hizo preguntas, quiso conocer los proyectos que patrocinaría la nueva casa de crédito, proyectos de los cuales su interlocutor tenía la prudencia de no hablar más que con la mayor reserva. Y cuando conoció el primer negocio que se acometería, aquella idea de syndicar todas las Compañías de transportes del Mediterráneo, bajo la razón social de Compañía general de Vapores reunidos, pareció muy impresionado, y cedió de repente.

—Pues bien, escuchad, consiento en entrar

en ello, pero únicamente con una condición....  
¿Cómo estáis con vuestro hermano el ministro?

Saccard, sorprendido, tuvo la franqueza de mostrar su amargura.

—Con mi hermano..... ¡Oh! El hace sus negocios y yo hago los míos. No tiene la fibra muy fraternal mi hermano.

—¡Entonces, tanto peor!—declaró francamente Daigremont.—No quiero estar con vos si no lo está también vuestro hermano..... Entendedlo bien, no quiero que estéis reñidos.

Saccard protestó con un gesto colérico de impaciencia. ¿Qué necesidad tenían de Rougon? ¿No sería ir á buscar cadenas para atarse de pies y manos? Pero al mismo tiempo, una voz de prudencia, más fuerte que su irritación, le decía que había que asegurar al menos la neutralidad del gran hombre. Sin embargo, rehusaba brutalmente.

—No, no, siempre se ha portado muy suciamente conmigo. Jamás daré yo el primer paso.

—Escuchad—dijo Daigremont.—Espero á Huret á las cinco para una comisión de que está encargado..... Vais á ir en seguida al Cuerpo legislativo, cogéis á Huret en un rincón, le contáis vuestro asunto, él hablará de ello inmediatamente á Rougon, sabrá lo que éste piensa, y tendremos la respuesta aquí, á las cinco..... ¿Eh? ¿Os espero á las cinco?

Saccard, con la cabeza baja, reflexionaba.

—¡Dios mio! ¡Si os empeñáis!

—¡Oh, absolutamente! Sin Rougon nada; con Rougon todo lo que queráis.

—¡Bueno! Allá voy.

Y partía, después de un fuerte apretón de manos, cuando el otro lo llamó.

—¡Ah! Mirad, si veis que las cosas se arreglan, pasad á la vuelta, por casa del marqués de Bohain y por casa de Sedille, hacedles saber que yo entro en el negocio y pedidles que entren también ellos..... Quiero que entren.

Saccard encontró en la puerta el fiacre que había conservado, aunque no necesitaba más que bajar el extremo de la calle para llegar á su casa. Lo despidió, contando con que podría hacer enganchar á la tarde; y entró vivamente á almorzar. Ya no lo esperaban, y fué la cocinera quien le sirvió ella misma un pedazo de carne fiambre, que devoró mientras reñía al cochero; porque éste, á quien había hecho subir, le daba cuenta de la visita del veterinario, y resultaba que había que dejar al caballo descansar tres ó cuatro días. Y, con la boca llena, acusaba al cochero de malos cuidados y le amenazaba con Carolina, que pondría orden en todo aquello. En fin, le gritó que fuese al menos á buscar un fiacre. De nuevo caía un chaparrón diluviano, y tuvo que esperar más de un cuarto de hora el carruaje, en el que montó, bajo torrentes de agua, dando la dirección:

—¡Al Cuerpo legislativo!

Su plan era llegar antes de la sesión con ob-

jeto de poder coger á Huret al paso y hablar con él tranquilamente. Por desgracia se temía aquel día un debate apasionado, porque un miembro de la izquierda debía provocar la eterna cuestión de Méjico, y Rougon, sin duda, se vería obligado á contestar.

Cuando Saccard entraba en el salón de conferencias, tuvo la suerte de tropezar con el diputado, y se lo llevó al fondo de uno de los saloncitos vecinos, donde se encontraron solos, gracias á la gran emoción que reinaba en los pasillos. La oposición iba haciéndose cada vez más temible, y comenzaba á soplar el viento de catástrofe, que debía aumentar y arrastrarlo todo. Por eso Huret, preocupado, no comprendió al pronto, y se hizo explicar dos veces la misión de que se le encargaba. Su espanto aumentó.

—¡Oh, mi querido amigo! ¿Pensáis en tal cosa? ¡Hablar á Rougon en este momento! Estoy seguro de que me enviará á paseo.

Después surgió la inquietud por su interés personal. No existía sino por el gran hombre á quien debía su candidatura oficial, su elección, su situación de doméstico bueno para todo, que vivía de las migajas del favor de su amo. Hacía dos años que, en aquel oficio, y gracias á ciertos negocios, á las prudentes ganancias recogidas de debajo de la mesa, iba redondeando sus vastas tierras del Calvados, con el pensamiento de retirarse á ellas y vivir allí en grande

después de la catástrofe. Su ancho rostro de astuto campesino se había llenado de sombras y expresaba el embarazo en que lo ponía aquella demanda de intervención, sin darle tiempo á hacerse cargo de si habría en ello, para él, beneficio ó perjuicio.

—¡No, no, no puedo!..... Ya os he transmitido la voluntad de vuestro hermano, y no puedo ir ahora á irritarlo más. ¡Qué demonio, pensad un poco en mí! No es muy dulce cuando se le molesta; y ¡caramba! no tengo gana de pagar por vos, perdiendo mi crédito.

Entonces Saccard, comprendiendo, no trató más que de convencerle de que se podrían ganar millones con la fundación del Banco Universal. A grandes rasgos, con su ardiente palabra que transformaba un asunto de dinero en un cuento de poeta, explicó las soberbias empresas, el éxito cierto y colosal. Daigremont, entusiasmado, se ponía á la cabeza del sindicato. Bohain y Sedille habían pedido ya entrar. Era imposible que él, Huret, no estuviese también: aquellos señores lo querían absolutamente á su lado á causa de su alta posición política. Hasta se esperaba que consintiera en formar parte del Consejo de administración, porque su nombre significaba orden y probidad.

A aquella promesa de ser nombrado miembro del Consejo, el diputado lo miró bien á la cara.

—En fin, ¿qué es lo que deseáis de mí? ¿Qué respuesta queréis que yo consiga de Rougon?

—¡Dios mío!—contestó Saccard—yo habría prescindido fácilmente de mi hermano. Pero es Daigremont quien exige que yo me reconcilie. Acaso tiene razón..... Así, yo creo que debéis hablar simplemente de nuestro asunto al terrible hombre, y obtener, si no que nos ayude, al menos que no esté en contra nuestra.

Huret, con los ojos entornados, parecía no acabar de decidirse.

—¡Ea! Si traéis una palabra tranquilizadora, nada más que una palabra tranquilizadora, ¿entendéis? Daigremont se contentará, y esta noche arreglaremos la cosa entre los tres.

—Pues bien, voy á intentarlo—declaró bruscamente el diputado, afectando una franqueza de campesino;—pero preciso es que sea por vos, porque no es muy dulce, ¡oh, no! sobre todo cuando la izquierda lo molesta..... ¡Hasta las cinco!

—¡Hasta las cinco!

Saccard permaneció allí cerca de una hora aún, muy inquieto por los rumores de lucha que corrían. Oyó á uno de los grandes oradores de la oposición anunciar que tomaría la palabra. A aquella noticia, tuvo por un instante el deseo de encontrar á Huret para preguntarle si no sería más prudente dejar para el día siguiente la conferencia con Rougon. Después, fatalista, creyendo en la suerte, temió comprometerlo todo si cambiaba lo que ya estaba decidido. Acaso, en el trastorno, sería más fácil que su hermano

pronunciase la palabra esperada. Y, para dejar correr las cosas, salió y subió á su fiacre, y entraba ya en el puente de la Concordia, cuando se acordó del deseo expresado por Daigremont.

—Cochero, á la calle de Babilonia.

En la calle de Babilonia era donde vivía el marqués de Bohain, ocupando las antiguas dependencias de un gran hotel, un pabellón que había habitado el personal de las caballerizas, y del que se había hecho una casa moderna muy confortable. La instalación era lujosa, con bello aspecto de aristocracia coqueta. Jamás se veía á la marquesa, enferma, decía su marido, y retenida en sus habitaciones por sus achaques. Sin embargo, la casa y los muebles eran de ella; él vivía allí como en una casa de huéspedes, no teniendo suyos más que los objetos de su uso personal, una maleta que se habría podido llevar en un fiacre, separados los bienes desde que él vivía del juego. Ya en dos catástrofes, había rehusado pagar sus diferencias, y el síndico, después de haberse dado cuenta de la situación, ni siquiera se había tomado el trabajo de enviarle una citación. Se pasaba la esponja, simplemente. El marqués embolsaba en tanto que ganaba, pero no pagaba cuando perdía: sabíase esto y se resignaban. Tenía un nombre ilustre que era muy decorativo en los Consejos de administración; así, las compañías nuevas que necesitaban nombres retumbantes, se lo disputaban: jamás estaba vacante. En la Bolsa tenía susilla, en el lado

de Nuestra Señora de las Victorias, el lado de la especulación rica, que afectaba no hacer caso de los rumores del día. Era respetado y se le consultaba mucho. Con frecuencia influía en el mercado. En fin, era todo un personaje.

Saccard, que lo conocía bien, quedó sin embargo impresionado por la recepción altamente cortés de aquel hermoso viejo de sesenta años, de pequeña cabeza, colocada sobre un cuerpo de coloso, de faz descolorida encuadrada en una peluca oscura, del más noble aspecto.

—Señor marqués, vengo como verdadero pretendiente.....

Y dijo el motivo de su visita, sin entrar desde luego en detalles. Por lo demás, el marqués lo paró desde las primeras palabras.

—No, no; tengo ocupado todo mi tiempo, y en este momento se me tienen hechas diez proposiciones que debo rehusar.

Pero como Saecard añadiese sonriendo:

—Es Daigremont quien me envía; ha pensado en vos.

Exclamó inmediatamente:

—¡Ah! ¿Está en el asunto Daigremont?..... ¡Bueno, bueno! Si Daigremont está, yo también estaré. Contad conmigo.

Saccard quiso entonces darle al menos algunas noticias, para que supiese en qué clase de negocio iba á entrar; pero el marqués le tapó la boca con la amable desenvoltura de un gran señor que no desciende á detalles, y que tiene

una confianza natural en la probidad de las gentes.

—Os lo suplico, no añadáis una palabra..... No quiero saber más. Necesitáis de mi nombre y tengo un verdadero placer en prestároslo, eso es todo..... Decid solamente á Daigremont que arregle esto como quiera.

Al subir á su fiacre, Saccard iba riéndose interiormente.

—Nos costará caro—pensaba—pero verdaderamente hace su papel.

Y añadió en voz alta:

—Cochero, á la calle de Jeuneurs.

La casa Sedille tenía aquí sus almacenes y sus oficinas, ocupando, en el fondo de un patio, todo un vasto piso bajo. Después de veinticinco años de trabajo, Sedille, que era de Lión y que conservaba allá talleres, acababa de hacer de su comercio de seda al por mayor uno de los más conocidos y más sólidos de París, cuando la pasión del juego, á consecuencia de un incidente de casualidad, se había revelado y propagado en él con la destructora violencia de un incendio. Dos grandes jugadas afortunadas, una tras otra, lo habían vuelto loco. ¿A qué consumir veinticinco años de su vida para ganar un pobre millón, cuando en una hora, por una sencilla operación de Bolsa, puede uno metérselo en el bolsillo? Desde entonces había ido abandonando poco á poco su casa, que marchaba por la velocidad adquirida; no vivía más que con la espe-

ranza de un golpe de agio triunfante; y como había venido la mala, persistente, todos los beneficios de su comercio iban siendo engullidos. Lo peor de esta fiebre es que se llega á despreciar la ganancia legítima, y hasta se acaba por perder la noción exacta del dinero. Y la ruina era segura, pues si los talleres de Li6n producían doscientos mil francos, el juego se llevaba trescientos mil.

Saccard encontró á Sedille agitado, inquieto, porque era un jugador sin flema, sin filosofía. Vivía lleno de remordimientos, siempre esperando, siempre abatido, enfermo de incertidumbre; y esto porque seguía siendo honrado en el fondo. La liquidación de fin de Abril había sido muy desastrosa para él. Sin embargo, su ancha cara con grandes patillas rubias, se coloreó á las primeras palabras.

—¡Ah, querido! Si es la suerte lo que me traéis, sed bienvenido.

Pero en seguida añadió como aterrado:

—¡No, no! No me tentéis. Mejor haré en cerrarme con mis piezas de seda y en no moverme de mi escritorio.

Queriendo esperar á que se calmase, Saccard le habló de su hijo Gustavo, á quien había visto por la mañana en casa de Mazaud. Pero esto era, para el negociante, otro motivo de pena, porque había pensado dejar su casa á su hijo, y éste despreciaba el comercio, alma alegre y de fiestas, bueno, como los hijos de advenedizos, para

comerse las fortunas hechas. Su padre lo había colocado en casa de Mazaud, para ver si tomaba afición á las cuestiones financieras.

—Desde la muerte de su pobre madre—murmuró—me ha dado pocas satisfacciones. En fin, acaso aprenderá en la agencia cosas que me serán útiles.

—¡Y bien!—dijo bruscamente Saccard:—¿Seréis de los nuestros? Daigremont me ha dicho que viniera á deciros que él lo es.

Sedille alzó al cielo los brazos temblorosos. Y con la voz alterada por el deseo y por el temor, contestó:

—¡Sí, contad conmigo! Ya sabéis que no puede ser de otro modo. Si rehusara y vuestro negocio prosperara, enfermaría de pena.... Decid á Daigremont que estoy con vosotros.

Cuando Saccard salió á la calle, miró su reloj y vió que apenas eran las cuatro. El tiempo que tenía delante de sí, y la necesidad que sentía de andar un poco, le hicieron dejar su fiacre. Pero se arrepintió casi en seguida, porque aún no había llegado al boulevard cuando un nuevo chaparrón, un diluvio mezclado con granizo, le obligó otra vez á refugiarse en un portal. ¡Vaya un tiempo perro, cuando hay que andar por París! Después de haber observado caer el agua durante un cuarto de hora, se impacientó y llamó un coche que pasaba desocupado. Era una victoria, y aunque se echó sobre las piernas el impermeable, llegó calado á la calle de Laroche-

foucauld, y con media hora de anticipación.

En el saloncito de fumar, donde lo dejó el criado, diciendo que el señor no había vuelto todavía, Saccard se puso á mirar los cuadros. Pero una soberbia voz de mujer, un contralto de una potencia melancólica y profunda, se dejó oír en el silencio del hotel, y Saccard se acercó á la ventana, que estaba abierta, para escuchar: era la señora que ensayaba al piano una pieza que debía cantar sin duda aquella noche, en algún salón. Y, arrullado por aquella música, pensó en las extraordinarias historias que se contaban de Daigremont: la historia de la Hadamantina sobre todo, aquel empréstito de cincuenta millones, cuyo *stock* entero había conservado, haciéndolo vender y revender cinco veces por corredores suyos, hasta que hubo creado un mercado y establecido un precio; luego la venta sería, la baja fatal, de trescientos francos á quince francos, los beneficios enormes, sobre todo un mundo de cándidos, arruinados de pronto. ¡Ah, era muy fuerte, un mozo terrible! La voz seguía, exhalando una lamentación tierna, angustiosa, de una amplitud trágica, mientras que Saccard, vuelto al centro de la pieza, se había detenido delante de un Messonnier, que apreció en cien mil francos.

Pero oyó que entraba alguien, y se sorprendió al reconocer á Huret.

—¿Cómo, sois ya vos? Aún no son las cinco..... ¿Ha acabado la sesión?

—¡Ah! sí, acabada..... Se están zurrando.

Y explicó que, como el diputado de la oposición seguía hablando, Rougon seguramente no podría contestar hasta el día siguiente. Por eso, al ver esto, se había arriesgado á abordar al ministro, durante una corta suspensión de la sesión, en un pasillo.

—¿Y qué?—preguntó Saccard nerviosamente.—¿Qué ha dicho mi ilustre hermano?

Huret no contestó en seguida.

—¡Oh! estaba de un humor de perro..... Os confieso que contaba con la irritación en que lo veía, esperando que me enviara sencillamente á paseo..... Le he hablado de vuestro asunto, le he dicho que no queréis emprender nada sin su aprobación.

—¿Y entonces?

—Entonces me ha cogido por los brazos, me ha sacudido, y me ha gritado: «¡Que vaya á hacerse ahorcar!» Y me dejó plantado.

Saccard perdió el color y se rió forzosamente.

—¡Tiene gracia!

—¡Demonio, sí, tiene gracia!—dijo el diputado con tono convencido.—No pedía yo tanto..... Con esto ya podemos marchar.

Y como oyese en el salón vecino los pasos de Daigremont que volvía, añadió en voz baja:

—Dejadme hacer.

Evidentemente, Huret tenía los mayores deseos de ver fundarse el Banco Universal y de



pertenecer á él. Sin duda se había dado ya cuenta del papel que podría desempeñar. Así, apenas hubo estrechado la mano de Daigremont, tomó un aspecto radiante, agitando un brazo en el aire.

—¡Victoria—exclamó—victoria!

—¿De veras? Contad.

—¡Dios mío! El gran hombre se ha mostrado como debía mostrarse. Me ha contestado: «¡Que triunfe mi hermano!»

Daigremont se quedó pasmado, encontrando la frase encantadora. «¡Que triunfe!» Esto quería decir: que no haga la tontería de no triunfar, ó lo abandono; pero que triunfe y le ayudaré. ¡Magnífico!

—Y, mi querido Saccard, triunfaremos, estad tranquilo..... Vamos á hacer todo lo necesario para ello.

Después, como los tres se habían sentado, á fin de arreglar los puntos principales, Daigremont se levantó y fué á cerrar la ventana; porque la voz de su mujer, haciéndose más llena poco á poco, lanzaba un sollozo de una desesperación infinita, que no los dejaba entenderse. Y, aun con la ventana cerrada, aquella ahogada lamentación los acompañó mientras que decidían la creación de una casa de crédito, el Banco Universal, con capital de veinticinco millones, dividido en cincuenta mil acciones de quinientos francos. Quedó convenido que Daigremont, Huret, Sedille, el marqués de Bohain

y algunos de sus amigos formarían un sindicato, que de antemano tomaba y se repartía las cuatro quintas partes de las acciones, ó sea cuarenta mil; de manera que el éxito de la emisión estaba asegurado, y que, más tarde, guardando los títulos, haciéndolos escasear en el mercado, podrían lograr que subiesen á su gusto. Pero todo estuvo á pique de deshacerse, cuando Daigremont exigió una prima de cuatrocientos mil francos, á repartir entre las cuarenta mil acciones, ó sea diez francos por acción. Saccard protestó, declarando que no era razonable hacer mugir á la vaca antes de ordeñarla. Los principios serían difíciles; ¿á qué embarazar la situación por adelantado? Sin embargo, tuvo que ceder ante la actitud de Huret que, tranquilamente, encontraba la cosa muy natural, diciendo que eso se verificaba siempre.

Separábanse, citándose para el día siguiente, cita á la que asistiría el ingeniero Hamelin, cuando Daigremont se golpeó bruscamente la frente, con aire desesperado.

—¿Y Kolb? ¡Me había olvidado de él! ¡Oh! no me perdonaría que no contásemos con él..... Querido Saccard, si fuerais amable, iríais en seguida á su casa. Aún no son las seis, y lo encontraréis en ella..... Sí, vos mismo, y no mañana, esta tarde, porque esto le complacerá, y puede sernos útil.

Saccard se puso dócilmente en camino, sabiendo que los días de suerte no se repiten. Pero

había despedido de nuevo su fiacre, esperando marchar á su casa, que estaba á dos pasos de allí; y como parecía que la lluvia iba, por fin, á cesar, se fué á pie, contento por sentir bajo sus plantas aquel suelo de París, que reconquistaba. En la calle de Montmartre, algunas gotas de agua le hicieron entrar en los pasajes. Enfiló el pasaje Verdeau, y el pasaje Jouffroy; después, en el de los Panoramas, cuando seguía una galería lateral para acortar y salir á la calle Vivienne, quedó sorprendido al ver salir de un portal oscuro á Gustavo Sedille, que desapareció, sin volverse. Saccard se había detenido mirando la casa, un discreto hotel amueblado, cuando, en una mujercita rubia, velada, que salía á su vez, reconoció positivamente á la señora Conin, la linda pape lista. Allí era donde, cuando tenía un arranque de ternura, traía ella á sus amantes de un día, mientras que su buen marido la creía cobrando facturas. Aquel misterioso rincón, en el centro del barrio, estaba muy bien escogido, y sólo una casualidad lo había descubierto. Saccard sonreía, envidiando á Gustavo: Germana Corazón por la mañana, la señora Conin por la tarde.... ¡Aquel joven comía á dos carrillos! Y todavía miró dos veces la puerta, á fin de poder reconocerla, tentado de entrar él también allí.

En la calle Vivienne, en el momento en que entraba en casa de Kolb, Saccard se estremeció y se detuvo nuevamente. Envolvía una música ligera, cristalina, que salía de la tierra, parecida

á la voz de las hadas legendarias, y reconoció la música del oro, ese continuo repique de aquel barrio del negocio y de la especulación, oído ya por la mañana. El fin del día se parecía al principio. Y se llenó de esperanzas al sentirse acariciado por aquella voz, como si le confirmase el buen presagio.

Precisamente Kolb se encontraba abajo en el taller de fundición, y, como amigo de la casa, Saccard bajó á buscarlo allí. En el desnudo sótano que iluminaban eternamente grandes llamas de gas, los dos fundidores vaciaban con pala las cajas forradas de zinc, llenas aquel día de monedas españolas, que echaban en el crisol sobre el gran hornillo cuadrado. El calor era fuerte, y se necesitaba hablar alto para entenderse en medio de aquel armonioso repique, vibrante bajo la poco elevada bóveda. Lingotes fundidos, ladrillos de oro, de un vivo brillo de metal nuevo, alineábanse á lo largo de la mesa del químico ensayador, que marcaba en ellos su ley. Y desde la mañana habían pasado por allí más de seis millones, que aseguraban al banquero un beneficio de tres ó cuatrocientos francos apenas; porque el cambio sobre el oro, esa diferencia realizada entre dos cotizaciones, como que es de las más pequeñas, pues se aprecia por milésimas, no puede dar una ganancia más que sobre cantidades considerables de metal fundido. De aquí aquel sonar de oro, aquel chorrear de oro de la mañana á la tarde, de un extremo á

otro del año, en el fondo de aquella cueva adonde el oro entraba en monedas y de donde salía en lingotes, para volver á entrar en monedas y volver á salir en lingotes acaso, indefinidamente, con el único objeto de dejar en las manos del traficante algunas partículas.

Así que Kolb, un hombrecillo muy moreno, cuya nariz aguileña saliendo de una gran barba denunciaba el origen judío, hubo comprendido la oferta de Saccard, que el oro cubría con un ruido de granizada, aceptó.

—¡Perfectamente!—exclamó.—Muy contento de entrar en el negocio si Daigremont entra. Y gracias por haberos molestado.

Pero se entendían con trabajo y se callaron, permaneciendo todavía allí un instante, aturridos, extáticos, en medio de aquel repique tan claro y exasperado, que estremecía todos sus nervios, como una nota muy alta sostenida sin fin en los violines, hasta el espasmo.

Ya fuera, á pesar de haber vuelto el buen tiempo, una hermosa noche de Mayo, Saccard, destrozado por la fatiga, tomó otra vez un coche para volver á su casa. Una jornada ruda, pero bien empleada.

IV

Surgieron dificultades y el asunto fué aplazándose, sin que durante cinco ó seis meses pudiera decidirse nada. Eran ya los últimos días de Septiembre, y Saccard se irritaba al ver que, á pesar de su celo, surgían nuevos obstáculos, toda una serie de cuestiones secundarias que había que resolver desde el principio, si se quería fundar algo serio y sólido. Su impaciencia llegó á ser tal, que estuvo un momento á punto de enviar á paseo el sindicato, acometido y seducido por la idea repentina de hacer el negocio con la princesa de Orviedo sola. Teniendo ésta los millones necesarios para el primer impulso, ¿por qué no los había de meter en aquella soberbia operación, sin perjuicio de dejar acudir después á la pequeña clientela, con ocasión de los futuros aumentos de capital con que ya soñaba? Con una buena fe absoluta, tenía la convicción de proporcionarle una colocación donde se duplicaría su fortuna, aquella fortuna de los

otro del año, en el fondo de aquella cueva adonde el oro entraba en monedas y de donde salía en lingotes, para volver á entrar en monedas y volver á salir en lingotes acaso, indefinidamente, con el único objeto de dejar en las manos del traficante algunas partículas.

Así que Kolb, un hombrecillo muy moreno, cuya nariz aguileña saliendo de una gran barba denunciaba el origen judío, hubo comprendido la oferta de Saccard, que el oro cubría con un ruido de granizada, aceptó.

—¡Perfectamente!—exclamó.—Muy contento de entrar en el negocio si Daigremont entra. Y gracias por haberos molestado.

Pero se entendían con trabajo y se callaron, permaneciendo todavía allí un instante, aturridos, extáticos, en medio de aquel repique tan claro y exasperado, que estremecía todos sus nervios, como una nota muy alta sostenida sin fin en los violines, hasta el espasmo.

Ya fuera, á pesar de haber vuelto el buen tiempo, una hermosa noche de Mayo, Saccard, destrozado por la fatiga, tomó otra vez un coche para volver á su casa. Una jornada ruda, pero bien empleada.

Surgieron dificultades y el asunto fué aplazándose, sin que durante cinco ó seis meses pudiera decidirse nada. Eran ya los últimos días de Septiembre, y Saccard se irritaba al ver que, á pesar de su celo, surgían nuevos obstáculos, toda una serie de cuestiones secundarias que había que resolver desde el principio, si se quería fundar algo serio y sólido. Su impaciencia llegó á ser tal, que estuvo un momento á punto de enviar á paseo el sindicato, acometido y seducido por la idea repentina de hacer el negocio con la princesa de Orviedo sola. Teniendo ésta los millones necesarios para el primer impulso, ¿por qué no los había de meter en aquella soberbia operación, sin perjuicio de dejar acudir después á la pequeña clientela, con ocasión de los futuros aumentos de capital con que ya soñaba? Con una buena fe absoluta, tenía la convicción de proporcionarle una colocación donde se duplicaría su fortuna, aquella fortuna de los

pobres que ella repartiría en limosnas todavía mayores.

Una mañana, pues, Saccard subió á casa de la princesa, y como amigo y hombre de negocios al mismo tiempo, le explicó la razón de ser y el mecanismo del banco que soñaba. Lo dijo todo, mostró toda la cartera de Hamelin, no omitió ni una de las empresas de Oriente. Hasta, cediendo á aquella facultad que tenía de embriagarse con su propio entusiasmo y de llegar á la fe por su ardiente deseo de triunfar, dejó escapar el sueño loco del pontificado en Jerusalem y habló del triunfo definitivo del catolicismo, el Papa tronando en los santos lugares, dominando el mundo, asegurado con un presupuesto regio, gracias á la creación del Tesoro del Santo Sepulcro. La princesa, ardiente devota, impresionóse sólo con aquel soberbio proyecto, con aquel coronamiento del edificio, cuya quimérica grandeza halagaba su desordenada imaginación que le hacía prodigar sus millones en buenas obras de un lujo colosal é inútil. Precisamente, los católicos de Francia acababan de aterrarse é irritarse á causa del convenio que el emperador había concluido con el rey de Italia, por el cual se comprometía, bajo ciertas condiciones de garantía, á retirar el cuerpo de ejército francés que ocupaba á Roma; esto era con seguridad la entrega de Roma á Italia, veíase ya al Papa expulsado, reducido á pedir limosna, errante por las ciudades con el cayado de los mendigos.

¡Y qué prodigioso desenlace sería el de encontrarse el Papa pontífice y rey en Jerusalem, instalado allí y sostenido por un banco, del cual los cristianos del mundo entero considerarían como un honor ser accionistas! Era esto tan hermoso, que la princesa consideró la idea como la más grande del siglo, digna de apasionar á toda persona bien nacida que tuviera religión. El éxito parecía seguro, fulminante. Y aumentó su estimación al ingeniero, á quien trataba con consideración, por saber que era muy devoto. Pero rehusó terminantemente tomar parte en el negocio, pues entendía ser fiel de este modo al juramento que había hecho de devolver sus millones á los pobres, sin sacar de ellos nunca un céntimo de interés, queriendo que aquel dinero del juego se perdiese, fuese bebido por la miseria, como un agua emponzoñada que debía agotarse. El argumento de que los pobres se aprovecharían de la especulación, no la conmovía, más bien la irritaba. ¡No, no! La fuente maldita quedaría agotada, ella no se había impuesto otra misión.

Saccard, desconcertado, no pudo utilizar su simpatía más que para obtener una autorización, vanamente solicitada hasta entonces. Había tenido el pensamiento de instalar el Banco Universal, desde el momento de su fundación, en el hotel mismo; ó al menos le había inspirado esta idea Carolina; porque él veía las cosas más en grande y hubiera querido en seguida un palacio.

Se contentarían con poner una montera de cristales al patio para que sirviese de dependencia central; arreglarían para oficinas todo el piso bajo, las caballerizas y las cocheras; en el primer piso, cedería su salón para sala de consejo, su comedor y otras seis piezas también para oficinas, y no conservaría más que una alcoba y un cuarto tocador, á condición de vivir arriba con los Hamelin, comiendo y pasando las noches con ellos; de suerte que con pocos gastos se instalaría el Banco con alguna estrechez, pero de modo muy serio. La princesa, como propietaria, había al pronto rehusado, en su odio á todo tráfico de dinero; jamás abrigaría su techo tal abominación. Después, aquel mismo día, mezclando la religión con el asunto y conmovida por la grandeza del fin, consintió. Era esta una concesión extrema, y sentíase acometida de un ligero estremecimiento, cuando pensaba en aquella máquina infernal de una casa de crédito, de una casa de Bolsa y de agio, cuyo rodaje de ruina y de muerte dejaba establecer así debajo de ella.

Una semana después de aquella tentativa abortada, tuvo, al fin, Saccard la alegría de ver el asunto, tan paralizado por los obstáculos, arreglado bruscamente en pocos días. Daigremont fué una mañana á decirle que ya tenía todas las adhesiones, y que se podía marchar. Entonces se dió la última mano al proyecto de estatutos, y se redactó el acta de sociedad. Ya era tiempo para los Hamelin, para quienes la vida

volvía á ser muy dura. El no tenía, hacía años, más que un sueño, ser el ingeniero consultor de una gran casa de crédito: como él decía, él se encargaba de llevar el agua al molino. También poco á poco, se había contagiado de la fiebre de Saccard, ardiendo en el mismo celo y la misma impaciencia. Carolina, por el contrario, después de haberse entusiasmado ante la idea de las cosas útiles y hermosas que se iban á realizar, parecía más fría y pensativa, desde que se entraba en las malezas y los pantanos y los barrancos de la ejecución. Su gran buen sentido y su rectitud natural, olfateaban toda clase de agujeros oscuros y sucios; y temblaba sobre todo por su hermano, á quien adoraba y á quien trataba, á veces, riendo, de «pedazo de tonto,» á pesar de su ciencia; no porque dudase lo más mínimo de la perfecta honradez de su amigo, á quien veía tan interesado en su fortuna; pero experimentaba una singular sensación de terreno movedizo, una inquietud de caída y de perdición, al primer paso falso.

Aquella mañana Saccard, cuando Daigremont lo dejó, subió radiante á la sala de los planos.

—¡Al fin es cosa hecha!—exclamó.  
Hamelin, emocionado y húmedos los ojos, le estrechó las manos fuertemente. Y como Carolina no había hecho más que volverse simplemente hacia él, un poco pálida, añadió:

—¿Y bien, es eso todo lo que me decís?... ¿No os alegra la noticia?

Ella sonrió bondadosamente:

—Sí, estoy contenta, muy contenta, os lo aseguro.

Luego, cuando él hubo dado á su hermano detalles sobre el sindicato, formado definitivamente, intervino con su aire tranquilo.

—¿De modo que está permitido eso de reunir-se unos cuantos para distribuirse las acciones de un banco, aun antes de que la emisión sea hecha?

Saccard hizo un violento gesto de afirmación.

—¡Vaya, si está permitido!... ¿Nos creéis tan cándidos que queramos arriesgarnos á un descalabro? Sin contar que tenemos necesidad de gentes sólidas, dueñas del mercado, por si los comienzos son difíciles.... Así, las cuatro quintas partes de nuestros títulos están en manos seguras. Se puede ya ir á la notaría á firmar el acta de sociedad.

Carolina se atrevió á replicarle:

—Yo creía que la ley exigía la suscripción íntegra del capital social.

Esta vez, muy sorprendido, la miró frente á frente.

—¿Leéis, pues, el Código?

Ella se ruborizó ligeramente, porque él había adivinado: la víspera, cediendo á su malestar, á aquel miedo sordo y sin causa precisa, había leído la ley. Un instante, estuvo á punto de mentir. Después, confesó riendo.

—Es verdad, ayer leí el Código; y de esta lectura salí tomando el pulso á mi honradez y á la

de todos, como se sale de los libros de medicina, con todas las enfermedades.

Pero él se disgustó, porque el hecho de haber querido informarse la mostraba desconfiada, dispuesta á vigilar con sus ojos de mujer escudriñadores é inteligentes.

—¡Ah—replicó con un gesto que echaba por tierra los vanos escrúpulos—si creéis que vamos á conformarnos con las suspicacias del Código! ¡Entonces no podríamos movernos, pues á cada paso nos veríamos detenidos por infinitas trabas, mientras que nuestros rivales nos dejarían atrás!... No, no, no esperaré ciertamente á que esté suscripto todo el capital; prefiero, por otra parte, reservarnos títulos, y yo encontraré un hombre nuestro á quien abriré una cuenta, que será nuestro testafarro, en fin.

—Eso está prohibido—dijo Carolina sencillamente con su hermosa voz grave.

—Sí, está prohibido, pero todas las sociedades lo hacen.

—Pues hacen mal.

Saccard, calmándose por un violento esfuerzo de su voluntad, y sonriendo á su vez, creyó deber volverse entonces hacia Haméln, que, disgustado, escuchaba sin intervenir.

—Mi querido amigo, espero que no dudaréis de mí.... Soy un hombre de alguna experiencia, y podéis poneros en mis manos para la parte financiera del asunto. Traedme buenas ideas, y yo me encargo de sacar de ellas todo el benefi-

cio deseable, corriendo los menos riesgos posibles. Creo que un hombre práctico no puede decir más.

El ingeniero, con su fondo invencible de timidez y de debilidad, echó la cosa á broma, para evitar el responder directamente.

—¡Oh! tendréis en Carolina un verdadero censor. Ha nacido maestra de escuela.

—Pues quiero ir de buena gana á su clase, declaró galantemente Saccard.

Carolina misma se había echado á reír. Y la conversación siguió en un tono de familiar benevolencia.

—Es que quiero mucho á mi hermano, es que á vos mismo os quiero más de lo que pensáis, y sería para mí una gran pena ver que os comprometáis en negocios oscuros, donde no hay, al fin, más que desastres y tristezas.... Mirad, ya que hablamos de ello, la especulación, el juego á la Bolsa, me produce un terror loco. ¡Me había puesto tan contenta al leer en el artículo octavo del proyecto de estatutos, que me habéis hecho copiar, que la Sociedad se prohibía rigorosamente toda operación á plazo! ¿Verdad que esto era tanto como prohibir el juego? Y luego me habéis desencantado, burlándoos de mí, explicándome que esto era un artículo de aparato, una fórmula de estilo que todas las sociedades tenían á honor consignar y que ninguna observaba..... ¿Sabéis qué es lo que yo querría? Pues que en vez de esas acciones, esas

cincuenta mil acciones que vais á echar al mercado, no emitieseis más que obligaciones. ¡Oh! ya veis que estoy muy fuerte en estas cosas desde que leo el Código, y no ignoro que no se juega sobre una obligación, que un obligacionista es un simple prestamista que cobra un tanto por ciento sobre su préstamo, sin estar interesado en los beneficios, mientras que el accionista es un asociado que corre la suerte de los beneficios y de las pérdidas.... Decid, ¿por qué no obligaciones? ¡Esto me tranquilizaría tanto, me haría tan dichosa!

Y exageraba el tono de súplica para ocultar su real inquietud. Pero Saccard contestó en el mismo tono, con cómico arrebato.

—¡Obligaciones, obligaciones! ¡Eso jamás!... ¿Qué queréis hacer con obligaciones? Eso es materia muerta.... Hacedos cargo de que la especulación, el juego, es la rueda central, el corazón mismo, en un vasto negocio como el nuestro. ¡Sí! Él atrae la sangre, la toma por todas partes de los arroyuelos, la reúne, la lanza otra vez á ríos, en todos sentidos, y establece una enorme circulación de dinero, que es la vida misma de los grandes negocios. Sin él, los grandes movimientos de capitales, los grandes trabajos civilizadores que de él resultan, son radicalmente imposibles.... Y lo mismo digo de las sociedades anónimas, contra las que tanto se ha hablado diciendo que eran garitos y ladroneras. La verdad es que sin ellas no tendríamos ni los caminos de



hierro, ni ninguna de las enormes empresas modernas que han renovado el mundo, porque no habría bastado fortuna ninguna para llevarlas á cabo, de la misma manera que no habría querido correr sus riesgos un individuo, ni siquiera un grupo de individuos. Los riesgos: ahí está todo, y la grandeza del objeto también. Necesítase un vasto proyecto, cuya amplitud se apodere de la imaginación; necesítase la esperanza de una ganancia considerable, de una jugada de lotería que decuplica el capital, cuando no se lo lleva; y entonces se encienden las pasiones, afluye la vida, todos traen su dinero, y podéis mover el mundo. ¿Qué mal veis en esto? Los riesgos corridos son voluntarios, repartidos sobre un número infinito de personas, desiguales y limitados, según la fortuna y la audacia de cada cual. Se pierde, pero se gana; se espera un buen número, pero siempre se debe esperar sacar uno malo, y la humanidad no tiene sueño más empeñado ni más ardiente: ¡tentar el azar, obtenerlo todo de su capricho, ser rey, ser dios!

Poco á poco, Saccard iba dejando de reir; enderezábase sobre sus pequeñas piernas, inflamábase con un ardor lírico, con gestos que lanzaban sus palabras á los cuatro puntos cardinales.

—¡Mirad! Nosotros, con nuestro Banco Universal, ¿no vamos á abrir un horizonte más amplio, toda una brecha sobre el viejo mundo del Asia, un campo sin límites á la piqueta del progreso y á los sueños de los buscadores de oro?

Ciertamente, jamás ha habido ambición más colosal, y, lo concedo, jamás han sido más obscuras las condiciones de éxito y de fracaso. Pero precisamente por esto estamos en los términos mismos del problema, y determinaremos, tengo la convicción, un apasionamiento extraordinario en el público desde el momento en que seamos conocidos..... Nuestro Banco Universal va á ser al principio la casa clásica que tratará en todos los negocios de banca, de crédito y de descuento, recibirá fondos en cuentas corrientes, contratará, negociará ó emitirá empréstitos. Pero el instrumento que yo quiero sobre todo hacer, es una máquina para lanzar los grandes proyectos de vuestro hermano: aquí estarán su verdadero papel, sus crecientes beneficios, su potencia poco á poco dominadora. Será fundado, en suma, para prestar su concurso á las sociedades financieras é industriales que estableceremos en los países extranjeros, en los cuales colocaremos las acciones, y que nos deberán la vida y nos asegurarán la soberanía..... ¡Y, ante este deslumbrador porvenir de conquistas, venís á preguntarme si está permitido sindicarse y beneficiar con una prima á los sindicatarios, fuera de llevarla á la cuenta de primer establecimiento; os inquietáis por las pequeñas irregularidades fatales, por las acciones no suscriptas, que la Sociedad hará bien en guardar, puestas á nombre de un testafarro; en fin, os armáis de punta en blanco contra el juego, contra el juego ¡Señor! que es el alma

misma, el hogar, la llama de esta máquina gigantesca que yo sueño!.... ¡Pues, sabed que todo esto no es nada todavía, que este pobre capital de veinticinco millones es un simple haz de leña que yo echo en la máquina para el primer momento, que espero doblarlo, cuadruplicarlo, quintuplicarlo, á medida que nuestras operaciones se amplíen, y que necesitamos el diluvio de monedas de oro, la danza de los millones, si queremos realizar, allá en Oriente, los prodigios anunciados!.... ¡Ah, diantre! Yo no respondo de las averías, pues no se remueve el mundo sin aplastar á alguien!....

Carolina lo miraba, y en su amor á la vida, á todo lo que es fuerte y activo, acababa por encontrarlo hermoso, seductor, á fuerza de imaginación y de fe. Y, sin rendirse á sus teorías que sublevaban la rectitud de su clara inteligencia, fingía ser vencida, y se echaba á reír.

—Está bien, hay que tener en cuenta que no soy más que una mujer, y que las batallas de la existencia me asustan!.... Pero si quiera tratad de aplastar la menos gente posible, y sobre todo, no aplastéis á ninguno de los que yo amo.

Saccard, embriagado por su acceso de elocuencia, y que triunfaba en aquel vasto plan expuesto, como si el trabajo estuviera ya hecho, mostróse entonces bondadoso.

—¡No tengáis miedo! Hago el ogro, pero es en broma!.... Todo el mundo será muy rico.

Y en seguida hablaron tranquilamente de las

disposiciones que había que tomar, conviniendo en que, al día siguiente mismo de la constitución de la Sociedad, Hamelin marcharía á Marsella, y luego de allí á Oriente, para apresurar el comienzo de los grandes negocios.

Entretanto esparciábase por el mercado de París rumores que volvían á subir á flote el nombre de Saccard, desde el fondo removido donde se había sumergido un instante; y las noticias, al principio comunicadas al oído, poco á poco dichas en más voz alta, anunciaban tan claramente el éxito cercano, que, de nuevo, como otras veces en el parque Monceau, llenábase su antecámara de corredores y agentes todas las mañanas. Veía á Mazaud llegar, como por casualidad, para estrecharle la mano y hablar de las noticias del día; recibía á otros agentes de cambio, al juicio Jacoby, con su voz tonante, y á su cuñado Delarocque, un hombre rojo que hacía á su mujer muy desgraciada. También venía el *corro* en la persona de Nathansohn, un rubillo muy activo, á quien empujaba la suerte. Y hasta á Massias, resignado á su duro trabajo de corredor desgraciado, se presentaba ya todos los días, bien que aún no hubiera órdenes que recibir.

Una mañana, á las nueve, encontró llena la antecámara. No habiendo escogido todavía personal especial, estaba muy mal secundado por su ayuda de cámara, y con frecuencia se tomaba él mismo el trabajo de introducir á las gentes. Aquel día, al abrir la puerta de su gabinete,

quiso entrar Jantrou; pero vió á Sabatani á quien buscaba hacia dos días.

—Dispensadme, amigo mio—dijo deteniendo al antiguo profesor, para recibir primero al levantino.

Sabatani, con su inquietante sonrisa de caricia y su flexibilidad de culebra, dejó hablar á Saccard, quien, muy claramente por otra parte, como hombre que lo conocía, le hizo su proposición.

—Querido, tengo necesidad de vos.... Os abriré una cuenta, os haré comprador de un cierto número de nuestros títulos, que pagaréis sencillamente con una comedia de escritura.... Ya veis que voy derecho al objeto, y que os trato como amigo.

El joven lo miraba con sus hermosos ojos aterciopelados, tan dulces en su moreno rostro.

—La ley—querido maestro—exige de un modo formal la entrega en especie.... ¡Oh! no digo esto por mí. Vos me tratáis como amigo, y esto me llena de orgullo.... Todo lo que queráis.

Entonces Saccard, para serle agradable, le dijo la estima en que lo tenía Mazaud, que había acabado por tomar sus órdenes, sin estar cubierto. Luego le dió broma con Germana Corazón, con quien lo había encontrado la vispera, é hizo alusión claramente al rumor que lo dotaba de un verdadero prodigio, una excepción gigante, con lo que soñaban las mujeres del mun-

do de la Bolsa, atormentadas por la curiosidad. Y Sabatani no negaba, reía con su risa equívoca sobre aquel asunto escabroso: ¡sí, sí! esas señoras tenían el capricho de perseguirlo, queriendo ver aquello.

—¡Ah! á propósito—interrumpió Saccard—tendremos necesidad de firmas, para regularizar ciertas operaciones, los traspasos, por ejemplo.... ¿Podría enviar á vuestra casa los paquetes de papeles que hay que firmar?

—Ciertamente, querido maestro. ¡Todo lo que queráis!

Ni siquiera suscitaba la cuestión de pago, sabiendo que no tienen precio semejantes servicios; y como el otro añadiese que se le daría un franco por firma, para indemnizarlo de su pérdida de tiempo, asintió con un simple movimiento de cabeza. Luego, dijo sonriendo:

—También espero, querido maestro, que me daréis consejos. Vais á estar en muy buena situación, y yo vendré á tomar informes.

—Está dicho—concluyó Saccard que había comprendido.—Hasta la visfa, y cuidaos no cedáis demasiado á la curiosidad de las señoras.

Y, riendo de nuevo, lo despidió por una puerta de servicio que le permitía hacer salir á las gentes sin que tuvieran que atravesar otra vez la sala de espera.

En seguida Saccard fué á abrir la otra puerta y llamó con una seña á Jantrou. De una ojeada lo vió tronado, sin recursos, con una levita cu-

yas mangas se habían gastado en las mesas de los cafés, esperando una colocación. La Bolsa seguía siendo una madrastra, pero él alzaba, sin embargo, la cabeza, con su barba en abanico, cinico y letrado, soltando todavía, de cuando en cuando, una frase florida de antiguo universitario.

—Yo os habría escrito un día de estos—dijo Saccard.—Estamos haciendo la lista de nuestro personal, donde os he inscrito uno de los primeros, y creo que os destinaré á la sección de emisiones.

Jantrou lo detuvo con un gesto.

—Sois muy amable, y os doy las gracias.... Pero vengo á proponeros un negocio.

No se explicó en seguida, comenzó con generalidades y preguntó cuál sería la parte de los periódicos en la fundación del Banco Universal. El otro se disparó á las primeras palabras, declarando que estaba por la publicidad más absoluta y que le dedicaría todo el dinero disponible. No había que desdeñar ninguna trompeta, ni siquiera las trompetas de diez céntimos, porque para él era un axioma que todo ruido es bueno sólo con ser ruido. El sueño sería disponer de todos los periódicos; pero esto costaría muy caro.

—¡Calle! ¿Acaso tendríais la idea de organizar nuestra publicidad?... No estaría demás. Hablaremos de ello.

—Sí, más adelante, si queréis.... ¿Pero qué diríais de un periódico vuestro, completamente

vuestro, del cual yo fuese el director? Todas las mañanas se os dedicaría una página con artículos cantando vuestras alabanzas, con sencillas notas llamando sobre vos la atención, con alusiones en estudios completamente extraños á las cuestiones financieras, en fin, una campaña en regla, á propósito de todo y de nada, alzándoos sin descanso sobre la hecatombe de vuestros rivales.... ¿Qué os parece esto?

—¡Diablo! Si eso no costara los ojos de la cara....

—No, el precio sería razonable.

Y al fin, nombró el periódico, *La Esperanza*, fundado hacia dos años por un pequeño grupo de personalidades católicas, los violentos del partido, que hacían al imperio una guerra feroz. El éxito, por otra parte, era nulo, y todas las semanas corría el rumor de la desaparición del periódico.

Saccard exclamó:

—¡Oh, no tira ni dos mil ejemplares!

—Será cuenta nuestra el llegar á una tirada mayor.

—Y además, eso es imposible: ese periódico arrastra á mi hermano por el fango, y yo no puedo disgustarme con mi hermano desde el principio.

Jantrou se encogió ligeramente de hombros.

—No hay necesidad de disgustarse con nadie.... Sabéis, como yo, que cuando una casa de crédito tiene un periódico, poco importa que éste

apoye ó ataque al gobierno: si es ministerial, la casa está segura de entrar en todos los sindicatos que forma el ministro de Hacienda para asegurar el éxito de los empréstitos nacionales y municipales; si es de oposición, el mismo ministro guarda toda clase de consideraciones al Banco que representa, con el deseo de desarmarlo y de conquistarlo, que se traduce á menudo en mayores favores todavía..... No os inquietéis, pues, por el color de *La Esperanza*. Tened un periódico, que es una gran fuerza.

Silencioso un instante, Saccard, con aquella vivacidad de inteligencia que le hacía apoderarse de golpe de las ideas de los demás, examinarlas y adaptarlas á sus fines, hasta el punto de hacerlas completamente suyas, desenvolvía todo un plan: compraba *La Esperanza*, apagaba las polémicas acerbas, lo ponía á los piés de su hermano que se vería obligado á mostrarse reconocido, pero le dejaba su color católico, conservándolo como una amenaza, una máquina siempre preparada para volver á emprender su terrible campaña, en nombre de los intereses de la religión. Y como no se fuera amable con él, blandiría Roma y arriesgaría el gran golpe de Jerusalem. Esto sería magnífico para acabar.

—¿Tendríamos libertad completa?—preguntó bruscamente.

—Absoluta. Ya están hartos, y el periódico ha caído en manos de un mozo lleno de apuros que nos lo entregaría por diez mil francos.

Saccard reflexionó todavía un momento.

—Pues bien, es cosa hecha. Traedme aquí á vuestro hombre..... Vos seréis el director, y veré de centralizar en vuestras manos toda nuestra publicidad, que yo quiero excepcional, enorme, ¡oh! más adelante, cuando tengamos con qué caldear seriamente la máquina.....

Se había levantado. Jantrou se levantó igualmente, ocultando su alegría de encontrar el pan, bajo su risa burlona de bohemio, cansado del lodo parisién.

—¡Al fin voy á volver á mi elemento, á mis queridas bellas letras!

—No os comprometáis todavía con nadie—le dijo Saccard acompañándolo hasta la puerta.— Y mientras que pienso en el personal, tomad nota de un protegido mío, de Pablo Jordan, un joven de un talento notable y de quien haréis un excelente redactor literario. Voy á escribirle que vaya á veros.

Jantrou salía por la puerta de servicio, cuando le chocó aquella feliz disposición de las dos salidas.

—¡Calle, esto es muy cómodo!—dijo con su familiaridad.— Se escamotea á la gente..... Cuando vienen hermosas mujeres como la que yo he saludado hace un momento en la antecámara, la baronesa Sandorff.....

Saccard ignoraba que ésta estuviese allí y se encogió de hombros para mostrar su indiferencia; pero el otro sonreía, negándose á creer en

aquel desinterés. Instintivamente, los dos hombres cambiaron un vigoroso apretón de manos.

Cuando se quedó solo, Saccard se acercó al espejo y se arregló sus cabellos, donde todavía no aparecía ni una cana. Sin embargo, no había mentido, las mujeres le preocupaban apenas, desde que se había vuelto á entregar por completo á los negocios; y no cedía más que á la galantería involuntaria que hace que un hombre, en Francia, no pueda encontrarse solo con una mujer sin temer pasar por un tonto si no-la conquista. Desde que hubo hecho entrar á la baronesa, se mostró lleno de solicitud.

—Señora, os ruego que me hagáis el favor de tomar asiento.....

Jamás la había visto tan seductora, con sus labios rojos, sus ojos ardientes, de párpados caídos, brillando bajo sus espesas cejas. ¿Qué podía querer? Quedó sorprendido, casi desencantado cuando ella le explicó el motivo de su visita.

—Os pido perdón, caballero, por molestaros, inútilmente para vos; pero entre gentes del mismo mundo, es preciso hacerse estos pequeños servicios..... Habéis tenido últimamente un jefe de cocina que mi marido está á punto de recibir, y vengo simplemente á tomar informes.

Saccard se dejó preguntar y respondió con la mayor finura, sin dejar de observarla; porque creía adivinar que aquello no era más que un pretexto. ¡Bastante le importaba á ella

el jefe de cocina! Iba á otra cosa evidentemente. Y en efecto, maniobró y acabó por nombrar á un amigo común, el marqués de Bohain, que le había hablado del Banco Universal. ¡Costaba tanto trabajo colocar su dinero, encontrar valores sólidos! En fin, él comprendió que ella tomaría de buena gana acciones, con la prima de diez por ciento abandonada á los sindicatarios; y comprendió mejor aún que, si le abría una cuenta, no pagaría.

—Yo manejo mi fortuna personal, y mi marido jamás se mezcla en ello. Esto me da mucho trabajo, y me divierte algo, lo confieso..... ¿Verdad que asombra ver á una mujer ocuparse de dinero, sobre todo á una mujer joven, y que se sienten ganas de vituperarla?.... Hay días en que me encuentro en un gran embarazo, no teniendo amigos que me hagan el favor de aconsejarme. La última quincena perdí una suma considerable, por falta de informes..... ¡Ah! ahora que vais á estar en tan buena posición para saber..... si fuereis tan amable, si quisierais.....

Tras la mujer de la alta sociedad, asomaba la jugadora áspera, rabiosa, aquella hija de los Ladicourt, uno de cuyos antecesores había tomado Antioquía, aquella mujer de un diplomático saludada con mucho respeto por la colonia extranjera de París, y que andaba como equívoca corredora por todos los despachos financieros. Sus labios brotaban sangre, sus ojos

chispeaban más, estallaba su ansia, mostrándola la mujer ardiente que parecía ser. Saccard tuvo la candidez de creer que había ido á ofrecerse, simplemente para entrar en su gran negocio y tener, cuando llegase el caso, útiles informes de Bolsa.

—¡Señora—exclamó—yo no pido otra cosa que poner á vuestros pies mi experiencia!

Había acercado su silla y le cogió la mano. La baronesa pareció volver en sí, de repente, de su embriaguez. ¡Ah! no, todavía no había llegado á aquel punto; siempre sería tiempo de pagar con una noche la comunicación de un despacho. Ya eran para ella una servidumbre abominable sus relaciones con el procurador general Delcambre, aquel hombre tan seco y tan amarillo, que la roñería de su marido le había obligado á acoger. Y su indiferencia sensual, el secreto desprecio que profesaba al hombre, acababa de mostrarse por una laxitud descolorida, en su rostro de falsa apasionada, á quien sólo inflamaba la esperanza en el juego. Levantóse, en una rebelión de su raza y de su educación, que todavía la hacían perder negocios.

—¿De modo, caballero, que decís que estabais contento de vuestro jefe de cocina?

Saccard, asombrado, se puso de pie á su vez. ¿Qué se había ella figurado? ¿Que él la inscribiría y la informaría por nada? Decididamente había que desconfiar de las mujeres, que llevan á sus tratos la más insigne mala fe. Y, aunque la

deseaba, no insistió más y se inclinó con una sonrisa que significaba: «Cuando os parezca bien, querida señora, cuando queráis,» mientras que en voz alta decía:

—Muy contento, os lo repito. Sólo me ha decidido á separarme de él una cuestión de reforma interior.

La baronesa Sandorff tuvo una vacilación de un segundo apenas, no porque se arrepintiese de su indignación, sino sin duda porque comprendía que era una candidez ir á casa de un Saccard, sin estar resignada de antemano á las consecuencias. Esto la irritaba contra ella misma, porque tenía la pretensión de ser una mujer seria. Acabó por contestar con una simple inclinación de cabeza al respetuoso saludo con que él la despedía; y llegaban ya á la puertecita, cuando ésta se abrió bruscamente, empujada por una mano familiar. Era Máximo que almorzaba aquella mañana en casa de su padre, y que llegaba, como íntimo, por el pasillo. Apartóse, y saludó igualmente, para dejar salir á la baronesa. Luego, cuando estuvieron solos, se echó á reír, diciendo á su padre:

—¿Comienza ya tu negocio? ¿Cobras las primas?

A pesar de ser todavía muy joven, tenía un aplomo de hombre de experiencia, incapaz de entregarse inútilmente á un placer aventurado. Su padre comprendió su actitud de superioridad irónica.

—No, ciertamente, no he cobrado nada, y no por prudencia, porque, pequeño mío, estoy tan orgulloso de tener siempre veinte años, como tú pareces estarlo de tener sesenta.

La risa de Máximo se acentuó, su antigua risa de mujerzuela, de la que había conservado el arrullo equívoco en la correcta actitud que se había hecho de soltero arreglado, deseoso de no estropear más su vida. Afectaba la mayor indulgencia, con tal que no lo molestasen.

—A fe mía, tienes mucha razón, y desde el momento en que eso no te fatiga... Yo, tú lo sabes, tengo ya mi reuma.

Y acomodándose en una butaca, y cogiendo un periódico, añadió:

—No te ocupes de mí, y acaba de recibir, si no te estorbo..... He venido demasiado temprano, porque tenía que pasar por casa de mi médico y no lo he encontrado.

En aquel momento entró el ayuda de cámara á decir que la condesa de Beauvilliers deseaba ser recibida. Saccard, un poco sorprendido, aunque ya hubiera encontrado en la Obra del Trabajo á su noble vecina, como él la llamaba, dió orden de introducirla inmediatamente; y volviendo á llamar al criado le dijo que despidiese á todo el mundo, pues estaba fatigado y tenía mucha hambre.

Cuando entró la condesa, ni siquiera vió á Máximo, oculto por el respaldo de la butaca. Y Saccard se asombró más al notar que había llevado

con ella á su hija Alicia. Esto daba más solemnidad á aquel paso: aquellas dos mujeres tan tristes y tan pálidas, la madre delgada, alta, con el pelo blanco y el aire anticuado, la hija envejecida ya, con el cuello muy largo hasta la desgracia. Adelantó dos sillas, con una cortesía agitada, para mostrar mejor su deferencia.

—Señora, me honráis en extremo.... Si yo tuviera la dicha de poder seros útil....

Con gran timidez, á pesar de su aspecto altanero, la condesa acabó por explicar el motivo de su visita.

—Caballero, la idea de presentarme en vuestra casa, se me ha ocurrido á consecuencia de una conversación con mi amiga la señora princesa de Orviedo.... Os confieso que he vacilado al pronto, porque á mi edad no se admiten fácilmente ideas nuevas, y yo siempre he tenido miedo á las cosas de ahora, que no comprendo... En fin, he hablado con mi hija, y creo que es de mi deber prescindir de mis escrúpulos, para intentar asegurar la dicha de los míos.

Y continuó diciendo cómo le había hablado la princesa del Banco Universal, ciertamente una casa de crédito como las demás, á los ojos de los profanos, pero que, á los ojos de los iniciados, iba á tener una excusa sin réplica, un fin de tal modo meritorio y alto, que debía imponer silencio á las conciencias más timoratas. No pronunció ni el nombre del Papa ni el de Jerusalem: aquello era lo que no se decía, lo que se



murmuraba apenas entre los fieles, el misterio que apasionaba; pero de cada una de sus palabras, de sus alusiones y de sus reticencias, desprendíanse una esperanza y una fe que prestaban una llama religiosa á su creencia en el éxito del nuevo Banco.

Saccard mismo asombróse de su emoción contenida, del temblor de su voz. El no había hablado todavía de Jerusalem más que en el exceso lírico de su fiebre, pues desconfiaba en el fondo de este loco proyecto, viendo en él algo de ridículo, y dispuesto á abandonarlo y á reír también de ello si era acogido con bromas. Y el paso conmovedor de aquella santa mujer que iba acompañada de su hija, la manera profunda cómo daba á entender que ella y todos los suyos, toda la nobleza francesa creería y se apasionaría, le impresionaba vivamente, daba cuerpo á un puro sueño, ensanchaba hasta lo infinito su campo de acción. ¡Sería verdad que había allí una palanca, cuyo empleo le permitiría conmover el mundo! Con su asimilación tan rápida, habló él también en términos misteriosos de aquel triunfo final que perseguía en silencio; y su palabra estaba llena de fervor, acababa realmente de ser tocado por la fe, por la fe en la excelencia del medio de acción que la crisis atravesada por el Pontificado le ponía entre las manos. Tenía la feliz facultad de creer, desde que así lo exigía el interés de sus planes.

—En fin, caballero—continuó la condesa—

estoy decidida á una cosa que me ha repugnado hasta ahora..... Si, la idea de hacer trabajar el dinero, de colocarlo á réditos, no me había entrado jamás en la cabeza: maneras antiguas de entender la vida, escrúpulos que llegan á ser algo tontos, lo sé; pero ¿qué queréis? no se va fácilmente contra las creencias que se han mamado con la leche, y yo me imaginaba que la tierra sola, la gran propiedad debía alimentar á gentes como nosotros..... Desgraciadamente, la gran propiedad.....

Ruborizóse ligeramente, porque llegaba á la confesión de aquella ruina que ocultaba con tanto cuidado.

—La gran propiedad apenas existe..... Nosotros hemos sido muy castigados..... No nos queda más que una granja.

Entonces Saccard, para evitarla todo embarazo, se inflamó de nuevo.

—Pero, señora, nadie vive ya de la tierra..... La antigua fortuna patrimonial es una forma caduca de la riqueza, que ha dejado de tener su razón de ser. Era el estancamiento del dinero, cuyo valor hemos decuplicado nosotros, lanzándolo á la circulación por el papel moneda, por los títulos de todas clases, comerciales y financieros. Así es como el mundo va á ser renovado, porque nada es posible sin el dinero, el dinero líquido que corre, que penetra por todas partes, ni las aplicaciones de la ciencia, ni la paz final, universal..... ¡Oh, la fortuna patrimonial ha ido

á reunirse con los pataches! Se muere con un millón en tierras, se vive con la cuarta parte de ese capital colocado en buenos negocios, al quince, al veinte y aun al treinta por ciento.

Dulcemente, con su tristeza altanera, la condesa movió la cabeza.

—Yo apenas os entiendo, y, os lo he dicho, sigo siendo de una época en que esas cosas asustaban como cosas malas y prohibidas..... Pero no soy sola, y debo sobre todo pensar en mi hija. Desde hace algunos años he conseguido ahorrar ¡oh! una pequeña suma.....

Su rubor reapareció.

—Veinte mil francos que duermen en mi casa, en un cajón. Más adelante, acaso habría tenido remordimientos de haberlos dejado así improductivos; y puesto que vuestra empresa es buena, como me ha confiado mi amiga, puesto que vais á trabajar en lo que todos deseamos con nuestros votos más ardientes, me arriesgo... En fin, os quedaré reconocida, si podéis reservarme acciones de vuestro Banco por una suma de diez ó doce mil francos. He querido que mi hija me acompañase porque no os oculto que este dinero es suyo.

Hasta entonces, Alicia no había abierto la boca, como distraída, á pesar de su viva mirada de inteligencia. Hizo un gesto de tierno reproche.

—¡Oh, mío, mamá! ¿Tengo yo algo que no sea vuestro?

—¿Y tu matrimonio, hija mía?

—Ya sabéis que no quiero casarme.

Habia dicho esto demasiado deprisa; la pena de su soledad clamaba en su voz aguda. Su madre la hizo callar con una mirada afligida; y ambas se miraron un momento, no pudiendo engañarse, en la diaria comunión de lo que tenían que sufrir y ocultar.

Saccard estaba muy conmovido.

—Señora, aun cuando no hubiera más acciones, yo las encontraría para vos. Sí, si es preciso, yo os cederé de las mías..... El paso que habéis dado me llega al alma, y me considero muy honrado con vuestra confianza.....

En aquel momento creía realmente hacer la fortuna de aquellas desgraciadas, asociándolas, en una parte, á la lluvia de oro que iba á caer sobre él y alrededor suyo.

Las dos señoras se habían levantado y se retiraban. Sólo ya en la puerta, se permitió la condesa una alusión directa al gran asunto de que no se hablaba.

—He recibido de mi hijo Fernando, que está en Roma, una carta desconsoladora sobre la tristeza producida allí por el anuncio de la retirada de nuestras tropas.

—¡Paciencia!—exclamó Saccard con convicción.—Aquí estamos para salvarlo todo.

Hicieronse profundos saludos, y las acompañó hasta la escalera, pasando ahora por la antecámara que creía libre. Pero al volver vió senta-

do en una banqueta, á un hombre de unos cincuenta años, alto y seco, vestido como un obrero en domingo, que tenía á su lado á una linda joven de dieciocho años, delgada y pálida.

—¿Qué hay, qué queréis?

La joven se había levantado la primera, y el hombre, intimidado por aquella brusca acogida, balbuceó una explicación confusa.

—Había dado orden de despedir á todo el mundo! ¿Por qué estáis ahí?.... Decid siquiera vuestro nombre.

—Dejoie, señor, y vengo con mi hija Natalia....

Y embrollóse de nuevo, hasta el punto de que Saccard, impaciente, iba á ponerlo á la puerta, cuando comprendió al fin que había sido Carolina, que lo conocía hacía tiempo, quien le había dicho que esperase.

—¡Ah, sois recomendado suyo! Pues debisteis decirlo en seguida.... Entrad y despachad, porque tengo mucha hambre.

En el despacho dejó á Dejoie y á Natalia en pie, y él tampoco se sentó, para despedirlos más pronto. Máximo, que á la salida de la condesa había dejado su butaca, no tuvo ahora la discreción de apartarse, mirando á los recién llegados con curiosidad. Y Dejoie comenzó á contar su asunto largamente.

—Mirad, señor.... Después de tomar mi licencia, entré de mozo de escritorio en casa del señor Durieu, el marido de la señora Carolina,

cuando vivía y era cervecero. Luego entré en casa del señor Lamberthier, el corredor del mercado. Luego entré en casa del señor Blaisot, un banquero que conocéis mucho: se saltó la tapa de los sesos hace dos meses, y me quedé sin colocación.... Hay que deciros, ante todo, que me había casado. Sí, me había casado con mi mujer Josefina, cuando yo estaba precisamente en casa del señor Durieu, y ella estaba de cocinera en casa de la cuñada del señor, la señora Leveque, á quien la señora Carolina ha conocido mucho. Después, cuando yo fui á casa del señor Lamberthier, ella no pudo entrar allí, y se colocó en casa de un médico de Grenelle, el señor Renaudin. Después entró en el almacén de los Tres Hermanos, calle de Rambuteau, donde, por desgracia no hubo nunca plaza para mí....

—En una palabra—interrumpió Saccard—venís á pedirme un empleo, ¿no es esto?

Pero Dejoie se empeñaba en explicar la pena de su vida, la mala suerte que le había hecho casarse con una cocinera, sin que jamás hubiera logrado colocarse en las mismas casas que ella. Esto era casi como si no se hubiera casado, no teniendo nunca un mismo cuarto para los dos, viéndose en las tabernas, abrazándose detrás de las puertas de las cocinas. Y había nacido una hija, Natalia, que hubo que dejar con una nodriza hasta los ocho años, hasta el día en que el padre aburrido de estar solo, se la había llevado á su estrecho cuarto de soltero. Así había llega-

do á ser la verdadera madre de la pequeña, educándola, llevándola á la escuela, cuidándola con cuidados infinitos, lleno el corazón de una admiración creciente.

—¡Ah! bien puedo decir, señor, que ella me ha pagado mis desvelos. Es instruída, es honrada..... Y, ya la veís, no tiene igual en gentileza.

En efecto, Saccard encontraba encantadora aquella pálida flor del arroyo parisién, con su gracia enfermiza y sus grandes ojos bajo los rictos de sus rubios cabellos. Ella se dejaba adorar por su padre, buena aún, no habiendo tenido todavía ningún interés en no serlo, con un feroz y tranquilo egoísmo en aquella claridad tan límpida de sus ojos.

—Y vedla ya, señor, en edad de casarse, y precisamente se presenta un buen partido, el hijo del cartonero, nuestro vecino. Sólo que es un muchacho que quiere establecerse y pide seis mil francos. No es mucho, porque podría pretender á una joven que tuviera más..... Debo decir que perdí á mi mujer hace cuatro años, y que nos dejó economías, sus pequeños beneficios de cocinera..... Tengo cuatro mil francos; pero no seis mil, y el joven tiene prisa, y Natalia también.

La joven, que escuchaba sonriente, con su clara mirada tan fría y tan decidida, hizo una brusca afirmación con la barba.

—Claro que sí..... No me divierto, y quiero acabar de una manera ó de otra.

De nuevo los interrumpió Saccard. Había juzgado al hombre de pocos alcances, pero muy recto, muy bueno, hecho á la disciplina militar. Además, bastaba que se presentase en nombre de Carolina.

—Está bien, amigo.... Voy á fundar un periódico y ostomo como mozo de la redacción..... Dejarme vuestras señas y hasta la vista.

Sin embargo, Dejoie no se iba, y continuó con embarazo:

—El señor es muy bueno, y acepto la colocación con reconocimiento, porque será preciso que trabaje, cuando haya casado á Natalia..... Pero había venido á otra cosa. Sí, he sabido por la señora Carolina y también por otras personas, que el señor va á emprender grandes negocios y que podrá hacer ganar todo lo que se quiera á sus amigos y conocidos..... Así, si el señor quisiera interesarse por nosotros, si el señor consintiera en darnos de sus acciones.....

Saccard conmovióse por segunda vez, y más que la primera, cuando la condesa le había confiado también la dote de su hija. Aquel hombre sencillo, aquel ínfimo capitalista de economías arañadas sueldo á sueldo, ¿no representaba la multitud creyente, confiada, la gran multitud que hace las clientelas numerosas y sólidas, el ejército fanatizado que da á una casa de crédito una fuerza invencible? Si aquel buen hombre acudía así, antes de toda publicidad, ¿qué sería cuando se abriesen las oficinas? Su enterneci-

miento sonrela ante aquel primer accionista, viendo allí el presagio de un gran éxito.

—Convenido, amigo mío, tendréis acciones.

El rostro de Dejoie radió como al anuncio de una gracia inesperada.

—El señor es muy bueno. ¿Verdad que en seis meses puedo muy bien, con mis cuatro mil, ganar dos mil para completar la suma? Y puesto que el señor consiente, prefiero arreglar esto en seguida. He traído el dinero.

Buscó en sus bolsillos y sacó un sobre que alargó á Saccard, que estaba inmóvil, silencioso, presa de una admiración profunda ante aquel último rasgo. Y el terrible corsario que había ya espumado tantas fortunas, acabó por soltar la carcajada, resuelto honradamente á enriquecer también á aquel hombre de fe.

—Pero, amigo mío, eso no se hace así. Guardad vuestro dinero, yo os inscribiré y pagaréis en tiempo y lugar debidos.

Y entonces los despidió, no sin que Dejoie hubiera hecho que le diera las gracias Natalia, cuyos hermosos ojos duros y cándidos iluminaba una sonrisa de satisfacción.

Cuando Máximo se encontró al fin solo con su padre, le dijo con su aire de insolencia burlesca.

—Ahora te vas á dedicar á dotar muchachas. ¿Y por qué no?—respondió alegremente Saccard. ¿No es una buena colocación del dinero la dicha de los demás?

Arreglaba algunos papeles, antes de salir de su despacho, y dijo de pronto:

—¿Y tú, no quieres acciones?

Máximo, que paseaba por la habitación, se volvió sobresaltado y se plantó ante su padre.

—¡Ah, no, muchas gracias! ¿Me tomas acaso por un imbécil?

Y Saccard hizo un gesto de cólera, encontrando la respuesta de una irrespetuosidad y de una gracia deplorables, pronto á gritarle que el negocio era realmente soberbio y que lo juzgaba verdaderamente muy tonto si lo creía un simple ladrón como los demás. Pero al mirarlo, se apiadó de su pobre hijo, agotado á los veinticinco años, ordenado, hasta avaro, tan envejecido por los vicios, tan inquieto por su salud, que no arriesgaba ni un gasto ni un goce sin haber reglamentado el beneficio. Y consolado y orgulloso por la apasionada imprudencia de sus cincuenta años, se echó á reír y le dió un golpecito en el hombro.

—Anda, vamos á almorzar, querido mío, y ten cuidado con tu reuma.

A los pocos días, el 5 de Octubre, Saccard, acompañado de Hamelin y de Daigremont estuvo en casa del notario Lelorrain, calle de Santa Ana; y quedó extendida el acta que constituía, bajo la denominación de Sociedad del Banco Universal, una sociedad anónima, con capital de veinticinco millones, dividido en cincuenta mil acciones de quinientos francos cada una, cuya

cuarta parte solamente era exigible. El domicilio de la Sociedad estaba establecido en la calle de San Lázaro, en el hotel de Orviedo. En el estudio del notario quedó depositado un ejemplar de los estatutos, redactados con arreglo al acta. Hacía aquel día un claro sol de otoño, y aquellos tres hombres, cuando salieron de la notaría, encendieron cigarrós y subieron tranquilamente por el boulevard y la calle de la Calzada de Antin, dichosos de vivir, bromeando como colegiales escapados.

La junta general de constitución no se verificó hasta la semana siguiente, en la calle Blanca, en la sala de un baile público que había quebrado, y donde un industrial trataba de organizar exposiciones de pintura. Los sindicatarios habían colocado ya las acciones suscriptas por ellos, que no conservaban; y acudieron ciento veintidós accionistas, representando cerca de cuarenta mil acciones, lo que habría debido dar un total de dos mil votos, siendo necesaria la cifra de veinte acciones para tener derecho á asistir y á votar. Sin embargo, como un accionista no podía emitir más de diez votos, cualquiera que fuera la cifra de sus títulos, el número exacto de los sufragios fué de mil seiscientos cuarenta y tres.

Saccard se empeñó absolutamente en que presidiera Hamelin. El fué á confundirse voluntariamente entre el tropel. Había inscrito al ingeniero y se había inscrito á sí mismo por qui-

nientas acciones cada uno, que debía pagar por una comedia de escritura. Allí estaban todos los sindicatarios: Daigremont, Huret, Sedille, Kolb, el marqués de Bohain, cada cual con el grupo de accionistas que marchaba á sus órdenes. Veíase también á Sabatani, uno de los más fuertes suscriptores, así como á Jantrou, en medio de muchos de los altos empleados del Banco, en funciones desde la antevíspera. Y habían sido tan bien previstas y arregladas de antemano todas las decisiones que había que tomar, que jamás hubo junta de constitución más tranquila, más sencilla, y donde reinara mejor inteligencia. Por unanimidad de votos, se reconoció como sincera la declaración de la suscripción íntegra del capital, así como la de la entrega de los ciento veinticinco francos por acción. Y en seguida se declaró solemnemente constituida la sociedad; y se procedió á nombrar el Consejo de administración, compuesto de veinte miembros, que además de las dietas de asistencia, evaluadas en un total anual de cincuenta mil francos, cobrarían, con arreglo á un artículo de los estatutos, el diez por ciento de los beneficios. Como esto no era de despreciar, todos los sindicatarios habían exigido formar parte del Consejo; y Daigremont, Huret, Sedille, Kolb, el marqués de Bohain, lo mismo que Hamelin, á quien se quería hacer presidente, fueron puestos naturalmente á la cabeza de la candidatura, con otros catorce de menor importancia, escogidos entre los más obedientes

y los más decorativos de los accionistas. En fin, Saccard, que hasta entonces había estado en la sombra, apareció, cuando llegado el momento de elegir un director, lo propuso Hamelin. Un murmullo de simpatía acogió su nombre, y también tuvo unanimidad. Y ya no quedaba otra cosa que hacer que elegir los dos comisarios censores, encargados de presentar á la junta una Memoria sobre el balance é intervenir también las cuentas hechas por los administradores: función tan delicada como inútil, para la que Saccard había designado á un señor Rousseau y á un señor Lavigniere, el primero completamente sometido al segundo, y éste alto, rubio, muy cortés, aprobando siempre, devorado por el deseo de entrar más adelante en el Consejo, cuando estuvieran satisfechos de sus servicios. Nombrados Rousseau y Lavigniere, iba á levantarse la sesión, cuando el presidente creyó deber hablar de la prima de diez por ciento acordada á los sindicatarios, en total cuatrocientos mil francos, que la junta, á propuesta suya, pasó á los gastos de primer establecimiento. Aquello era una pequeñez, era preciso sacrificar algo; y dejando á la multitud de los pequeños accionistas salir en tropel como un rebaño, los grandes accionistas se quedaron los últimos, y cambiaron todavía apretones de mano en la calle con aire satisfecho.

Desde el día siguiente, reunióse el consejo en el hotel de Orviedo, en el antiguo salón de Saccard, transformado en salón de sesiones. Una

gran mesa, cubierta con un tapete de terciopelo verde, y rodeada de veinte sillones tapizados de la misma tela, ocupaba el centro; y no había allí otros muebles más que dos librerías, con cristales cubiertos por el interior con cortinillas de seda igualmente verde. Las colgaduras de un rojo obscuro daban un tono sombrío á la pieza, cuyas tres ventanas se abrían sobre el jardín del hotel Beauvilliers. No venía de allí más que una luz crepuscular, como una paz de viejo claustro, dormido bajo la verde sombra de sus árboles. A quello era soberbio y noble, entrábase en una honradez antigua.

Reunióse el consejo para formar su mesa, y al dar las cuatro ya estaba completo. El marqués de Bohain, con su elevada estatura y su pequeña cabeza pálida y aristocrática, pertenecía verdaderamente á la vieja Francia; mientras que Daigrémont, afable, representaba la alta fortuna imperial, en su fastuoso éxito. Sedille, menos atormentado que de costumbre, hablaba con Kolb de un movimiento imprevisto que acababa de producirse en el mercado de Viena; y, alrededor de ellos, los demás administradores, la pandilla, escuchaban, trataban de coger una noticia, ó bien hablaban de sus ocupaciones personales, no estando allí más que para hacer número y para recoger su parte, los días de botín. Como siempre, Huret fué quien llegó con retraso, sofocado, escapado á última hora de una comisión de la Cámara. Excusóse, y se

sentaron en los sillones alrededor de la mesa. El decano de edad, el marqués de Bohain, se había sentado en el sillón presidencial, un sillón más dorado y más alto que los otros. Saccard, como director, se había colocado enfrente de él. Inmediatamente, así que el marqués hubo declarado que se iba á proceder al nombramiento de presidente, levantóse Hamelin, para declinar toda candidatura: creía saber que muchos de aquellos señores habían pensado en él para la presidencia; pero tenía que hacerles notar que debía partir á otro día para el Oriente, que además era de una inexperiencia absoluta en materia de contabilidad, de banca y de Bolsa, y que, en fin, había en aquel puesto una responsabilidad cuyo peso no podía aceptar. Escuchábale Saccard muy sorprendido, porque todavía el día antes la cosa estaba convenida; y adivinaba en aquello la influencia de Carolina sobre su hermano, sabiendo que por la mañana ambos habían tenido una larga conversación. Así, no queriendo otro presidente que Hamelin, algún independiente que acaso le estorbaría, se permitió intervenir, explicando que la función de presidente era sobre todo honorífica, y que bastaba que el presidente hiciera acto de presencia, en el momento de las juntas generales, para apoyar las proposiciones presentadas por el consejo y pronunciar el discurso de costumbre. Por otro lado, se iba á elegir un vicepresidente, que daría las firmas. Y para lo demás, para la parte

puramente técnica, la contabilidad, la Bolsa, los mil detalles interiores de una gran casa de crédito, ¿es que no iba á estar allí él, Saccard, el director, precisamente nombrado para esto? El debía, según los estatutos, dirigir el trabajo de las oficinas, efectuar el cargo y data, administrar los negocios corrientes, cumplimentar los acuerdos del consejo, ser, en una palabra, el poder ejecutivo de la Sociedad. Aunque estas razones parecían buenas, Hamelin siguió resistiéndose todavía mucho tiempo, y fué preciso que Daigremont y Huret insistiesen también de la manera más apremiante. El marqués de Bohain, majestuoso, no se interesaba en el debate. El ingeniero cedió al fin, fué nombrado presidente, y se le escogió para vicepresidente un oscuro agrónomo, antiguo consejero de Estado, el vizconde de Robin-Chagot, hombre dulce é insignificante, excelente máquina para echar firmas. Quanto al secretario, fué elegido de fuera del consejo, en el personal de las oficinas del Banco, el jefe del negociado de emisiones. Y como llegaba la noche, esparciendo por la gran pieza una sombra verdosa de infinita tristeza, juzgaron el trabajo bueno y suficiente, y se separaron después de haber acordado que las sesiones fueran dos al mes, el pequeño consejo el quince, el gran consejo el treinta.

Saccard y Hamelin subieron juntos al gabinete de los planos, donde los esperaba Carolina. Esta vió en seguida, en el embarazo de su her-



mano, que acababa de ceder una vez más por debilidad; y, un instante, quedó disgustada.

—¡Pero vamos, eso no es razonable!—exclamó Saccard.—Pensad que el presidente cobra treinta mil francos, cifra que será doblada cuando nuestros asuntos se ensanchen. No sois bastante ricos para despreciar esto... Y decid ¿qué es lo que teméis?

—Lo temo todo—respondió Carolina.—Mi hermano no estará aquí, yo misma no entiendo nada de las cuestiones de dinero.... ¡Mirad! esas quinientas acciones que habéis inscrito para él, sin que las pague en seguida.... Vamos, ¿no es una cosa irregular, no quedaría en descubierto, si la operación saliese mal?

Saccard se echó á reír.

—¡Vaya una cosa! ¡Quinientas acciones, un primer pago de sesenta y dos mil quinientos francos! Si al primer beneficio, antes de seis meses, no pudiera reembolsar esto, valdría más que fuéramos á tirarnos al Sena en vez de tomar nos el trabajo de emprender nada.... No, podéis estar tranquila, la especulación no devora más que á los torpes.

Carolina permanecía severa, en la oscuridad creciente de la habitación. Pero entraron luces y quedaron ampliamente iluminadas las paredes, los grandes planos, las acuarelas, que la hacían soñar tan á menudo con el Oriente. La llanura estaba desnuda todavía, las montañas ocultaban el horizonte, y ella evocaba el aban-

done de aquel viejo mundo dormido  
sobre sus tesoros y que la ciencia iba á des-  
pertar de su ignorancia y de su miseria.

¡Cuanto grandes y hermosas y buenas cosas  
que realizar! Poco á poco una vieja

morhaba generacion nueva, toda  
una humanidad más fuerte y más di-  
chosa brotando del antiguo suelo, brotando  
de nuevo por el progreso.

¡La especulación, la especulación! mur-  
muró maquinalmente, combatida por  
la duda. Saccard, que conocía muy bien  
sus pensamientos habituales, había si-  
guido en su rostro aquella expresión en el  
porvenir. Si, la especulación. ¿Por qué os  
da miedo esta palabra?... La especu-  
lacion es el estiramiento mismo de la vida,  
es el eterno deseo que obliga á luchar  
y á vivir... Si me aboviese á hacer

una confusacion, y es consecuencia...  
Iria otro vez, acometido de un escrupulo  
de delicadisa. Abriose, sin embargo,  
brutal sin esfuercos ante las mujeres.  
Vanos, ¿creéis que sin... ¿cómo lo diré?...  
sin el libertinaje se engendrarían  
muchos niños?... Por cien niños  
que se deja de hacer, ocurre que en  
aquel se fabrica uno apenas. El  
exceso es el que trae lo necesario  
¿no es cierto?

Ciertamente - respondí ella con  
un bararo. Pues bien, sin la espe-  
culacion no se harían negocios,  
querida amiga... Para que diu-  
los queréis que yo desembolse mi  
dinero, que arriesgue mi fortuna,  
sin no me prometéis un goce extra-  
ordinario, una brusca dicha que

me abra el cielo?... Con la remun-  
eracion legitima, mediocre del  
trabajo, el prudente equilibrio de las  
transacciones diarias, la existencia  
no es más que un desierto de una  
extrema monotonia; un pantano  
donde todas las fuerzas duermen y  
se pudren; mientras que haceis fla-  
mear violentamente un sueño  
en el horizonte, prometed que con  
un sueldo regularian cien, ofre-  
ced á todos esos adormecidos la  
carrera de lo imposible, millones con-  
quistados en dos horas, en medio  
de los peligros más espantosos; y  
comentada la carrera, se decu-  
plican las energias, y el atropie-  
llamiento es tal, que, aun esfor-  
zándose únicamente en busca

del placer, las gaitas Meganá veces á  
hacer niños, quien decir, cosas vi-  
vicutes, grandes y hermosas)... ¡Ah, dia-  
bre! hay muchas porquerías inútiles,  
pero, seguramente, sin ellas se aca-  
baría el mundo.

Carolina se había decidido á reír tam-  
bién, porque no tenía nada de garrónas.  
De modo que nuestra conclusión es que es  
preciso resignarse, ya que esto está en  
el plan de la naturaleza... ¡Terminar  
la vida no es cosa hisupia.

Me entró un verdadero volter a la idea de  
que esta parte hacia adelante se daba en  
la sangre y en el fango. Bastaba querer.  
Sus ojos no habían dejado de mirar, á lo  
largo de los muros, los planes y los dibujos  
que evocaban el porvenir, puentes, ca-  
nales, caminos, ferrocarriles, com-  
Se case en página 207.

pos con granjas inmensas montadas como fá-  
bricas, poblaciones nuevas, sanas é inteligentes,  
en las que se vivía vida larga y feliz.

—Vamos—añadió sonriendo—preciso es que  
yo ceda, como siempre.... Tratemos de hacer  
algún bien para que se nos perdone.

Su hermano, que había permanecido silencio-  
so, se acercó á abrazarla, y ella le amenazó con  
el dedo.

—¡Oh! tú eres un zalamero. Te conozco. Y  
mañana, cuando nos hayas abandonado, apenas  
te inquietarás por saber lo que pasa aquí; y así  
que te encuentres allá metido en tus trabajos,  
todo irá bien, y soñarás con el triunfo, mientras  
que tal vez, en el mismo momento, se hundirá  
todo bajo nuestras plantas.

—¡Pero — exclamó alegremente Saccard—  
puesto que os deja á mi lado como un gendarme  
para sujetarme si me porto mal!

Los tres soltaron la carcajada.

—¡Y podéis contar con que os sujetaré!....  
Recordad lo que nos habéis prometido, primero  
á nosotros, después á tantos, por ejemplo á mi  
buen Dejoie, que os recomiendo mucho.... ¡Ah!  
y también á nuestras vecinas, esas pobres se-  
ñoras de Beauvilliers, á quienes he visto hoy vi-  
gilando el lavado de algunas ropas, hecho por  
su cocinera, sin duda para que la cuenta de la  
lavandera suba menos.

Por un instante todavía, hablaron los tres  
muy amigablemente. y la partida de Hamelin

quedó arreglada de una manera definitiva.

Cuando Saccard bajaba á su despacho, el ayuda de cámara le dijo que una mujer se había obstinado en esperarle, aunque él le hubiese dicho que había consejo y que el señor no podría recibirla sin duda. Al pronto, como se encontraba fatigado, se irritó y dió orden de despedirla; después, el pensamiento de que se debía al éxito y el temor de cambiar la vena, si cerraba su puerta, le hicieron mudar de parecer. La ola de los solicitantes crecía día por día, y aquella multitud lo embriagaba.

El despacho estaba iluminado por una sola lámpara, y no veía bien á la visitante.

—Es el señor Busch quien me envía, caballero.....

La cólera lo mantuvo de pie y ni siquiera le dijo que se sentara. Aquella voz aguda en aquel cuerpo desbordante, acababa de hacerle reconocer á la señora Mechain. ¡Buena accionista, aquella compradora de acciones al peso!

Ella le explicó tranquilamente que Busch la enviaba á tomar informes sobre la emisión del Banco Universal. ¿Quedaban títulos disponibles? ¿Se podía esperar tenerlos con la prima acordada á los sindicatarios? Pero aquello, seguramente, no era más que un pretexto, una manera de entrar, de ver la casa, de espiar lo que allí se hacía, y de examinarlo á él mismo, porque sus ojillos, abiertos á barrena en la grasa de su rostro, huroneaban por todas partes y volvíanse sin

cesar á penetrarle hasta el alma. Busch, después de haber aguardado mucho tiempo, madurando el famoso negocio del niño abandonado, se decidía á obrar, enviándola como explorador.

—No queda nada — respondió brutalmente Saccard.

La Mechain comprendió que no sabía nada más y que sería imprudente intentar alguna cosa. Así, sin esperar á ser despedida, dió un paso hacia la puerta.

—¿Por qué no me pedís acciones para vos misma?—añadió aquel queriendo hierla.

Con su voz ceceosa y aguda que parecía burlarse, ella contestó:

—¡Oh! no es ese mi género de operaciones... Yo, espero.

Y en aquel momento, Saccard, habiendo visto el gran saco de cuero que nunca la abandonaba, sintió un estremecimiento. Un día en que todo había marchado tan bien, el día en que era tan feliz por haber visto nacer al fin la casa de crédito tan deseada, ¿giría aquella pícara vieja á ser el hada mala, la que hace mal de ojo á las princesas en la cuna? Sentía lleno de valores depreciados, de títulos sin valor, aquel saco que ella acababa de pasear por las oficinas de su banco naciente, y creía comprender que le amenazaba con esperar todo el tiempo que fuese preciso, para enterrar allí sus acciones cuando la casa se derrumbara. Aquel era el graznido del cuervo que parte con el ejército en marcha, le sigue

hasta la noche de la matanza, y se cierne sobre él sabiendo que habrá muertos que devorar.

—Hasta la vista, caballero—dijo la Mechain retirándose sofocada y muy cortés.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y MUSEOS

## V

Un mes después, en los primeros días de Noviembre, no estaba concluida todavía la instalación del Banco Universal. Aún no se había acabado las obras de carpintería ni terminado la enorme montera de cristales con que iba á quedar cubierto el patio.

Aquella lentitud debíase á Saccard, que, descontento de la mezquindad de la instalación, prolongaba los trabajos con exigencias de lujo; y no pudiendo ensanchar las habitaciones, para realizar su constante sueño de lo enorme, había acabado por enfadarse y por descargar sobre Carolina el cuidado de despedir á los contratistas. Esta vigilaba, pues, la colocación de las últimas rejillas, de las cuales había un número extraordinario; el patio, transformado en despacho central, estaba rodeado de ellas: rejillas severas y dignas, rematadas por hermosas placas de cobre con rótulos en letras negras. En suma, la instalación, aunque realizada en un local

hasta la noche de la matanza, y se cierne sobre él sabiendo que habrá muertos que devorar.

—Hasta la vista, caballero—dijo la Mechain retirándose sofocada y muy cortés.



## V

Un mes después, en los primeros días de Noviembre, no estaba concluida todavía la instalación del Banco Universal. Aún no se había acabado las obras de carpintería ni terminado la enorme montera de cristales con que iba á quedar cubierto el patio.

Aquella lentitud debíase á Saccard, que, descontento de la mezquindad de la instalación, prolongaba los trabajos con exigencias de lujo; y no pudiendo ensanchar las habitaciones, para realizar su constante sueño de lo enorme, había acabado por enfadarse y por descargar sobre Carolina el cuidado de despedir á los contratistas. Esta vigilaba, pues, la colocación de las últimas rejillas, de las cuales había un número extraordinario; el patio, transformado en despacho central, estaba rodeado de ellas: rejillas severas y dignas, rematadas por hermosas placas de cobre con rótulos en letras negras. En suma, la instalación, aunque realizada en un local

algo estrecho, estaba distribuída con acierto: en el piso bajo, los servicios que debían estar en relación constante con el público, las diferentes cajas, las emisiones, todas las operaciones corrientes de banca; y arriba, el mecanismo en cierto modo interior, la dirección, la correspondencia, la contabilidad, las secciones de lo contencioso y del personal. En total, en un espacio tan reducido, se movían allí más de doscientos empleados. Y lo que imponía ya desde luego al entrar, aun en medio del ir y venir de los obreros, acabando de clavar clavos, mientras que el oro sonaba en las esportillas, era aquel aire de severidad, un aire de probidad antigua, oliendo vagamente á sacristía, que provenía sin duda del local, de aquel viejo hotel húmedo y obscuro, silencioso á la sombra de los árboles del jardín vecino. Se experimentaba la sensación de penetrar en una casa religiosa y honrada.

Una tarde, al volver de la Bolsa, Saccard mismo experimentó esa sensación, que le sorprendió. Consolóse, en parte, de la falta de dorados, y mostró su satisfacción á Carolina.

—Verdaderamente, para comenzar está esto muy bien. Parece que se está en familia, tiene esto algo de oratorio. Después, ya veremos.... Gracias, mi buena amiga, por el trabajo que os tomáis, desde que vuestro hermano no está aquí.

Y como tenía por principio utilizar las circunstancias imprevistas, trató desde entonces de desenvolver aquella austera apariencia de la

casa, exigió de sus empleados un aspecto de jóvenes oficiantes; no se hablaba más que en voz mesurada, se recibía y se entregaba el dinero con una discreción completamente clerical.

Nunca, en su vida tan agitada, había empleado Saccard tanta actividad. Por la mañana, desde las siete, antes que todos los empleados, antes aún que su ordenanza hubiera encendido fuego, ya estaba en su despacho examinando el correo, contestando á las cartas más urgentes. Luego, hasta las once, aquello era una interminable procesión de amigos y de clientes importantes de la casa, de agentes de cambio, de corredores, toda la caterva financiera; sin contar el desfile de los jefes de sección de la casa, acudiendo á tomar órdenes. El mismo, así que tenía un momento libre, se levantaba y hacía una rápida inspección por las diversas oficinas, donde los empleados estaban de continuo bajo el terror de sus bruscas apariciones, realizadas á horas siempre diferentes. A las once subía á almorzar con Carolina, y comía y bebía copiosamente, con una facilidad de hombre delgado, sin sentirse nunca molesto; y la hora completa que en esto empleaba no era perdida, porque era el momento en que, como él decía, se confesaba con su bella amiga, es decir, en que le pedía su parecer sobre personas y cosas, sin perjuicio de no saber luego con frecuencia aprovechar sus buenos consejos. A las doce salía y marchaba á la Bolsa, queriendo ser uno de los primeros en llegar

para hablar y ver. Por lo demás, ahora no jugaba abiertamente, y se encontraba allí como en un lugar de cita natural, donde estaba seguro de encontrar á los clientes de su casa. A todo esto su influencia iba marcándose ya en aquel sitio, adonde había vuelto como vencedor, como hombre sólido, apoyado ahora en verdaderos milloneros; y los maliciosos se hablaban en voz baja al mirarle, comunicándose rumores extraordinarios, prediciéndole la soberanía. A las tres y media estaba siempre de vuelta en su despacho, dedicándose á la fastidiosa tarea de la firma, de tal modo acostumbrado á este mecánico movimiento de la mano, que daba órdenes á los empleados, respondía y arreglaba negocios, con la cabeza libre y hablando con desahogo, sin interrumpir la firma. Hasta las seis aún recibía visitas, terminaba el trabajo del día y preparaba el del siguiente. Y cuando subía al lado de Carolina, era para comer más copiosamente que á las once, pescados finos y caza sobre todo, con caprichos de vinos, Borgoña, Burdeos ó Champagne, según el dichoso empleo de su jornada.

—Decid que no soy formal!—exclamaba algunas veces riendo.—En vez de andar visitando mujeres, casinos y teatros, vivo aquí, como buen burgués, á vuestro lado..... Hay que escribir esto á vuestro hermano para tranquilizarlo.

Pero no era tan formal como pretendía, porque en aquella época tuvo un capricho por una

corlista de los Bufos; y hasta se había distraído un día, á su vez, en casa de Germana Corazón, donde no había encontrado satisfacción ninguna. La verdad es que al llegar la noche, caía rendido por la fatiga. Vivía, por otra parte, con tal deseo, con tal ansia de éxito, que sus demás apetitos quedaban como disminuidos y paralizados hasta tanto que se sintiera triunfante, dueño indiscutido de la fortuna.

—¡Bah!—contestaba alegremente Carolina—mi hermano ha sido siempre tan formal, que la formalidad es para él una condición de naturaleza y no un mérito..... Ayer le he escrito diciéndole que os he determinado á que no hagáis redorar la sala del Consejo. Esto le dará más placer.

Una tarde muy fría de los primeros días de Noviembre, en el momento en que Carolina daba al maestro pintor la orden de lavar simplemente las pinturas de aquella sala, le pasaron una tarjeta diciéndole que la persona que la había entregado insistía mucho en verla. La tarjeta, no muy limpia, llevaba el nombre de Busch, impreso groseramente. No conocía á este hombre, y dió la orden de que lo hicieran subir á su casa, al despacho de su hermano, donde ella recibía.

Si Busch, después de cerca de seis meses, no se impacientaba y no se utilizaba del extraordinario descubrimiento que había hecho de un hijo natural de Saccard, era desde luego por las razones que había presentido, el mediocre re-



sultado que sería sacar solamente los seiscientos francos de los pagarés suscriptos en favor de la madre, la dificultad extrema de obtener más, una suma razonable de algunos millares de francos. A un hombre viudo, libre de todo lazo, á quien apenas asustaba el escándalo, ¿cómo aterrorarlo y hacerle pagar caro aquel regalo de un hijo del azar, recogido en el arroyo, germen de chulo y de asesino? Es verdad que la Mechain había formalizado trabajosamente una gran cuenta de gastos, alrededor de seis mil francos: pequeñas sumas prestadas á Rosalía Chavaille, su prima, la madre del niño, además lo que le había costado la enfermedad de la pobre mujer, su entierro, el entretenimiento de su tumba, en fin, lo que gastaba con Víctor desde que estaba á su cuidado, la alimentación, la ropa, una porción de cosas. Pero en el caso de que Saccard no se enterneciese ¿no era creíble que los enviase á paseo? Porque nada probaría esta paternidad sino el parecido del hijo; y no sacarían de él más que el dinero de los pagarés, y esto si no invocaba la prescripción.

Por otra parte, si Busch había tardado tanto, era porque acababa de pasar semanas de horrible inquietud, junto al lecho de su hermano Segismundo, consumido por la tisis. Durante quince días especialmente, aquel terrible rebuscador de negocios lo había descuidado todo, olvidándose por completo de las mil pistas tortuosas que seguía, no apareciendo por la Bolsa, no persi-

guiendo á los acreedores, sin dejar la cabecera del enfermo á quien velaba, cuidaba, y mudaba como una madre. Hecho pródigo, él de una avaricia inmundada, llamaba á los primeros médicos de París, y habría querido pagar más caras al farmacéutico las medicinas para que fuesen más eficaces; y como los médicos hubiesen prohibido todo trabajo, y Segismundo se empeñara en trabajar, había escondido sus papeles y sus libros. Esto había llegado á ser entre ellos una guerra de astucias. Así que, vencido por la fatiga, se dormía su guardián, el joven, empapado en sudor, devorado por la fiebre, cogía un pedazo de lápiz, y el margen de un periódico, y continuaba sus cálculos, distribuyendo la riqueza con arreglo á sus sueños de justicia, asegurando á todos su parte de dicha y de vida. Y Busch, al despertarse, se irritaba notándolo más enfermo, destrozado el corazón al verle dar á su quimera lo poco que le quedaba de existencia. Podía permitirle que jugase con aquellas tonterías, como se permite á los niños que jueguen con un Juan de las Viñas, cuando estaba en buena salud; pero era verdaderamente una estupidez asesinarsé con ideas locas, impracticables. Habiendo al fin consentido en ser prudente por afecto á su hermano, Segismundo había recobrado algunas fuerzas y comenzaba á levantarse.

Entonces fué cuando Busch, volviendo á sus asuntos, declaró que era preciso liquidar el negocio de Saccard, tanto más cuanto que Saccard

había vuelto como conquistador á la Bolsa, y se convertía en un personaje de una solvencia indiscutible. El informe de la señora Mechain, á quien había enviado á la calle de San Lázaro, era excelente. Sin embargo, aún vacilaba en atacar de frente á su hombre, y andaba buscando la manera de vencerle, cuando una frase escapada á la Mechain acerca de Carolina, aquella señora que gobernaba la casa, y de quien le habían hablado todos los proveedores del barrio, lo lanzó en un nuevo plan de campaña. ¿Sería, por ventura, esta señora, la verdadera querida, la que tenía las llaves de los armarios y del corazón? Con mucha frecuencia obedecía á lo que él llamaba la inspiración, cediendo á una adivinación repentina, partiendo á la carrera detrás de una simple indicación de su olfato, seguro de sacar de los hechos una certeza y una resolución. Y así fué como se dirigió á la calle de San Lázaro para ver á Carolina.

Arriba, en la sala de los planos, Carolina quedó sorprendida ante aquel hombre mal afeitado, de rostro achatado y sucio, vestido con una levita grasienta y encorbatado de blanco. El también la examinaba hasta el fondo del alma, encontrándola como la deseaba, tan buena moza, tan sana, con sus admirables cabellos blancos, que llenaban de alegría y de dulzura su rostro que seguía siendo joven; y chocóle, sobre todo, la expresión de la boca, una expresión tal de bondad, que inmediatamente se decidió.

—Señora—dijo—yo habría deseado hablar al señor Saccard, pero me acaban de decir que está ausente...

Mentía, ni siquiera habla preguntado, porque sabía muy bien que no estaba en casa, por haber espiado su salida para la Bolsa.

—Y me he permitido dirigirme á vos, prefiriendo esto en el fondo, no ignorando á quién me dirijo.... Se trata de una comunicación tan grave, tan delicada....

Carolina, que hasta entonces no le había dicho que se sentase, le señaló una silla con apresuramiento inquieto.

—Hablad, caballero, os escucho.

Busch, mientras se recogía con cuidado los faldones de la levita, como temeroso de ensuciarlos, se dijo á sí mismo, como cosa averiguada, que aquella mujer dormía con Saccard.

—Es que, señora, no es una cosa fácil de decir, y os confieso que hasta el último momento me pregunto si hago bien en confíarosla... Espero que veréis, en el paso que doy, tan sólo el deseo de permitir al señor Saccard la reparación de antiguos males....

Carolina, con un gesto lo tranquilizó habiendo comprendido qué clase de persona tenía delante, y deseando abreviar inútiles protestas. Por lo demás, él no insistió, y se puso á contar la antigua historia: Rosalía seducida en la calle de la Harpe, el niño naciendo después de la desaparición de Saccard, y la madre en la mise-

ria y la prostitución; y Víctor, dejado al cuidado de una prima muy ocupada para vigilarle, creciendo en medio de la abyección. Ella escuchóle asombrada al principio por aquella novela que no esperaba, porque se había imaginado que se trataba de alguna sucia aventura de dinero; después se enterneció visiblemente ante la triste suerte de la madre y el abandono del niño, profundamente conmovida en su maternidad de mujer que había permanecido estéril.

—¿Pero—dijo—estáis cierto, caballero, de los hechos que me contáis?... En esta clase de historias son necesarias pruebas muy fuertes, absolutas.

Busch se sonrió.

—¡Oh! señora, hay una prueba concluyente, el parecido extraordinario del niño.... Además, ahí están las fechas, todo concuerda y prueba los hechos hasta la última evidencia.

Carolina seguía temblorosa, y él la observaba. Después de una pausa continuó:

—Ahora comprenderéis, señora, mi embarazo para dirigirme directamente al señor Saccard. Yo no tengo ningún interés en el asunto, no vengo más que en nombre de la señora Mechain, la prima, á quien sólo una casualidad ha puesto sobre las huellas del padre tan buscado; porque tengo el honor de deciros que los doce pagarés de cincuenta francos, dados á la desgraciada Rosalía, estaban firmados con el nombre de Sicardot, cosa que no me permito juzgar y

excusable ¡Dios mío! en esta terrible vida de París. Sólo que ¿no es verdad? el señor Saccard habría podido equivocarse acerca del carácter de mi intervención.... Y por eso he tenido el pensamiento de veros primero, señora, para consultáros sobre la marcha que habríamos de seguir, sabiendo cuánto os interesáis por el señor Saccard.... Y ahora que sabéis nuestro secreto ¿creéis que debo esperarlo y decirsele todo hoy mismo?

Carolina mostró una emoción creciente.

—¡No, no, después!

Pero no sabía qué hacer ante lo extraño de la confianza. Busch seguía estudiándola, satisfecho de la sensibilidad extrema que se la entregaba, acabando de trazar su plan, seguro ya de que conseguiría de ella más partido que de Saccard.

—Es que—murmuró—habría que tomar una determinación.

—Pues bien, yo iré.... Sí, yo iré á ver á esa señora Mechain y al niño.... Es mejor, mucho mejor que yo me entere primero de las cosas.

Y decía, pensando en alta voz, la resolución que acababa de tomar de hacer una cuidadosa información antes de decir nada al padre. Después, si quedaba convencida, sería tiempo de advertirle. ¿No estaba ella allí para velar por la casa y por su tranquilidad?

—Desgraciadamente, la cosa urge—dijo Busch—llevándola poco á poco adonde él quería.

La pobre criatura padece. Vive en un medio abominable.

Carolina se había levantado.

—Voy á ponerme un sombrero, é iré al instante.

A su vez, Busch se levantó y dijo negligentemente.

—No os hablo de la cuentecilla que habrá que pagar. El niño ha hecho gastos, naturalmente, y también hay dinero prestado en vida de la madre..... ¡Oh! no sé cuánto á punto fijo. No he querido encargarme de nada. Todos los papeles están allí.

—¡Bueno! Voy á verlo.

Entonces él aparentó enternecerse también.

—¡Ah, señora, si supieseis todas las pícaras cosas que yo veo en los negocios! Las gentes más honradas tienen que sufrir luego á consecuencia de sus pasiones, ó, lo que es peor, de las pasiones de los suyos..... Podría citaros un ejemplo. Vuestras infortunadas vecinas, esas pobres señoras de Beauvilliers.....

Por un movimiento brusco se había aproximado á una de las ventanas y clavaba sus miradas con ardiente curiosidad en el jardín vecino. Indudablemente meditaba este espionaje desde que había entrado, deseando conocer sus campos de batalla. En el asunto del reconocimiento de diez mil francos firmado por el conde á Leonia Cron, había adivinado bien; los informes enviados de Vendome decían la aventura prevista:

la muchacha seducida había quedado sin un céntimo á la muerte del conde, con su pedazo de papel inútil, y devorada por el deseo de venir á París, había acabado por dejar el papel al usure-ro Charpier, acaso por cincuenta francos. Pero si Busch había encontrado en seguida á las Beauvilliers, hacía recorrer París desde seis meses antes á la Mechain, sin poder poner la mano sobre Leonia. Esta había entrado como criada en casa de un procurador, y él la seguía en tres colocaciones; después, despedida por mala conducta, desaparecía, y en vano había sido buscarla. Esto lo irritaba tanto más, cuanto que nada podía intentar sobre la condesa, mientras que no pudiera tener á la muchacha como una viviente amenaza de escándalo. Pero no descuidaba el asunto, y estaba satisfecho, de pie delante de la ventana, al conocer el jardín, del que todavía no había visto más que la fachada desde la calle.

—¿Acaso también esas señoras están amenazadas de algún disgusto?

El se hizo el inocente.

—No, no creo..... Quería únicamente hablar de la triste situación en que las ha dejado la mala conducta del conde..... Sí, yo tengo amigos en Vendome y conozco su historia.

Y, en el momento en que se decidió por fin á separarse de la ventana, pareció como que la emoción que fingía se hacía verdadera.

—¡Y menos mal, cuando no se trata más que

de desdichas de dinero! ¡Pero cuando la muerte entra en una casa!

Aquella vez verdaderas lágrimas humedecieron sus ojos. Acababa de pensar en su hermano, y este recuerdo lo sofocaba. Carolina creyó que había perdido recientemente á alguno de los suyos, y no le preguntó más por discreción. Hasta entonces no se había engañado acerca de las bajas ocupaciones del personaje, por la repugnancia que le inspiraba; y aquellas inesperadas lágrimas la decidían más que la más sabia de las tácticas: creció su desco de correr en seguida á la *Cité de Nápoles*.

—Señora, cuento con vos.

—Voy al instante.

Una hora después, Carolina, que había tomado un coche, vagaba por detrás de Montmartre sin poder encontrar la *Cité*. Al fin, en una de las calles desiertas que desembocan en la de Marcadet, una vieja la designó al cochero. Aquello era, á la entrada, como un camino lleno de baches, obstruído de lodo y de basuras, penetrando en medio de un terreno vago; y sólo después de mirar atentamente se conseguía ver las miserables construcciones, hechas de tierra, de tablas viejas y de viejas planchas de zinc, parecidas á montones de escombros, colocadas alrededor del patio interior. Dando sobre la calle, una casa de un piso, construída de morrillo, pero de una decrepitud y de una suciedad repugnantes, parecía dominar la entrada como en una prisión. Y,

en efecto, allí vivía la señora Mechain como casera vigilante, acechando sin cesar, explotando ella misma su pequeño pueblo de inquilinos hambrientos.

Desde que Carolina bajó del carruaje, la vió aparecer en el dintel, enorme, el pecho y el vientre desbordándose de un viejo vestido de seda azul, rozado en los pliegues, roto por las costuras, con las mejillas tan hinchadas y tan enrojecidas, que la pequeña nariz, oculta en ellas, parecía cocer entre dos brasas. Vacilaba aquella, acometida de malestar, cuando la voz muy dulce, parecida á una flauta pastoril, la tranquilizó.

—¡Ah! señora, os envía el señor Busch, venís por el pequeño Víctor.... Entrad, entrad, pues. Sí, esta es la *Cité de Nápoles*. La calle no está clasificada, todavía no tenemos números.... Entrad. Hay que hablar de todo eso desde luego. ¡Dios mío, y es tan fastidioso, tan triste!

Y Carolina debió aceptar una silla con las pajas destrozadas, en un comedor ennegrecido por la grasa, donde un hornillo rojo mantenía un calor y un olor asfixiantes. La Mechain hacía extremos sobre la suerte que la visitante había tenido al encontrarla, porque ella tenía tantos negocios en París, que casi nunca volvía antes de las seis. Fué preciso interrumpirla.

—Dispensadme, señora, venía por ese desgraciado niño.

—Perfectamente, señora, voy á enseñároslo... Ya sabéis que su madre era prima mía. ¡Ah!

puedo decir que he cumplido mi deber..... Ved los papeles, ved las cuentas.

Y sacó de una mesa un legajo muy ordenado, encerrado en una carpeta azul, como lo hubiera tenido un agente de negocios. Y hablaba y no concluía sobre la pobre Rosalía: sin duda había acabado por llevar una vida completamente asquerosa, yéndose con el primero que llegaba, volviendo borracha y llena de sangre, después de escapadas de ocho días; pero, ciertamente, había que hacerse cargo, porque era una buena obrera antes de que el padre del niño le rompiera el hombro, el día en que la forzó en la escalera; y, con su enfermedad, y vendiendo limones en los mercados, no se le podía pedir mucha formalidad.

—Mirad, señora, todo esto se lo he prestado á dos francos, á cinco francos. Ahí están las fechas: el 20 de Junio, dos francos; el 27 de Junio, también dos francos; el 3 de Julio, cinco francos. Y, mirad, en esa época debió estar enferma, porque hay aquí muchas partidas de cinco francos... Además, yo vestía á Víctor. He puesto una V delante de todos los gastos hechos con el chico..... Sin contar que, cuando Rosalía murió, ¡oh! bien sucitamente, de una enfermedad que era una verdadera podredumbre, el niño quedó completamente á mi cargo. Por esto he puesto, ¡mirad! cincuenta francos por mes. La cosa es muy razonable. El padre es rico, y bien puede dar cincuenta francos al mes por su hijo..... En fin, todo

esto hace cinco mil cuatrocientos tres francos; y si añadimos los seiscientos francos de los pagarés, tendremos un total de seis mil francos..... ¡Sí, todo por seis mil francos, ea!

A pesar de la repugnancia que sentía, Carolina hizo una reflexión.

—Pero los pagarés no os pertenecen, son propiedad del niño.

—¡Ah, dispensad, señora!—replicó la Mechain agriamente—he adelantado dinero sobre ellos. Ved al respaldo mi endoso..... Todavía es bondad de mi parte, no reclamar intereses. Se reflexionará, mi buena señora, y no se querrá hacer perder ni un céntimo á una pobre mujer como yo.

A un gesto cansado de la buena señora, que aceptaba la cuenta, se calmó. Y volvió á encontrar su voz aflautada para decir:

—Ahora voy á hacer llamar á Víctor.

Pero aunque envió uno tras otro á tres chiquillos que por allí andaban enredando, sólo consiguió saber que Víctor no quería venir. Uno de los chiquillos trajo, por toda contestación, una frase innoble. Entonces ella se levantó y desapareció como para ir á traerle de una oreja. Pero, habiendo reflexionado, reapareció sola, pareciéndole bien, sin duda, mostrarlo en todo su abominable horror.

—Si la señora quiere tomarse el trabajo de seguirme.....

Y, conforme iban andando, daba detalles

acerca de la *Cité de Nápoles*, que su marido había heredado de un tío. Este marido debía haber muerto, porque nadie lo conocía, y ella no hablaba de él más que para explicar la procedencia de su propiedad. Un mal negocio que acabaría con ella, solía decir, porque le proporcionaba más cuidados que provechos, sobre todo, desde que la prefectura la molestaba, enviándole inspectores que exigían reparaciones y mejoras con el pretexto de que las gentes morían en su casa como moscas. Por lo demás, ella se resistía enérgicamente a gastar un céntimo. ¡A este paso bien pronto exigirían chimeneas adornadas con espejos en los cuartos que alquilaba por dos francos semanales! Pero lo que no decía era su rigor en la cobranza de los alquileres, que echaba las familias a la calle, en el momento en que no le daban por adelantado sus dos francos, y que hacía ella misma su vigilancia, tan temida, que los mendigos sin asilo no se habrían atrevido por nada del mundo, a dormir al amparo de sus muros.

Carolina examinaba con el corazón oprimido el patio, un terreno devastado, lleno de baches, transformado en muladar por las basuras acumuladas. Allí se arrojaba todo, allí no había ni vertedero ni sumidero, aquello era un estercoleo que crecía sin cesar, emponzoñando el aire; y gracias a que entonces hacía frío, porque con el calor desprendíanse miasmas mortíferos. Con pie inquieto, trataba de evitar los desperdicios

de legumbres y los huesos, paseando sus miradas por las dos orillas, por las habitaciones, especie de cuevas sin nombre, casas bajas medio derruidas, casuchas construidas con los materiales más heterogéneos. Muchas estaban simplemente cubiertas de papel embreado. Otras no tenían puerta, y dejaban entrever negros agujeros de cueva, de donde salía un olor nauseabundo de miseria. Familias de ocho y diez personas amontonábanse en aquellos cubiles, sin tener siquiera una cama con frecuencia, hombres, mujeres y niños en montón, pudriéndose unos a otros, como los frutos agusanados, entregados desde la más tierna infancia a la lujuria instintiva por la más monstruosa de las promiscuidades. Bandadas de chiquillos, pálidos, enfermizos, comidos de escrófulas y de sífilis hereditaria, llenaban continuamente el patio, pobres seres que brotaban sobre aquel estercoleo como hongos, en el azar de un abrazo, sin que se supiera con seguridad quién podía ser su padre. Cuando se desarrollaba una epidemia de tifus ó de viruela, barría de una escobada hasta el cementerio la mitad de la *Cité*.

—Os decía, señora—continuó la Mechain—que Víctor no ha tenido muy buenos ejemplos a la vista, y que ya sería tiempo de pensar en su educación, porque va a cumplir doce años..... En vida de su madre veía cosas no muy convenientes, en razón a que ella no se escondía cuando estaba borracha. Llevaba los hombres a su casa,

y todo pasaba delante de él.... Después, yo no he tenido nunca tiempo de vigilarlo muy de cerca, á causa de mis negocios en París. Siempre anda corriendo por las fortificaciones. Dos veces he tenido que ir á reclamarlo porque había robado. ¡Oh, nada más que tonterías! Y además, desde que ha podido, anda con las niñas; tanto le enseñó su madre. Con todas estas cosas, lo vais á ver, á los doce años es ya un hombre.... En fin, para que trabaje un poco, se lo he entregado á la tía Eulalia, una verdulera de Montmartre. La acompaña á los mercados y le lleva uno de sus cestos. Lo malo es que en este momento ella está con tumores en un muslo.... Pero ya hemos llegado, señora, haced el favor de entrar.

Carolina hizo un movimiento de retroceso. Estaban en el fondo del patio, detrás de una verdadera barricada de inmundicias, en uno de los agujeros peor olientes, una casucha casi hundida en el suelo, parecida á un montón de escombros sostenidos por pedazos de tablas. Allí no se veía ventana. Había necesidad de que la puerta, una antigua puerta vidriera, reforzada con una plancha de zinc, quedase abierta para ver claro; y el frío entraba de un modo terrible. En una rinconada veíase un jergón, tendido sencillamente sobre la tierra removida. Ningún otro mueble podía ser reconocido, entre el amontonamiento de barriles deshechos, de verjas arrancadas, de cestas medio podridas, que debían servir de

asientos y de mesas. Los muros chorreaban una humedad pegajosa. Un agujero en el negro techo, dejaba caer la lluvia hasta el pie del jergón. Y el olor, el olor, sobre todo, era horrible; la abyección humana en su más absoluta desnudez.

—Tía Eulalia—gritó la Mechain—es una señora que quiere bien á Victor.... ¿Qué tiene ese tunante para no acudir cuando se le llama?

Movióse sobre el jergón un paquete de carne humana entre un pedazo de percal viejo que le servía de sábana; y Carolina distinguió á una mujer de unos cuarenta años, desnuda por completo, sin camisa, parecida á un pellejo medio vacío, tan floja y tan llena de pliegues estaba. La cabeza no era fea, fresca todavía, rodeada de cabellos rubios rizados.

—¡Ah—gimió—que entre, si es para nuestro bien; porque ya no es posible que esto continúe!.... ¡Cuando pienso, señora, que hace ya quince días que no he podido levantarme á causa de estas porquerías de granos que me agujerean el muslo!.... Y, naturalmente, no hay ni un céntimo. Imposible continuar el comercio. Tenía dos camisas que Victor ha ido á vender; y creo que esta noche vamos á morir de hambre.

Después, alzando la voz:

—Pero, ¡qué tonterial! ¡Sal de ahí, muchacho!... La señora no te va á hacer daño.

Y Carolina se estremeció, viendo levantarse de un cesto un bulto que había tomado por un



montón de andrajos. Era Víctor, vestido con los restos de un pantalón y de una blusa de lienzo, por cuyos agujeros pasaba su desnudez. Encontrábase de lleno en la claridad de la puerta, y ella lo miraba con la boca abierta, asombrada de su extraordinario parecido con Saccard. Todas sus dudas desaparecieron, la paternidad era innegable.

—No quiero—exclamó el muchacho—que me mareen para ir á la escuela.

Carolina seguía mirándolo invadida por un creciente malestar. Con aquel parecido que la asombraba, era inquietante el pilluelo, con toda una mitad de la cara más gruesa que la otra, la nariz torcida á la derecha, la cabeza como aplastada contra el escalón en que su madre, forzada, lo había concebido. Además, parecía prodigiosamente desarrollado para su edad, no muy alto, trepado, formado enteramente á los doce años, lleno ya de vello como un animal precoz. Los ojos atrevidos, devoradores, y la boca sensual, eran de un hombre. Y, en aquel niño, de tez tan pura todavía, con ciertos tonos delicados de niña, aquella virilidad, que había florecido tan bruscamente, hacía daño y asustaba como una monstruosidad.

—¿Es que os da miedo la escuela, amiguito?—acabó por decir Carolina.—Y sin embargo, mejor estaríais allí que aquí.... ¿Dónde dormís?

Con un gesto él señaló el jergón.

—Allí, con ella.

Contrariada por aquella franca respuesta, la tía Eulalia movióse, buscando una explicación.

—Le había hecho una cama con un colchoncito, pero ha habido que venderlo.... Se duerme como se puede, cuando no se tiene nada.

La Mechain creyó que debía intervenir, aunque no ignorase nada de lo que pasaba.

—Eso no es de ningún modo conveniente, Eulalia.... Y tú, bribón, bien habrías podido venir á dormir á mi casa, en vez de dormir con ella.

Pero Víctor, irguiéndose sobre sus cortas y fuertes piernas, cuadrándose con su precocidad de macho, contestó:

—¿Y por qué, si es mi mujer?

Entonces la tía Eulalia tomó el partido de reír, tratando de ocultar la abominación, echando la cosa á broma. Pero en su acento notábase un dejo de tierna admiración.

—¡Oh! con seguridad que no le confiaría mi hija si la tuviera.... ¡Es todo un hombrecito!

Carolina se estremeció. Oprimíasele el corazón y experimentaba una repugnancia espantosa. ¿Cómo? ¡Aquel pilluelo de doce años, aquel pequeño monstruo, con aquella mujer de cuarenta, gastada y enferma, sobre aquel inmundo jergón, en medio de aquella basura y de aquella hediondez! ¡Ah, la miseria, cómo lo destruye y pudre todo!

Dejó veinte francos, escapó y volvió á refugiarse en la habitación de la casera para tomar un partido y entenderse definitivamente con ésta.

Ante tal abandono despertóse en ella un pensamiento, el de la Obra del Trabajo. ¿No había sido creada aquella institución precisamente para estas desdichas, para tratar de regenerar, por medio de la higiene y de un oficio, á los miserables hijos del arroyo? Había que arrancar á escape á Victor de aquel lodo innoble, y, llevándolo allá, hacerle una existencia nueva. Seguía toda estremeada. Y al tomar aquella decisión, ocurriósele una delicadeza de mujer: no decir nada todavía á Saccard, esperar á haber descortezado un poco al monstruo antes de mostrárselo; porque ella experimentaba como un pudor, por él, de aquel horrible vástago, ella sufría al pensar en la vergüenza que él habría experimentado. Acaso bastarían algunos meses, y en seguida hablaría, dichosa con su buena acción.

La Mechain comprendía difícilmente.

—¡Dios mío! como gustéis, señora.... Pero yo quiero mis seis mil francos en seguida. Victor no saldrá de mi casa si no recibo mis seis mil francos.

Esta exigencia desesperó á Carolina. No tenía aquella cantidad y no quería pedirla al padre, naturalmente. Discutió y suplicó en vano.

—¡No, no! No teniendo mi prenda, lo perdería todo. Conozco estas cosas.

Viendo, en fin, que la suma era grande y que no conseguiría nada, hizo una rebaja.

—Pues bien, dadme dos mil francos al momento, y esperaré el resto.

Pero la dificultad para Carolina era la misma, y se preguntaba de dónde sacaría aquellos dos mil francos, cuando se le ocurrió de pronto la idea de dirigirse á Máximo. No quiso discutirla. Este consentiría en estar en el secreto y no rehusaría el anticipo de aquel poco dinero que con seguridad le reembolsaría su padre. Y allá se fué, diciendo que volvería por Victor al día siguiente.

No eran más que las cinco y sentía tal fiebre por acabar, que al subir á su fiacre dió al cochero las señas de Máximo, avenida de la Emperatriz. Cuando llegó, el ayuda de cámara le dijo que el señor estaba en el tocador, pero que de todos modos la anunciaría.

Hubo un instante en que creyó ahogarse en el salón donde esperaba. Era aquel un hotelito instalado con un exquisito refinamiento de lujo y de bienestar. Encontrábanse allí prodigados los cortinajes y los tapices; y en el tibio silencio de las piezas exhalábase un olor suave y amburino. Aquello era lindo, tierno y discreto, aunque allí no hubiera ni asomos de mujer; porque el joven viudo, enriquecido por la muerte de la suya, había arreglado su vida para el culto único de sí mismo, cerrando su puerta, como mozo experimentado, á toda nueva participación. Aquella vida regalada que debía á una mujer, no quería que se la trastornase ninguna otra mujer. Hasta desilusionado del vicio, no seguía usándolo más que como un postre que le

estaba prohibido, á causa de su deplorable estómago. Había abandonado hacía tiempo su idea de entrar en el Consejo de Estado, y ni siquiera corría ya caballos, hastiado de estos como de las queridas. Vivía solo, ocioso, completamente feliz, comiéndose su fortuna con arte y precaución, con una ferocidad de hombre guapo depravado y entretenido, que se hace persona seria.

—Si la señora quiere seguirme—volvió diciendo el ayuda de cámara—el señor la recibirá inmediatamente en su cuarto.

Carolina tenía con Máximo relaciones familiares, desde que él la veía, instalada como fiel intendente, siempre que iba á comer á casa de su padre. Al entrar en la habitación encontró las cortinas corridas y seis bujías sobre la chimenea y sobre un velador, iluminando con una llama tranquila aquel nido de plumón y de seda, una alcoba excesivamente muelle de hermosa que se vende, con sus profundos sillones y su inmenso lecho de una blandura de plumas. Aquella era la pieza amada, donde había agotado las delicadezas, los muebles y los bibelots preciosos, maravillas del siglo último, confundidas, perdidas en el más delicioso desorden de telas que se pueda imaginar.

Por la puerta que daba al cuarto tocador, abierta de par en par, asomó diciendo:

—¿Qué pasa?... ¿Papá no habrá muerto?

Salía del baño, la piel fresca y embalsamada, con su linda cabeza de jovencueta, ya fatigada,

y sus ojos azules y claros, vestido con un elegante traje de franela blanca. Por la puerta se oía todavía el gotear de uno de los grifos de la pila, mientras que un fuerte perfume de flor se esparcía con la dulzura del agua templada.

—No, no se trata de cosa tan grande—respondió ella disgustada por el tono tranquilamente placentero de la pregunta.—Pero lo que tengo que deciros es, sin embargo, algo embarazoso.... Me dispensaréis por presentarme así en vuestra casa.....

—Es verdad que como fuera, pero aún me queda tiempo para vestirme.... Veamos ¿qué sucede?

El esperaba y ella vacilaba ahora, balbuceaba, impresionada por aquel gran lujo, aquel refinamiento que sentía en derredor suyo. Acobardábase, no encontraba su valor para decirlo todo. ¿Era posible que la existencia, tan dura para el hijo de la casualidad, allá en la cloaca de la *Cité de Nápoles*, se hubiera mostrado tan pródiga para este, en medio de esta sabia riqueza? ¿De un lado tantas innobles suciedades, el hambre y la inevitable degradación, y del otro tanta cosa exquisita, la abundancia, la vida hermosa! El dinero ¿sería la educación, la salud, la inteligencia? Y, si el mismo cieno humano quedaba debajo ¿no consistía toda la civilización en aquella superioridad de oler bien y de vivir bien?

—¡Dios mío! Es toda una historia, y creo qu

hago bien contádoosla .... Por lo demás, me veo obligada á ello, os necesito.

Máximo la esenchó, primero en pié; después se sentó delante de ella, vacilantes las piernas por la sorpresa. Y, cuando Carolina calló, dijo:

—¿Cómo, cómo! ¿Conque no soy hijo único? ¿Conque me cae del cielo un horroroso hermanito, sin decir allá vá eso?

Creyendo haber alarmado su interés, hizo ella una alusión á la cuestión de herencia:

—¡Oh, la herencia de papá!

El tuvo un gesto de indiferencia irónica que ella no comprendió. ¿Cómo? ¿Qué quería decir? ¿No creía en las grandes cualidades, en la fortuna cierta de su padre?

—No, mi negocio está hecho, no tengo necesidad de nadie... Pero, verdaderamente, es tan gracioso lo que sucede, que no puedo dejar de reirme.

Reía, en efecto, pero disgustado, inquieto sordamente, no pensando más que en sí, no habiendo tenido todavía tiempo de examinar lo que la aventura podría traerle de bueno, ó de malo. Creyóse sólo, y dejó escapar una frase en que, brutalmente, puso toda su alma.

—¡En el fondo, yo me burlo de todo eso!

Habiéndose levantado, pasó al tocador, y volvió en seguida con una limilla de concha, con la que se frotaba dulcemente las uñas.

—¿Y qué es lo que vais á hacer con vuestro monstruo? No es posible meterlo en la Bastilla, como al Máscara de hierro.

Habló ella entonces de las cuentas de la Me-chain, explicó su idea de hacer entrar á Víctor en la Obra del Trabajo, y le pidió los dos mil francos.

—No quiero que vuestro padre sepa nada todavía, y como no tengo á quién dirigirme sino vos, es preciso que hagais este anticipo.

Pero él se negó abiertamente.

—¡Á papá, nunca! ¡Ni un céntimo!.... Mirad, lo he jurado: había de necesitar papá cinco céntimos para pasar un puente, y no se los prestaría.... ¡Sabedlo! Hay tonterías demasiado tontas, no quiero ponerme en ridículo.

Carolina lo miró de nuevo, turbada por las ruindades que insinuaba. En aquel momento de pasión, no tenía ni deseo ni tiempo de hacerle hablar.

—¿Y á mí—dijo con voz brusca—me prestaríais esos dos mil francos?

—Á vos, á vos....

Y seguía limándose las uñas, con un movimiento gracioso y ligero, examinándola al mismo tiempo con sus ojos claros que ojeaban á las mujeres hasta el fondo del corazón.

—Á vos, sí, consiento.... vos me los haréis devolver.

Luego, después de haber ido á buscar los dos billetes en un mueblecito, y de habérselos entregado, le cogió las manos y las conservó un momento entre las suyas, con un aire de amigable alegría, como un yerno que quiere á su suegra, diciéndole:

—¡Os hacéis ilusiones sobre papá!... ¡Oh! no os defendáis, no me meto en vuestros asuntos... A las mujeres ¡cosa extraña! les divierte á veces el sacrificarse, y, naturalmente, hacen bien en tomar su placer donde lo encuentran.... No importa, si algún día sois mal recompensada, venid á verme y hablaremos.

Cuando Carolina se encontró en su fiacre, sofocada todavía por la templada atmósfera del hotelito y por el perfume de heliotropo que había penetrado sus vestidos, temblaba como al salir de un lugar sospechoso, asustada también por aquellas reticencias, aquellas bromas del hijo sobre el padre que agravaban su sospecha de un pasado que no se podía confesar. Pero no quería saber nada, tenía el dinero, y se tranquilizó combinando su jornada del día siguiente, con objeto de que á la tarde estuviese el niño salvado del vicio.

Desde por la mañana tuvo que ponerse en movimiento, porque había que llenar muchas formalidades para estar segura de que su protegido sería acogido en la Obra del Trabajo. Su posición de secretaria del Consejo de vigilancia, que la princesa de Orviedo, la fundadora, había formado con diez señoras del gran mundo, le facilitó por otra parte aquellas formalidades; y á la tarde no tuvo más que ir por Víctor á la *Cité de Nápoles*. Había llevado vestidos convenientes, y no iba sin alguna inquietud sobre la resistencia que opondría el muchacho, él, que no

quería oír hablar de la escuela. Pero la Mechain, á quien había avisado y que la esperaba, le dió así que llegó una noticia, que la había trastornado á ella misma: la noche antes, la tía Eulalia había muerto de repente, sin que el médico hubiera podido decir con seguridad de qué, acaso una congestión, algún estrago de la sangre podrida; y lo espantoso era que el pilluelo, acostado con ella, no había notado la muerte, en la oscuridad, sino al sentir la frialdad del cadáver. Y había terminado la noche al lado de la casera, atontado por aquel drama y tan lleno de miedo que se dejó vestir y pareció alegrarse á la idea de vivir en una casa que tenía un hermoso jardín. Nada le retenía allí, puesto que la gorda, como él decía, iba á pudrirse en el agujero.

La Mechain entretanto, y mientras extendía su recibo de los dos mil francos, ponía condiciones.

—Es cosa convenida ¿no es esto? que completaréis los seis mil en un solo pago, dentro de seis meses.... De otro modo me dirigiré al señor Saccard.

—El mismo señor Saccard—dijo Carolina— será quien os pagará.... Hoy yo lo reemplazo, sencillamente.

La despedida de Víctor y de la vieja prima no fué muy tierna, un beso en la frente y el niño corriendo á subir al carruaje, mientras que ella, reñida por Busch por haber consentido en no recibir más que un á cuenta, seguía rumiando

sordamente su disgusto al ver escapársele así su prenda.

—En fin, señora, sed formal conmigo, ó de otro modo yo os juro que sabré hacer que os arrepintáis.

Desde la *Cité de Nápoles* á la *Obra del Trabajo*, boulevard Bineau, Carolina no pudo sacar más que monosílabos á Víctor, cuyos ardientes ojos devoraban el camino, las anchas avenidas, los transeuntes y las casas ricas. No sabía escribir, apenas leer, habiendo siempre desertado de la escuela para vagabundear por las fortificaciones; y de su cara de niño, madurada demasiado deprisa, no salían más que los apetitos exasperados de su raza, un apresuramiento, una violencia por gozar, agravados por la miseria y los abominables ejemplos entre los cuales había crecido. En el boulevard Bineau, sus ojos de joven fiera brillaron más, cuando, al bajar del carruaje, atravesó el patio central, flanqueado á derecha é izquierda por los pabellones de los niños y de las niñas: ya había examinado de una ojeada los vastos patios, plantados de hermosos árboles, las cocinas revestidas de azulejos, cuyas ventanas abiertas exhalaban olores de viandas, los refectorios adornados con mármol, largos y altos como naves de capilla, todo aquel lujo regio que la princesa, empeñada en sus restituciones, quería dar á los pobres. Llegado luego al fondo, á la parte del edificio que ocupaban las oficinas, paseado de negociado en

negociado, para ser admitido con las formalidades de costumbre, oyó sonar sus zapatos nuevos á lo largo de los inmensos corredores, de las anchas escaleras, de aquellas dependencias inundadas de aire y de luz, decoradas como un palacio. Su nariz se estremecía, todo aquello iba á ser suyo.

Habiendo descendido Carolina al piso bajo para firmar un documento, y conduciéndolo por un nuevo corredor, lo llevó ante una puerta vidriera, desde la cual pudo ver un taller de muchachos de su edad, que en pie delante de los bancos, aprendían la escultura en madera.

—Ya veis, amiguito—le dijo—aquí se trabaja, porque es preciso trabajar, si se quiere estar sano y contento..... Por la noche hay clases, y yo espero que seréis formal y que estudiaréis mucho... Vais á decidir de vuestro porvenir, un porvenir tal como jamás lo habéis soñado.

Dibujóse en la frente de Víctor un pliegue sombrío. No contestó, y sus ojos de lobezno no echaron sobre todo aquel lujo prodigado, más que miradas oblicuas de bandido ansioso: tener todo aquello, pero sin hacer nada; conquistarlo, gozarlo, á fuerza de uñas y de dientes. Desde aquel momento no estuvo allí más que como un rebelde, como un prisionero que sueña con la evasión.

—Ahora ya está todo arreglado—dijo Carolina.—Vamos á subir á la sala de baños.

Era costumbre que todo nuevo pensionista, á

su entrada, tomase un baño; y las pilas estaban arriba, en cuartos inmediatos á la enfermería, la cual, compuesta de dos dormitorios uno para los niños y otro para las niñas, lindaba con la lencería. Las seis hermanas de la comunidad reinaban allí, en aquella soberbia lencería, toda de arce barnizado, con tres series de profundos armarios, y en aquella enfermería modelo, de una claridad, de una blancura immaculada, alegre y limpia como la salud. Con frecuencia también las señoras del consejo de vigilancia venían á pasar allí una hora de la tarde, menos para intervenir que para dar á la Obra su ayuda caritativa.

Precisamente se encontraba allí la condesa de Beauvilliers con su hija Alicia, en la sala que separaba las dos enfermerías. A menudo la llevaba, para distraerla, proporcionándole el placer de la caridad. Aquel día, Alicia ayudaba á una de las hermanas á hacer tartinas de confitura para dos pequeñas convalecientes, á quienes se había permitido tomarlas.

—¡Ah!—dijo la condesa al ver á Víctor, á quien acababan de hacer sentar para esperar su baño—he aquí uno nuevo.

Habitualmente mostrábase ceremoniosa con Carolina, no saludándola más que con un movimiento de cabeza, sin dirigirle jamás la palabra, por temor de tener que anudar con ella relaciones de vecindad. Pero aquel muchacho que ella conducía, y la bondad con que lo trataba, la con-

movieron sin duda, haciéndola salir de su reserva. Y hablaron á media voz.

—¡Si supierais, señora, de qué infierno acabo de sacarlo! Lo recomiendo á vuestra benevolencia, como lo he recomendado á las hermanas y á los empleados.

—¿Tiene padres? ¿Los conocéis?

—No, su madre ha muerto..... No tiene á nadie más que á mí.

—¡Pobre criatura!.... ¡Ah, cuánta miseria!

Durante esta conversación, Víctor no quitaba los ojos de las tartinas. Sus miradas brillaban con un feroz deseo; y desde aquel dulce que el cuchillo extendía en las rebanadas de pan, sus ojos subían á las flacas manos de Alicia, á su cuello delgadísimo, á toda su persona de virgen enfermiza, que se marchitaba en la vana espera del matrimonio. ¡Si se hubiera encontrado sólo con ella, cómo, de un topetazo en el vientre, la habría enviado rodando contra la pared para cogerle sus tartinas! Pero la joven había notado sus miradas glotonas; y, después de consultar con la vista á la religiosa, le dijo:

—¿Tenéis hambre, amiguito?

—Sí.

—¿Os gusta el dulce?

—Sí.

—¿Entonces os gustará que os haga dos tartinas que os comeréis al salir del baño?

—Sí.

—¿Mucho dulce con mucho pan, verdad?

—Sí.

La joven reía, bromeaba, pero él permanecía grave y admirado, comiéndola á ella y á sus buenas cosas con sus ojos devoradores.

En aquel momento subieron del patio de los niños, donde comenzaba el recreo, gritos de alegría, un estrépito infernal. Vacíanse los talleres, los asilados tenían media hora para merendar y estirarse las piernas.

—Ya veis—le dijo Carolina llevándolo á una ventana—que si se trabaja también se juega.... ¿Os gusta trabajar?

—No.

—¿Pero os gusta jugar?

—Sí.

—Pues bien, si queréis jugar será menester que trabajéis..... Todo se arreglará, estoy segura de que seré's formal.

Victor no contestó. Le había subido al rostro una llamarada de alegría á la vista de sus camaradas en libertad, saltando y gritando; y sus miradas volviéronse á las tartinas que la joven terminaba y ponía en un plato. ¡Sí! Libertad y juego á toda hora; no quería otra cosa. Su baño estaba dispuesto y lo llevaron á él.

—He ahí un caballero que dará mucha guerra—dijo dulcemente la religiosa.—Desconfío de esa cara.

—Sin embargo, no es feo—murmuró Alicia.

—Y al ver cómo os mira se creería que tiene dieciocho años.

—Sí—concluyó Carolina con un ligero estremecimiento—está muy adelantado para su edad.

Y antes de irse quisieron aquellas señoras darse el gusto de ver á las pequeñas convalecientes comer sus tartinas. Una sobre todo era muy interesante; una rubita de diez años, con ojos inteligentes y aire de mujer, la carne precoz y enferma de los arrabales de París. Su historia era la historia corriente: un padre borracho, que llevaba á su casa las queridas recogidas en el arroyo, y que acababa de desaparecer con una de ellas; una madre que se había enredado con otro hombre y luego con otro, y que había acabado por viciarse en la bebida; y la pequeña pegada por todos aquellos machos, cuando no habían tratado de violarla. Una mañana, la madre había tenido que arrancarla de los brazos de un albañil que ella había llevado la víspera. Permítase, sin embargo, á aquella madre miserable que fuese á ver á su hija, porque ella había sido quien suplicó que la sacasen de su poder, habiendo conservado en su abyección un ardiente amor maternal. Y precisamente en aquel momento se encontraba allí: una mujer enflaquecida y amarilla, ajada, con párpados quemados por las lágrimas, sentada al lado de un lecho blanco, donde su pequeña, muy limpia, con la espalda apoyada contra las almohadas, comía alegremente sus tartinas.

Reconoció á Carolina por haber ido á casa de Saccard á buscar socorros.



—¡Ah, señora, aquí está mi pobre Magdalena, salvada otra vez! La infeliz tiene en la sangre nuestros vicios, y el médico me había asegurado que no viviría, de seguir en nuestra casa sufriendo atropellos.... Mientras que aquí tiene carne y vino, y respira tranquila.... Os suplico, señora, que digáis á ese caballero que no dejó de bendecirlo ni un instante.

Sofocáronla los sollozos que la arrancaba el agradecimiento á Saccard, porque sólo á él conocía, como la mayor parte de los padres que tenían hijos en la Obra del Trabajo. La princesa de Orviedo no figuraba en nada, mientras que él se había prodigado durante mucho tiempo, poblando la Obra, recogiendo todas las miserias del arroyo para ver funcionar más pronto aquella máquina caritativa que era, hasta cierto punto, creación suya, apasionándose, por lo demás, como siempre y dando dinero de su bolsillo á las infelices familias cuyos hijos salvaba. Y aparecía como el único y verdadero Dios para todos aquellos miserables.

—Sí, señora, decidle que hay en el mundo una pobre mujer que ruega por él.... ¡Oh! no es que yo sea religiosa, no quiero mentir, jamás he sido hipócrita. No, las iglesias y nosotros no nos conocemos, porque no pensamos siquiera, pues no nos serviría de nada, en perder allí el tiempo.... Pero esto no quita para que haya de todos modos alguna cosa más alta que nosotros; y siempre consuena, cuando alguien ha sido

bueno, pedir para él las bendiciones del cielo.

Y brotaron sus lágrimas, corriendo por sus enflaquecidas mejillas.

—Escucha, Magdalena, escucha....

La niña, tan pálida en su blanca camisa, y que lamía el dulce de su tartina con su lengua golosa, reflejándose la dicha en sus ojos, atendió, sin abandonar su golosina.

—Todas las noches antes de dormirte en tu cama, juntarás las manos de este modo, y dirás: «Dios mío, recompensad al señor Saccard por sus bondades, y dadle larga vida....» ¿Lo oyes, me lo prometes?

—Sí, mamá.

Los días que siguieron, Carolina vivió en una gran perturbación moral. No tenía acerca de Saccard ideas claras. La historia del nacimiento y del abandono de Víctor, aquella triste Rosalía poseída sobre un peldaño de escalera, de modo tan violento que había quedado inutilizada, y los pagarés firmados y no pagados, y el desdichado niño sin padre, creciendo en el fango, todo aquel pasado lamentable trastornaba su corazón. Apartaba las imágenes de aquel pasado, del mismo modo que no había querido provocar las indiscreciones de Máximo: ciertamente había en este punto algo que la asustaba, algo que le daba miedo saber. Luego, aquella mujer hermosa, cruzando las manos de su hija y haciéndose rezar por el mismo hombre, mostrábale un Saccard adorado como el Dios de bondad, verdade-

ramente bueno, y que había realmente salvado almas, con aquella apasionada actividad de hombre de negocios que se elevaba hasta la virtud cuando la obra era buena. Y concluía por no querer juzgarlo, diciéndose, para tranquilizar su conciencia de mujer que ha leído y reflexionado mucho, que en él había, como en todos los hombres, malo y bueno.

Sin embargo, acababa de experimentar un sordo despertar de vergüenza, á la idea de que le había pertenecido. Esto seguía produciéndole asombro, y se tranquilizaba jurándose que era asunto concluido, que aquella sorpresa de un momento no podía repetirse. Y transcurrieron tres meses durante los cuales fué á ver á Víctor dos veces por semana; y una noche se encontró entre los brazos de Saccard, definitivamente suya, dejando establecerse relaciones regulares. ¿Qué le pasaba? ¿Era como las demás curiosas? Aquellos amores turbulentos de otro tiempo, removidos por ella, ¿le habían producido el deseo sensual de saber? ¿O más bien era el niño quien había sido el lazo, la aproximación fatal entre él, el padre, y ella, la madre de adopción? Si, en aquello no debía haber más que una perversión sentimental. En su gran disgusto por no tener hijos, seguramente la había enternecido, hasta la ruina de su voluntad, el haberse ocupado del hijo de aquel hombre, en medio de circunstancias tan críticas. Cada vez que lo volvía á ver, se entregaba más; y en el fondo de su

abandono había una maternidad. Por lo demás, era mujer de un buen sentido muy claro, y aceptaba los hechos de la vida, sin fatigarse en tratar de explicarse las mil causas complejas. Para ella, en ese desvanecimiento del corazón y del cerebro, en ese análisis refinado de sutilezas, no había más que una distracción de mujeres mundanas desocupadas, de juglares intelectuales que buscan excusas á sus caídas, que disfrazan con su ciencia del alma los apetitos de la carne, tan comunes en las duquesas como en las maritornes. Ella, de vastísima erudición, que había consumido su tiempo, otras veces, en el ansia de conocer el mundo y en tomar partido en las disputas de los filósofos, había abandonado con gran desdén estas recreaciones psicológicas que tienden á reemplazar el piano y la tapicería, y de las cuales decía riendo que han perdido más mujeres que han corregido. Por eso, los días en que sentía ceder su voluntad, prefería tener el valor de aceptar el hecho después de haberlo comprobado; y contaba con el trabajo de la vida para reparar el mal, de la misma manera que la savia, circulando constantemente, cicatriza los cortes hechos en la encina, formándole madera y corteza nuevas. Si ahora pertenecía á Saccard, sin haberlo querido, sin estar segura de amarlo, ni aun de estimarlo, se levantaba de esta caída juzgándolo no indigno de ella, seducida por sus cualidades de hombre de acción, por su energía en la lucha, creyéndolo

bueno y útil para los demás. Su vergüenza primera había desaparecido, en aquella necesidad que se siente de purificar las propias faltas; y nada, en efecto, era más natural ni más tranquilo que sus relaciones: una unión de razón simplemente, él dichoso con tenerla allí, por las noches, cuando no salía; ella casi maternal, con un afecto tranquilo, con su viva inteligencia y su rectitud. Y, verdaderamente, para aquel pirata de las calles de París, curtido en todas las emboscadas financieras, era una suerte inmerecida, una recompensa robada como lo demás, poseer aquella adorable mujer, tan joven y tan sana á los treinta y seis años, bajo la nieve de su espesa cabellera blanca, y de un buen sentido tan sólido y de una prudencia tan humana, en su fe en la vida, tal como esta es, á pesar del fango que arrastra en su torrente.

Pasaron meses, y hay que decir que Carolina encontró á Saccard muy enérgico y muy prudente, durante los penosos comienzos del Banco Universal. Sus sospechas de tráficos sucios, el temor de que los comprometiese, á ella y á su hermano, se disiparon por completo, al verlo sin cesar en lucha con las dificultades, trabajando desde la mañana á la noche para asegurar el buen funcionamiento de aquella gran máquina nueva, cuyas ruedas rechinaban, próximas á saltar; y le profesó reconocimiento y admiración. El Universal, en efecto, no marchaba como él había esperado, porque tenía en contra suya la

sorda hostilidad de la alta banca: corrían malos rumores, renacían obstáculos, inmovilizando el capital é impidiendo las grandes tentativas fructuosas. Y él se había hecho una virtud de aquella lentitud de procedimientos á que se le reducía, no avanzando sino á pasos seguros por un terreno sólido, ojo avizor sobre los derrumbaderos, muy ocupado en evitar una caída para atreverse á lanzarse en los azares del juego. Recomendase de impaciencia, pateando como un caballo de carrera obligado á un trotecillo de paseo; pero jamás fueron más honrados ni más correctos los comienzos de una casa de crédito; y de ello se hablaba en la Bolsa con asombro.

De este modo se llegó á la época de la primera junta general, fijada para el 25 de Abril. El 20 regresó de Oriente Hamelin, venido expresamente para presidirla, llamado apresuradamente por Saccard, que se ahogaba en aquella casa demasiado estrecha. Traía, por otra parte, excelentes noticias: estaban concluidos los tratados para la formación de la Compañía general de Vapores reunidos, y además tenía en el bolsillo las concesiones que aseguraban á una sociedad francesa la explotación de las minas de plata del Carmelo; sin hablar del Banco nacional turco, cuyas bases acababa de echar en Constantinopla, y que sería una verdadera sucursal del Universal. Cuanto al gran negocio de los caminos de hierro del Asia Menor, aún no estaba maduro, y había que aplazarlo; por lo demás, debía volver allá,

para continuar sus estudios, al día siguiente de la junta. Saccard, entusiasmado, tuvo con él una larga conversación, á la que asistió Carolina, y los persuadió fácilmente de que era de absoluta necesidad un aumento de capital social, si se quería hacer frente á aquellas empresas. Los grandes accionistas, Daigremont, Huret, Sedille y Kolb, consultados, habían aprobado ya este aumento; de modo que en dos días pudo ser estudiada la proposición y presentada al consejo de administración, la víspera misma de la reunión de los accionistas.

Aquel consejo de urgencia fué solemne, asistiendo á él todos los administradores, en el severo salón sombreado por los grandes árboles del hotel Beauvilliers. De ordinario, celebrábanse allí dos consejos al mes: el pequeño hacia el 15, el más importante, aquel á que no asistían más que los verdaderos jefes, los administradores de negocios; y el grande, hacia el 30, la reunión de aparato, á que acudían todos, los mudos y decorativos, á aprobar los trabajos preparados de antemano y á firmar. Aquel día, el marqués de Bohain, con su aristocrática cabecita, llegó uno de los primeros, llevando consigo, en su gran aire fatigado, la aprobación de toda la nobleza francesa. Y el vizconde de Robin Chagot, el vicepresidente, hombre dulce é insignificante, tenía el encargo de acechar á los administradores que no estaban al corriente, hablaba con ellos aparte y les comunicaba en dos palabras las ór-

denes del director, el verdadero amo. Cosa entendida, todos prometían obedecer con un movimiento de cabeza.

Abrióse al fin la sesión. Hamelin dió á conocer al Consejo la Memoria que debía leer ante la junta general. Este era el gran trabajo que Saccard preparaba desde hacía mucho tiempo, y que acababa de redactar en dos días, aumentado con notas traídas por el ingeniero, y que escuchaba modestamente, con aire de vivo interés, como si no hubiera conocido ni una palabra. Comenzaba la Memoria hablando de los negocios hechos por el Banco Universal desde su fundación: habían sido buenos, pequeños negocios al día, realizados de la víspera al día siguiente, lo corriente en las casas de crédito. Al mismo tiempo se anunciaban grandes beneficios en el empréstito mejicano, que acababa de ser emitido el mes anterior, después de la partida del emperador Maximiliano para Méjico: un empréstito fangoso y de primas locas, en el que Saccard sentía profundamente no haber podido meterse más, falto de dinero. Todo esto era ordinario, pero se había vivido. En el primer ejercicio, que sólo comprendía tres meses desde el 5 de Octubre, fecha de la fundación, al 31 de Diciembre, el sobrante de los beneficios era únicamente de cuatrocientos mil y pico de francos, lo que había permitido amortizar en un cuarto los gastos de primer establecimiento, pagar á los accionistas su cinco por ciento y dedicar un diez

por ciento á los fondos de reserva; además, los administradores habían retirado el diez por ciento que les concedían los estatutos, y quedaba una suma de unos setenta y ocho mil francos, trasladados al ejercicio siguiente. Solamente no había habido dividendo. Nada á la vez más honrado y más mediocre. Lo mismo había sucedido con la cotización de las acciones del Universal en Bolsa, que habían subido lentamente de quinientos á seiscientos francos, sin sacudidas, de una manera normal, como las cotizaciones de los valores de todo banco que se respeta; y hacía ya dos meses que permanecían estacionarias, no habiendo ninguna razón para que subiesen más, con los pequeños negocios diarios en que parecía estancarse la casa naciente.

Después la Memoria pasaba al porvenir, y aquí notábase un brusco ensanchamiento y abrirse un vasto horizonte á toda una serie de grandes empresas. Insistía particularmente en el punto de la Compañía general de Vapores reunidos, cuyas acciones iba á emitir el Universal: una compañía con capital de cincuenta millones, que monopolizaría todos los transportes del Mediterráneo, y en la que se encontrarían sindicadas las dos grandes sociedades rivales, la Focense, para Constantinopla, Esmirna y Trebisonda, por el Pireo y los Dardanelos, y la Sociedad Marítima para Alejandría, por Messina y la Siria, sin contar las casas menores que entraban en el sindicato, los Combarel y compañía, para

Argelia y Túnez, la viuda de Enrique Liotard, igualmente para Argelia, por España y Marruecos, los Feraud-Girard hermanos, para la Italia, Nápoles y los puertos del Adriático, por Civita-Vecchia. Se conquistaría todo el Mediterráneo, haciendo una sola compañía con estas sociedades y estas casas rivales que se mataban unas á otras. Gracias á los capitales centralizados, se construiría vapores modelos, de una velocidad y de un *confort* desconocidos, se multiplicaría las salidas, se crearía nuevas escuelas, se haría del Oriente un arrabal de Marsella. ¡Y qué importancia tomaría la Compañía, cuando, acabado el canal de Suez, le fuera permitido crear servicios para las Indias, el Tonkín, la China y el Japón! Jamás se había presentado negocio de concepción más amplia y más segura. Después vendría el apoyo al Banco Nacional Turco, acerca del cual la Memoria daba largos detalles técnicos, que demostraban su inquebrantable solidez; y terminaba aquella exposición de las futuras operaciones, anunciando que el Universal tomaba también bajo su protección la Sociedad francesa de las minas de plata del Carmelo, fundada con capital de veinte millones. Los análisis químicos señalaban en las muestras del mineral una proporción considerable de plata. Pero, aún más que la ciencia, la antigua poesía de los santos lugares hacia brillar aquella plata como una lluvia milagrosa, divino deslumbramiento que Saccard había puesto al

fin de una frase, de que estaba muy satisfecho.

En fin, después de estas promesas de un porvenir glorioso, la Memoria concluía pidiendo el aumento de capital. Se le doblaría, se le aumentaría de veinticinco á cincuenta millones. El sistema de emisión adoptado era el más sencillo del mundo, para que entrase fácilmente en todos los cerebros: se crearía cincuenta mil acciones nuevas y se las reservaría título por título á los propietarios de las cincuenta mil acciones primitivas, de modo que ni siquiera habría suscripción pública. Sólo que estas nuevas acciones serian de quinientos veinte francos, con una prima de veinte francos, formando en total una suma de un millón, que se llevaría á los fondos de reserva. Era justo y prudente imponer á los accionistas esta pequeña contribución, ya que se les daban ventajas. Por lo demás, sólo era exigible el cuarto de las acciones y además la prima.

Cuando Hamelin acabó de leer, produjose un murmullo de aprobación. Aquello era perfecto, no habia que hacer ninguna observación. Durante todo el tiempo que habia durado la lectura, Daigremont, embebido en un cuidadoso examen de sus uñas, habia sonreido á vagos pensamientos; el diputado Huret, tendido en su butaca, con los ojos cerrados, como absorto en su atención, dormitaba á medias, creyéndose en la Cámara; mientras que Kolb, el banquero, tranquilamente, sin ocultarse, se habia entregado á un largo

cálculo en algunas cuartillas que tenia delante de sí, como todos los administradores. Sin embargo, Sedille, siempre ansioso y desconfiado, quiso hacer una pregunta: ¿qué se haría con las acciones abandonadas por aquellos accionistas que no quisieran usar de su derecho? ¿Las guardaría la Sociedad en su cuenta, lo que era ilícito, puesto que la declaración legal no podía hacerse ante notario sino cuando el capital estuviera suscrito íntegramente? Y si se desembarazaba de ellas, ¿á quién, y cómo contaba cederlas? Pero, á las primeras frases del fabricante de seda, el marqués de Bohain, viendo la impaciencia de Saccard, le cortó la palabra, diciendo con su gran aire noble que el consejo abandonaba estos detalles á su presidente y al director, tan competentes ambos y tan celosos. Y ya no hubo más que congratulaciones, y se levantó la sesión en medio del contento de todos.

El día siguiente, la junta general dió lugar á manifestaciones verdaderamente conmovedoras. Celebróse en el salón de la calle Blanca, donde habia quebrado un empresario de bailes públicos; y, antes de la llegada del presidente, en aquella sala ya llena, corrían los mejores rumores, uno sobre todo, que se comunicaban al oido: atacado violentamente por la creciente oposición, Rougón el ministro, el hermano del director, estaba dispuesto á favorecer el Universal, si el periódico de la sociedad, *La Esperanza*, un antiguo órgano católico, defendía al gobierno.

Un diputado de la izquierda acababa de lanzar el terrible grito: «¡El 2 de Diciembre es un crimen!» que había resonado de un extremo á otro de Francia como un despertar de la conciencia pública. Era menester responder con grandes actos, la próxima Exposición universal decuplicaría la cifra de los negocios, y se ganaría en Méjico y en otras partes, en el triunfo del imperio en su apogeo. Y en un pequeño grupo de accionistas que adoctrinaban Jantrou y Sabatani, se reía mucho de otro diputado que, con motivo de la discusión sobre el ejército, había tenido el extraordinario capricho de proponer que se estableciese en Francia el sistema de reclutamiento de Prusia. La Cámara se había burlado: preciso era que el miedo á Prusia trastornase ciertos cerebros, á consecuencia del asunto de Dinamarca y bajo la impresión del sordo rencor que nos conservaba Italia, desde Solferino. Pero el ruido de las conversaciones particulares, el gran murmullo de la sala, cesó bruscamente cuando aparecieron Hamelin y la mesa. Más modesto todavía que en el consejo de vigilancia, desaparecía Saccard, perdido en medio de la multitud; y se contentó con dar la señal de los aplausos, aprobando la Memoria que sometía á la junta las cuentas del primer ejercicio, revisadas y aceptadas por los comisarios-censores, Lavigniere y Rousseau, y que proponía doblar el capital. Sólo ella era competente para autorizar este aumento, que acordó por lo demás con en-

tusiasmo, embriagada completamente con los millones de la Compañía general de vapores reunidos y del Banco nacional turco, reconociendo la necesidad de poner el capital en relación con la importancia que el Universal iba á tomar. Cuanto á las minas de plata del Carmelo, fueron acogidas con un religioso estremecimiento. Y cuando los accionistas se separaron, dando un voto de gracias al presidente, al director y á los administradores, todos soñaban con el Carmelo, con aquella milagrosa lluvia de plata, cayendo de los santos lugares, en medio de resplandores de gloria.

Dos días después, Hamelin y Saccard, acompañados ahora por el vicepresidente, el vizconde de Robin-Cargot, volvieron á la calle de Santa Ana, á casa del notario Lelorrain, para declarar el aumento de capital, que ellos afirmaban haber sido suscripto íntegramente. La verdad era que tres mil acciones próximamente, rehusadas por los primeros accionistas á quienes pertenecían de derecho, quedaban en manos de la sociedad, que las pasó de nuevo á la cuenta de Sabatani, por una comedia de escritura. Era la antigua irregularidad agravada, el sistema que consistía en esconder en las cajas del Universal cierta cantidad de sus propios valores, una especie de reserva de combate, que le permitiera, si lo necesitaba, especular, lanzarse en plena batalla de Bolsa.

Por otra parte, Hamelin, aun desaprobando

aquella táctica ilegal, había acabado por entregarse completamente á Saccard, para las operaciones financieras; y, á este propósito, hubo una conversación entre ellos y Carolina, relativa únicamente á las quinientas acciones que él les había obligado á tomar cuando la primera emisión, y que la segunda acababa de doblar, naturalmente: mil acciones en total, representando, por el pago del cuarto y la prima, una suma de ciento treinta y cinco mil francos, que el hermano y la hermana quisieron absolutamente entregar, habiéndoles caído una herencia inesperada de unos trescientos mil francos, de una tía muerta diez días después que su hijo único, arrebatados los dos por la misma fiebre. Saccard los dejó pagar, sin explicar él mismo la manera cómo contaba liberar sus propias acciones.

—¡Ah! esta herencia—dijo riendo Carolina—es la primera fortuna que nos llega.... Creo que nos traéis la suerte. Mi hermano con sus treinta mil francos de sueldo, sus gastos de viaje considerables, y todo este oro que cae sobre nosotros, sin duda porque ya no lo necesitamos.... Hémos ya ricos.

Y miraba á Saccard, con su agradecimiento de buen corazón, vencida para siempre, confiada en él, perdiendo cada día de su perspicacia, en la creciente ternura que él le inspiraba. Después, arrastrada por su alegre franqueza, continuó:

—Sin embargo, si yo hubiera ganado este

dinero, os aseguro que no lo arriesgaría en vuestros negocios.... Pero una tía que hemos conocido apenas, un dinero en el que nunca habíamos pensado, en fin, dinero encontrado en la calle, algo que no me parece, ni siquiera muy honrado y de que me avergüenzo un poco.... Ya comprenderéis, no le tengo cariño y no me importa perderlo.

—Pues justamente—dijo Saccard, bromeando á su vez—va á aumentar y á daros millones. No hay nada que luzca tanto como el dinero robado.... ¡Antes de ocho días, ya veréis, ya veréis el alza!

Y, en efecto, Hamelin, que se vió obligado á retrasar su marcha, asistió con sorpresa á una rápida subida de las acciones del Universal. En la liquidación de fin de Mayo, pasaron del precio de setecientos francos. Había en aquello el resultado ordinario que produce todo aumento de capital: es el golpe clásico, la manera de fustigar el éxito, de hacer galopar las cotizaciones á cada nueva emisión. Pero había también la importancia real de las empresas que la casa iba á acometer; y grandes carteles amarillos, pegados por todo París, anunciando la explotación de las minas de plata del Carmelo, acababan de trastornar las cabezas, y encendían un principio de embriaguez que debía crecer y acabar con toda razón. El terreno estaba preparado, aquella sociedad de fines del imperio, formada de despojos en fermentación, caldeada por apetitos exaspera-



dos, favorable en extremo á uno de esos locos retoñamientos de la especulación que, cada veinte años, obstruye y emponzoña la Bolsa, no dejando tras sí más que ruinas y sangre. Ya, las sociedades podridas nacían como los hongos, las grandes compañías se lanzaban á las aventuras financieras, declarábase la fiebre intensa del juego, en medio de la ruidosa prosperidad del reinado, toda una explosión de placer y de lujo, de que la próxima Exposición prometía ser el esplendor final, la engañadora apoteosis de una obra de magia. Y, en el vértigo que arrastraba á la multitud, entre la confusión de los otros hermosos negocios que se ofrecían en la calle, el Universal, al fin, se ponía en marcha, como poderosa máquina, destinada á enloquecerlo todo, á arrollarlo todo, y que manos violentas caldeaban sin medida, hasta la explosión.

Cuando su hermano volvió á partir para el Oriente, Carolina se encontró sola con Saccard, emprendiendo otra vez su estrecha vida de intimidad, casi conyugal. Empeñábase en ocuparse de su casa, en hacerle realizar economías, como fiel mayordomo, aunque hubiera cambiado la fortuna de los dos. Y, en su paz sonriente, su humor siempre igual, no experimentaba más que una turbación, su caso de conciencia á propósito de Víctor, la duda de saber si debía ocultar por más tiempo al padre la existencia de su hijo. Estaban muy descontentos de éste en la Obra del Trabajo, donde hacía estragos. Trans-

curridos ya los seis meses de experiencia, ¿iba á exhibir su pequeño monstruo antes de haberle arrancado sus vicios? A veces experimentaba un verdadero sufrimiento.

Una noche estuvo á punto de hablar. Saccard, á quien la mezquina instalación del Universal desesperaba, acababa de decidir al Consejo á alquilar el piso bajo de la casa vecina para agrandar las oficinas, mientras llegaba el día en que pudiera atreverse á proponer la construcción del lujoso hotel de sus sueños. De nuevo hacía abrir puertas de comunicación, echar abajo tabiques, poner más rejillas. Y, como ella volviese del boulevard Bineau, desesperada por una abominación de Víctor, que casi había comido una oreja á un camarada, le rogó que subiera con ella á su casa.

—Amigo mío, tengo algo que decirnos.

Pero ya arriba, cuando lo vió con un hombro lleno de yeso, encantado con una nueva idea de ensanche que acababa de ocurrírsele, la de cubrir también con cristales el patio de la casa vecina, Carolina no se atrevió á trastornarlo con el deplorable secreto. No, esperaría aún, era preciso que aquel horroroso pilluelo se corrigiera. Perdía todo su valor ante las penas de los demás.

—Pues bien, amigo mío, era para hablaros de ese patio. Se me había ocurrido la misma idea que á vos.

## VI

Las oficinas de *La Esperanza*, el periódico católico en quiebra que, á propuesta de Jantrou, había comprado Saccard para contribuir á la propaganda del Universal, estaban en la calle de San José, en un viejo hotel oscuro y húmedo, del cual ocupaban el primer piso, en el fondo del patio. Del recibimiento, donde ardía constantemente el gas, arrancaba un corredor, á cuya izquierda estaba el despacho de Jantrou, el director, y después una pieza que se había reservado Saccard; á la derecha estaban la sala común de redacción, el despacho del secretario, y otros destinados á los diferentes servicios. Al otro lado del patio estaban la administración y la caja, que un corredor interior, dando vuelta por detrás de la escalera, ponía en comunicación con la redacción.

Aquel día, Jordan, á punto de acabar una crónica en la sala común, donde se había instalado temprano para no ser distraído, salió de ella á las cuatro, y fué á buscar á Dejoie, el mozo de

la redacción, que, á la luz del gas, á pesar del hermoso sol de Junio que hacía fuera, leía ávidamente el boletín de la Bolsa que traían, y del cual se enteraba él el primero.

—¿Es el señor Jantrou el que acaba de llegar?

—Sí, señor Jordan.

El joven experimentó una vacilación, un corto malestar, que le detuvo durante algunos segundos. En los principios difíciles de su feliz hogar, habían caído sobre él deudas antiguas; y á pesar de su suerte de haber encontrado este periódico donde colocaba artículos, sufría una escasez atroz, tanto más, cuanto que pesaba una retención sobre su sueldo y que tenía que pagar, aquel mismo día, un nuevo pagaré, bajo la amenaza de ver vendidos sus cuatro muebles. Ya había pedido dos veces, en vano, un anticipo al director, que se había escudado con la retención.

Decidióse, sin embargo, y se acercaba á la puerta, cuando añadió el mozo:

—Es que no está solo el señor Jantrou.

—¡Ah!... ¿Con quién está?

—Ha llegado con el señor Saccard, y éste me ha dicho que no deje entrar más que al señor Huret, á quien espera.

Respiró Jordan, aliviado con este aplazamiento: tan penosas le eran las peticiones de dinero:

—Está bien, voy acabar mi artículo. Avisadme cuando esté solo el director.

Pero cuando se alejaba, lo detuvo Dejoie, con una exclamación de gran júbilo.

—¿Sabéis que el Universal ha llegado á 750?

El joven hizo un gesto de desdén y volvió á entrar á la sala de redacción.

Casi todos los días, Saccard iba al periódico después de la Bolsa, y con frecuencia hasta daba citas en el gabinete que se había reservado, tratando allí asuntos especiales y misteriosos. Jantreau, por lo demás, aunque oficialmente no era más que director de *La Esperanza*, donde escribía artículos políticos de una literatura universitaria cuidada y florida, que sus mismos adversarios reconocían como «del más puro aticismo», era su agente secreto, el complaciente obrero de los trabajos delicados. Y, entre otras cosas, él era quien acababa de organizar una gran publicidad alrededor del Universal. Entre los pequeños periódicos financieros que pululaban, había elegido y comprado una decena. Los mejores pertenecían á equívocas casas de banca, cuya táctica, muy sencilla, consistía en publicarlos y darlos por dos ó tres francos al año, suma que no representaba ni siquiera el precio del franqueo; y se reintegraban, por otra parte, traficando con el dinero y los títulos que les traía el periódico. Con el pretexto de publicar las cotizaciones de la Bolsa, los números salidos en los sorteos de valores, todos los informes técnicos, útiles á los pequeños rentistas, deslizaban poco á poco reclamos, en forma de recomendaciones y

de consejos, al principio modestos, razonables, luego desmedidos, de una tranquila impudencia, inspirando la ruina entre los abonados crédulos. En el montón, en medio de doscientas ó trescientas publicaciones, que hacían de este modo estragos en París y en toda la Francia, su olfato le había hecho elegir las que todavía no habían mentido mucho y que no estaban muy desprestigiadas. Pero el gran negocio que meditaba era comprar una de ellas, *La cotización financiera*, que contaba ya doce años de absoluta probidad; sólo que amenazaba ser muy cara tal probidad; y esperaba á que el Universal fuera más rico y se encontrase en una de esas situaciones en que un último trompetazo determina los ensordecedores clamores del triunfo. Su tarea, por otra parte, no se había limitado á reunir un batallón dócil de estos periódicos especiales, que celebraban en todos los números la belleza de las operaciones de Saccard; trataba también con los grandes periódicos políticos y literarios, manteniendo con ellos una corriente de notas encomiásticas, de artículos llenos de alabanzas, á tanto la línea, y asegurándose su concurso con regalos de títulos, en los momentos de nuevas emisiones. Todo esto sin hablar de la campaña diaria, sostenida bajo sus órdenes por *La Esperanza*, no una campaña brutal de violenta aprobación, sino de explicaciones, hasta de discusión, un modo lento de apoderarse del público y de estrangularlo, correctamente.

Aquel día, era para hablar del periódico para lo que Saccard se había encerrado con Jantrou. Había encontrado en el número de la mañana, un artículo de Huret elogiando tan desmedidamente un discurso de Rougon, pronunciado la víspera en la Cámara, que le había producido una violenta cólera; y esperaba á Huret para tener con él una explicación. ¿Es que lo creían subvencionado por su hermano? ¿Es que se le pagaba para que dejase comprometer la línea de conducta del periódico con una aprobación sin reserva de los menores actos del ministro? Cuando le oyó hablar de la línea de conducta del periódico, Jantrou sonrió significativamente. Por lo demás, lo escuchaba tranquilamente, examinándose las uñas, desde el momento en que la tempestad no amenazaba estallar sobre su cabeza. Con su cinismo de literato desilusionado, Jantrou sentía el más profundo desdén hacia la literatura, hacia la primera y la segunda, como designaba á las planas del periódico donde aparecían los artículos, aun los suyos; y no comenzaba á conmoverse hasta los anuncios. Ahora iba todo flamante, ceñido en una elegante levita, adornado el ojal con una roseta de vivos colores, llevando en verano al brazo un fino pañuelo de color claro, abrigado en invierno con un gabán de pieles de cien luises, y usando sombreros irreprochables, brillantes como un espejo. A pesar de esto, advertíase en su elegancia como la vaga impresión de una suciedad in-

terior persistente, la antigua mugre del profesor expulsado, caído desde el liceo de Burdeos en la Bolsa de París, penetrada y teñida la piel de las inmundas suciedades que había sufrido durante diez años; de la misma manera que en la arrogante seguridad de su nueva fortuna, tenía bajas humildades, huyendo el cuerpo como temeroso de algún puntapié, como en otro tiempo. Ganaba cien mil francos por año y gastaba el doble, no se sabía en qué, porque no se le conocía querida, dominado sin duda por algún inoble vicio, la causa secreta que le había hecho expulsar de la Universidad. El ajeno, por lo demás, lo devoraba poco á poco, á partir de sus días de miseria, continuando su obra desde los infames cafés de otras veces al lujoso círculo de ahora, haciendo caer sus cabellos, dando un tinte plomizo á su cráneo y á su rostro, donde su barba negra en abanico quedaba como la única gloria, una barba de hombre hermoso que producía ilusión todavía. Y habiendo vuelto á invocar Saccard la línea de conducta del periódico, lo había parado con un gesto, con el aire fatigado de un hombre que, no queriendo perder su tiempo en cosas inútiles, se decidía á hablarle de asuntos serios, puesto que Huret tardaba.

Hacia algún tiempo que Jantrou alimentaba ideas nuevas de publicidad. Pensaba en primer término escribir un folleto, una veintena de páginas sobre las grandes empresas que acometía el Universal; pero dándoles el interés de una nove-

lita, dramatizada en un estilo familiar; y quería inundar las provincias con este folleto, que se distribuiría gratis hasta en los campos más apartados. Después proyectaba crear una agencia de publicidad financiera, que redactaría y haría autografiar un boletín de la Bolsa, para enviarlo á un centenar de los mejores periódicos de los departamentos: se les regalaría este boletín ó lo pagarían á un precio irrisorio, y de este modo se tendría pronto en las manos un arma poderosa, una fuerza con la que tendrían que contar todas las casas de banca rivales. Conociendo á Saccard, le inspiraba de este modo sus ideas, hasta que éste las adoptaba, las hacía suyas y las ampliaba de modo que parecía que las creaba realmente. Transeurrían los minutos, y pusieron á arreglar el empleo de fondos para la publicidad del trimestre, las subvenciones que había que pagar á los grandes periódicos, la manera de comprar el silencio del terrible boletinista de una casa contraria, la parte que habían de tomar en la subasta de la cuarta plana de un antiguo periódico muy respetado. Y, de su prodigalidad, de todo aquel dinero que esparcían de este modo á los cuatro vientos, desprendíase, sobre todo, su inmenso desprecio hacia el público, el desprecio de su inteligencia de hombres de negocios hacia la profunda ignorancia del rebaño, presto á creer todos los cuentos, y de tal modo ignorante de las complicadas operaciones de la Bolsa, que los cebos menos disimulados enga-

ñaban á las gentes y hacían flotar los millones. Cuando Jordan buscaba todavía cincuenta líneas para completar sus dos columnas, fué interrumpido por Dejoie, que lo llamaba. — ¿Qué está ya solo el señor Jantrou? — No, señor Jordan, todavía no. Es que está ahí vuestra señora preguntando por vos. — Jordan, muy inquieto, salió precipitadamente. Desde hacía algunos meses, desde que la Mechain había al fin descubierto que escribía con su nombre en *La Esperanza*, andaba acosado por Busch, por los seis pagarés de cincuenta francos, firmados en otro tiempo á un sastre. Aún habría pagado la suma de trescientos francos que representaban los pagarés; pero lo que le irritaba era la enormidad de las costas, aquel total de setecientos treinta francos quince céntimos á que había subido la deuda. Sin embargo, había convenido un arreglo, comprometiéndose á dar cien francos por mes; y como no podía, pues su joven hogar tenía necesidades más apremiantes, cada mes subían más los gastos, y los disgustos volvían de un modo intolerable. En aquel momento se encontraba de nuevo en una crisis aguda. — ¿Qué hay? — preguntó á su mujer, á quien encontró en el recibimiento. — Pero aún no había tenido ésta tiempo de contestar, cuando se abrió violentamente la puerta del despacho del director y asomó Saccard gritando:

—¡Ah, al fin! Dejoie, ¿y el señor Huret?  
Turbado, el mozo de la redacción balbuceó:  
—¡Caramba, señor, no está aquí, yo no puedo hacerle venir más pronto!

La puerta volvió á cerrarse con un juramento, y Jordan, que había llevado á su mujer á uno de los despachos vecinos, pudo interrogarla.

—¿Qué ocurre, querida mía?

Marcela, tan alegre y tan animosa habitualmente, aquella linda personita regordeta y morena, de fisonomía abierta, ojos rientes y boca sana, que expresaban la dicha aun en las horas difíciles, parecía trastornada completamente.

—¡Oh, Pablo, si supieras! Ha estado en casa un hombre ¡oh! un hombre asqueroso, que olía mal y borracho á lo que creo.... Me ha dicho que todo había acabado, que mañana se venden nuestros muebles.... Llevaba un cartel que quería poner abajo, en la puerta....

—¡Pero eso es imposible!—exclamó Jordan. Yo no he recibido nada, hay otras formalidades.

—¡Ah, sí! Estás menos enterado que yo. Cuando van papeles, ni siquiera los lees. Entonces, para que no pegase el cartel, le he dado dos francos y he echado á correr para prevenirte.

Estaban desesperados. ¡Su pobre ajuar de la avenida de Clichy, sus cuatro muebles de caoba y de reps azul que tan trabajosamente habían pagado por meses, y de que tan orgullosos estaban, bien que á veces se rieran de ellos encontrándolos de un gusto burgués abominable!

Amábanlo porque formaba parte de su dicha desde la noche de boda, en aquellas dos pequeñas piezas, tan llenas de sol, de tan hermosas vistas, hasta el Mont-Valerien; ¡y él que había clavado tantos clavos, y ella que se había ingeniado para poner colgaduras de andrinopolis, dando á la habitación un aire tan artista! ¿Era posible que les vendiesen todo aquello, que los echaran de aquel lindo rinconcito, donde hasta la misma miseria tenía para ellos delicias?

—Mira—dijo Pablo—pensaba pedir un anticipo, y voy á hacer lo que pueda, pero no tengo mucha esperanza.

Entonces ella, vacilando, le confió su idea.

—Pues mira lo que yo había pensado.... ¡Oh! no lo habría hecho sin tu consentimiento; y la prueba es que he venido para que hablemos de ello.... Sí, voy á ver á mis padres.

El rehusó vivamente.

—¡No, no, jamás! Ya sabes que no quiero deberles nada.

Ciertamente, los Maugendre podían serles muy útiles. Pero él no había olvidado su fría actitud, cuando, después del suicidio de su padre, en el derrumbamiento de su fortuna, no habían consentido en el matrimonio, de muy atrás proyectado, con su hija, sino ante la firme voluntad de ésta, y tomando contra él precauciones irritantes, entre otras la de no dar un céntimo, convencidos de que un joven que escribía en los periódicos debía devorarlo todo. Más tarde, here-

daría su hija. Y ambos, ella tanto como él, habían puesto hasta entonces una especie de coquetaría en morir de hambre, sin pedir nada á los padres, fuera de la comida que hacían en casa de éstos, una vez á la semana, los domingos por la noche.

—Te aseguro—añadió Marcela—que nuestra reserva ahora es ridícula. Puesto que no tienen más hijos que yo, puesto que todo debe ser mío un día.... Mi padre dice, á quien lo quiere oír, que ha ganado quince mil francos de renta en su comercio de toldos, en la Vilette; y además tiene el hotelito, con su hermoso jardín, á donde se han retirado.... Es estúpido afligirnos tanto, cuando á ellos todo les sobra. Jamás han sido malos en el fondo. ¡Te digo que voy á ir á verlos!

Tenia una bravura sonriente y hablaba con aire decidido, muy práctica en su deseo de hacer dichoso á su querido marido, que trabajaba tanto, sin haber encontrado todavía, en la crítica y en el público, otra cosa que mucha indiferencia y algunos reveses. ¡Ah, el dinero! Ella habría querido tener montones para dárselos, y él habría sido muy tonto con echárselas de delicado, puesto que ella le amaba y se lo debía todo. Aquello era su cuento de hadas, su *Cendrillon*: los tesoros de su familia, que ella ponía con sus manecitas á los pies de su príncipe arruinado para ayudarlo en su marcha hacia la gloria, en la conquista del mundo.

—Vamos—añadió alegremente abrazándolo

—es preciso que yo te sirva de algo, no ha de ser para tí todo el trabajo.

Cedió Pablo, y convinieron en que ella iría inmediatamente á las Batignolles, calle de Legendre, donde vivían sus padres, y que volvería á traer el dinero, á fin de que él pudiera ir á pagar aquella misma noche. Y cuando la acompañaba hasta el descanso de la escalera, tan conmovido como si la despidiera para un largo viaje, tuvieron que apartarse para dejar pasar á Huret, que llegaba al fin. Cuando volvió á terminar su crónica á la sala de redacción, oyó salir un gran ruido de voces del despacho de Jantrou.

Saccard, poderoso ahora y hecho el amo, quería ser obedecido, sabiendo que los tenía cogidos á todos con la esperanza de la ganancia y el terror de la pérdida, en la partida de fortuna colosal que jugaba con ellos.

—¡Ah! ya estáis aquí—exclamó al ver á Huret.—¿Os habéis retrasado en la Cámara, acaso para ofrecer al gran hombre vuestro artículo puesto en un cuadro?.... Sabed que ya estoy harto de que le rompáis las narices con el incensario, y os he esperado para deciros que esto se ha concluido, y que en adelante habrá que escribir de otras cosas.

Huret, sin saber qué contestar, miró á Jantrou. Pero éste, decidido á no proporcionarse disgustos ayudándole, se había puesto á pasarse los dedos por entre su hermosa barba, mirando al techo.

—¿Cómo de otras cosas?—contestó al fin el diputado.—¡Pero si yo os doy lo que me habéis pedido!... Cuando comprasteis *La Esperanza*, este periódico católico y legitimista, que hacía una oposición tan ruda á Rougon, vos fuisteis quien me suplicó que escribiera una serie de artículos laudatorios, para demostrar á vuestro hermano que no queriais serle hostil, y para marcar de este modo la nueva línea de conducta del periódico.

—Precisamente esa línea de conducta—replicó Saccard—es lo que estáis comprometiendo.... ¿Creéis acaso que yo quiero seguir servilmente á mi hermano? Ciertamente, jamás he regateado mi admiración y mi afección agradecidas al emperador, ni he olvidado lo que le debemos, lo que le debo yo en particular; pero señalar las faltas cometidas, no es atacar al imperio, sino más bien cumplir con el deber de súbdito fiel.... Esta es la línea de conducta del periódico: adhesión á la dinastía, pero completa independencia respecto de los ministros, de las personalidades ambiciosas que se agitan y que se disputan el favor de las Tullerías.

Y entró en el examen de la situación política del momento, para probar que el emperador estaba mal aconsejado. Acusaba á Rougon de no tener ya su energía autoritaria, su fe de otros tiempos en el poder absoluto; de pactar, en fin, con las ideas liberales, con el único objeto de conservar su cartera. Golpeábase el pecho con el

puño, declarándose inmutable, bonapartista de la primera hora, creyente en el golpe de Estado, convencido de que la salvación de la Francia estaba, hoy como en otros tiempos, en el genio y la fuerza de uno solo. Sí, más bien que ayudar á la evolución de su hermano, más bien que dejar al emperador suicidarse con nuevas concesiones, reuniría á los intransigentes de la dictadura, haría causa común con los católicos, para detener la rápida caída que preveía. ¡Y que Rougon tuviese cuidado, porque *La Esperanza* podía emprender otra vez su campaña en favor de Roma!

Huret y Jantrou lo escuchaban asombrados de su cólera, no habiendo sospechado jamás en él convicciones políticas tan ardientes. El primero se atrevió á defender los últimos actos del gobierno.

—¡Diablo, querido, si el imperio va á la libertad, es porque toda la Francia lo empuja con fuerza por ese camino!... El emperador es arrastrado, y Rougon se ve obligado á seguirle.

Pero Saccard pasaba á otras quejas, sin cuidarse de la lógica en sus ataques.

—Lo mismo que nuestra situación exterior, bien deplorable por cierto.... Desde el tratado de Villafranca, después de Solferino, la Italia nos guarda rencor por no haber llevado la campaña hasta el fin y no haberle dado Venecia; hasta el punto de que se ha aliado con la Prusia, en la seguridad de que ésta la ayudará á batir al Aus-



tria.... Cuando estalle la guerra, ya veréis el jaleo, y los disgustos que tendremos; tanto más, cuanto que hemos hecho mal en dejar á Bismarck y al rey Guillermo apoderarse de los ducados, en la cuestión de Dinamarca, con desprecio de un tratado que había firmado la Francia: esto es una bofetada, y ya no tenemos que hacer más que poner la otra mejilla.... ¡Ah! la guerra es segura, ya recordáis la baja, el mes último, de los fondos franceses é italianos, cuando se creyó en una intervención posible de nuestra parte en los asuntos de Alemania. Acaso antes de quince días, estará ardiendo la Europa.

Cada vez más sorprendido, Huret se apasionó, contra su costumbre.

—Habláis como los periódicos de oposición, pero no querréis, sin embargo, que *La Esperanza* vaya á remolque de *El Siglo* y de los demás... No os falta más que insinuar, á imitación de esos periódicos, que si el emperador se ha dejado humillar en el asunto de los ducados, y si ha dejado á la Prusia crecer impunemente, es porque ha inmovilizado todo un cuerpo de ejército en la expedición de México. Vamos, discutid de buena fe, lo de México se ha acabado y nuestras tropas vuelven.... Y además, no os comprendo, queriendo. Si queréis conservar Roma al Papa, ¿por qué parecéis combatir la paz apresurada de Villafranca? Venecia en poder de Italia es tanto como los italianos en Roma antes de dos años; lo mismo que yo lo sabéis, y Rougon también lo

sabe, aunque jure lo contrario en la tribuna....  
—¡Ah, ya veis que esto es un engaño!—exclamó soberbiamente Saccard.—Jamás se tocará al Papa, ¿entendéis? sin que la Francia católica entera se levante para defenderlo.... Nosotros le llevaremos nuestro dinero, ¡si! todo el dinero del Universal. Tengo mis proyectos; ahí está nuestro negocio; y verdaderamente, á fuerza de irritarme, me haréis decir cosas que todavía no quiero decir.

Jantrou, muy interesado, había aguzado de pronto el oído, comenzando á comprender, tratando de sacar partido de una palabra cogida al vuelo.

—En fin—replicó Huret—yo quiero saber á qué atenerme acerca de mis artículos, y se trata de que nos entendamos.... ¿Queréis que se intervenga ó que no se intervenga? Si estamos por el principio de las nacionalidades ¿con qué derecho iríamos á mezclarnos en los asuntos de Italia y de Alemania?... ¿Queréis que hagamos una campaña contra Bismarck? ¡Si! En nombre de nuestras fronteras amenazadas....

Pero Saccard, fuera de sí, estalló, poniéndose en pie.

—¡Lo que yo quiero es que Rougon no se burle más de mí!... ¡Cómo, después de todo lo que yo le he hecho! ¡Compró un periódico, el peor de sus enemigos, hago de él un órgano adicto á su política, os dejo durante meses cantar en él sus alabanzas, y ese maricón no nos arrima el homi-

bro, y todavía estoy esperando un servicio de su parte!

El diputado, tímidamente, hizo notar que, allá en Oriente, el apoyo del ministro había servido de gran ayuda á Hamelin, abriéndole todas las puertas, ejerciendo presión sobre ciertos personajes.

—¡Dejadme en paz! Porque no ha podido hacer otra cosa.... Pero él que está tan bien situado para saberlo todo, ¿me ha advertido nunca la víspera de un alza ó de una baja? Vaya, acordaos, veinte veces os he encargado que lo sondeéis, vos que lo veis todos los días, y todavía no me habéis traído una noticia útil.... Sin embargo, no sería cosa tan grave que me trajeseis una simple palabra.

—Sin duda, pero á él no le gustan esas cosas; dice que son líos de que siempre hay que arrepentirse.

—¡Vaya! ¿Tiene acaso esos escrúpulos con Gundermann? Se las echa de honrado conmigo y da noticias á Gundermann.

—¡Oh, á Gundermann; sin duda! Todos necesitan á Gundermann, pues no podrían hacer un empréstito sin él.

Saccard exclamó triunfalmente, palmoteando:

—¡Eso es! ¡Al fin confesáis! El imperio está vendido á los judíos, á los cochinos judíos. Todo nuestro dinero está condenado á caer entre sus garras. El Universal va á derrumbarse ante su omnipotencia.

Y exhaló su odio hereditario y comenzó á

lanzar sus acusaciones contra esa raza de traficantes y de usureros en marcha hace siglos á través de los pueblos, cuya sangre chupan como los parásitos de la tiña y de la sarna, avanzando aún bajo el insulto y los golpes, á la conquista segura del mundo, que poseerán un día por la fuerza invencible del oro. Y encarnizábase sobre todo contra Gundermann, cediendo á su antiguo rencor, al deseo irrealizable y rabioso de abatirlo, á pesar del presentimiento de que éste sería el poste contra el cual se estrellaría, si alguna vez entraba á luchar con él. ¡Ah, Gundermann! ¡Un prusiano en el interior, aunque hubiera nacido francés! ¡Porque, evidentemente, hacía votos por la Prusia, y de buena gana la habría sostenido con su dinero, ó acaso la sostenía en secreto! ¿No se había atrevido á decir una noche en un salón, que si algún día estallase una guerra entre la Prusia y la Francia, á esta última le costaría trabajo vencer?

—Ya estoy harto, Huret, ¿lo entendéis? Y sabedlo: si mi hermano no me sirve de nada, yo tampoco le serviré á él.... Cuando me traigáis de su parte una buena palabra, es decir, una noticia que podamos utilizar, entonces os dejaré reanudar vuestros ditirambos en su favor. ¿Hablo con claridad?

Con demasiada claridad. Jantron, que volvía á encontrar á su Saccard bajo el teorizante político, se había puesto otra vez á peinar su barba con la punta de sus dedos. Pero Huret, atacado

en su prudencia astuta de campesino normando, parecía muy disgustado, porque había fiado su fortuna en los dos hermanos, y habría querido no quedar mal ni con el uno ni con el otro.

—Tenéis razón—murmuró;—pongamos una sordina, tanto más, cuanto que hay que ver venir los acontecimientos..... Y yo os prometo hacer todo lo posible por obtener las confianzas del gran hombre. A la primera noticia que él me dé, salto en un coche y os la traigo.

Saccard, habiendo representado su comedia, bromeaba ya.

—Trabajo para vosotros, mis buenos amigos.... Yo, siempre he estado arruinado, y siempre he gastado un millón por año.

Y volviendo á la publicidad:

—¡Ah! Jantrou, debíais amenizar un poco vuestro boletín de la Bolsa.... Si, sabéis chistes, juegos de palabras.... Al público le gusta eso; nada ayuda tanto como el ingenio para tragar las cosas.... ¿No es verdad? ¡Sobre todo, juegos de palabras!

Ahora le tocó ser contrariado al director. Pideábase de distinción literaria; pero debió prometer. Y como inventase una historia de mujeres muy guapas que le habían ofrecido dejarse tatuarse en los sitios más delicados de su cuerpo, los tres hombres, riendo con mucha gana, volvieron á quedar los mejores amigos del mundo.

Entretanto Jordan había terminado su cróni-

ca, é impacientábase esperando que volviese su mujer. Habló con los redactores que iban llegando, y luego volvió al recibimiento. Allí quedó algo escandalizado al sorprender á Dejoie con la oreja pegada á la puerta del director, como escuchando, mientras que su hija Natalia estaba de centinela.

—No entréis—baluceó—todavía está ahí el señor Saccard.... Creí que me habían llamado....

La verdad era que acometido por un vivo deseo de ganancia, desde que había comprado ocho acciones del Universal, con los cuatro mil francos de economías dejados por su mujer, no vivía más que para la gozosa emoción de ver subir estas acciones; y arródlado ante Saccard, recogiendo sus menores palabras, como palabras de oráculo, no podía resistir, cuando sabía que estaba allí, á la necesidad de conocer el fondo de sus pensamientos, lo que decía el dios en el secreto del santuario. Por lo demás, en todo esto no había ni asomo de egoismo, pues no pensaba más que en su hija, y acababa de exaltarse calculando que sus ocho acciones, á la cotización de setecientos cincuenta francos, le daban ya una ganancia de mil doscientos francos, lo que, unido al capital, representaba cinco mil doscientos. Cien francos más de alza, y tenía ya los seis mil soñados, la dote que el cartonero exigía para dejar que su hijo se casase con la pequeña. A esta idea enternecese su corazón y miraba con

lágrimas á aquella niña que él había criado y de la que había sido la verdadera madre, haciendo ambos una pareja dichosa, desde que ella no necesitó nodriza.

Continuó, muy turbado, balbuceando palabras incoherentes para ocultar su indiscreción.

—Natalia, que ha subido á darme un abrazo, acaba de encontrar á vuestra señora, señor Jordan.

—Sí, dijo la joven, volvía la esquina de la calle Freydeau. ¡Oh, y bien que corría!

Su padre la dejaba salir con toda libertad, seguro de ella, decía. Y tenía razón al contar con su buena conducta, porque era muy fría en el fondo, demasiado resuelta á hacer ella misma su dicha para comprometer con una tontería el matrimonio tan laboriosamente preparado. Con su delgado talle y sus grandes ojos en su lindo rostro pálido, amábase á sí misma, con una egoísta obstinación, siempre sonriente.

Jordan, sorprendido, sin comprender, exclamó:

—¿Cómo en la calle Feydeau?

Y no tuvo tiempo de preguntar más, porque entró Marcela, sofocada. Inmediatamente la condujo al despacho vecino, pero encontrando en él al redactor de tribunales, tuvo que contentarse con sentarse con ella en una banqueta en el fondo del pasillo.

—¿Y bien?

—Pues bien, querido, todo arreglado, pero no sin trabajo.

En medio de su satisfacción vió Pablo que su mujer estaba á punto de llorar; y ella se lo dijo todo, con voz baja y rápida, porque, aunque se había prometido ocultarle algunas cosas, no podía tener secretos.

Desde hacía algún tiempo, los Maugendre cambiaban respecto de su hija. Ésta los encontraba menos tiernos, preocupados, invadidos lentamente por una pasión nueva: el juego. Era la historia común: el padre, un hombre grueso, tranquilo y calvo, con patillas blancas; la madre, seca, activa, habiendo ganado su parte en la fortuna, ambos viviendo muy descansadamente en su casa con sus quince mil francos de renta, aburríanse de no hacer nada. Él no había tenido desde que se retiró otra distracción que cobrar su dinero. En aquella época tronaba contra toda especulación, encogíase de hombros con cólera y con compasión, al hablar de los pobres imbéciles que se dejan robar de una porción de modos tan estúpidos como sucios. Pero habiendo cobrado una suma importante, había tenido la idea de emplearla en valores públicos: esto no era especulación, era una simple colocación; sólo que, á partir de aquel día, había tomado la costumbre, después de su desayuno, de leer atentamente, en su periódico, la cotización de la Bolsa, para seguir los cambios. Y de allí había arrancado el mal, la fiebre lo había abrasado poco á poco, al

ver la danza de los valores, viviendo en el aire emponzoñado del juego, con la imaginación llena de millones ganados en una hora, él que había empleado treinta años en ganar algunos centenares de miles de francos. No podía dejar de hablar de ello á su mujer, durante cada una de sus comidas: ¡qué jugadas habría hecho, si no se hubiera prometido no jugar nunca! Y explicaba su operación, maniobrando sus fondos, con la sabia táctica de un general en su gabinete, y acababa siempre por batir triunfalmente á los adversarios, porque se picaba de haberse hecho de primera fuerza en las cuestiones de Bolsa. Su mujer inquieta, le declaraba que prefería ahogarse inmediatamente más bien que verle aventurar cinco céntimos; pero él la tranquilizaba. ¿Por quién lo había tomado? ¡Eso nunca! Sin embargo, se había presentado una ocasión: hacía tiempo que los dos sentían el loco deseo de hacer construir, en su jardín, una pequeña estufa de cinco ó seis mil francos; y una noche, temblándole las manos por la emoción, puso él sobre la mesa de costura de su mujer, los seis billetes, diciendo que acababa de ganarlos á la Bolsa, una jugada de que estaba seguro, una calaverada que prometía no repetir, y que había arriesgado sólo á causa de la estufa. Ella, vacilando entre la cólera y la alegría, no se había atrevido á reñirle. Al mes siguiente, lanzábase en una operación de primas, explicándole que no temía nada, desde el momento en que limitaba su pérdida. Luego ¡qué diablo! entre

tantos, había algunos buenos negocios, y habría sido una tontería dejar que los aprovechase el vecino. Y, fatalmente, se había puesto á jugar á plazo; tímidamente al principio, enardeciéndose poco á poco, mientras que ella, agitada siempre por sus angustias de mujer arreglada, chispeándole los ojos, sin embargo, á la menor ganancia, seguía prediciéndole que moriría en la miseria.

Pero, quien sobre todo, censuraba á Maugendre, era su cuñado el capitán Chave, el hermano de su mujer. Él, que no podía vivir con los mil ochocientos francos de su retiro, jugaba á la bolsa; pero, listo entre los listos, iba allí como va el empleado á su oficina, no operando más que al contado, encantado cuando se llevaba su pieza de veinte francos por la tarde: operaciones diarias, hechas sobre seguro, y tan modestas, que escapaban á las catástrofes. Su hermana le había ofrecido una habitación en su casa, bastante grande, después de haberse casado Marcela; pero él había rehusado, queriendo absoluta libertad, teniendo vicios y ocupando una sola pieza en el fondo de un jardín de la calle Nollet, donde continuamente se deslizaban faldas. Sus ganancias debían irse en bombones y en pasteles para sus amiguitas. Siempre había puesto en guardia á Maugendre, repitiéndole que no jugase; y cuando éste último le decía: «¿Y vos?» contestaba con un gesto enérgico: ¡Oh! él era diferente, él no tenía quince mil francos de renta. Si jugaba, la

culpa la tenía el gobierno, que regateaba á los veteranos la tranquilidad de su vejez. Su gran argumento contra el juego, era que, matemáticamente, el jugador debía perder siempre: si gana, tiene que deducir el corretaje y el derecho de timbre; si pierde, tiene que pagar además los mismos derechos; de suerte que, aun admitiendo que gane con tanta frecuencia como pierde, siempre sale de su bolsillo el timbre y el corretaje. En la Bolsa de París, producen anualmente estos derechos la enorme suma de ochenta millones. Y blandía esta cifra ochenta millones que se embolsan el Estado, los corredores y los agentes de cambio!

Sentados en la banqueta, en el fondo del pasillo, Marcela confesaba á su marido una parte de esta historia.

—Querido, es preciso decir que he llegado en mala hora. Mamá le daba un escándalo á papá, á causa de una pérdida que ha experimentado en la Bolsa... Sí, creo que no sale de allí. Me parece tan raro esto en él que antes no admitía más que el trabajo... En fin, disputaban, y había allí un periódico, *La colonización financiera*, que mamá le riestregaba por las narices, gritándole que él no entendía nada, y que ella había previsto bien la baja. Entonces papá ha ido á buscar otro periódico, precisamente *La Esperanza*, y ha querido mostrarle el artículo de donde había tomado sus datos... En fin, aquello está lleno de periódicos, se pasan el día leyéndolos, y yo creo que mamá

¡Dios me perdone! comienza á jugar también á pesar de su aire furioso.

Jordán no pudo dejar de reír; con tanta gracia, en medio de su angustia, remedaba ella la escena.

—En una palabra, les he dicho nuestro apuro y les he rogado que nos prestasen doscientos francos para contener el embargo. ¡Y si los hubieras oído gritar: doscientos francos, cuando perdían dos mil á la Bolsa! ¿Es que me burlaba de ellos, ó que quería arruinarlos?... Jamás los he visto así. ¡Ellos que eran tan buenos para mí, que lo habrían gastado todo para hacerme regalos! Preciso es que se hayan vuelto locos, porque no tiene sentido común envenenarse así la vida, cuando eran tan dichosos en su hermosa casa, sin un disgusto, sin otra cosa que hacer que comerse tranquilamente la fortuna ganada trabajosamente.

—Supongo que no habrás insistido—dijo Jordán.

—Sí, he insistido, y entonces la han emprendido contigo... Ya ves que te lo digo todo; me había prometido callarme esto, pero se me escapó... Me han repetido que ya lo habían previsto, que no es un oficio el escribir en los periódicos, que acabaríamos en el hospital... En fin, comenzaba yo á mi vez á irritarme y ya iba á marcharme, cuando ha llegado el capitán. Tú sabes que siempre me ha adorado el tío Chave. Y ante él, se han vuelto razonables, tanto más cuanto que

él triunfaba y qué preguntaba á papá, si iba á seguir dejándose robar... Mamá me ha llevado aparte y me ha deslizado en la mano cincuenta francos, diciéndome que con esto conseguiríamos un plazo de algunos días, el tiempo de que nuestros asuntos mejoren.

—¡Cincuenta francos! ¡Una limosna! ¿Y los has aceptado?

—Marcela le había cogido las manos, calmándolo con toda su tranquila razón.

—Vamos, no te enfades... Sí, los he aceptado, y he comprendido tan bien que tú no te atreverías nunca á llevarlos al escribano, que he ido en seguida yo misma á llevarselos, á la calle Cadet. Pero imagínate que se ha negado á tomarlos, diciéndome que tenía órdenes formales del señor Busch, y que sólo el señor Busch podía detener el embargo... ¡Oh, ese Busch! No odio á nadie; pero cómo me irrita y me repugna este hombre! Sin embargo he corrido á su casa, á la calle Feydeau, y ha sido preciso que se contente con los cincuenta francos, y ¡ea! tenemos por delante quince días de tranquilidad.

Una gran emoción había contraído el rostro de Jordán, mientras que las lágrimas, que hacía por contener, humedecían sus ojos.

—¡Tú has hecho eso, mujercita mía, tú has hecho eso!

—Sí, porque no quiero que te mareen tanto. ¿Qué me importa oír tonterías, si así te dejan trabajar más tranquilo?

Y reía ahora, contando su llegada á casa de Busch, escondido entre sus grasientos legajos, la manera brutal como la había acogido, sus amenazas de no dejarles una hilacha, si no le pagaban al instante toda la deuda. Lo gracioso era que ella se había dado el gusto de sacarlo de quicio, poniendo en duda la legítima propiedad de aquella deuda, aquellos trescientos francos de pagarés, que habían subido con los gastos á setecientos treinta francos quince céntimos, y que acaso no le habían costado cinco en algún lote de papeles viejos. El se ahogaba de furor: en primer lugar, precisamente aquellos los había comprado muy caros; además había que contar su tiempo perdido y la fatiga de las carreras que se había dado durante dos años para encontrar al firmante, y la inteligencia que había tenido que desplegar en aquella caza del hombre... ¿Qué, no debía reembolsarse de todo esto? ¡Tanto peor para los que se dejan coger! En fin, á pesar de todo, había tomado los cincuenta francos, porque su prudente sistema era transigir siempre.

—¡Ah, mujercita mía, qué valiente eres y cuánto te quiero!—dijo Jordán abrazando á Marcela, á pesar de que en aquel momento pasaba el secretario de la redacción.

Luego bajando la voz:

—¿Cuánto te queda en casa?

—Siete francos.

—¡Buena!—continuó muy contento.—Tenemos para pasar dos días, y no pediré un anticipo,

que por otra parte me rehusarían. Esto me cuesta mucho... Mañana iré á ver si me quieren tomar un artículo en *El Figaro*. Ah, si hubiera terminado mi novela, por poco que me dieran!

Marcela lo abrazaba á su vez.

—Sí, anda, ya se arreglará todo... ¿Te vienes conmigo, verdad?... Esto me gustará, y compraremos para mañana por la mañana un harenque ahumado en la esquina de la calle de Clichy, donde los he visto soberbios. Esta noche tenemos lomo de cerdo con patatas.

Jordan, después de haber rogado á un compañero que viese sus pruebas, partió con su mujer. Por otra parte, Saccard y Huret se iban también. En la calle vieron un cupé que se detenía precisamente delante de la puerta del periódico, y bajar de él á la baronesa Sandorff, que les saludó con una sonrisa y subió ligeramente las escaleras. Algunas veces iba así á visitar á Jantrou. Saccard, á quien esta mujer excitaba poderosamente con sus grandes ojos ojerosos, estuvo á punto de volver á subir.

Arriba, en el despacho del director, la baronesa ni siquiera quiso sentarse. Su objeto era sólo saludarle al pasar y preguntarle si sabía algo. A pesar de su repentina fortuna, lo trataba siempre como en la época en que lo veía todas las mañanas en casa de su padre, el señor de Ladrécourt, con la humildad forzada del corredor en busca de una orden. Su padre era de una irritante brutalidad, y ella no podía olvidar el pun-

tapié con que un día lo echó á la calle, encolerizado por una gran pérdida. Y ahora que lo veía en la fuente de las noticias, tratábalo con familiaridad y hacía por sonsacarlo.

—¿Y bien, nada nuevo?

—A fe mía, no, no sé nada.

Pero ella seguía mirándolo sonriendo, persuadida de que no quería decir nada. Y para obligarlo á las confidencias, se puso á hablar de aquella estúpida guerra que iba á enredar al Austria, á la Italia y á la Prusia. La especulación enloquecía, y se declaraba una baja terrible en los fondos italianos, lo mismo que en todos los demás valores. Y ella estaba muy disgustada porque no sabía hasta qué punto debía seguir aquel movimiento, teniendo muy grandes sumas comprometidas en la liquidación próxima.

—¿No os da noticias vuestro marido?—preguntó burlescamente Jantrou. Sin embargo, está muy bien colocado en la embajada.

—¡Oh, mi marido!—murmuró la baronesa con un gesto desdeñoso. No saco nada de mi marido.

Jantrou llevó las cosas hasta hacer alusión al procurador general Delcambre, el amante que, según se decía, pagaba sus diferencias, cuando ella se resignaba á pagarlas.

—¿Y vuestros amigos, de la corte y del Palacio de Justicia, no saben tampoco nada?

Ella afectó no comprender, y añadió, suplicante, sin quitarle los ojos:

—Vamos, sed amable.... Vos sabéis algo.



Ya una vez, en su afición á las faldas, sucias ó elegantes, que se le acercaban, había pensado en pagarse, como él decía brutalmente, aquella jugadora, tan familiar con él. Pero á la primera palabra, al primer gesto, ella se había erguido tan llena de repugnancia y de desprecio, que Jantron se había prometido no volver á comenzar. ¡Con aquel hombre á quien su padre recibía á puntapiés!... ¡Ah, jamás! Todavía no había llegado á ese punto.

—¿Por qué he de ser amable? —contestó Jantron riendo con aire embarazado. Vos no lo sois conmigo.

Ella se puso inmediatamente grave, la mirada dura. Y le volvía la espalda para irse, cuando él, despechado, tratando de herirla, añadió:

—¿No acabáis de encontrar á Saccard en la puerta? ¿Por qué no le habéis preguntado á él que no puede rehusaros nada?

—Volvióse bruscamente la baronesa.

—¿Qué queréis decir?

—¡Diablo! Lo que queráis comprender... ¡Vamos, no os hagáis la misteriosa, os he visto en su casa y lo conozco!

Estremeciola la indignación; el orgullo de su raza, vivo todavía, subía desde el fondo removido, desde el fango en que su pasión la iba sumergiendo día por día. Por lo demás, no se arrebató y dijo sencillamente con una voz clara y ruda:

—¡Ah, querido! ¿Por quién me tomáis? Estáis

loco... No, yo no soy la amada de vuestro Saccard, porque no he querido.

Y entonces él, con su florida cortesía de literato, la saludó con una reverencia.

—Pues hacéis mal, señora... Creedme, si se presenta otra vez la ocasión no la desperdiciéis, porque vos, que andáis siempre á caza de noticias, las encontraréis sin gran esfuerzo debajo de la almohada de ese caballero... ¡Oh, Dios mío! ¡sí, allí estará bien pronto el nido y no tendréis más que meter en él vuestros lindos dedos!

Tomó ella el partido de reir, como resignada á su cinismo; y cuando le estrechó la mano, Jantron sintió la suya completamente fría. Verdaderamente, ¿se contentaría con el glacial y seco Delcambre, aquella mujer de labios tan rojos, que pasaba por insaciable?

Transcurrió el mes de Junio; la Italia había declarado el 15 la guerra al Austria. De otra parte, la Prusia, en dos semanas apenas, por una marcha rapidísima, acababa de invadir el Hannover y de conquistar los dos Hesses, Baden y la Sajonia, sorprendiendo en plena paz á poblaciones desarmadas. La Francia no se había movido, y las gentes bien informadas murmuraban en la Bolsa que la ligaba á la Prusia una inteligencia secreta, desde que Bismark había visitado al emperador en Biarritz; y se hablaba misteriosamente de las compensaciones que debían pagar su neutralidad. Pero la baja no dejaba por eso de seguir acentuándose de una manera desastrosa.

Cuando el 4 de Julio llegó la noticia de la batalla de Sadowa, aquel trueno tan brusco, produjo un derrumbamiento en todos los valores. Creíase en una continuación encarnizada de la guerra, porque si el Austria estaba batida por la Prusia, ella había vencido á la Italia en Custoza; y se decía ya que reunía los restos de su ejército abandonando la Bohemia. Llovían las órdenes de venta en el *parquet* y no se encontraba compradores.

El 4 de Julio, Saccard, que había subido al periódico después de las seis, no encontró allí á Jantrou, á quien desde hacía algún tiempo llevaban perturbado sus pasiones: bruscas desapariciones, escapatorias de dos ó tres horas, de las que volvía aniquilado, con la mirada trastornada, sin que se pudiera saber qué es lo que hacía en él más estragos, si las mujerzuelas ó el alcohol. En aquel momento estaba desierta la redacción, no quedando en ella más que Dejoie, que comía en la punta de su mesa, en el recibimiento. Y ya se iba á marchar Saccard, después de haber escrito dos cartas, cuando Huret, con el rostro congestionado, entró como una tempestad, sin siquiera tomar el tiempo de volver á cerrar las puertas.

—Mi buen amigo, mi buen amigo....  
Se ahogaba, y puso las dos manos sobre su pecho.

—Salgo de casa de Rougon..... He corrido porque no tenía coche. Al fin he encontrado

uno... Rougon ha recibido un despacho de allá. Yo lo he visto.... Una noticia, una noticia....  
Con un gesto violento lo detuvo Saccard, y se lanzó á cerrar la puerta, habiendo notado que Dejoie rondaba ya aguzando el oído.

—En fin, ¿qué?  
—Que el emperador de Austria cede Venecia al emperador de los franceses, aceptando su mediación, y que éste último va á dirigirse á los reyes de Prusia y de Italia, para proponer un armisticio.

Hubo una pausa.  
—¡Pero eso es la paz!

—Evidentemente.  
Saccard, sobrecogido, sin idea todavía, dejó escapar un juramento.  
—¡Vive Dios! ¡Y toda la Bolsa que está á la baja!

Después, maquinalmente:  
—Y esa noticia, ¿no la sabe nadie todavía?  
—No, el despacho es confidencial, y la nota no aparecerá ni aun mañana por la mañana en el *Monitor*. París no sabrá nada, sin duda, antes de veinticuatro horas.

Aquello fué un relámpago, una súbita iluminación. Corrió de nuevo á la puerta, y la abrió para ver si escuchaba alguién. Y fuera de sí, volvió á plantarse ante el diputado y lo cogió por las solapas de la levita.

—¡Callaos! ¡Más bajo!... Somos los amos, si Gundermann y su banda no son advertidos...

¿Entendéis? ¡Ni una palabra á nadie en el mundo! ¡Ni á vuestros amigos, ni á vuestra mujer!... ¡Justamente, tenemos la suerte de que Jantrou no está aquí; seremos los únicos á saberlo, y tendremos tiempo de obrar!... ¡Oh! Yo no quiero trabajar sólo para mí. En esto entráis vos y nuestros colegas del Universal. Pero un secreto no se guarda entre muchos, y todo está perdido si se comete la menor indiscreción mañana, antes de la Bolsa.

Huret, muy emocionado, trastornado por la grandeza del golpe que iban á dar, prometió ser absolutamente mudo. Distribuyéronse el trabajo y decidieron entrar en seguida en campaña. Habíase ya puesto el sombrero Saccard, cuando le aaudió una pregunta á los labios.

—¿Y ha sido Rougon quien os ha encargado que me trajeseis la noticia?

—Sin duda.

Huret había vacilado, porque mentía: había encontrado el despacho sobre la mesa del ministro, y cometió la indiscreción de leerlo, en un momento en que se quedó solo. Pero como su interés estaba en una cordial inteligencia de los dos hermanos, le pareció mejor mentir, sabiendo, por otra parte, que no tenían muchos deseos de verse y de hablar de estas cosas.

—Vamos—dijo Saccard, no hay nada que decir; esta vez ha sido amable... ¡En marcha!

En el recibimiento no había nadie más que Dejoie, que se había esforzado para oír; sin coger

nada claro. Notáronlo, sin embargo, nervioso, porque había olfateado la enorme pieza que pasaba por el aire; y tan agitado estaba por aquel olor de dinero, que se asomó á la ventana de la escalera, para verlos atravesar el patio.

La dificultad estaba en que había que obrar rápidamente, y con la mayor prudencia. Así, se separaron en la calle: Huret se encargaba del bolsín de la noche, mientras que Saccard, no obstante la hora avanzada, se echaba á buscar corredores, gentes del *carro* y agentes de cambio, para dar órdenes de compra. Sólo que deseaba dividir estas órdenes para no despertar sospechas; y sobre todo, quería hacerse el contradizo con aquellos, en vez de ir á buscarlos á sus casas, lo que hubiera parecido extraño. La casualidad le sirvió felizmente, porque encontró en el boulevard al agente de cambio Jacoby, con quien bromeó, y á quien encargó de una fuerte operación, sin causarle asombro. Cien pasos más allá tropezó con una buena moza rubia, que sabía era la querida de otro agente, Delarocque, cuñado de Jacoby; y como ella le dijese que precisamente lo esperaba aquella noche, le encargó que le entregase dos líneas escritas con lápiz en una tarjeta. Después, sabiendo que Mazaud iba aquella noche á un banquete de antiguos discípulos, fué á buscarlo al restaurant, y cambió las posiciones que le había encargado tomar el mismo día. Pero su mayor suerte fué encontrarse, á media noche, cuando volvía á su casa, con Mas-

sias que salía de Variedades. Subieron juntos hacia la calle de San Lázaro, y tuvo tiempo de mostrarse como un original que creía en el alza, ¡oh, no inmediata!, y de tal modo, que acabó por encargarle muchas órdenes de compra para Nathanshon y otros corredores, diciendo que obraba en nombre de un grupo de amigos, lo que era verdad, en suma. Cuando se acostó, había tomado posiciones al alza, por más de cinco millones de valores.

A la mañana siguiente, á las siete, ya estaba Huret en casa de Saccard, contándole cómo había operado en el bolsín, delante del pasaje de la Ópera, en la acera, donde había hecho comprar lo más posible, dentro de ciertos límites, sin embargo, para no levantar demasiado los precios. Sus órdenes subían á un millón, y juzgando ambos que la jugada era demasiado modesta todavía, resolvieron volver á ponerse en campaña. Disponían de la mañana. Pero antes se lanzaron sobre los periódicos, temblando ante el temor de encontrar en ellos la noticia, una nota, una simple línea que echase por tierra toda la combinación. ¡No! La prensa no sabía nada, estaba toda ocupada con la guerra, llena de despachos y extensos detalles sobre la batalla de Sadowa. Si no traspiraba ningún ruido antes de las dos de la tarde, como dispusieran de una hora de Bolsa, de media hora siquiera, la jugada sería un hecho y dejarían en camisa á la judería, como decía Saccard. Y se separaron de nue-

vo, corriendo cada cual por su lado á empeñar más millones en la batalla.

Aquella mañana pasaba Saccard recorriendo las calles, olfateando el aire, sintiendo tal necesidad de andar que despidió su carruaje, después de hacer su primera carrera. Entró en casa de Kolb, donde el tintineo del oro le produjo tan deliciosa impresión en el oído como una promesa de victoria, y tuvo fuerza para no decir nada al banquero, que nada sabía. Subió después á casa de Mazaud, no para dar una nueva orden, sino sencillamente para fingir inquietud á propósito de la que había dado la vispera. Tampoco se sabía nada allí. Sólo el pequeño Flory le causó alguna inquietud, por la persistencia con que daba vueltas en derredor suyo: la única causa de esto era la profunda admiración del joven empleado por la inteligencia financiera del director del Universal; y como la señorita Chuchu comenzaba á costarle mucho, arriesgaba algunas pequeñas operaciones y soñaba con conocer las órdenes de su gran hombre para seguir su juego.

Al fin, después de un rápido almuerzo en Champeaux, donde tuvo la profunda alegría de oír las pesimistas lamentaciones de Moser y del mismo Pillerault, pronosticando una nueva baja de los precios, Saccard á las doce y media se situó en la plaza de la Bolsa. Quería, según su expresión, ver llegar la gente. Allí el calor era abrumador, un sol ardiente caía á plo-

mo, blanqueando las gradas, cuya reverberación caldeaba el peristilo con un pesado calor de horno; y las sillas desocupadas crujían en aquellas llamas deslumbrantes, mientras que los especuladores, en pie, buscaban las finas rayas de sombra de las columnas. Bajo un árbol del jardín vió á Busch y á la Mechain, que se habían puesto á hablar vivamente al verlo; hasta le pareció que ambos estaban á punto de abordarlo, puesto que se alegraban: ¿sabían algo, aquellos traperos de valores tirados por los suelos? Estremecióse ligeramente un momento. Pero oyó que lo llamaban, y vió sentados en un banco á Maugeudre y al capitán Chave, ambos disputando, porque el primero se burlaba ahora del juego miserable del capitán, aquel luis ganado al contado, como en el fondo de un café de provincias, después de encarnizadas partidas de *piquet*: vamos, ¿no podía arriesgar aquel día, sobre seguro, una operación seria? ¿No era la baja tan cierta, tan clara como el sol? Y ponía á Saccard por testigo: ¿no es verdad que seguiría bajando? Había tomado á la baja una fuerte posición, tan convencido, que habría puesto en ella su fortuna. Interrogado así directamente, Saccard respondió con sonrisas, con movimientos vagos de cabeza, sintiendo el remordimiento de no advertir á aquel pobre hombre á quien había conocido tan laborioso, de un juicio tan claro cuando vendía toldos; pero se había jurado el silencio absoluto, tenía la ferocidad del jugador que no

quiere ahuyentar la suerte. Además, en aquel momento, tuvo una distracción: pasaba el cupé de la baronesa Sandorff, lo siguió con la vista y lo vió detenerse aquella vez en la calle del Banco. De pronto acordóse del barón Sandorff, consejero de la embajada de Austria: la baronesa estaba seguramente en el secreto, y lo iba á perder todo por alguna torpeza de mujer. Atravesó la calle y se aproximó al cupé, inmóvil, mudo, con su cochero rígido en el pescante. Bajóse uno de los cristales de la portezuela, y él saludó y se acercó galantemente.

— Y bien, señor Saccard, ¿bajamos más todavía?

— Creyó en una asechanza.

— Sí, señora.

Luego, como ella lo mirase ansiosamente, con esa mirada vacilante de los jugadores que él conocía tan bien, comprendió que no sabía nada. Una oleada de sangre templada le subió al cráneo, inundándolo en delicias.

— ¿De modo, señor Saccard, que no tenéis nada que decirme?

— A fe mía, señora, nada que no sepáis ya sin duda.

Y se separó de ella pensando: «Tú no has sido amable y me alegraré de que lleves un mal trago. Acaso, así serás más amable otra vez.» Jamás le había parecido tan apetitosa, y estaba seguro de poseerla á su tiempo.

Pero cuando volvía á la plaza de la Bolsa, la

vista de Gundermann, á lo lejos, desembocando de la calle Vivienne, le estremeció de nuevo el corazón. Por empequeñecido que estuviese por la distancia, era seguramente él, con su andar lento, su cabeza erguida y pálida, sin mirar á nadie, como aislado en su majestad, en medio de la multitud. Y lo seguía con terror, interpretando cada uno de sus movimientos. Habiendo visto que se le acercaba Nathansohn, lo creyó todo perdido. Pero recobró la esperanza al ver que el corredor se retiraba con aspecto confuso. El banquero tenía decididamente su aire de todos los días. Luego, bruscamente, su corazón saltó de gozo: Gundermann acababa de entrar en la confitería á comprar bombones para sus nietas; y esta era una señal segura, porque nunca entraba allí los días de crisis.

Sonó la una, y la campana anunció la apertura del mercado. Aquella fué una Bolsa memorable, una de esas grandes jornadas de desastre, uno de esos desastres al alza, tan raros, cuyo recuerdo queda como legendario. En medio del calor sofocante, al principio, los precios bajaron todavía. Después, produjeron asombro las compras bruscas, aisladas, como los disparos de guerrillas antes de que se empeñe la batalla. Pero las operaciones se hacían, de todos modos, tímidamente, en medio de la general desconfianza. Luego las compras se multiplicaron, surgieron de todas partes, en el *corro* y en el *parquet*; no se oían más que las voces de Nathansohn bajo la co-

lumnata, de Mazaud, de Jacoby y de Delarocque en el *parquet*, gritando que tomaban todos los valores, á todos los precios; y aquello fué un estremecimiento, una ola creciente, sin que nadie, sin embargo, se atreviese á aventurarse en el desarrollo de aquella inexplicable revirada. Habían subido ligeramente los precios, y Saccard tuvo tiempo de dar nuevas órdenes á Massias para Nathansohn. Rogó también al pequeño Flory, que pasaba corriendo, que llevase una tarjeta á Mazaud; y Flory, habiendo leído la tarjeta, en un acceso de fe, jugó al juego de su gran hombre, comprando también por su cuenta. Y precisamente en aquel momento, á las dos menos cuarto, fué cuando estalló la tempestad en la Bolsa: el Austria cedía Venecia al emperador, la guerra había acabado. ¿De dónde venía aquella noticia? Nadie lo supo, brotaba de todas las bocas á la vez, hasta parecía salir del mismo pavimento. Alguien la había llevado, y todos la repetían en un clamoreo que aumentaba con el poderoso rumor de una marea de equinoccio. Y los precios comenzaron á subir á saltos furiosos, en medio de un espantoso tumulto. Antes de la campanada de la clausura, habían subido cuarenta, cincuenta francos. Aquello fué una confusión indecible, una de esas desordenadas batallas en que todos luchan, soldados y capitanes, para salvar su piel, ensordecidos, cegados, perdiendo la conciencia clara de la situación. El sudor chorreaba por las frentes, y el implacable

sol que caía sobre la escalinata, envolvía la Bolsa entre resplandores de incendio.

Cuando, al llegar la liquidación, se pudo apreciar el desastre, apareció inmenso. El campo de batalla quedó cubierto de heridos y de ruinas. Moser, el bajista, estaba entre los más castigados. Pillerault expiaba duramente su debilidad, la única vez que había desesperado del alza. Maugendre perdía cincuenta mil francos, su primera pérdida sería una catástrofe tal que él y su mujer tuvieron que meterse en cama. La baronesa Sandorff tuvo que pagar tan grandes diferencias, que Delcambre, á lo que se decía, se negaba á darlas; y ella palidecía de cólera y de odio al solo nombre de su marido, el consejero de embajada, que había tenido el despacho entre las manos antes que el mismo Rougon, y no le había dicho una palabra. La alta banca, la banca judía, sobre todo, había sufrido una derrota terrible, una verdadera matanza. Afirmábase que Gundermann sólo por su parte, había dejado allí ocho millones. Y esto asombraba: ¿cómo no había sido advertido? ¡El, el amo indiscutible del mercado, de quien los ministros eran como empleados y que mantenía á los Estados bajo su soberana dependencia! Había sin duda en todo aquello uno de esos concursos de circunstancias extraordinarias que determinan los grandes golpes de azar. Aquello era un derribamiento imprevisto, estúpido, fuera de toda razón y de toda lógica.

Sin embargo se esparció la historia, y Saccard pasó por un gran hombre. De un rastrillazo, acababa de recoger la casi totalidad del dinero perdido por los bajistas. Personalmente, se había metido en el bolsillo dos millones. El resto iba á parar á las cajas del Universal, ó más bien á fundirse entre las manos de los administradores. Costóle mucho trabajo persuadir á Carolina de que la parte de Hamelin, en aquel botín tan legítimamente ganado á los judíos, era de un millón. Huret, que tanto había contribuido, tomó una parte regia. Cuanto á los demás, Daigremont, el marqués de Bohain, no se hicieron rogar. Todos votaron gracias y felicitaciones para el eminente director. Un corazón, sobre todos, ardía en agradecimiento por Saccard, el de Florry, que había ganado diez mil francos, una fortuna, lo bastante para poder habitar con Chuchu un cuartito en la calle Condorcet é ir juntos por la noche á reunirse con Gustavo Sedille y Germana Corazón en los restaurants caros. En el periódico, hubo que dar una gratificación á Jantrou, que se irritaba porque no se le había advertido. Sólo Dejoie seguía melancólico, porque debía conservar la tristeza eterna de haber sentido una noche pasar por los aires la fortuna, misteriosa y vaga, inútilmente.

Aquel primer triunfo de Saccard pareció ser como un florecimiento del imperio en su apogeo. Formaba parte del brillo del reinado, era uno de sus reflejos gloriosos. La misma noche en que él

se levantaba sobre las fortunas derrumbadas, á la hora en que la Bolsa no era más que un campo sembrado de escombros. París entero, se empavesaba, se iluminaba, como por una gran victoria; y fiestas en las Tullerías y regocijos en las calles, celebraban á Napoleón III como amo de Europa, tan alto, tan grande, que los emperadores y los reyes lo elegían como árbitro en sus luchas, y le entregaban provincias para que las distribuyese entre ellos. En la Cámara habían protestado muchas voces, profetas de desdichas anunciaban confusamente el terrible porvenir: la Prusia engrandecida con todo lo que la Francia había tolerado, el Austria vencida, la Italia ingrata. Pero aquellas voces eran ahogadas con risas y gritos de cólera; y París, centro del mundo, iluminaba sus avenidas y sus monumentos, al día siguiente de Sadowa, esperando las noches oscuras y frías, las noches sin gas, iluminadas por la roja mecha de los obuses. Aquella noche Saccard, rebotando la satisfacción del éxito, recorrió las calles, la plaza de la Concordia, los Campos-Eliseos, todos los lugares donde lucían luminarias. Arrastrado por la ola creciente de los curiosos, cegados los ojos por aquella claridad de medio día, podía creer que iluminaban para festejarlo: ¿no era, él también, el vencedor inesperado, el que se alzaba en medio de los desastres? Un solo disgusto le amargaba su dicha, la cólera de Rougon que había echado á la calle á Huret, cuando comprendió de dónde procedía la jugada

de Bolsa. ¿No era, pues, el gran hombre, quien se había mostrado buen hermano, enviándole la noticia? ¿Sería preciso que se pasara sin su alta protección, y hasta que atacase al omnipotente ministro? Bruscamente, enfrente del palacio de la Legión de honor, que ostentaba en lo alto una gigantesca cruz de fuego, iluminando el obscuro cielo, tomó una atrevida resolución, para el día en que se sintiera bastante fuerte. Y embriagado por los cantos de la multitud y el crujir de las banderas, volvió á la calle de San Lázaro, á través de París en llamas.

Dos meses después, en Septiembre, Saccard, á quien su victoria sobre Gundermann hacía audaz, decidió que había que dar un nuevo impulso al Universal. El balance presentado en la junta general celebrada á últimos de Abril, hacía constar, para el año 1864, un beneficio de nueve millones, comprendidos los veinte francos de prima sobre cada una de las cincuenta mil acciones nuevas emitidas para doblar el capital. Se había amortizado completamente la cuenta del primer establecimiento, pagado á los accionistas su cinco por ciento, á los administradores su diez por ciento, y dejado en reserva una suma de cinco millones, además del diez por ciento reglamentario; y con el millón que restaba, se había llegado á distribuir un dividendo de diez francos por acción. Era un hermoso resultado, para una compañía que no contaba dos años de existencia. Pero Saccard procedía por arranques



de fiebre, aplicando al terreno financiero el método del cultivo intensivo, calentando, recalentando el suelo, á riesgo de quemar la cosecha; é hizo aceptar por el Consejo de administración, y después por una junta general extraordinaria, que se reunió el 15 de Septiembre, un segundo aumento de capital, doblándolo otra vez, elevándolo de cincuenta á cien millones, creando cien mil acciones nuevas, reservadas exclusivamente á los accionistas, título por título. Solo que, esta vez, los títulos eran emitidos á 675 francos, ó sea con una prima de 175, destinada á los fondos de reserva. Los éxitos crecientes, los negocios felices ya realizados, sobre todo las grandes empresas que el Universal iba á emprender, eran las razones invocadas para justificar este enorme aumento de capital, doblado así golpe á golpe; porque había que dar á la casa una importancia y una solidez en relación con los intereses que representaba. Por lo demás, el resultado fué inmediato: las acciones que, desde hacía algunos meses, permanecían estacionarias, en la Bolsa, al precio medio de setecientos cincuenta, subieron á novecientos, en tres días.

Hamelin, que no había podido venir de Oriente para presidir la junta general extraordinaria, escribió á su hermana una carta llena de inquietudes, donde expresaba temores sobre aquella manera de llevar el Universal al galope, con una carrera loca. Adivinaba muy bien que se habían hecho otra vez, en la notaría de Lelorrain, decla-

raciones falsas. En efecto, no habían sido suscriptas legalmente todas las acciones nuevas, quedando la sociedad propietaria de títulos que rehusaban los accionistas; y no habiendo sido realizadas las entregas de fondos, una comedia de escritura había pasado estos títulos á la cuenta de Sabatani. Además, nombres prestados, de empleados, de administradores, le habían permitido suscribirse ella misma en su propia emisión; de suerte, que retenía entonces cerca de treinta mil de sus acciones, que representaban una suma de diez y siete millones y medio. Aparte de que era ilegal, la situación podía hacerse peligrosa, porque ha demostrado la experiencia que toda casa de crédito que juega sobre sus valores, esta perdida. Pero Carolina no dejó de responder alegremente á su hermano, dándole broma con que él ahora era el miedoso, mientras que ella, tan suspicaz en otro tiempo, era la que tenía que tranquilizarlo. Decíale que vigilaba siempre, que no veía nada equívoco, que estaba, por el contrario, maravillada de las grandes cosas, claras y lógicas, á que asistía. La verdad era que ella no sabía nada, naturalmente, de lo que se le ocultaba, y que, por lo demás, la cegaban su admiración por Saccard y la emoción de simpatía en que la mantenían la actividad y la inteligencia de este hombre.

En Diciembre fué rebasado el precio de mil francos. Y entonces, enfrente del Universal triunfante, conmovióse la alta banca, y Gündermann

fué visto un día en la plaza de la Bolsa, con aire distraído, entrando á comprar bombones en la confitería con su paso automático. Había pagado sus ocho millones de pérdida sin una queja, sin que uno solo de sus íntimos hubiera sorprendido en sus labios una palabra de cólera y de rencor. Cuando perdía así, cosa rara, decía de ordinario que le estaba bien empleado y que esto le enseñaría á ser menos aturdido; y las gentes se sonreían porque apenas se concebía el aturdimiento de Gundermann. Pero aquella vez debía haberle entrado bien en el corazón la lección durísima; y la idea de haber sido derrotado en aquella emboscada de Saccard, un loco apasionado, él, tan frío, tan dueño de los hechos y de los hombres, le era seguramente insoportable. Por eso desde aquella época se puso á aeccharle, seguro de su desquite. Inmediatamente, ante la admiración con que era acogido el Universal, tomó posiciones, como observador convencido de que los éxitos muy rápidos y las prosperidades engañosas conducían á los peores desastres. Sin embargo, el precio de mil francos era todavía razonable, y él esperaba aún para ponerse á la baja. Su teoría era que en la Bolsa no se provocan los acontecimientos, que á lo más se puede preverlos y aprovecharse de ellos cuando se han realizado. Sólo reinaba la lógica, y en especulación como en todo, la verdad era una fuerza omnipotente. Así que los precios se exagerasen, ellos caerían; entonces vendría la baja, y allí es-

taria él sencillamente para ver realizarse su cálculo y embolsarse sus ganancias. Y fijaba su entrada en campaña para cuando los precios llegasen á mil quinientos. Cuando llegó este momento, comenzó á vender del Universal, poco al principio, más á cada liquidación, según un plan determinado de antemano. No había necesidad de un sindicato de bajistas, bastaría él solo; las gentes prudentes tendrían clara noción de la verdad y jugarían á su juego. Aquel fogoso Universal, aquel Universal que llenaba tan rápidamente el mercado y que se alzaba como una amenaza ante la alta banca judía, él esperaba fríamente á que se agrietase por sí mismo para echarlo á tierra de un empujón.

Más tarde se dijo que fué el mismo Gundermann, quien en secreto, facilitó á Saccard la compra de una vieja construcción de la calle de Londres, que éste tenía intención de demoler para edificar en su lugar el hotel de sus sueños, el palacio donde alojar fastuosamente su obra. Había conseguido convencer al Consejo de Administración, y los obreros comenzaron á trabajar á mediados de Octubre.

El mismo día en que fué colocada la primera piedra, con gran ceremonia, encontrábase Saccard en el periódico, hacía las cuatro, esperando á Jantrou que había ido á llevar la revista de la solemnidad á los periódicos amigos, cuando recibió la visita de la baronesa Sandorff. Había ésta preguntado primero por el redactor jefe, y des-

pues había caído, como por casualidad, sobre el director de el Universal, que se puso galantemente á su disposición para todos los informes que deseara, llevándola á la pieza reservada, en el fondo del corredor. Y allí, al primer ataque brutal, ella cedió, sobre el diván, lo mismo que una mujerzuela, resignada de antemano á la aventura.

Pero se produjo una complicación, pues sucedió que Carolina, que aquel día había ido al barrio de Montmartre, subió al periódico. Algunas veces iba por allí de este modo, para dar una contestación á Saccard, ó sencillamente para adquirir noticias. Por otra parte, conocía á Dejoie, á quien había colocado, y se detenía siempre á hablar con él un minuto, satisfecha de la gratitud que le mostraba. Aquel día, no habiéndolo encontrado en el recibimiento, enfiló el corredor, y tropezó con él, que volvía de escuchar á la puerta. Esto era en él ahora una enfermedad; temblaba de fiebre y pegaba su oído á todas las cerraduras, para sorprender los secretos de la Bolsa. Pero lo que aquella vez había oído y comprendido, le había disgustado un poco; y sonreía con aire vago.

—¿Está allí, no es cierto?—dijo Carolina queriendo pasar.

Dejoie la había detenido, sorprendido, balbuciente, sin tiempo para mentir.

—Sí, allí está, pero no podéis entrar.

—¿Cómo que no puedo entrar?

—No, está con una señora.

Carolina se puso blanca, y él que no sabía nada de su situación, guiñó los ojos y alargó el cuello, indicando, con una mimica expresiva, la aventura.

—¿Quién es esa señora?—preguntó ella con voz imperiosa.

Y como él no tenía ninguna razón para ocultarle el nombre á su bienhechora, se acercó á su oído.

—La baronesa Sandorff... ¡Oh! hace ya tiempo que anda dándole vueltas.

Carolina quedó un instante inmóvil. En la oscuridad del pasillo no se podía distinguir la livida palidez de su rostro. Acababa de sentir, en medio del corazón, un dolor tan agudo, tan atroz, que no recordaba haber sufrido nunca tanto; y el estupor de aquella horrible herida parecía como que la clavaba en aquel sitio. ¿Qué iba á hacer ahora: echar abajo aquella puerta, lanzarse sobre aquella mujer, avergonzarlos á los dos con un escándalo?

Y aún seguía sin voluntad, cegala, aturrida, cuando fué abordada alegremente por Marcela, que había subido para recoger á su marido. La joven había hecho su conocimiento hacía poco.

—¡Calle! sois vos, querida señora.... Imaginaos que vamos al teatro esta noche. ¡Oh! es toda una historia, y preciso será que esto no cueste caro.... Pero Pablo ha descubierto un

pequeño restaurant donde nos regalamos por treinta y cinco sueldos por cabeza.....

Jordan, que llegaba, interrumpió riendo á su mujer.

— Dos platos, una botella de vino y pan á discreción.

— Y luego — continuó Marcela — que nosotros no tomamos carruaje, pues es tan divertido volver á pie, cuando es muy tarde.... Esta noche, como somos ricos, nos llevaremos á casa un pastel de almendras de veinte sueldos... ¡Fiesta completa, broma y jaleo!

Y se fué, encantada, del brazo de su marido. Y Carolina, que había vuelto con ellos al recibimiento, encontró fuerzas para sonreír, con una pálida y desmayada sonrisa.

— ¡Divertíos mucho! — murmuró con la voz temblorosa.

Después partió á su vez. Amaba á Saccard, y se llevaba de allí el asombro y el dolor, como una llaga que no quería mostrar.

